

FRANCIS TROCHU

EL CURA DE ARS

TOMO II

EDICIONES PALABRA
Madrid

© Evéché de Mantés

© Ediciones Palabra, S.A. Alcalá, 55 - Madrid-14

Cubierta: Busto del Cura de Ars, modelado en cera por el escultor

Emiliano Cabuchet, mientras el Santo explicaba el Catecismo

La versión original de este libro apareció con el título:

LE CURE D'ARS

Traducción: Equipo de Traducción de Ediciones Palabra, S.A.

Con licencia eclesiástica

I.S.B.N.: 84-7118-384-6

Depósito legal: AV-197-1986



morgan editores



Así se conserva actualmente la parte antigua de la Iglesia de Ars. Tanto el campanario de ladrillo como las capillas interiores fueron mandadas construir por el mismo Cura de Ars. Más tarde, después de la muerte del Santo, se construyó la basílica que está adosada a esta iglesia.

XIII. LAS PEREGRINACIONES A ARS

II. LAS CONTRADICCIONES DEL CLERO

Porte descuidado y críticas.—Consultas a un ignorante.—¿Era ignorante el Cura de Ars?—La ciencia del sacerdote.—«Avispas» entre los peregrinos.—«No soy yo quien les digo que vengan».—Los contrarios convertidos en admiradores.—Una carta punzante y la respuesta del Santo.—Las denuncias al obispado.—La investigación del vicario general y las conclusiones del Prelado.—Los sentimientos unánimes para con el Cura de Ars.

En el gran movimiento que arrastraba a las multitudes hacia la aldea de Ars, el clero tuvo bien poca parte. ¡Tan anormal parecía a los sacerdotes, aun a los más celosos, el que fueran a consultar al cura de una parroquia de doscientas almas! «No es un hombre como los demás», repetía la voz popular. ¡Ah! demasiado lo sabían. ¿Su porte exterior no revelaba acaso lo que era en realidad: un excéntrico, a quien hubiera sido mejor conducirse llanamente como el común de los hombres?

Efectivamente, ya desde el principio, sus colegas juzgaron con severidad su conducta y no quisieron ver en ciertas maneras de actuar más que el fruto de una originalidad afectada y con complacencia sostenida; calificaron de extravagancia, lo que, en realidad, habida cuenta de la intención, no era más que perfección y virtud.

«El señor Cura, dice Juana-María Chanay, la lavandera del orfanato y de la casa parroquial, gustaba, naturalmente, del orden y del aseo»; la prueba de ello está en que «se

cambiaba frecuentemente la ropa interior»¹. Sólo que este pormenor tan íntimo era ignorado del público, y «si el Rdo. Vianney amaba la limpieza, su desaliño exterior la favorecía poco»². Voluntariamente, por espíritu de mortificación y de humildad, llevaba una sotana vieja, un sombrero muy usado y unos zapatos remendados que jamás habían conocido el lujo del betún. «Aun a las conferencias de eclesiásticos, las únicas reuniones a que asistía, iba pobre y miserable»³.

Se concibe fácilmente que un exterior tan dejado, cuya causa verdadera y profunda no era aún conocida, desagradase a todos los miembros del clero. Los sacerdotes de Lión se han distinguido siempre por la dignidad de su porte. Los *contemporáneos* del Cura de Ars juzgaron reprehensible un descuido que calificaban de inconveniente. Algunos le tacharon de avaro: ¿no podía, acaso, aunque fuesen pocos sus haberes, procurarse una ropa más decente? Otros creyeron descubrir en ello una falta de sentido común; otros lo achacaron a hipocresía y a un secreto deseo de llamar la atención⁴. De aquí, la displicencia y las antipatías que se pusieron de manifiesto en más de una ocasión de palabra y aun de obra. En la conferencia mensual, un párroco vecino no quería sentarse junto a él, por causa de su sombrero poco limpio⁵.

Le tiraban también pullitas más o menos bien intencionadas, que él aceptaba con la mayor jovialidad del mundo. «Le va bien esto al Cura de Ars... Cuando se ha dicho *Cura de Ars*, ya se ha dicho todo»⁶. Pero, con frecuencia, a estas bromas aceptadas de tan buen grado, se mezclaba algo de acritud. Mons. Devie en persona tuvo ocasión, al menos una vez, de notarlas claramente.

El obispo de Belley presidía una comida de fin de misión en la casa parroquial de Trevoux, y había querido que el párroco Vianney estuviese sentado a su lado. —Sin duda,

¹ *Proceso del Ordinario*, p. 708.

² Baronesa DE BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 224.

³ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 85.

⁴ Guillermo VILLIER, *Proceso del Ordinario*, p. 621.

⁵ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 14.

⁶ *Ibidem*.

que en aquella reunión había pretendido manifestar su estima por el humilde sacerdote, en quien ya comenzaba a cebarse la calumnia; había visto en aquel pobre cura rural un atractivo que nada tenía de humano, y que era resultado del ejercicio heroico de la virtud—. Desde el principio de la comida, uno de los convidados se permitió murmurar lo bastante alto, empero, para poder ser oído: «El Cura de Ars, que está tan cerca de Monseñor, no lleva un solo ceñidor». (Es de creer que, por tolerancia, el ceñidor no era considerado en aquella época como parte esencial del hábito eclesiástico). El Prelado escuchaba sin decir nada, y el Cura de Ars callaba también. La respuesta la dio un clérigo anciano, el cual cortó bruscamente la conversación: «—El Cura de Ars sin ceñidor vale más que otros con él. —¡Muy bien dicho!— exclamó el obispo. —Y dejaron tranquilo al Santo»⁷.

El Cura de Ars pareció siempre insensible a las recriminaciones que se referían a su porte exterior: se había desposado con la Pobreza y, como San Francisco de Asís y San Benito Labre, llevaba las insignias de esta virtud. Pero otros ataques, que fueron para él pesada cruz, hubo de sufrir de parte de sus hermanos en el sacerdocio. ¿No había tenido que pasar horas amargas cuando, en Ars y los pueblos vecinos, la malevolencia se encarnizaba en su reputación de ministro del Señor austero y casto? Ahora intentaban frenar a las almas que acudían a él.

Habría tenido excusa su negligencia en el vestir si hubiese sido un sacerdote sabio, desterrado por amor al estudio en aquel rincón desconocido de la tierra. Mas sus colegas tenían muy buena memoria: el Cura de Ars era un hombre excelente, dulce, servicial, celoso... Pero ¿qué teología había cursado? Cinco meses a duras penas en San Ireneo de Lión; un conocimiento casi nulo de la lengua latina; un despido a mitad de curso; unas lecciones sin importancia en la casa parroquial de Ecully, y, como término, la última parroquia de la diócesis. ¡Pobre Cura de Ars! Y a él iban a consultar tantos inocentes. ¿Qué había de extraordinario en su dirección? Los mismos consejos —y fundados en una mayor expe-

Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 65.

riencia en el gobierno de las almas— ¿no los tenían a su alcance, en sus respectivas parroquias? «No es más listo que nosotros», se permitía decir un día, en presencia de la señora de Cibeins, un eclesiástico hablando del Rdo. Vianney⁸. Verdaderamente, el continuo movimiento hacia a Ars, que tomaba ya el sesgo de una no interrumpida peregrinación, se ¡ convertía en piedra de escándalo. Era ya hora de ilustrar a aquellos pobres de espíritu. Era menester de todo punto recurrir a la autoridad superior.

Y así fue, en efecto. Muchos sacerdotes prohibieron a sus penitentes, so pena de serles negada la absolución, el dirigirse a Ars. Otros fulminaron esta prohibición desde el pulpito. Algunos tomaron la pluma para hacer ver al Prelado el nuevo peligro que corrían las almas⁹. Y los acusadores, como ha dicho Catalina Lassagne, «creían sin duda tener razones fundadas para ello»¹⁰.

Todas estas razones, en definitiva, quedaban reducidas a una: la incapacidad del Rdo. Vianney. Nos parece indispensable, en el punto en que ya hemos llegado de esta historia, dar de una vez un poco de luz para siempre, sobre la pretendida ignorancia del Cura de Ars. Aquí, en efecto, queda una leyenda por destruir.

Concedemos sin ambages que nuestro Santo nunca se sintió inclinado a lo que suele llamarse simple *curiosidad literaria*: durante su vida sacerdotal, no leyó nada por puro pasatiempo, ni siquiera el diario ". Los *Anales de la propagación de la Fe* fueron su único periódico. La manera como cursó sus estudios en la infancia y en la juventud, agitados, interrumpidos, turbados tantas veces, reanudados con tan heroica constancia, tuvo repercusión en toda su vida. ¡Fue víctima de tan adversas circunstancias! Es imposible permanecer sin perjuicio en un estado de estancamiento intelectual hasta los veinte años. Conoció sin duda de nombre los grandes poetas, los grandes dramaturgos y los grandes ora-

⁸ Señora Cristina de CIBEINS, *Proceso apostólico continuativo*, página 166.

⁹ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 85; Rdo. MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1060.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 104.

dores; si en casa del señor Balley, en Ecully, recorrió algunas de sus obras, no le quedó, al menos en apariencia, ningún recuerdo preciso: en todos sus sermones no se encuentra una sola cita profana.

Concedido esto, hemos de confesar que la insuficiencia intelectual del Cura de Ars fue una cosa que se exageró mucho. En este punto, además, ¿no dio tal vez, llevado de una humildad exagerada, armas a sus adversarios? «Se creía muy ignorante»², escribe Catalina Lassagne. «¡Qué queréis que os diga, solía repetir, yo no tengo estudio!; el señor Balley bien se esforzó durante cinco o seis años en enseñarme alguna cosa: él perdió su latín y no logró meter nada en mi dura cabeza»¹³. Y, exagerando de lo lindo, añadía: «Cuando estoy con los demás sacerdotes, soy el *Bordin* (era éste un idiota de aquella comarca). En todas las familias, hay un hijo más torpe que sus hermanos y hermanas; pues bien, entre nosotros yo soy este hijo». En su vejez, al ver un día un retrato suyo, más o menos exacto, y que habían trazado algo a la buena de Dios, exclamaba, sonriendo: «Soy yo mismo. Mirad qué pinta de bruto»¹⁴.

Esta desconfianza excesiva en sus propias luces le hubiera paralizado, y quizá anulado del todo, si el amor de Dios y del prójimo no le hubiesen obligado, en su acción, a mostrarse tal cual era. Así y todo, algunas veces, en sus ministerios con los prójimos, buscó manera de aparentar lo contrario, temeroso de que no se tuviese de su persona una opinión demasiado favorable. «En el confesionario, dice la baronesa de Belvey, hablaba correctamente el francés (yo tuve ocasión de experimentarlo); mientras que en las explicaciones del Catecismo, dejaba escapar algunas faltas, sobre todo cuando entre el auditorio había personas de consideración»¹⁵.

En realidad, si se considera su tenacidad en el trabajo, su espíritu observador, la frescura de su imaginación, lo fino y atinado de sus observaciones, el párroco Vianney, puesto en circunstancias normales, hubiera sido un buen humanista.

² *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 104. ³ Rdo. RAYMOND, *Vida* manuscrita, p. 62. ⁴ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico in genere*, p. 119. ⁵ *Proceso apostólico ne pereant*, p. 174.— *Proceso del Ordinario*, página 245.

Aquella dama del gran mundo que acabamos de mencionar, mujer de delicado espíritu, y que conocía al Cura de Ars, decía además de él: «No poseía lo que en lenguaje vulgar se llama genio, pero había en su inteligencia mucha distinción y claridad.» «Le oí decir cosas, refiere con admiración Catalina Lassagne, que jamás las he escuchado en otra parte, ni leído en ningún libro»¹⁶.

La preparación tan ardua y tan personal de sus sermonea producía sus frutos: todo el mundo admiraba la exactitud de su doctrina. A los sacerdotes a quienes invitaba a predicar; les exigía el mismo proceder. En cierta ocasión, no tuvo reparo en advertir discretamente a un predicador por una pintura demasiado fantástica del purgatorio¹⁷.

Hasta el fin de su vida, se hizo un deber riguroso de repasar sus autores. Sin duda, que cuando la afluencia de peregrinos le tenía aprisionado en el confesionario, dejaba los libros, mas cuando el mal tiempo le permitía tener algunos ratos de ocio, todas las noches se entregaba al estudio. «Yo mismo le procuré, refiere el Rdo. Raymond, su primer auxiliar los *Examens*, de Valentín, y la *Théologie morale*, de Gousset. Todos los inviernos los repasaba»¹⁸.

Lentamente y con el sudor de su rostro, fue asimilándose; la sustancia de la teología. Sobre la Eucaristía, sobre la utilidad y la grandeza del sacerdocio católico, tiene ideas profundas, luminosas y dignas de un Padre de la Iglesia... ¿Puede» pedirse más? Posee la ciencia propia del sacerdote, la que exige su deber profesional. Y justamente las almas iban a él en; busca de algo superior, de un orden más elevado que la ciencia humana.

Aparte de los conocimientos adquiridos con el estudio, la inteligencia de los santos posee luces que sólo se explican por la intervención del Cielo. «En el Cura de Ars hay santidad, decían delante de un docto profesor de filosofía; hay santidad y nada más.» El otro respondió: «Hay en él grandes lu-

⁶ *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 104.

⁷ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 845.

⁸ *Proceso del Ordinario*, p. 291.

⁹ Rdo. MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1102.

ces; en sus conversaciones esclarece toda clase de materias. ¡Oh, qué bien y hermosamente se ve, cuando se ve por el Espíritu Santo! ¡A qué altura de sentido y de juicio nos levanta la fe!»¹⁹.

El mismo pensamiento lo expresa de un modo muy feliz, un alma cándida que no hacía profesión de filosofía. Catalina Lassagne: «El señor Cura, ha escrito, era tan pequeño, tan anonadado a sus ojos, que el Espíritu Santo se complacía en llenar aquel vacío de sí mismo con una abundancia de luces admirables»²⁰.

«Un sacerdote instruido, amigo mío —contaba el Padre Cirilo Faivre, misionero de San Claudio—, me aseguró, que habiendo acudido al Rdo. Vianney para resolver un caso de teología de los más embrollados, no podía salir de su pasmo ante la facilidad con que el siervo de Dios le había dado una solución maravillosa»²¹.

La clave de este enigma nos la da el mismo Cura de Ars cuando nos dice en sus catecismos: «Los que son conducidos por el Espíritu Santo tienen ideas exactas. Ved por qué hay tantos ignorantes que ven más lejos que los sabios»²².

Esta es la verdad. Pero el Espíritu de Dios obra en lo más íntimo del alma, sin brillo exterior, sin prisas, sin violencias; por ello, el Rdo. Vianney conservó durante mucho tiempo, para muchos de sus colegas, la reputación de incapacidad debida a sus notables fracasos en el pasado. Mientras algunos sacerdotes más clarividentes se complacían en repetir lo que la humildad del Santo no podía sino callar, otros, en cambio, no quisieron ver en él más que un ignorante y un audaz. Decidía de ciertas vocaciones contra toda verosimilitud; zanjaba, como jugando, los casos más espinosos de la casuística; trataba a unos penitentes con una indulgencia excesiva, y a otros, en cambio, con extremada severidad. ¡No había por dónde entenderlo!... Todas estas cosas, que se murmuraban en las casas parroquiales, no tenían otro fundamento que algunos *se dice*, pues es de creer que los censo-

Petit mémoire, tercera redacción, p. 81. *Proceso del Ordinario*, p. 1495. *Esprit du Curé d'Ars*, p. 77.

res del párroco Vianney no tenían la candidez de consultarle o de confesarse con él. Pero sucedía que «personas poco instruidas interpretaban mal sus respuestas, y ponían en su boca cosas que nunca había pensado»²³.

¿Cuáles eran estas personas? «Cabezas exaltadas»²⁴, o simplemente cabezas débiles, escrupulosas, penitentes siempre descontentos de la dirección que reciben, porque no cuadra con sus propios ensueños. Estas mujeres se deslizaban por entre los peregrinos de Ars, como las avispas se mezclan con las abejas. Jamás el Santo rechazó con dureza a persona alguna; a pesar de esto, no pudo contentar a todos. Con ciertas pobres cabezas, siempre fue breve, y las despidió con las advertencias que eran del caso. Todavía fue más allá su prudencia. Previendo las importunidades chocantes o ridiculas, llegó a negar audiencia a algunas. «Libradme de esta persona, decía con voz sosegada a la que cuidaba del orden; que la manden retirar: es digna de compasión»²⁵.

¡Cuál no fue la dolorosa sorpresa del Santo director, cuando llegó a sus oídos el eco de las quejas y de las murrau-

²³ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 333.

²⁴ Canónigo MOREL, *Proceso apostólico in genere*, p. 452.— Como es fácil de adivinar, hubo también visionarios y aventureros que abusaron del nombre y de la santidad del siervo de Dios, y esto hasta el fin de su vida. Acerca del particular poseemos documentos muy interesantes.

«Una tal señora Carlat, cuenta el Rdo. Faivre, misionero de San Claudio (*Proceso del Ordinario*, p. 1495), produjo cierta sensación en los alrededores de Lons-le-Saulnier por sus pretendidas revelaciones y por la confianza que lograba hablando de sus relaciones de dirección con el Cura de Ars. Las cosas llegaron a tal punto que me creí en el deber de escribir al Rdo. Vianney. El me contestó con la siguiente carta:

Ars, 24 de septiembre (1844?).

Mi respetable Monseñor:

Decid a la señora Carlat que lo que dice del Cura de Ars es completamente falso. Jamás la he aprobado, sino siempre la he condenado. He aquí la primera noticia de que ella me haya hecho depositario de las revelaciones de su ángel de la guarda. ¿Cómo es posible que un sacerdote se pare en todos estos delirios?

Mis más humildes respetos.

El Rdo. Toccanier, poco después de la muerte del siervo de Dios, recibió el siguiente billete anónimo:

París, 16 de noviembre de 1859.

Se advierte al Rdo. Toccanier que la llamada María Bogre todavía se hace pasar por sobrina del venerado Cura de Ars, y daña su memoria con su mala conducta y los absurdos que divulga. Si el Rdo. Toccanier desea más noticias, puede escribir al Padre Richard, franciscano, que vive en la calle de Vaugirard, 150.

María Bogre ha prometido a los padres la bendición de su tío todos los viernes, y continúa sus colectas engañosas para misas, so pretexto de enviar el dinero a Ars. Debéis de acordaros de ella (sic).»

²⁵ Rdo. RAYMOND, *Vida* manuscrita, p. 177.

raciones! «¡Pobre curita de Ars, gemía, cuántas cosas le hacen decir y hacer!... ¡Parece que sobre él se predica actualmente y no sobre el Evangelio!»²⁶. Y comenzaron a llover cartas, en su mayoría anónimas, «en las que se reprendía su celo intempestivo, y el atraer hacia su iglesia mujeres sin juicio que harían muy bien en quedarse en sus parroquias». También éste era el parecer del Rdo. Vianney, pero «¡acaso soy yo, replicaba, quien les ruega que vengan!»²⁷.

Dicen que sois un Santo, le escribía, en nombre de muchos de sus compañeros, un sacerdote que prudentemente se había muy bien guardado de firmar, y sin embargo, no todos los que acuden a vos vuelven convertidos. Haríais muy bien en moderar vuestro celo mal entendido; de lo contrario nos veremos forzados, aunque a pesar nuestro, a advertir a Monseñor.

El inculpado contestó directamente al autor de la carta a quien reconoció por la letra:

Señor Cura, os doy sinceramente las gracias por los caritativos avisos que os habéis dignado darme. Reconozco mi ignorancia y mi incapacidad. Si las personas de las parroquias vecinas no se han convertido después de haber recibido de mí los sacramentos, tengo de ello muchísima pena. Si os parece bien podéis escribir a Monseñor, quien según espero, tendrá la bondad de reprenderme... Pedid a Dios, si os place, señor Cura, que haga el menor mal y el mayor bien.

Tal respuesta tuvo el resultado que había de tener. «El autor de la carta anónima se apresuró a escribir al Rdo. Vianney para excusarse, y esta vez no omitió la firma»²⁸.

Así fueron cayendo todas las prevenciones suscitadas contra el Cura de Ars. Bastaba tratarle o simplemente conocerle para rendirse enseguida. «Un religioso que había llegado al pueblo, tratando de *fanático* al que otros llamaban ya

Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 208.— Tan sólo el lector inexperto podrá maravillarse de esta guerra solapada dirigida contra el Cura de Ars por algunos de sus colegas. Es uno de los precios de la santidad. «¿Cuál es el apóstol, el fundador de una Orden, el revelador o el iniciador de una devoción destinada a ser universal, el reformador que no haya tenido que sufrir, no digo ya de sus enemigos, sino de sus amigos, de sus hermanos y de sus hermanas en la fe? Es que todo Jp grande, ya sea por el genio, ya por la santidad, comienza por espantar, por escandalizar a todo lo que vive en la mediocridad y en la rutina.» (Henry JOLY, *Psycholo-g'edes saints*, ob. cit., p. 36).

²⁶ Rdo. DUFOUR, *Proceso apostólico in genere*, p. 341.

²⁸ Rdo. TAILHADES, *Proceso del Ordinario*, p. 1514.

Santo, se marchó lleno de admiración por sus luces recibidas de lo alto y por sus virtudes»²⁹.

Conocí, cuenta la baronesa de Belvey, al Rdo. Tournier, que murió siendo párroco de Ceyzeriat. Bromeaba con frecuencia del siervo de Dios, pero no le había visto nunca. Un día fue a Ars. Apenas le oyó predicar, cuando se derritió en lágrimas. A partir de aquel momento, nunca se permitió ni toleró que nadie en su presencia dijese una palabra contra el Rdo. Vianney... Induje una vez, prosigue la baronesa de Belvey, a uno de los contradictores del Santo, que después de dieciséis años todavía le era desafecto, a que viniese a juzgarle por sí mismo. Como estuviese en Ars de paso, asistió al catecismo. Quedó tan impresionado, que no sabía cómo expresar su admiración, y no quedó menos maravillado del gran concurso de gente en aquel pueblo³⁰.

Una hospedera de Ars me contó, refiere Catalina Lassagne, que un sacerdote alojado en su casa había venido para sondear al párroco Vianney; que había ido a verle a la sacristía, decidido a enredarle con sus preguntas, pero que turbado ante su presencia, no había sabido qué decirle: «He predicado delante de obispos, confesaba este eclesiástico, pero nunca me he sentido tan intimidado»³¹.

En realidad, los ataques vivos y directos que hubo de sufrir el Rdo. Vianney fueron hechos aislados y tuvieron lugar, haciéndose cada vez más raros, entre los años 1827 y 1840³². El último, en cuanto a la fecha, cuyo eco ha llegado hasta nosotros, tuvo un desenlace por demás feliz. Merece la pena de ser contado. El culpable, fallecido en 1872, no podrá ofenderse de que le designemos por su nombre; por otra parte, se arrepintió generosamente, obtuvo el perdón y la amistad del Santo y fue uno de sus más fervientes admiradores³³.

El sacerdote Juan Luis Borjon, nacido en 1809 y por consiguiente menor de veintitrés años que el reverendo Vian-

²⁹ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 850.

³⁰ *Proceso apostólico ne pereant*, p. 174-175.

³¹ *Proceso de! Ordinario*, p. 486.

³² Hay, pues, exageración en las siguientes líneas: «Durante treinta años no en contró en torno suyo y sobre sí más que contrariedades, críticas y desprecios.» (*Annales d'Ars*, enero 1906, p. 312). La actitud de Mons. Devie en aquellas circunstancias no dio ningún motivo, como pronto veremos, a una apreciación tan severa.

³³ El mismo Hermano Atanasio le nombra en el *Proceso apostólico in genere*, p. 208.

ney, había sido nombrado, el 17 de mayo de 1837 cura de Saint-Trivier, tenía «unas maneras bruscas, desenvueltas, y un exceso de franqueza». Cuando llegó a su parroquia, eran continuos los viajes a Ars —Ars dista de Amberieux apenas ocho kilómetros—. Este éxodo casi no interrumpido hacia un *santo*, a quien no conocía, no fue del agrado del joven cura. El reverendo Borjon, a su vez, se olvidó del Evangelio para *predicar sobre el Cura de Ars...* En éstas, sobrevino una complicación que puso fuego a la polémica.

Si hay que dar crédito al Rdo. Nicolás, de Saint-Trivier, «algunas personas de Amberieux habían pensado en organizar, bajo los auspicios del Cura de Ars, una piadosa cofradía, y en recoger, para este fin, ciertas cuotas sin permiso de su propio párroco. Este se había ya amoscado contra aquellas buenas devotas, porque, sin que él conociese su intención, le habían hecho celebrar una misa, para alcanzar que fuese retirado de Amberieux y sustituido por el Cura de Ars. Así fue cómo un domingo tronó contra ellas desde el pulpito: los reproches fueron amargos; mezcláronse en el asunto personalidades...»³⁴. No hay que decir que todo el mundo entendió contra quién iba dirigida la filípica.

El señor Cura de Ars no tardó mucho en tener noticia de ello. El pobre señor Borjon, exagerándolo todo, la emprendió contra el santo Cura, y se permitió escribir una carta tan dura como injusta, en la cual se leía esta frase:

Señor Cura, cuando se sabe tan poca teología como usted, no se debe uno sentar en el confesionario³⁵.

Esta carta no la leyeron ojos insensibles. El pobre Cura de Ars, tal vez para desahogarse un poco, fue a confiar su pena a un feligrés que le era particularmente querido, el viejo señor Mandy. «Esta carta, dijo el antiguo alcalde de Ars, viene sin

Carta del señor Nicolás a Mons. Devie, de 16 de diciembre de 1841.— El Rdo. Nicolás no parece que se haga portavoz del señor Borjon. Dice, efectivamente, que si «las cabezas calientes se han enfriado, es porque esperan que el mismo señor cura Pedirá su traslado; pues tiene numerosos adversarios... Mas el tiempo arreglará quizá este asunto». Así sucedió en efecto.

Esta frase, la única que conservaron los contemporáneos —el Santo destruyó sin duda el original—, la cita en su memoria el Rdo. Monnin (*Le Curé d'Ars*, 1.1, p. 455) y diversos testigos en el Proceso de canonización.

duda de una persona grosera. No hay, pues, que darle importancia.

—¡ Ah, no, es de una persona instruida!» Y acabó por confesar que la había escrito un sacerdote. «Mas no me daría ninguna pena, si no creyese que Dios ha sido ofendido»³⁶.

Después se dirigió a su habitación, tomó su pluma, él que casi nunca escribía, y halló en su corazón, para el joven sacerdote, esta sencilla y sublime respuesta:

Mi querido y venerado compañero: ¡Cuántos motivos tengo para amaros! Vos sólo me habéis conocido bien. Puesto que sois tan bueno que os dignáis interesaros por mi pobre alma, ayudadme a conseguir la gracia que pido desde hace tiempo, a fin de que sea relevado de mi cargo, del que no soy digno a causa de mi ignorancia, y pueda retirarme a un rincón para llorar allí mi pobre vida. ¡Cuánta penitencia he de hacer, cuántas cosas he de expiar, cuántas lágrimas he de derramar!...

La falsa humildad no habla de esta manera. Una virtud adulterada, o simplemente común, no encuentra tales acentos. Para expresarse así, es menester haber besado largamente, apasionadamente, el crucifijo. Los misterios dolorosos de la vida de Cristo eran la meditación habitual del párroco Vianney; eso se echa de ver en el tono de esta carta. El señor Borjon se emocionó tan profundamente, que, así que le fue posible, corrió a echarse a los pies del ofendido. El Cura de Ars, que ya lo había olvidado todo, tendióle los brazos y lo estrechó contra su corazón³⁷.

En adelante, el Cura de Amberieux se mostró digno de tal perdón. Estuvo muchas veces en Ars para edificarse con los ejemplos del santo Cura y recibir sus consejos. «Vile después actuar, declaraba el reverendo Borjon a Mons. Mermod, y mudé de parecer»³⁸. Todos los años acompañó a los niños de primera comunión al Cura de Ars para que los bendijera³⁹. Nombrado en junio de 1852, cura de Saint-André-d'Huriat, el Rdo. Borjon se honrará en aportar a la

³⁶ J. B. MANDY, *Proceso Apostólico in genere*, p. 243. Su padre murió a los 74 años, el 27 de enero de 1846.

³⁷ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 84.

³⁸ *Proceso apostólico ne pereant*, p. 598.

³⁹ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 208.

Causa del siervo de Dios su testimonio, y jurará solemnemente «haber tenido con él una gran amistad y haberle profesado una gran estima y una gran veneración»⁴⁰.

* * *

El Cura de Ars no ignoraba las denuncias formuladas contra él ante su prelado. Más de una vez, algunos colegas amigos le rogaban que hablase en su defensa. Pero él siempre optaba por callarse y, para dar razón de su silencio, refería una anécdota sacada de su libro favorito, la *Vida de los Santos*.

Un santo dijo un día a uno de sus religiosos: «Ve al cementerio e injuria a los muertos.» El religioso obedeció, y al volver preguntóle el santo: «¿Qué han contestado?» —Nada. —Pues bien, vuelve y haz de ellos grandes elogios».

El religioso obedeció de nuevo. «¿Qué han dicho esta vez? —Nada tampoco. —¡Ea!, replicó el santo, tanto si te injurian, como si te alaban, pórtate como los muertos»⁴¹.

«Hoy he recibido dos cartas, contaba en una explicación de catecismo: en la una me dicen que soy un santo, en la otra que soy un charlatán. La primera nada me ha añadido, la segunda nada me ha quitado»⁴². Después de la lectura de una misiva por el estilo, decía «casi contento»: «¡He aquí uno que me conoce bien! Si estuviese tentado de orgullo, tendría con qué curarme»⁴³.

Pero el Cura de Ars hizo algo más que recibir las injurias con esta sobrenatural filosofía. Las persecuciones de ciertos colegas le dieron ocasión de subir a un nuevo grado de humanidad. El mismo firmó y envió al obispado una carta de denuncia, que por casualidad había caído en sus manos: «Ahora, dijo, tienen mi firma; no faltarán pruebas de convicción»⁴⁴.

Proceso del Ordinario, p. 1269.

Juana-María CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 701.

P. MONNIN, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 768.

Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 768.

Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 157.

Mons. Devie, que fue de verdad «un santo y un gran obispo»⁴⁵, era también «el hombre menos a propósito para dejarse coger por falsas delaciones»⁴⁶. No queriendo resolver sin perfecto conocimiento de causa, envió a aquellos lugares al canónigo Ruivet, su vicario general. Este, «rígido celador de la disciplina, enérgico a veces hasta parecer duro, ocultaba bajo su palabra y sus apariencias austeras un corazón bueno y compasivo, que no deseaba otra cosa sino encontrar pretextos para ser indulgente»⁴⁷. Con respecto al Cura de Ars, bastóle con ser justo. El Rdo. Vianney le expuso que las gentes acudían a él, sin que llamase a nadie; que una vez delante de los penitentes, resolvía según los dictados de su conciencia; que el cargo de pastor de almas, a causa de su ignorancia y miseria, pesaba muy duramente sobre sus espaldas, por lo que ya tenía solicitado del obispo que le librase de él.

Sólo un santo puede concebir tales esperanzas. El Cura de Ars creyó sinceramente que la investigación hecha a propósito de su persona, determinaría al prelado a permitirle que se retirara. Pero fue «muy grande su decepción, cuando oyó que el señor Ruivet, que no se daba cuenta de su presencia, decía a uno de los que allí estaban: Si las denuncias fuesen verdaderas, no se verían aquí tantos peregrinos y entre ellos religiosos y sacerdotes»⁴⁸. Después de esto, el vicario general «no pudo informar sino favorablemente a monseñor Devie»⁴⁹.

Más tarde, para estar mejor informado, el prelado «ordenó al Cura de Ars que sometiese al consejo del obispado los casos difíciles de conciencia que se le ofreciesen en el ejercicio de su apostolado y la solución que juzgase habersele de dar. El buen Cura se sometió de buen gusto a esta prueba y, durante algunos años, envió más de doscientos casos de conciencia»⁵⁰. De un examen minucioso resultó para Mons.

⁴⁵ Cardenal RICHARD, *Carta pastoral* de 11 de febrero de 1872.

⁴⁶ Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. I, p. 459.

⁴⁷ J. COGNAT, *Mons. Devie*, 1.1, p. 239.

⁴⁸ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 156.

⁴⁹ J. COGNAT, *Mons. Devie*, t. II, p. 280.

⁵⁰ De las cartas en las cuales el Cura de Ars exponía sus dificultades a Mons. Devie solamente se ha encontrado una, sobre un caso de restitución. Existe otra dirigida a Mons. Chalandon, coadjutor y después sucesor de Mons. Devie, en la cual el cura de

Devie que las decisiones del Cura de Ars siempre eran exactas y su manera de actuar irreprochable⁵¹. Un día, refiere la señora des Garets, me permití decir delante del obispo de Belley que el Cura de Ars era generalmente tenido por hombre poco instruido. «Yo no sé si es instruido, replicó el prelado; lo que sé muy bien es que el Espíritu Santo cuida de iluminarlo»⁵². Habiendo muchos eclesiásticos puesto en ridículo el régimen de vida poco común del párroco Vianney, y habiendo pronunciando a este propósito la palabra locura, Mons. Devie se enteró de ello con pena. «Señores, decía a los sacerdotes reunidos durante el retiro anual, yo desearía para todo mi clero un granito de locura»⁵³.

Mons. Devie no necesitó de diez años para poner su confianza en el Cura de Ars. El 15 de septiembre de 1832, sin duda durante el retiro pastoral, el Cura de Ars solicitó licencia para poder confesar en la parroquia de Chaleins, donde tenía que celebrarse una misión, y también para absolver de casos reservados. No solamente el prudente obispo accedió a la demanda del humilde sacerdote, sino que añadió de su puño y letra en la hoja de poderes: *Ítem pro tota diócesi* (asimismo para toda la diócesis).

La actitud que tomó el prelado con respecto al Cura de Ars fue una revelación y una lección para sus contradictores. Llegó un momento en que, dejando aparte algunas quejas sobre cuestiones de pormenor, el nombre de nuestro Santo levantó entre sus colegas un clamor unánime de alabanzas. Todos los que se habían impresionado por las falsas delaciones vieron desvanecer sus prejuicios en cuanto comenzaron a tratarle: «El clero de los contornos, que conocía muy bien al Cura de Ars, dice el conde des Garets, le tenía

Ars le pregunta «si pueden ser admitidos a los sacramentos los porteros de los comediantes».

⁵¹ J. COGNAT, *Mons. Devie*, t. II, p. 280. «El (Mons. Devie) no quería que se inclinara los sacerdotes a las opiniones severas, ya en la práctica, ya en la enseñanza, y tendía a creer que el rigorismo teológico del último siglo había contribuido a alejar muchas almas de la práctica de la religión.» (*Id.*, 1.1, 221) —Si, pues, el obispo aprobó las decisiones del santo Cura, fue porque estas decisiones se inclinaban a la indulgencia.

⁵² *Proceso del Ordinario*, p. 903.

Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 208.

gran afecto y estima»⁵⁴. Los curas de las parroquias más lejanas, «que habían dudado de su capacidad, acabaron por cambiar de modo de sentir y tuvieron gran confianza en sus luces»⁵⁵.

Un solo hecho, de carácter general, sería suficiente para demostrar que los contrarios al Santo quedaron muy pronto reducidos a una insignificante minoría. La última vez que asistió al retiro eclesiástico —era en 1834, en el seminario mayor de Bourg—, el Cura de Ars fue inscrito por Mons. De-vie en la lista oficial de los confesores. Pues bien, fueron tan-; tos los sacerdotes que acudieron a él, que no encontró \m momento de ocio, ni para sus oraciones y meditaciones par-i ticulares, ni para seguir las pláticas del que daba los ejercicios, «lo que prueba, concluye Catalina Lassagne, que se le consideraba ya como un siervo de Dios»⁵⁶.

⁵⁴ *Proceso del Ordinario*, p. 949.

⁵⁵ Mons. MERMOD, tercera redacción, p. 68.

⁵⁶ *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 68.

XIV. LAS PEREGRINACIONES A ARS III.

EL CURA DE ARS, CONFESOR

De camino hacia Ars.—Cómo se hospedan allí.—A la puerta de la iglesia.—La interminable espera.—Los turnos de favor.—Los pecadores cogidos «al vuelo».—Palabras que mueven.—Lágrimas que convierten.—En el confesionario de hombres.—El gran milagro del Cura de Ars: la conversión de los pecadores.—Lo que el Santo exige antes de absolver.— Penitencias breves.—Penitencias medicinales.—Relato de algunas conversiones.

Durante treinta años, un reguero de peregrinos, sin cesar renovado, desfiló hacia la vieja iglesia de Ars, cuyas baldosas, bajo las plantas de los visitantes, se fueron gastando y pulimentando, como las piedras que las aguas del mar rozan en su continuo oleaje.

Nadie se imagine que durante el invierno, cuando el frío se deja sentir muy crudamente en la región de Dombes, fuese en la aldea mucho menor el número de forasteros que durante el buen tiempo¹, pues de noviembre a marzo no se pasaba el párroco Vianney todos los días menos de once a doce horas en el confesionario². «Nunca sale de la iglesia, escribe Catalina Lassagne, habiendo podido a duras penas contentar a todo el mundo; así es que conserva puesto el roquete cuando sale, pues, si entrase en la sacristía para quitárselo, tendría que quedarse allí; de tal manera le rodea-

Mana MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 836. Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 300.

rían aún los penitentes». Y en el margen del manuscrito de Catalina, el Rdo. Renard ha añadido estas palabras: «La narración de la directora es muy conforme a la verdad; yo estuve con frecuencia en Ars en verano, en primavera, en otoño y aun en invierno y fui testigo de todo esto»³. La primera vez que entré en la iglesia de Ars, refiere el señor Dufour,, misionero de Pont-d'Ain —era en 1851—, había dos filas de penitentes que llegaban desde la capilla de la Virgen hasta la de San Juan Bautista; y estas dos filas no las vi nunca interrumpidas⁴.

La alfluencia de peregrinos, dice a su vez Juan Félix des Garets, hermano del alcalde de Ars, fue siempre en aumento desde 1830 hasta 1845, en que alcanzó su apogeo. En esta época llegaban diariamente a Ars de trescientos a cuatrocientos peregrinos. En la estación de Parroche, la más importante de Lión, se abrió una taquilla especial con carácter permanente para despachar billetes con destino a Ars, con la cláusula de que eran valederos para ocho días: era ya del dominio público que se necesitaba este lapso de tiempo para poderse acercar, guardando turno, al párroco Vianney y obtener de él una palabra o una absolución⁵.

El incrédulo, que no sabe que «la verdadera historia del mundo es la historia de la gracia de Dios en este mismo mundo»⁶, no entendía tal empeño. Toda aquella multitud era de almas que caminaban hacia el perdón, hacia una región más clara, hacia una abnegación más profunda.

La inmensa mayoría de los visitantes, prosigue Juan Félix des Garets, acudían movidos por la fe, la piedad o el arrepentimiento, y si algunos curiosos venían mezclados entre ellos, con frecuencia el indiferente era ganado para Dios con un ademán, una lágrima, una mirada del venerable Cura. Esta multitud la formaban personas de toda edad y condición: «obispos, sacerdotes, religiosos (gran número de jesuítas y maristas, capuchinos, recoletos, dominicos)⁷, nobles y plebeyos, ignorantes y sabios, unos habituados a la discusión de los más graves problemas, otros movidos únicamente por

³ *Petit mémoire*, primera redacción, p. 8.

⁴ *Proceso apostólico in genere*, p. 340.

⁵ *Ibid.*, p.413.

⁶ Luis PERROY, *L'humble Vierge Marie*, París, Lethielleux, 1915, página 78.

⁷ Este inciso que añade aquí el autor está sacado de una declaración del Rdo. Dufour, *Proceso apostólico in genere*, p. 355 y 362.

la simplicidad de su fe. Entre los últimos, vi familias enteras de ampesinos que llegaban en sus carretas desde provincias muy lejanas y aun desde las montañas de Auvernia, para visitar al siervo de Dios, y hacer sus devociones en la iglesia de Ars. De las comarcas vecinas todos acudían allí, a pie, en coche, por los caminos y las vías de navegación»⁸.

Al decir de un hombre del lugar, Francisco Pertinand, hotelero y cochero de Ars, en 1836 se organizó un servicio trimestral de coches entre Ars y Trevoux; otro, diario, entre Ars y Lión en 1840... Finalmente, según una revelación del señor de Castellane, subprefecto de Trevoux, de fecha 28 de junio de 1855, aquel año «dos coches ómnibus hacían cada día el viaje de Lión a Ars; otros dos combinaron dos veces al día con el ferrocarril de París a Lión en la estación de Vi-llef ranche; otro coche, que iba de Villars a Villef ranche, pasaba y se detenía en el lugar de peregrinaciones». Durante el último año que vivió el Santo (1858-1859), «el número de peregrinos, dice Francisco Pertinand, llegó a ochenta mil, contando solamente los que utilizaban los coches de servicio. En cuanto al número total, creo que fue de ciento a ciento veinte mil»⁹.

Naturalmente, que no habiendo crecido el pueblo de Ars de una manera proporcional a su fama, la gente se alojaba como podía. Había cinco casas disfrazadas con el pomposo nombre de *hoteles*; pero, ¿podían hospedar con comodidad a más de ciento cincuenta personas? Las demás buscaban albergue en las casas particulares, que no solían ser muy lujosas. «Cuando llegué a Ars, el 8 de mayo de 1845, cuenta el canónigo Camilo Lenfant, todos los hoteles estaban llenos. Cada uno se arregló como pudo. Por lo que a mí toca, la Providencia me condujo a casa de la señorita Ricotier, persona llena de fe y de sencillez. Por 2 francos 50 por día, me dio hospedaje y comida»¹⁰.

En mayo de 1854, el obispo de Birmingham oyó contar «que los penitentes, en número de más de cincuenta, pasaban las noches tendidos en los prados, ya para poder llegar

⁹ *Proceso apostólico in genere*, p. 414.

¹⁰ *Caso apostólico ne pereant*, p. 808.

Vn *pélerinage á Ars en 858*. «Anales de Ars», febrero de 1906, página 342.

antes al confesionario, ya por falta de lugar en las hospederías»

Las multitudes que acudían a Ars no eran alborotadas ni pendencieras. Se iba allí para ver a un Santo, para confesarse con él, para cumplir algún voto hecho a Santa Filomena. Un recogimiento, mezcla de expectación y de confianza, parecía cernerse sobre aquella aldea única. Algunos entraban en el lugarejo, como si todo él hubiese sido un tehiplo. Cuando veían de lejos el campanario de ladrillo, muchos peregrinos se descubrían y se santiguaban. La iglesia, a pesar de no estar cerrada sino de nueve a doce de la noche, era inaccesible. En marzo de 1859, Jorge Seigneur, director de *El Cruzado*, tuvo que armarse de paciencia y trepar lentamente por la gradería que sube hacia la puerta principal. «Los forasteros permanecían de pie en el cementerio y en las callejuelas vecinas aguardando su turno... Compraban medallas y rosarios para hacerlos bendecir y cirios destinados a arder en el altar de Santa Filomena. Muchos, para consolarse en su espera, se paraban a contemplar los retratos del santo sacerdote y conversaban acerca de él, sin haberle visto todavía, como los niños hablan de su padre»¹².

Retratos del Cura de Ars los había expuestos en todas partes: en los escaparates de las tiendas, en la pared baja del cementerio, en los cestos de los vendedores ambulantes que circulaban entre los peregrinos. Los había también de todas clases y medidas, desde el pequeño grabado, para ser puesto entre las hojas del devocionario, hasta el cuadro de Epinal de vivos colores, en el que aparecían pintadas, con más o menos imaginación, diversas escenas de la vida del Santo. Como es de suponer, la semejanza no era sino aproximada, pues el Cura de Ars siempre se había negado a ponerse ante la máquina fotográfica¹³. ¡Poco importaba!, cada visitante de Ars quería llevarse «el retrato de un *Santo*» como precioso recuerdo de la peregrinación.

* * *

¹² María DES BRULAIS, *Suite de l'Echo de la sainte Montagne*, Nantes. Charpentier, 1855, p. 175.

¹⁴ *El cruzado*, 20 de agosto de 1859, año 1.º, n. 3.

¹⁵ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 917.

Por larga que fuese la espera para encontrar sitio en la iglesia, los forasteros, salvo rarísimas excepciones, no se desalentaban. Querían a toda costa oír al Santo, y, para la mayor parte, el objeto principal, si no el único, de su viaje, era hablarle íntimamente en el confesionario.

Entonces comenzaba una nueva espera. Hay que tener en cuenta que «el Cura de Ars no empleaba en cada confesión sino el tiempo estrictamente necesario»¹⁴, que confesaba durante dieciséis y hasta dieciocho horas en los días largos y que, a pesar de esto, la generalidad de los peregrinos, sobre todo los diez últimos años de su vida, tenían que aguardar por espacio de treinta, cincuenta y sesenta horas, antes de poder llegar al feliz tribunal. «Acontecía que algunos se hacían reservar el turno por los pobres»¹⁵. Pero no todos tenían medios para hacerlo y permanecían en la iglesia que era una estufa en verano y una nevera en invierno. Las personas que deseaban salir sin perder el sitio se arreglaban con los vecinos o con los guardianes del templo. Cuando llegaba la noche, era menester salir, pues se cerraba la iglesia. Entonces se contaban para no perder el turno, y salían fuera o pasaban en el vestíbulo, junto al campanario, las horas que mediaban entre el acostarse y el levantarse del Cura de Ars¹⁶.

La señorita Sofía Gros, de Besanzón, recordaba, siendo de edad muy avanzada, que su sirvienta, Clementina Viney, en julio de 1855, había tenido que esperar dos días, con el cesto de la compra bajo el brazo, antes de poder llegar al confesionario¹⁷. En 1855, una señorita llamada Luisa Dor-tan, de l'Hópital (Puy-de-Dôme), que después fue religiosa con el nombre de Sor María de Jesús, había ido a Ars para consultar su vocación con el señor Cura. Esperó tres días consecutivos. Al fin, desesperanzada de poder acercarse al confesionario, ya se disponía, con los ojos llenos de lágrimas, a partir, cuando el Cura de Ars, que salía de la capilla de San

* Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 266. ^ Guillermo VILLIER, *Proceso del Ordinario*, p. 636. Cf. señora Cristina DE CIBEINS, *Proceso apostólico continuativo*, p. 144. «Vié-ronse más de 80 personas pasar la noche bajo los pórticos o en los alrededores de la iglesia, a fin de conservar el turno para el día siguiente.» (Rdo. DUFOUR, *Proceso apostólico in genere*, p. 340).

¹⁷ *Annales d'Ars*, mayo de 1904, p. 402.

Juan Bautista, le dijo: «Tienes muy poca paciencia, hija mía: ¿hace sólo tres días que estás aquí y ya quieres marcharte? Quince días has de aguardar. Ve a rezar a Santa Filomena para que ella te diga tu vocación, y después vendrás a encontrarme». La joven siguió este consejo y se tranquilizó¹⁸.

Por la mañana, a eso de las nueve, reservaba algún tiempo a los sacerdotes y religiosos. Les oía ordinariamente en un confesionario colocado detrás del altar mayor. «Se vio a un santo obispo, y era el de la diócesis, aguardar su turno como los demás»¹⁹.

En algunas ocasiones, parecía que el Cura tocaba al término de su trabajo; pero era una esperanza vana creer que iba a poder descansar un solo día. Una tarde mayo de 1853, tres religiosas y una señora que acababa de perder a su marido bajaban del coche de Francisco Pertinand, y escalaban precipitadamente las gradas de la iglesia. Entonces, el Cura de Ars salía del confesionario, después de haber absuelto al último penitente. La nave estaba vacía. La señora entutada se presentó al Santo, quien consintió en oírla. «¿Quieren ustedes hablar también con el señor Cura mientras está libre?, preguntó alguien a las tres religiosas.

—No; mañana —respondieron ellas—, pues ahora hemos de buscar alojamiento.

—¡Oh! mañana —les contestó—, mañana tal vez no se parezca a hoy.»

«En efecto, cuenta una de las religiosas, Sor Dositea de la *Providencia* de Vitteaux, hubo al día siguiente tal afluencia de peregrinos, que llevada por la gente avanzaba hacia el confesionario. Por fin, pude hablar con el señor Cura, pues viéndome enferma —«estaba enferma del pecho y escupía sangre»— me hizo pasar delante de todos»²⁰.

Si el Cura de Ars, una vez sentado en su tribunal de misericordia, «no mostraba preferencia por nadie, hacía, empero, excepciones cuando se trataba de sus feligreses, de los enfermos, de los delicados de salud o de otros penitentes que

¹⁸ *Anuales d'Ars*, marzo de 1906, p. 363.

¹⁹ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico in genere*, p. 111.

²⁰ Según una *relación* del Rdo. Billoud, capellán de la *Providencia* de Vitteaux (Côte-d'Or). Archivos de la casa parroquial de Ars.

o podían esperar»²¹. En este punto el don de intuición, que Dios tan largamente le había concedido, guiaba su mirada. «Oí decir a un gran número de viejos peregrinos de Ars, refiere el reverendo Claudio Rougemont, vicario de aquella parroquia en 1871, que el Cura de Ars les había distinguido entre la multitud y llamado después al confesionario o a la sacristía, porque, sin que pudiera saberlo de otra manera, había visto con luz interior, que tenían necesidad de hablarle sin demora»²². Y era tal el ascendiente del Santo, que estos turnos de favor raras veces suscitaron murmuraciones²³. «Sea, decía al hermano Atanasio cuando le repetía las quejas; me acusan de ser algo fácil para con ciertos peregrinos. Hay que tener en cuenta el trabajo que se toman para venir hasta aquí y los gastos que el viaje ocasiona. Hay también algunos que vienen de incógnito y que apenas quieren ser vistos; éstos, como es natural, tienen ansias de partir»²⁴.

Una madre de dieciséis hijos había logrado colocarse en el centro de la nave. De repente, el Santo sale del confesionario y le dice: «Usted, señora, tiene prisa. Venga enseguida»²⁵.

Hacia el año 1833, Margarita Humbert, de Ecully, casada con el señor Fayolle, hizo una visita, después de quince años de separación, a su primo Juan-María Vianney. Este «había recomendado a las hijas de la *Providencia* que la tratasen bien, pues ella le había prodigado muchos cuidados durante sus estudios». «Antes de marchar, cuenta Margarita, entré en la iglesia y pregúnteme si había de confesarme o no con mi primo. En aquel mismo momento vino uno a avisarme de su parte que me estaba esperando. Yo me quedé muy maravillada, pues no era posible que me hubiese visto en el sitio donde estaba... Partí de Ars, llena de un gran gozo interior»²⁶.

«Un día, dice el señor Oriol, el siervo de Dios confesaba en la sacristía. De súbito, aparece en la puerta y dirigiéndose

²² Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 292.

²³ *Proceso apostólico continuativo*, p. 789.

²⁴ Pedro ORIOL, *Proceso del Ordinario*, p. 759.

²⁵ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 1013.

Annales d'Ars, julio de 1905, p. 91.

Proceso del Ordinario, p. 1325.

a mí: «Amigo mío, haga usted venir a una señora que está en el fondo de la iglesia». Y me indicó cómo la encontraría. Yo no encontré a nadie en el sitio señalado. Voy a decírselo, y «daos prisa, replica, ahora está delante de tal casa...» Voy corriendo y doy alcance a la señora que se alejaba, desolada por no haber podido aguardar más»²⁷.

Una pobre mujer, que sin duda por tímida había pendido dos o tres veces su turno, llevaba ya ocho días en Ars sin poder acercarse al Rdo. Vianney. Al fin, el mismo Santo la llamó; o mejor dicho, fue a buscarla y la condujo a través de la multitud hasta la capilla de San Juan Bautista. «Sintiéndose feliz, le cogía de la sotana, deslizándose por el paso que le iban abriendo»²⁸.

El siervo de Dios sabía por experiencia que la gracia tiene sus momentos; que puede pasar para no volver. Así, pues, cuando llegaba la ocasión cogía, como vulgarmente se dice, las almas al vuelo.

Hacia el año 1853, un alegre grupo de lioneses se dirigía a Ars. Todos eran buenos cristianos, excepto uno; un viejo, que se había puesto en camino, para complacer «a la juventud». Llegan al pueblo a las tres de la tarde. «Id a la iglesia, si queréis, dice nuestro incrédulo, al bajar del coche; yo voy a encargar la comida». Se aleja un poco, se detiene, y «¡Bah!, se dice, después de reflexionar un momento, iré con vosotros; no será cosa larga». Todos entran en la iglesia. En aquel momento, el Cura de Ars sale de la sacristía y pasa por el coro. Se arrodilla, se levanta, se vuelve hacia atrás; dirige su mirada a la pila del agua bendita, como si buscara a alguno, y llama con un ademán. «Es a usted a quien llama», dicen al incrédulo, atónito. Este, cuenta la religiosa a quien debemos este relato, se dirige hacia él lleno de embarazo y todos nos reímos interiormente, convencidos de que el ave ha caído en la trampa. El señor Cura le aprieta la mano y le dice: «¿Hace mucho tiempo que usted no se ha confesado?

—Señor Cura, hace cosa de unos treinta años.

Proceso del Ordinario, p. 759. *Ármales d'Ars*, febrero de 1910, p. 292.

¡Treinta años, amigo mío! Reflexione usted bien... ¡Hace treinta y tres!

—Tiene usted razón, señor Cura.

—Entonces, confesémonos enseguida, ¿no es verdad?»

El viejo, nuestro compañero, manifestó que se había sentido tan cortado ante esta invitación, que no había osado replicar; pero añadió: «Noté enseguida en mí un bienestar indecible. La confesión duró veinte minutos y me dejó trocado²⁹.

Fue muy curiosa la manera cómo conquistó a otro pecador. Hacia 1840, un individuo llamado Rochette, que tenía un niño enfermo, lo llevó al taumaturgo de Ars. Su mujer le acompañaba. Ella confesó y comulgó, mas Rochette no pretendía sino la curación de su hijo. Hizo varias visitas a la iglesia, pero no entró más allá de la pila del agua bendita. Estaba allí parado, cuando el Santo, asomando por detrás del altar, donde confesaba a los sacerdotes, comenzó a llamarle. El no se meneó. Su mujer y su hijo estaban junto al comulgatorio. «¿Tan incrédulo es?», preguntó el Cura de Ars a la madre. Finalmente, a una tercera señal, el hombre se decidió a subir. «Después de todo, pensaba, el Cura de Ars no me comerá». Y pasó con él a la parte posterior del altar. El Rdo. Vianney creyó que no era del caso perder tiempo. «Estamos aquí los dos solos, señor Rochette», dijo, y mostrándole el confesionario añadió: Métase usted allá.

—¡Oh —replicó el otro—, *no tengo muchas ganas!*

—*¡Vamos a ver!*»

Impotente para resistir a un ataque tan inesperado, Rochette cayó de rodillas.

«Padre mío —comenzó balbuceando—, hace ya bastante tiempo que... unos diez años...

—Ponga usted algo más.

—Doce años...

—Algo más todavía.

—Sí, desde el *jubileo* de 1826.

—¡Esto es! A fuerza de buscar se encuentra»³⁰.

³⁰ Carta de una Ursulina de Cracovia a Mons. CONVERT, 1.º de julio de 1902. *Ármales d'Ars*, enero de 1915, p. 254-255.

Rochette se confesó como un niño. Al día siguiente, comulgaba al lado de su mujer. En cuanto al hijo, dice una narración fiel, dejó en la iglesia de Ars dos muletas ya inútiles.

De esta manera, para muchas almas, el camino de Ars era el camino de Damasco, y el Santo, además de las oraciones y penitencias personales, se valía de medios extraordinarios para convertirlas. Las conmovía, primero con sus ardientes sermones, y después, cuando les hablaba de corazón a corazón en el confesionario, le bastaban pocas palabras para darles el golpe que fulmina, pero que eleva. Por lo demás, fuera de casos excepcionales, como, por ejemplo, el de una confesión general, era muy expeditivo y exigía que lo fuesen. «En cinco minutos, decía el señor Combalot, metí toda mi alma dentro de la suya»³¹. No andaba con cumplidos: colocado por su fe muy por encima de todo respeto humano y esperándolo todo de Dios, sabía, cuando era del caso, decir a los hombres, fuese cual fuese su condición: «¡Tal cosa no está permitida!» ¡Cuántas conciencias, heridas con la espada de su palabra, dejaron escapar todo el virus oculto que las envenenaba!... «Conocía el punto donde había que asestar el golpe y raras veces dejaba de dar en el blanco.»

«Si Dios no fuese tan bueno, decía entre gemidos; ¡pero lo es tanto!» O bien: «¡Salva tu pobre alma!... ¡Qué desgracia perder un alma que ha costado tanto a Nuestro Señor!... ¿Qué mal ha hecho para tratarla de esta suerte?»³².

«¡Ah!, decía el santo confesor al señor Valpinson, comerciante de Ferté-Macé, tiene usted un vicio que le condenará: el orgullo.» Reconoció el penitente y reflexionó... Aquella palabra transformó su alma: su vida fue en adelante la de un cristiano humilde y suave. Jamás evocaba los recuerdos de Ars sin derramar lágrimas³³.

³¹ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico in genere*, p. 432.

³² Rdo. MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1122.

³³ *Annales d'Ars*, enero de 1901, p. 251.— Algunos hechos que referimos, podrían hacer sospechar a los lectores que el Cura de Ars violó, de un modo más o menos directo, el secreto de la confesión; lo cual sería monstruoso. Téngase en cuenta que son los mismos interesados quienes más o menos tiempo después de haber acudido a él, han hecho estas confidencias con toda libertad y permitieron su divulgación para gloria del siervo de Dios.

Para conmover a los grandes pecadores, el Cura de Ars les decía, a guisa de exhortación, una palabra sencilla, pero terrible al salir de labios de un santo que leía en el porvenir: «¡Amigo mío, está usted condenado!» Frase corta, pero de gran alcance. Evidentemente, que el Santo quería hablar en condicional y decir: «Si usted no evita tal ocasión; si conserva tal costumbre; si no sigue tal consejo, se condenará»³⁴. Pero así y todo, ¡qué efecto no produciría!... «¡Yo condenado!... ¡maldito de Dios!... ¡para siempre!», repetía al salir del confesionario Francisco Bourdin, de Villebois, en el Ain. En 1856, a raíz de unos malos negocios, este hombre, todavía joven —tenía treinta y cinco años—, se había acogido desesperado en casa de su suegro, que residía en Ambutrix.

Providencialmente, se predicaba allí una misión. Bourdin, a pesar de las instancias de su familia, habíase negado a asistir a los piadosos ejercicios. Su fe distaba mucho de estar apagada; pero tenía pensamientos de desesperación que le alejaban de Dios. «Quiero confesarme, dijo, pero con un gran confesor; con el Cura de Ars.» Y por todo consuelo, después de la relación de sus miserias y pecados, acababa de recibir esta aterradora respuesta: «Hijo mío, estás condenado.» Esta amenaza fue para él un fulgurante rayo de luz. Francisco Bourdin, convertido a Dios, se portó hasta la muerte como un verdadero cristiano³⁵.

En general, la dirección de las almas piadosas no costaba muchas palabras al Cura de Ars. Mas éstas eran también flechas ardientes que penetraban para siempre hasta lo más hondo del corazón. «¡Amad mucho a vuestros sacerdotes!», decía por toda exhortación a Monseñor Langalerie, su prelado, arrodillado sus pies³⁶.

«He sido algo negligente en tal cosa, le declaraba en con-

³⁴ Rdo. DUFOUR, *Proceso apostólico in genere*, p. 347; Rdo. PELLETIER. P. 391. «Un día, refiere el Rdo. Raymond, le llevé a una persona que estaba convencida de que se iba a condenar. El Santo la tranquilizó sin dificultad.» (*Proceso del Ordinario*, p. 306).³ Estos pormenores nos los da el señor Joly, cura de Benonces (Ain), quien los recibió directamente de Francisco Bourdin, (*Relations* en los archivos de la casa parroquial de Ars).

³⁵ Mons. LANGALERIE, más tarde arzobispo de Auch, contaba este hecho a varios sacerdotes reunidos durante los ejercicios anuales. (*Notas* de Mons. Conven, cuaderno I, n.º 27).

fesión el Hermano Atanasio, pero en el fondo tengo buena voluntad. —¡Ah, amigo mío; buena voluntad!... El infierno está lleno de buenas voluntades». Y no dijo más.

El Hermano Amadeo, futuro superior general de los Hermanos de la Sagrada Familia, acababa de confesarse con él. «¡Oh, amado, amado mucho a Dios!», exclamó juntando las manos. Y le dio la bendición sin añadir palabra³⁷.

«Me confesé con él dos veces, refiere el Rdo. Monnin. Cada una de mis acusaciones provocaba en él un grito de fe, de conmiseración y de horror por las menores faltas: «¡Qué desgracia!» Su palabra me hería sobre todo por el acento de ternura de que estaba impregnada. Esta simple expresión: ¡Qué desgracia!, revelaba con su brevedad la pena que sentía su alma»³⁸.

El Rdo. Denis, sacerdote retirado en Neuville-sur-Saône, se había dirigido varias veces al santo confesor. «Era muy breve, nos cuenta él mismo: una palabra de exhortación y asunto concluido.»

La santidad del Cura de Ars era la que comunicaba aquella fuerza y aquella eficacia a sus palabras; en otros labios hubieran podido parecer ridículas, pero él ¡con qué acento las pronunciaba! Por otra parte, había en el Cura de Ars algo más irresistible que las palabras: eran las lágrimas. Le bastaba a veces, para ablandar un corazón endurecido, mostrarle llorando un crucifijo colocado en la pared. «De su confesionario salían suspiros que se le escapaban a pesar suyo y que herían al penitente con sentimientos de pesar o de amor»³⁹. Un día, refiere el Rdo. Dubouis, cura de Fa-reins, ciertos eclesiásticos de una diócesis vecina criticaban algunas normas directivas del Cura de Ars. Un juez de paz, antiguo penitente del siervo de Dios, estaba presente a la conversación. «Lo que yo puedo asegurarles, dijo, es que el Cura de Ars llora y uno llora con él; y esto no ocurre en todas partes»⁴⁰.

³⁷ Documentos BALL [Archivos de la casa parroquial].

³⁸ *Proceso del Ordinario*, p. 1089.

³⁹ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico in genere*, p. 123.

⁴⁰ *Proceso del Ordinario*, p. 1238.

«¿Por qué llora usted tanto, padre *mío*?, preguntaba al Santo un pecador arrodillado delante de él.

—¡Ah, amigo *mío*; lloro porque usted no llora bastante!»⁴¹.

«Varios convertidos por el Cura de Ars me han manifestado, dice el R. P. Cirilo Faivre, también gran confesor, que el ver llorar al hombre de Dios sobre sus pecados era lo que más les había impresionado»⁴².

No es, pues, de maravillar, después de lo dicho, que algunos «penitentes y penitentas se retirasen del confesionario con los ojos llenos de lágrimas y aun sollozando y lanzando gemidos»⁴³.

En un ángulo de la sacristía todavía se venera un basto sitial de elevados brazos en el que el Santo oía las confesiones de los hombres. Aquel rincón oscuro fue testigo de escenas muy emocionantes, pues fue allí quizás donde más almas se convirtieron, ya que «el buen Cura había recibido de Dios, como afirma monseñor Devie, un don particular para convertir hombres»⁴⁴.

Estos, para obtener del Santo audiencia, se ponían lo más cerca posible de la sacristía y hasta en el presbiterio, donde se les reservaban bancos. No eran tan numerosos como las mujeres, por lo que no tenían que esperar tanto tiempo a que les tocase el turno; sin embargo, habían de permanecer muchas horas en la iglesia. «El Hermano Jerónimo, sacristán, refiere el Hermano Atanasio, llegó a contar hasta setenta y dos de una vez, y yo les vi aguardar su turno, desde las cinco de la mañana hasta las cinco de la tarde»⁴⁵.

Varias guardianas abnegadas estaban entre las filas de las mujeres. Asimismo, para los hombres se pudo establecer un servicio de orden, gracias a las buenas voluntades que nunca faltaron. Unos buenos cristianos de aquel tiempo — los señores Thebre, Oriol, Pagés, Viret y otros — se iban relevando desde las siete de la mañana hasta la noche. Uno de

Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 224.

Proceso apostólico ne pereant, p. 1226.

Rdo. TAILHADES, *Proceso del Ordinario*, p. 1508.

Rdo. RAYMOND, *Vida* manuscrita, p. 163.

Proceso apostólico in genere, p. 207.

ellos se colocaba junto a uno de los dos reclinatorios puestos a ambos lados de la puerta, para que se arrodillasen los penitentes. Una barra de hierro cerraba el paso; cada vez que salía un penitente el guardia en funciones introducía otro. Sobre las bóvedas de la actual basílica, un fresco de colores subidos evoca el recuerdo de aquellos días ya lejanos en los que en aquel rincón sin luz obró la divina gracia tantas maravillas. Hombres de todas las categorías están allí, llegados de todas partes de Francia, llevando todavía en sus capas el polvo del camino. Unos, movidos por la gracia, están dispuestos a todas las confidencias, a todas las reparaciones; otros se encuentran en aquel lugar impulsados por los remordimientos, a ruegos de una esposa, de una hija tiernamente querida; algunos dudan, retroceden, parecen dispuestos a emprender de nuevo el camino del pecado... ¿No pertenece al número de éstos el libertino que, habiendo ido a Ars contra su voluntad, desea encontrar muerto al venerable Cura?...⁴⁶. De súbito, en el marco de la terrible puerta se dibuja una blanca figura. Un anciano macilento, gastado por las penitencias, pasea sobre los que esperan una mirada en la que parece concentrarse toda su vida. Ha visto al alma sobre la cual va a descender el perdón como el águila sobre su presa. El hombre se levanta. Tras él y tras el Cura de Ars se cierra la puerta... ¿Es el mismo pecador el que aparecerá? No, sino un convertido, cuyos sollozos levantarán su pecho y que, vuelto a Dios, correrá a los pies de Nuestra Señora de Ars, que le tenderá los brazos.

* * *

«Se ha dicho que el gran milagro del Cura de Ars era su confesionario, asediado día y noche»⁴⁷. Con igual exactitud podría asegurarse que su milagro por excelencia fue la conversión de los pecadores. «Yo mismo fui testigo de muchas y muy brillantes, aseguraba el Rdo. Raymond; y he aquí, a mi

⁴⁶ Conde DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 989.

⁴⁷ Discurso de Mons. Martin, de 4 de agosto de 1865, en la bendición de la basílica de Ars.

juicio, el mejor capítulo de la vida del Cura de Ars. «Oh, amigo mío, me decía con frecuencia, sólo el día del Juicio se sabrá cuántas almas han encontrado aquí su salvación»⁴⁸. «En el fondo, refiere Juana-María Chanay, le impresionaban poco las curaciones milagrosas. «¡El cuerpo es tan poca cosa!», repetía. Lo que de verdad le llenaba de gozo era la vuelta de las almas a Dios»⁴⁹. Y en esto, ¡cuántas ocasiones tuvo para alegrarse! «Pregúntele un día, cuenta el señor Próspero des Garets, por el número de los pecadores que había convertido durante un año. Más de setecientos, me respondió»⁵⁰. Así se explican los deseos de un cura que había ido a Ars como peregrino: «Mis feligreses que van a confesarse con el Cura de Ars son unos modelos; quisiera poderle llevar toda mi parroquia»⁵¹.

«El Cura de Ars, ha dicho el Rdo. Toccanier, tenía un atractivo particular para convertir a los pecadores»⁵². Podría decirse que les amaba con todo el odio que sentía por el pecado. Lo detestaba y «hablaba de él con horror e indignación»⁵³; pero tenía para con los culpables una compasión inmensa, y sus gemidos por la pérdida de las almas partían el corazón: «Dios mío, exclamaba en su habitación, un día de Cuaresma de 1841, Dios mío, ¡que vos hayáis sufrido tantos tormentos para salvarlos y que ellos se hayan condenado!...»⁵⁴. Y en los catecismos decía: «¡Qué dolor más amargo al pensar que hay hombres que mueren sin amar a Dios!»...⁵⁵. Cada noche, durante la oración, apenas podía rezar, tal era su llanto, la frase: «Dios mío, no permitáis que el pecador perezca...»⁵⁶. «¡Ah, los pobres pecadores! —Y había que oír con qué tono pronunciaba estas palabras —si yo pudiese confesarme por ellos!»⁵⁷. La señorita Marta des Garets le oyó, toda temblorosa, conjurar un día, desde el pulpito, a

⁴⁸ *Proceso del Ordinario*, p. 337.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 709.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 988.

⁵¹ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 369. V:

Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 137.

Rdo. BEAU, su confesor, *Proceso del Ordinario*, p. 1190.

⁵² Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 7. ⁵³ Baronesa DE BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 720. ⁵⁴ Señorita Marta DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 297.

⁵⁵ Juana María CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 584.

los oyentes que quisieran condenarse, que al menos cometieran el menor número posible de pecados mortales, para no aumentar los eternos castigos... Hasta el fin de mi vida, recordaré aquel sermón sobre el Juicio universal, durante el que repetía muchas veces: «¡Maldito de Dios!... ¡maldito de Dios!... ¡qué desgracia! ¡qué desgracia...!» Aquello no eran palabras; eran gemidos que arrancaban lágrimas a cuantos se hallaban presentes»⁵⁸.

¡Los pobres pecadores! Cuando uno de ellos se obstinaba en no rendirse a la gracia, el Santo redoblaba sus oraciones y penitencias⁵⁹. «No me hallo bien, decía humorísticamente, sino cuando ruego por los pecadores»⁶⁰. Cuando se acercaba alguna gran festividad, y sobre todo durante el tiempo pascual, se imponía penitencias extraordinarias⁶¹. Fue su celo por la salvación de las almas culpables «lo que le indujo a abrazarse, por espacio de una larga vida, con un ministerio aplastante, sin interrupción, sin miramiento, sin alivio de ninguna clase; lo que le hacía levantarse a media noche o a la una de la madrugada y salir de la iglesia muy tarde; lo que le condenó a una privación casi total del sueño, y que, sin embargo, le mantuvo en una paciencia inalterable, en medio de las importunidades más enervantes». De esta manera se expresa el conde des Garets, alcalde de Ars⁶².

La dulzura con que el Cura de Ars acogía a los pecadores no degeneraba nunca en debilidad. No les daba la absolución sin estar bien seguro de la sinceridad de su arrepentimiento. Cierto que hasta el año 1840 fue *rigorista*, como lo eran entonces la mayor parte de los confesores de Francia. Seguía aún los principios que en 1815 se enseñaban en el seminario mayor de Lión. A partir de 1840, gracias al trato con el señor Tailhades, sacerdote piadoso e inclinado a la indulgencia; a los consejos del P. Ca-melet, Superior de los misioneros diocesanos, que en el ejer-

⁵⁸ *Proceso del Ordinario*, p. 780-781.

⁵⁹ Rdo. DUBOUIS, *Proceso del Ordinario*, p. 1244.

⁶⁰ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 301.

⁶¹ Juan PERTINAND, *Proceso del Ordinario*, p. 367.

⁶² *Proceso del Ordinario*, p. 958.

cicio de su ministerio había adquirido una profunda experiencia en la dirección de las almas; gracias sobre todo al estudio de la teología de San Alfonso de Ligorio, que acababa de publicar en francés el cardenal Gousset, el Cura de Ars se mostró visiblemente menos severo⁶³. Salvo casos muy excepcionales, no se le vio más, según testimonio de los ancianos, obligar al pecador a que volviera al confesionario hasta seis y siete veces. Además, tantas confesiones le hicieron conocer «la miseria del hombre»; sintió una profunda compasión y se convenció de que ante tal miseria es menester ser bueno. «Cuando se adelanta en el camino de la vida, decía el santo cardenal Richard, no se tiene la misma idea de la virtud que cuando se es joven»^M.

Sin embargo, hasta el fin de sus días, antes de absolver a un pecador inveterado, el Cura de Ars exigía indicios suficientes de conversión. «Los que no querían salir del estado de condenación — comentaba un sacerdote—, lo encontraban inflexible. Imponía rigurosamente los sacrificios necesarios. Así, obligó a una señora de París a quemar todos los malos libros de su biblioteca antes de recibir la absolución»⁶⁵.

Otra parisiense, una veraneante en el «Midi», pasó por Ars, de regreso a la capital. Un eclesiástico, que conocía su vida de desorden, le había aconsejado aquella parada. «Verá usted allí, señora, algo extraordinario: un cura rural que está llenando el mundo con su fama... No le sabrá a usted mal este pequeño rodeo en su viaje.» La predicción se cumplió de una manera singular. Por la tarde, se paseaba la señora por la plaza con una desconocida encontrada al acaso. El Cura de Ars cruzóse con ellas al volver de visitar a un enfermo. «Señora, dijo a la parisiense, sígame usted.» Y a la otra: «Usted puede retirarse: usted no tiene necesidad de mi ministerio.» Y tomando aparte a la pecadora, fue descubriendo a aquella Samaritana el velo de todas sus torpezas. Espantada

⁶³ O bien le fueron comunicadas de palabra las interpretaciones de San Alfonso de Ligorio, o le fueron prestadas las obras de dicho santo. La edición Gousset (*héologie morale a l'usage des cures et des confesseurs*, 2 tomos en 8.º, París, Le-M⁶⁴ que el Cura de Ars tenía en su biblioteca, es de 1845. " Mons. ODELIN, *Le cardinal Richard*, París, Gigord, 1922, p. 25. Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 749.

por tales revelaciones, guardaba silencio. Al fin, dijo: «Señor Cura, ¿quiere usted oír mi confesión?»

—¿Su confesión?, replicó el Santo; sería bien inútil. Yo leo en su alma y la veo encadenada por dos demonios: el demonio del orgullo y el de la impureza. Yo no la puedo absolver sino en el caso de que no vuelva a París, y, como conozco sus disposiciones, sé que volverá usted.»

Después, con intuición profética, el hombre de Dios le hizo ver que descendería hasta los últimos límites del mal.

«—¡Pero, señor Cura, yo soy incapaz de cometer tales abominaciones!... ¡Entonces estoy condenada!»

—No digo esto; pero en adelante, ¡cuan duro le será poderse salvar!

—Venga mañana, por la mañana; se lo dife.»

Durante la noche, para conjurar la pérdida de un alma que Dios había criado para las alturas y que se iba hundiendo en el fango, el Cura de Ars oró largamente y tomó una sangrienta disciplina.

Por la mañana concedió a aquella penitente tan frívola una audiencia de favor, y le dio la respuesta:

«—Pues bien: a pesar suyo, dejará usted París y volverá a aquella casa de allá abajo de donde viene usted. Allí, si quiere usted salvar su pobre alma, hará tales y tales mortificaciones.»

La señora salió de Ars, no absuelta todavía. París la recuperó un instante, pero ella vio, aterrada, cómo se iba abriendo a sus pies el abismo del pecado. Se apoderó de su alma un gran hastío; llamó a Dios y huyó de la capital... Oculta en su casa, en la región mediterránea, a pesar de los embates de una naturaleza dañada por las pasiones, demasiado tiempo satisfechas, resolvió emprender el camino del bien. Acordóse de los consejos del Santo de Ars. Una gracia interior muy poderosa la empujó y la ayudó a seguirlos. «En el camino de la abnegación, decía el Cura de Ars, sólo cuesta el primer paso; cuando se ha entrado en él, todo se anda por sí mismo...»⁶⁶. Nuestra arrepentida lo experimentó así muy felizmente. «Pasados tres meses, escribe el canónigo Ball, que

Esprit du Curé d'Ars, op. cit., p. 351.

recogió las notas para esta historia, su conversión era completa, sus disposiciones de espíritu y de corazón se hallaban tan trocadas, que ella misma no concebía cómo antes había podido amar lo que entonces le causaba tanto horror»⁶⁷.

Una vez el Cura de Ars había conseguido de sus penitentes las señales indispensables de enmienda, se mostraba muy benigno en la aplicación de la penitencia sacramental. «Me critican por esto, decía al Hermano Atanasio. Pero ¿puedo ser más severo con unas gentes que vienen de tan lejos y que se imponen tan grandes sacrificios?»⁶⁸. «Les desalentaría con penitencias demasiado fuertes», solía añadir aún⁶⁹. «Mas, ¿cómo mantenerse en el justo medio?, le preguntaba uno de sus colegas. —Amigo mío, respondió el Santo, he aquí mi receta: les impongo una pequeña penitencia y lo que falta lo hago yo por ellos»⁷⁰. Ya se adivina lo que con esto quería decir.

No olvidaba, sin embargo, el Cura de Ars que la penitencia ha de ser medicinal. De aquí, la gran habilidad de nuestro Santo en poner el dedo en la llaga: había que expiar tal falta o corregirse de tal defecto; pues bien, la penitencia sería apropiada.

Para las personas jóvenes, capaces de elevadas virtudes, la vanidad y un orgullo inconsciente pueden ser obstáculo en la vía de la perfección. El santo director trabajaba en hacerles romper con las últimas aficiones del amor propio. Un alma escogida, pero de una sensibilidad exagerada, la señorita Carolina Lioger, de Lión, futura fundadora, bajo el nombre de Madre María Verónica, de las Hermanas Víctimas del Sagrado Corazón, pasó durante algunos años seguidos, juntamente con su madre, una temporada en Ars. El Cura de Ars, que quería formar a aquella joven para el cumplimiento de los grandes designios a que estaba llamada, se complació en ejercitar su humildad, y lo hizo sin miramiento alguno. En cierta ocasión, le impuso que se pusiera de rodi-

⁶⁷ Archivos de la casa parroquial de Ars. ⁶⁸ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 832. ⁶⁹ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 307. ⁷⁰ Rdo. MONNIN, *Proceso de Ordinario*, p. 1140.

llas y brazos en cruz en el umbral de la puerta, mientras los fieles salían de misa⁷¹.

En general, los hombres pecan mucho por respeto humano. El Cura de Ars les enviaba, después de la confesión, a rezar públicamente en la iglesia.

¡Cuan conmovedor era, escribe el Rdo. Raymond, ver aquellos hombres de cabellos blancos, que habían desertado de la iglesia, descuidando la oración y la devoción a la Santísima Virgen, apretar^T fuertemente entre sus manos el rosario y rezarlo con fervor! Ninguno de ellos podía resistir la imposición del santo sacerdote de que todos llevasen consigo unos rosarios y que se sirviesen de ellos. En vano le objetaban que no conocían su uso... «Amigo mío, respondía el Cura de Ars, un buen cristiano va siempre armado de su rosario; el mío jamás me deja; compre usted uno; yo le aplicaré las indulgencias de las que tiene usted tanta necesidad para suplir una penitencia tan ligera». Además, la mayor parte de las veces que confesaba hombres, les regalaba un rosario, y todos lo aceptaban como un precioso recuerdo ».

«—¿Vive usted en su pueblo natal?, preguntó el Cura de Ars al señor Jorge L..., joven mundano de veintisiete años, cuando hubo terminado su confesión.

—Sí, padre.

—¿Cuál es su población?

—Veinticinco mil habitantes.

—¿Es usted conocido?

—Perfectamente, y casi de todo el mundo.

—Muy bien, hijo mío. En penitencia rezará usted antes de salir de esta iglesia los actos de fe, esperanza y caridad. Pero falta algo. Uno de los domingos de la fiesta del Corpus asistirá usted, en su pueblo, a la procesión, teniendo cuidado de colocarse inmediatamente después del palio. Vayase, hijo mío.»

El joven no osó replicar; la sorpresa y la emoción le cerraron la boca... El respeto humano le roía. Pero era creyente... y era su penitencia. El primer domingo lo dejó para el segundo. Llegado este día, no quiso llover como había de-

Le Curé d'Ars et la mere Mane Véronique, «Anales de Ars», Julio de 1904, p. 62. *Vida* manuscrita, p. 168.

seado. «Viviré cien años, decía, y jamás me olvidaré de aquellas dos horas pasadas detrás del palió. Mi frente estaba bañada en un sudor frío; mis piernas temblaban debajo de mí; de cuando en cuando recurría a la fe y probaba de rezar. Sólo maquinalmente pronunciaba las palabras litúrgicas...» Este acto de valor llamó la atención de sus conciudadanos católicos. Dos años más tarde, convertido ya en cristiano sin miedo, se hallaba al frente de una conferencia de San Vicente de Paúl, compuesta de treinta jóvenes que habían sido arrastrados por su ejemplo⁷³.

Afirmar que todos los penitentes del Cura de Ars perseveraron, como este joven, sería decir demasiado, vista la flaqueza humana. Es de presumir, empero, que en la mayor parte la impresión fue tan viva y el golpe de la gracia tan fuerte, que permanecieron fieles en el cumplimiento de su deber. Lo cierto es que el Santo triunfó en cosas muy difíciles y obtuvo la perseverancia de muchas de aquellas personas en las cuales no se suele confiar.

El director del seminario mayor de Brou, Rdo. Niermont, me rogó un día, dice el Rdo. Toccanier, que preguntase al Cura de Ars si había llegado a convertir algún *borracho*. Se lo pregunté en la sacristía delante de muchos testigos. He aquí la respuesta que recibí: «Sí, amigo mío, todavía no ha mucho que una mujer vino a darme las gracias, diciendo: Hasta el presente, era muy desgraciada con mi pobre marido: recibía de él más palos que pedazos de pan. Pues bien, desde que le conoció a usted, es más manso que un cordero.» Un vicario, que estaba con nosotros, refirió a su vez que conocía un caso semejante: un hombre de su parroquia, dado de mucho tiempo a la embriaguez, empleaba, desde su viaje Ars, un remedio heroico para enmendarse: iba a misa dando un largo rodeo, para no pasar por delante de la taberna, cuya vista era para él una tentación⁷⁴.

A un bebedor incorregible de Chaleins, mi antigua parroquia, declara en el *Proceso* Mons. Mermod, entonces cura de Gex, lo convirtió el Cura de Ars. Durante los tres años que después vivió, no probó un sorbo de vino y llevó una vida ejemplar. Cosa notable: ^aquel buen cristiano fue un día a encontrarme a la casa parroquial:

Documentos BALL, archivos de la casa parroquial de Ars. Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 153.

tenía muy buen aspecto y, sin embargo, quería confesarse, porque según decía, había de morir. Movido por sus ruegos, le di la absolución y la comunión. Una hora más tarde, había muerto⁷⁵.

Además, gracias al Cura de Ars, familias desunidas recobraron la paz, orgullosos escépticos se convirtieron en humildes creyentes y muchos libertinos murieron con claras señales de predestinación o buscaron la pura soledad del claustro.

Un arquitecto de Lión recibía con frecuencia de su esposa muy justos reproches... Una mañana, después de una violenta disputa, el marido culpable grita: «¡No me verás más!» Cierra la puerta tras sí, sale a la calle y ve una diligencia con esta inscripción: *Correspondencia de Ars*. «¿Qué tierra es ésta?, pregunta a uno que pasaba. Ars, le contesta, es un pueblo del Ain, a donde van para visitar a un cura extraordinario...» Por necesidad de un cambio para calmar sus nervios y, más aún, por curiosidad, nuestro lionés toma asiento en el coche, que marcha en seguida. La hora de la partida estaba fijada de manera que pudiesen aparearse en Ars antes del *catecismo* de las once.

El arquitecto logró penetrar en la iglesia de Ars. Vio al Santo, le oyó, y salió muy conmovido de lo que había visto y oído. «Señor, dijo al Rdo. Toccanier, a quien encontró en seguida, este sacerdote está verdaderamente *hundido* en el amor de Dios; sus palabras son tan ardientes, que, si le oigo otra vez, *bajaré la cabeza* como los demás.» Y el buen misionero le contestó que no veía en ello ningún inconveniente, sino todo lo contrario... Por la tarde, aquel hombre ocupó su lugar entre los penitentes del Cura de Ars... Salió de la sacristía todo transformado en el más feliz de los mortales «y regresó a Lión para echarse en brazos de aquella que no había "de verle más"»⁷⁶. En efecto, no era el mismo.

Hacía unos doce o quince años —pues era mucho antes de la llegada del Rdo. Toccanier a Ars—, otra conversión metió gran ruido en la ciudad de Lión. El señor Maissiat, profesor de dibujo en la Escuela de Artes y Oficios, era también

Proceso apostólico ne pereant, p. 951.

Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 152.

un geólogo de fama, que gustaba de llamarse *filósofo*, para dar a entender que sólo creía en la razón. Después de haber hecho piadosamente su primera comunión, en pleno Terror, había dejado el catolicismo para ser sucesivamente mahometano, judío, protestante, espiritista, sansimoniano y por último comunista... Su vida era una verdadera novela.

Un día de junio de 1841, salía de Lión para dar un paseo de un mes por los montes del Beaujolais. Encontróse en el coche de Villef ranche-sur-Saône con un viejo amigo que desde allí se dirigía a Ars. «Venga usted conmigo, le dice; verá usted un cura que hace milagros.

—¡Milagros! —responde irónicamente el geólogo—; yo no creo en ellos.

—Venga usted; lo verá y se convencerá.

—¡Pues bien, voy! ¡Total por una parada en Ars!

Y jugando con las palabras añade: *Ars* es una palabra que me gusta, pues yo soy artista.»

Al día siguiente por la mañana, el señor Maissiat asistía curioso a la misa del Cura de Ars. El Santo se fijó en el escéptico, al pasar de la sacristía al altar. Celebrada la misa, se fue derechamente a él, le puso la mano sobre la espalda y le dijo que le siguiera. Al entrar en la sacristía, vio nuestro *filósofo* el confesionario, y al hacerle señal para que se arrodillara: «¡Ah, replicó, esto no!...» Entretanto el varón de Dios no le quitaba la vista de encima. Al fin el señor Maissiat se arro-v.dilló... Total, ¡qué importa! A solas con el sacerdote, contóle fríamente, en calidad de simple narrador, toda la miserable historia de su alma. El santo confesor le escuchaba, pero sin engañarse sobre los sentimientos reales de aquel singular pendiente. «Amigo mío, venga a hablarme mañana. Entretanto, vaya al altar de Santa Filomena y pídale su conversión a Nuestro Señor.»

El señor Maissiat hace caso y se pone de pie en el lugar indicado. Mas, ¡qué misterio! Las lágrimas le saltan de los ojos. ¿Por qué? No lo sabe. Abriéndose paso entre la multitud, sale llorando de la iglesia.«¡Oh, había de confesar más tarde, cuanta felicidad se encuentra en estas lágrimas!»

De su excursión por los montes del Beaujolais, ya no se hablaba. Al día siguiente, el geólogo estaba ya a los pies del

Cura de Ars. «Padre mío, le decía, vencido por la gracia, no creo en nada... ¡Ayúdeme!» El Santo le ayudó tan bien, que pasados nueve días junto a él, el señor Maissiat regresó a Lión lleno de fe. «De retorno entre sus amigos, que no participaban de sus creencias, despreció todo respeto humano — cuenta el Rdo. Raymond— y fue uno de los más fervientes y celosos católicos de la ciudad.» «Murió, dice otro de sus amigos, el señor Gaillard, cura de Montagnant, en medio de los más hermosos sentimientos que puede inspirar la piedad cristiana»⁷⁷.

A mediados de noviembre de 1855, se instalaron en el hotel de Francisco Pertinand, un joven de Clermont-l'Hérault, llamado Silvano Dutheil, y su madre. «Habiendo sentado plaza en el Ejército a la edad de dieciséis años, contrajo, como consecuencia de sus excesos, una enfermedad de pecho, que le obligó a volver al seno de su familia.» Extraños acontecimientos le movieron a hacer un viaje tan largo y penoso para poder entrevistarse con el siervo de Dios.

«Pasando un día por una calle de Montpellier, cuenta el Hermano Atanasio, vio un retrato del Cura de Ars e hizo burla de él.» Su hermana, que iba con él, díjole después de reprenderle: «¿No podrías, tal vez, obtener tu curación si tuvieras confianza en este Santo?» El joven rióse de ello muy de veras... Por la noche, el santo Cura se le apareció en sueños, sosteniendo en la mano una manzana podrida en más de su mitad. Movido por esta visión, Silvano pidió ser conducido a Ars.

«Su madre le acompañó: Todos los días el Cura de Ars le visitaba en el hotel. Por la mañana del sábado, día 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción, Silvano, convertido ya y absuelto de sus pecados, fue conducido a las gradas del altar. La temperatura era glacial y después de haber comulgado fue llevado a la sacristía, junto a la estufa. «¡Ah, qué feliz soy, exclamaba; nunca, durante mi vida, gocé de mayor felicidad!»

⁷⁷ Hemos ligado en esta relación las noticias del señor Gaillard, testigo de las conversaciones del señor Maissiat (*Proceso del Ordinario*, páginas 1327-9), y la del Rdo. Raymond, *Vida* manuscrita, p. 158.

«De vuelta al hotel, se echó en brazos de su madre y le dijo llorando: «El gozo de esta comunión me hace olvidar todos los sufrimientos... No quiero dejar a este varón; quiero morir aquí.» En efecto, murió a la noche siguiente»⁷⁸.

En 1859, un viejo batelero del Saona, pecador empedernido, fue llevado de sorpresa a la aldea de Ars. Vio la iglesia llena de peregrinos y el confesionario asediado por los penitentes. Adivinó la broma, se desató en blasfemias y quiso marcharse en seguida. Le objetaron que era demasiado tarde y que, quieras que no, era menester pasar la noche en aquel pueblo odiado. Entretanto, alguien prevenía al Cura de Ars de la llegada de aquel «pez gordo».

Llegada la noche, el Cura de Ars se presentó en la habitación donde se alojaba el batelero. «No he venido aquí para hacer el devoto, gritó furioso... ¡Déjeme usted en paz! El tiempo se me hace largo para marchar...

—Amigo mío —respondió dulcemente el Cura de Ars, cogiéndole la mano—, ¿no quiere usted tener compasión de su alma?»

Y le dejó sin decirle más. ¿Qué sucedió aquella noche? No se sabe. Por la mañana, el Santo encontró a su *pecador* bañado en lágrimas y con un crucifijo entre las manos. «La conversión fue completa, rotunda.» El Cura de Ars le predijo —al menos corrió la fama— que confesor y penitente se seguirían de cerca en la sepultura. Sea de ello lo que fuere, «poco después de la muerte del siervo de Dios, encontraron al viejo batelero exánime, arrodillado en su lecho»⁷⁹.

Un día de otoño de 1852, Francisco Dorel, yesero en Villefranche-sur-Saône, iba con sus amigos camino de Ars. Dorel tenía treinta y dos años⁸⁰, y era muy apuesto. Nadie le hubiera tomado por un peregrino, según iba equipado. Con Polainas y fusil en bandolera, silbaba, de vez en cuando, a un soberbio perro de caza. Era que nuestro hombre no quería pasar por un *beato* en busca de confesor. El día anterior, su amigo le había dicho:

⁷⁹ Hermano ATAN ASIÓ, *Proceso del Ordinario*, p. 871.

⁸⁰ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 153.
Había nacido en Villefranche el 24 de julio de 1820.

«—¿Vienes mañana a Ars? Hay allí un cura que hace milagros y que confiesa día y noche. Vale la pena de ser visto.

—¿Entonces tú tienes intención de...?

—¿Y por qué no?

—¡Haz lo que quieras! Oye. Yo iré contigo, pero llevaré mi escopeta y mi perro... Y, después de haber visto al *maravilloso* cura, me iré a cazar patos a los estanques de Dombes. Tú, si te place, podrás confesarte.»

Los dos viajeros entraron en el pueblo, en el preciso momento en que el Cura de Ars atravesaba lentamente, con su ademán habitual de quien bendice. Francisco Dorel, curioso ante aquel espectáculo, se mezcló con la multitud. ¡Oh sorpresa! Al pasar por delante de él, el santo anciano se para y mira alternativamente al perro y al cazador. «¡Señor, dice con seriedad al desconocido, sería de desear que su alma fuese tan hermosa como su perro!»

El hombre enrojeció y bajó la cabeza... Su perro era tal cual Dios lo había hecho: fiel, ágil; mas él, el cristiano, había arruinado en su alma la obra divina... Reflexionó largo tiempo, aterrado por aquella revelación inesperada. Finalmente, dio a guardar a la gente del pueblo la escopeta y el perro, entró en la iglesia y se confesó con el Cura de Ars. Estaba tan contrito, que se derretía en lágrimas. Había sido ilustrado sobre el valor de su alma, sobre la vanidad del mundo y la seriedad de la vida: quería ser religioso.

«¡Vaya usted a la Trapa!», le dijo con seguridad el Cura de Ars.

Francisco Dorel se presentó, en efecto, en Nuestra Señora de Aigebelle el 18 de diciembre de 1852, donde tomó el hábito al año siguiente. Dieciséis años más tarde, hizo la profesión solemne con el nombre de Hermano Arsenio... Murió santamente, bajo el sayal, el 18 de diciembre de 1888⁸¹.

⁸¹ Según una *memoria* sobre ocho vocaciones a la Trapa inspiradas por el Cura de Ars, dirigida a Mons. Convert por el R. P. Abad del monasterio de Aigebelle, el 21 de mayo de 1901.

XV. LAS PEREGRINACIONES A ARS

IV. EL CURA DE ARS, DIRECTOR DE CONCIENCIAS

A cada alma los minutos necesarios.—La prudencia en las decisiones.—Las almas que el Cura de Ars alienta a avanzar.—Las que frena en sus ímpetus.—Las devociones que aconseja.—La obligación ante todo.—Los deberes de los esposos.—La dirección de los sacerdotes.—Con las conciencias escrupulosas.—La práctica de los sacramentos.—La preparación que exige.—Frecuente comunión y ciencia suficiente.—«¡Comulgad con más frecuencia!».—El influjo radiante de un Santo.

Podrían escribirse páginas muy curiosas sobre la manera como el Cura de Ars trataba a las almas simplemente piadosas o ya adelantadas en la perfección. Se citan casos en que se negó a oír a personas que sabía que estaban en gracia de Dios.

Una de mis tías, religiosa marista, refiere el Rdo. Rougemont, vino con su Superiora para aconsejarse sobre un asunto que interesaba a su comunidad. Antes de que le hubiesen hablado, les indicó el partido que habían de tomar. Después, cuando le pidieron que las confesase, respondió: «Ustedes no tienen necesidad; dejen el tiempo para los demás». Y se retiraron muy consoladas '.

A la señorita Clara Deschamps, que fue a consultarle en enero de 1853, en compañía de su tío el cardenal arzobispo de Malinas, el Cura de Ars solamente le dejó hacer la señal de la cruz. «Sí, hija mía, le dijo en seguida, eres a propósito

Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 750.

para la comunidad del Sagrado Corazón. Vete a comulgar sin absolución.» Y ella se retiró del todo dichosa².

Hechos de esta clase fueron excepciones, y el Cura de Ars tenía motivos cuando obraba así. A todos los demás penitentes, les daba los minutos necesarios, aun a los niños, con quienes se mostraba siempre indulgente y paternal³: los dos sacerdotes Lemann, convertidos del judaísmo, se confesaron con él en su juventud. «Entonces, cuentan ellos, dejaba que hundiésemos nuestra cabeza en sus largos cabellos .. blancos y nosotros gustábamos el placer de *impregnarnos ; de un santo*»*. A pesar de que le asediaban, «jamás encontraba un ignorante sin que le instruyese, ni un alma justa a la que no diese alientos y empujase hacia la perfección»⁵.

La santidad de su vida y la prudencia sobrenatural de sus decisiones inspiraban a las almas justas una confianza sin límites. «He encontrado durante mi ministerio como vicario de Ars, declara el Rdo. Rougemont, numerosas personas que consideraban al Cura de Ars como un director incomparable y divinamente inspirado»⁶. «Así en el confesionario como en el pulpito, dice la señora Cristina de Ci-. beins, era para mí la ley y los profetas»⁷.

En general, sus respuestas eran claras y prontas: «Levantaba los ojos al cielo y después decía sin dudar y con gran seguridad»⁸. Pero le preguntaban sobre tantos asuntos que a veces pedía tiempo para reflexionar y para consultar a algún compañero. Aunque yo era muy joven, refiere el Rdo. Dufour, misionero de Pont-d'Ain, un día tuvo la humildad de consultarme sobre un caso de restitución⁹.

Más de un penitente del Cura de Ars se fue decepcionado, por pensar que oiría de él cosas extraordinarias. Sus decisiones no tenían nada de exaltadas ni de exageradas, sino

Memoria del reverendo Francisco, capellán de los Redentoristas de Grenoble. continuativo, p. 155.

³ Señorita Marta DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 293.

⁴ Carta a Mons. Conven, 11 de agosto de 1908.

⁵ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 847.

* Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 789.

¹ Señora Cristina de CIBEINS, *Proceso apostólico continuativo*, p. 155.

⁸ *Ibidem*.

⁹ *Proceso apostólico in genere*, p. 347.

que eran circunspectas y justas. Sabía distinguir los motivos secretos, conscientes o no, de ciertos deseos y de ciertos ensueños, y ponía a las almas en el verdadero camino. Tal joven suspiraba por el claustro, y él le aconsejaba que buscara una colocación en el mundo; a otra que se creía llamada al matrimonio le descubría otros horizontes. Según el caso, empujaba hacia adelante o detenía.

Por lo demás, absteníase de aconsejar, cuando le parecía que otros podían hacerlo con mejor conocimiento de causa. Así, a una señora de Grenoble que le preguntó si podía abrir un café para subvenir mejor a la educación de sus hijos, la remitió al cura de su parroquia¹⁰.

La señorita Luisa Martín, de Saint-Rambert en el Ain, de natural festivo y travieso, pero dotada de muy buen corazón, sentíase atraída, a la edad de dieciocho años, hacia la vida religiosa. Su padre la trataba de loquilla. Un día fue a visitar a una prima en el locutorio, vio la reja de la clausura. «¡Oh, exclamó, no seré yo quien quiera vivir allí dentro!» Poco tiempo después de aquel viaje, sintió inquietud y se preguntó a sí misma: «¿Si, a pesar de todo, Dios te llamase a un monasterio de contemplativas?...» Con su abuela, a quien había comunicado confidencialmente sus luchas interiores, partió para Ars, sin que lo supiesen sus padres. Después de una larga espera en la iglesia, le llegó su turno para postrarse en el confesionario, cuando en aquel mismo momento salió el Rdo. Vianney y se dirigió a la sacristía para presidir una procesión —era la mañana del día de San Marcos, 25 de abril de 1843—. Luisa Martín corre a su encuentro: «Pero señor Cura, yo quería comulgar en su misa, y no me he confesado.» En aquel momento la multitud que llenaba la iglesia corría desbordada hacia la sacristía, cuya puerta era difícil de cerrar.

«—¿Tiene usted amor propio?, preguntó sonriente el santo Cura a la joven.

—Oh, no, padre.

—Pues bien, arrodílese y confiésese.»

Se confesó, refirióle sus angustias y el Santo le respon-

dió: «Su vocación viene del cielo, hija mía. Entre en seguida en la Visitación.»

Los padres de Luisa no opusieron resistencia, y Sor María Anastasia se entregó al Señor con toda su naturaleza ardiente".

Hacia el año 1836, el señor y la señora Millet, de Macón, resolvieron pasar algunos días en Ars, para poder tratar, a su placer, como creían, con el santo Cura. Pudieron, en efecto, hablarle. Pero su hija Luisa Coloma, que había ido con ellos, no quería a ningún precio dirigirse al siervo de Dios. Sin embargo, era muy buena y piadosa. Los peregrinos estaban a punto de salir de Ars después de una semana de permanencia en aquel pueblo. Entraron, por última vez, en la iglesia, cuando el Rdo. Vianney pasaba a la sacristía. Guiado por una intuición sobrenatural, lanzó sobre la multitud una mirada penetrante e hizo señas con el breviario en dirección a Luisa Coloma. Esta le entendió en seguida: había que rendirse. La multitud le abrió paso y, con un ademán, el Santo le indicó el confesionario. La joven cayó de rodillas y, después de una breve entrevista, oyó las palabras que habían de orientar toda su vida: «Hija mía, usted será religiosa de la Visitación... ¡Dios lo quiere... Dios lo quiere!» La penitente resistió, pero el cura de Ars repitió por tercera vez: «¡Hija mía, Dios lo quiere!» Las dificultades que había que vencer eran insuperables. Todas se allanaron por sí mismas, y Luisa Coloma, libre de todos los lazos, emprendió el vuelo hacia el arca santa¹².

Una joven, que había de ser Sor María Matilde, en las Ursulinas de Avignon, era pensionista en Troyes, cuando, en julio de 1856, una parienta fue a buscarla para conducirla a Ars.

En el momento de partir, contaba ella misma en 1916, encontré una amiga que me hizo esta confidencia: «Estoy muy contenta de

¹ Extracto de las *circulares* de la Visitación de Montluel, *Ármales d'Ars*, agosto de 1909, p. 94.

¹² Cf. *Circular de la Visitación de Macón*, de 21 de noviembre de 1910. Sor Luisa Coloma murió en el monasterio el 20 de agosto de 1908, llena de méritos, a la edad de 89 años y 64 de profesión religiosa.

que vaya usted a Ars; el santo Cura le dirá su vocación, como me la dijo a mí...»

«Padre mío, os he traído una sabia pequeñita». Así fui presentada al Cura de Ars. Respondió él; «Tanta peor! Todo esto no vale un acto de amor de Dios... —Pero, padre mío, replicó mi pariente, ¿qué será de esta niña?» Entonces el Santo fijó en mí su mirada; parecía que veía mi alma en mis ojos. «Una religiosa», dijo al fin.

En seguida, viendo que tendría que dejar a mi madre, a mis hermanos y mis queridos estudios, le dije con viveza: «¡No, jamás!... ¡No, no, no!» Y él, sonriendo a cada uno de estos *no* repetidos, exclamaba a su vez: «¡Sí, sí, sí!...» Entonces, le seguí al confesionario Yo pensaba conseguir diplomas; él cambió mi espíritu y mi corazón.

Tres años más tarde, en 1859, el año de su feliz muerte, hice la profesión. Y he aquí que llevo cincuenta y ocho de vida religiosa¹³.

De esta manera, el Cura de Ars dirigía hacia las cumbres muchas almas buenas, débiles o turbadas, que sin él no hubieran sido todas de Dios. Por otra parte, hábil en discernir los designios providenciales, disipaba en ciertas almas generosas los sueños de una perfección ilusoria.

Vi a un coronel, cuenta el Rdo. Dufour, misionero de Pont-d'Ain, que le ayudaba a misa vestido de uniforme, y que le acompañaba, cirio en mano, mientras distribuía la sagrada comunión. Este oficial, de graduación superior, le preguntó si, libre como estaba de los lazos matrimoniales, debería entrar en alguna orden religiosa. «Guárdese usted de ello, le respondió el siervo de Dios; el ejército tiene demasiada necesidad de buenos ejemplos como los suyos»¹⁴.

«Padre mío, decíale un sacerdote arrodillado a sus pies, ¿he de alimentar en mí los deseos de la vida religiosa que tan vivamente siento desde el segundo curso que estuve en el seminario mayor, o sea, hace ya veinte años?» Respondióle sin rodeos: «Sí, amigo mío, este pensamiento viene de Dios, es menester fomentarlo.

—Entonces, padre, me permitirá que deje el cargo que

³ Carta dirigida en 1916 a Mons. Conven por Sor María Matilde, en el convento de las Ursulinas en la *Vi* Nomentana, en Roma.

⁴ *Proceso apostólico in genere*, p. 341.

desempeño (este sacerdote era profesor en un seminario) y que entre religioso... En tal comunidad si le parece.

—¡Calma, amigo mío! Quédese donde está. Tenga en cuenta que Dios envía a veces buenos deseos, pero cuya realización en esta vida no nos exigirá nunca.»

Con estas palabras hizo entender al sacerdote educador que sus aspiraciones a la vida monástica eran de aquellas que, fomentadas cuidadosamente en el corazón, serían para él una salvaguarda contra los peligros del mundo y un estímulo para la práctica de las virtudes sacerdotales. Tres años después, el mismo eclesiástico, inquieto, a pesar de todo, por la persistencia de sus deseos, volvía a la carga. Había sido trasladado del seminario menor a un colegio católico. «Ahora que estoy allí, ¿qué me aconseja usted, padre?» El Santo le contestó, sonriente: «Lo mismo.» Y con un tono de mayor gravedad, añadió: «La mejor obra que podemos hacer en el siglo en que vivimos es educar cristianamente a la juventud»¹⁵.

* * *

Muchas personas pedían al Cura de Ars que las ayudase en las devociones. Enemigo de las *devocioncitas* que embarazan ciertas vidas y las hacen estériles, descubría en ellas un egoísmo disfrazado. El rezo del rosario, el *Ángelus*, las jaculatorias, y por encima de todo, la asistencia al santo sacrificio de la misa y a los divinos oficios, prácticas aprobadas y recomendadas por la Iglesia, he aquí las devociones que proclamaba. Prefería la oración pública a las oraciones particulares. «La oración particular, decía, se asemeja a las pajas esparcidas en el campo: si se les prende fuego arden con poca llama; pero reúnalas en un montón, y entonces la llama es grande y se eleva hacia el cielo: tal es la oración en común»¹⁶. También se esforzaba en inculcar a

¹⁵ Según una carta dirigida el 1.º de septiembre de 1864 al R. P. Faivre, misionero de San Claudio, por el Rdo. Cornu, entonces superior del seminario de Nozeroy (Jura). Documento trasladado al *Proceso del Ordinario*.

¹⁶ Baronesa DE BELVEY, *Proceso del Ordinario*. — Para facilitar su venta, algunos editores publicaron varias obras de piedad con el nombre del Cura de Ars, espe-

las almas deseosas de perfección la costumbre de la oración mental cotidiana, y les explicaba la manera de hacerla. A los que no podían aplicarse a meditaciones metódicas, les recomendaba simplemente que pensasen muchas veces en Dios. «Hacíame notar, cuenta la humilde tendera Marta Miard, que eran tantas las imágenes de la Virgen y tantos los objetos de piedad que tenía en mi casa, que bastaba mirarlos para saber orar»¹⁷. Si le preguntaban qué lecturas eran útiles para adelantar en la virtud, aconsejaba el *Evangelio*, la *Imitación de Cristo* y las *Vidas de los Santos*¹⁸.

Es muy digno de notarse que a todas las almas, fuesen las que fueren, el recto y prudente director prescribía siempre, y ante todo, el cumplimiento de la obligación. «Imposible decir, refiere la señorita de Belvey, con qué admirable tacto sabía discernir, para cada uno, lo que era obligatorio o simplemente de consejo, y rechazaba lo que era efecto del amor propio o inspiración de su celo indiscreto»¹⁹. Lo que enseñaba en la explicación del catecismo lo repetía en el confesionario:

Se entiende mal la religión. Supongamos, hijos míos, una persona que ha de ir a su trabajo cotidiano. Esta persona siente deseos de hacer grandes penitencias y de pasar la mitad de la noche en oración. Si está bien instruida, dirá: «No\ no hay que hacer esto, porque mañana no podré cumplir con mi^ debres: tendré sueño y la menor cosa me impacientará; estaré durante todo el día de mal humor; no haré la mitad del trabajo que haría si hubiese descansado toda la noche...» Una persona instruida tiene siempre dos guías: el consejo y la obediencia²⁰.

pálmente la titulada «*Considérations sur la nécessité de connaitre Jésus-Christ et d'imiter ses venus*» (Lyon, Guyot, 1815). El impresor, engañado tal vez sobre la identidad del autor, se atrevió a escribir en su breve prólogo: «La acogida favorable que ha alcanzado recientemente la *Guide des âmes pieuses* del señor Cura de Ars, y la venta considerable, son garantía suficiente del éxito que obtendrá esta nueva obra cuya edición nos han encomendado». El autor de esta obra era el Rdo. Peyronnet, canónigo de Fourvière. . En realidad, «el Rdo. Vianney permitió que se insertasen en la *Guide des âmes Pieuses* tres o cuatro oraciones dictadas por él a Catalina Lassagne... Asimismo, compuso una oración para los sacerdotes que toman posesión de su parroquia». (Baronesa DE BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 258 y 202.) 18 [^] *Proceso apostólico continuativo*, p. 845.

Pedro ORIOL, *Proceso del Ordinario*, p. 738. * *Proceso del Ordinario*, p. 228. ^u *Bsprit du Curé d'Ars*, p. 103-104, p. 177.

«El señor Cura, dice Catalina Lassagne, no quería que una madre de familia dejase el cuidado de su casa para ir a la iglesia cuando no era de obligación... Un día, al comenzar la cuaresma, me dijo que no ayunase. Pero, señor Cura, le repliqué, ¿cómo es que ayuna usted? —Es verdad, me respondió; pero yo, a pesar de los ayunos, puedo cumplir con mi deber: tú, en cambio, no podrías»²¹.

A las personas unidas en matrimonio les hacía ver la grandeza de su vocación y las exhortaba a cumplir santamente con las obligaciones de su estado. La señora Ruet, de Uroux (Ródano), que ya tenía numerosa descendencia, iba a ser madre otra vez. Fuese al Cura de Ars en busca de consuelo. No hubo de aguardar mucho, pues el Santo la hizo salir de entre la multitud. «Está usted muy triste, hija mía, le dijo cuando estaba arrodillada en el confesionario. —¡Ah, si ya soy de edad avanzada, padre mío! —Tenga usted buen ánimo, hija... ¡Si usted supiera cuántas mujeres están en el infierno por no haber dado al mundo los hijos que tenían obligación de darle!»²².

«¡Animo!, decía con paternal afecto a una señora que le confiaba sus cuitas a causa de su numerosa prole, no le espante a usted la carga: cuando Dios concede a una madre muchos hijos, es señal de que la juzga digna de educarlos. Es, por parte de Dios, una prueba de confianza»²³.

A sus colegas en el sacerdocio les conjuraba a que tendiesen sin reservas de ninguna clase a la perfección contenida en los consejos evangélicos. A veces exigía, a los que creía capaces, sacrificios pequeños en apariencia, pero muy grandes delante de Dios y de su siervo. Un sacerdote, que más tarde fue religioso del Sagrado Corazón de Is-soudum, hizo unos ejercicios espirituales bajo su dirección. Cuando terminaba de confesarse, se dijo a sí mismo, refiriéndose a los ratos de ocio que pasaba jugando a los naipes con sus compañeros: «¿Me acusaré de esto?» Para estar tranquilo lo dijo tal cual era. «Esto no lo ha de hacer», respondió el confesor.

Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 498. *Annales d'Ars*, agosto de 1907, p. 91. Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. II, p. 552.

—Pero, padre, el juego es quizás un mal menor. A veces, en las reuniones...

—¡Oh, entonces no hay para qué reunirse!

—Es que a uno le llaman para ayudar a un compañero; y después...

—Después, prestado ya el servicio, se retira uno.»

Las réplicas del Santo eran breves, claras y sin comentarios. Del otro lado de la rejilla, el penitente dudaba en proseguir ante aquella austeridad tan fuera de lo común y tan por encima de sus fuerzas, cuando al levantar la cabeza se fijó en un Santo Cristo. Entonces lo entendió todo.

«—Bien, padre mío, prometo no jugar más, pero ayúdeme con sus oraciones.

—¡Esto "basta!», respondió el Cura de Ars, y le dio la absolución.

Al salir del confesionario, el penitente se dirigió a la capilla de Santa Filomena y allí escribió su propósito apoyando el papel sobre el altar... Cuando algo después sus amigos le instaron a tomar las cartas, les dijo: «Miraré unos momentos cómo jugáis, pero yo no tomaré parte en el juego: vengo de Ars y he prometido al señor Cura no jugar más en adelante.» Nadie se atrevió a replicar²⁴.

Es fácil concebir que en otras circunstancias recomendaba a los sacerdotes sacrificios más heroicos. A un párroco que se lamentaba en su presencia de la frialdad de sus feligreses y de la esterilidad de su celo, le contestó con estas frases que parecen fuertes, pero que habían de ser bien recibidas por aquel a quien iban dirigidas: «¿Ha predicado usted? ¿Ha orado? ¿Ha ayunado? ¿Ha tomado disciplinas? ¿Ha dormido sobre duro? Mientras no se resuelva usted a esto no tiene derecho a quejarse»²⁵.

A las almas escrupulosas, el Santo procuraba fundarlas en la confianza en Dios y en la obediencia al confesor. «Por otra parte, una sola palabra suya bastaba para sosegar a un alma inquieta y turbada»²⁶. A los pusilánimes y a los timoratos les empujaba a la acción. A una señorita de Mor-

²⁴ *Ármales d'Ars*, febrero de 1901, p. 269. " Rdo. TOCCANIER, Nolas manuscritas, p. 31. Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 211.

moyron (Vaucluse), llamada Adela Conil, le ofrecieron el honor de ser madrina. La responsabilidad de tan modesto título la espantó — es cierto, sin embargo, que entonces se tomaba más en serio— y no quiso aceptar. Poco después fue en peregrinación a Ars y se confesó con el santo Cura. «Usted no obró bien cuando se negó a ser madrina, le dijo el Rdo. Vianney, sin que se hubiese dicho palabra del bautis- mo; no hay que tener nunca miedo de hacer el bien, aunque nos cueste algo. Ea, otra vez sea más juiciosa»²⁷.

* * *

Pero lo que más procuraba el Cura de Ars era inducir a las almas piadosas a la práctica frecuente de los sacramentos. «No todos los que se acercan son santos, pero los santos serán siempre escogidos entre aquellos que los reciben con frecuencia»²⁸. De esta manera, «cuando en Francia casi no existía la comunión frecuente, fue uno de los primeros introductores de esta saludable práctica»²⁹. Pero en este punto obró también siempre con gran discreción: quería una preparación seria y deseos de sacar de la comunión todo el fruto posible; y «puesto que no hay absolución ni comunión que puedan suplir el esfuerzo personal contra nosotros mismos»³⁰, se mostró siempre «bastante severo con los *pecadores habituales*»³¹. No podía sufrir en su alma cristiana los signos de la tibieza. «Entonces, hija mía, decía a una señora de Lión, ¿no quiere usted convertirse? Comulga usted y no reforma su conducta. Es usted siempre la misma, violenta, impulsiva...». «Mi podre madre, decía la hija de esta señora, que refería esto, temblaba de pies a cabeza al ver que el Cura de Ars leía tan claramente en su alma, y cuando se atrevió a levantar los ojos bañados en lágrimas, le pareció ver el rostro del Cura de Ars como encendido en fuego»³².

²⁷ *Annales d'Ars*, septiembre de 1919, p. 111.

²⁸ Juana-María CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 686.

²⁹ Rdo. MONNIN, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 282.

³⁰ F. BRUNETIERE, *Trois provinciales de Pascal*, París, Hachette, 1905. *Introduct* p. XXXI.

³¹ Juana-María CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 771.

³² *Documentos BALL.* (Archivos de la casa parroquial.)

Una mañana de 1854, la señorita Estefanía Poignard, de Marcy, junto a Villefranche-sur-Isaône, tomó asiento con otras alegres compañeras en un coche que partía en dirección a Ars. Se bromeó durante todo el camino... Estefanía, que era piadosa, se fue directamente a la iglesia, donde el Cura de Ars comenzaba la misa, y, en el momento de la comunión, se arrodilló a la sagrada mesa. El celebrante dio la sagrada hostia a todos los presentes, pero al llegar delante de la joven viajera, la sostuvo levantada en alto, comenzó a recitar la fórmula *Corpus Domini Nostri...* y sin acabarla, se quedó inmóvil.

La angustia interior de la pobre muchacha, a quien el siervo de Dios quería dar para toda la vida una lección, no es para ser ponderada. No sabiendo qué pensar, se puso a rezar mentalmente los actos de fe, esperanza y caridad. Cuando hubo acabado, el Cura de Ars puso la hostia en sus labios. «Hija mía, le dijo después al verla de nuevo, cuando no se han rezado las oraciones de la mañana y se ha pasado un largo viaje en disipación, no se halla uno muy bien preparado para comulgar»¹³.

Para admitir a la comunión frecuente, el Cura de Ars, además de cierto grado de devoción, exigía cierto conocimiento. La señora Maduel, de Lurcy, persona piadosa, pero no muy ilustrada, le pidió un día que la autorizase para comulgar algunas veces por semana. «Sí, buena mujer, le respondió el *Santo, pero en penitencia* irá usted a buscar a su *cura párroco* —y pesó estas palabras— y le pedirá que le enseñe lo que dice el catecismo sobre la comunión y las disposiciones necesarias para ella.»

Para no hacerse catequizar por su propio párroco, la pobre señora renunció a la frecuente comunión. Pero esto era para ella *mayor penitencia*. Quieras que no, otro recurso no tuvo que ir a ver al cura de Lurcy, Bernard. Este, para no herir el amor propio de su feligresa, se limitó a prestarle dos libros espirituales y le indicó los capítulos que había de leer. Ella los leyó y los estudió. «¡Ah, decía después al señor

¹³ Según relación oral de la señorita María Brizard, de Ars, íntima amiga de Estefanía Poignard.

Bernard al devolverle los libros, qué contenta estoy de esta penitencia! He aprendido muchas cosas que no sospechaba y que me serán muy útiles.»

El señor Bernard contaba más tarde este rasgo, como respuesta a los que censuraban al Cura de Ars por no entender nada en la dirección de las almas y favorecer todas las ilusiones de las falsas devotas³⁴.

Por el contrario, cuando veía verdadera devoción, multiplicaba los alientos. Se complacía en excitar el apetito, sobrenatural de las almas bien dispuestas. Sus *catecismos sobre la frecuente comunión* están llenos de ardorosos llamamientos y clamores admirables:

Hijos míos, todos los seres de la creación tienen necesidad de alimentos para vivir: a este fin, Dios hace crecer los árboles y las plantas; es una mesa muy bien servida a la cual acuden todos los animales a buscar su alimento apropiado. Mas es necesario que el alma también se nutra. ¿Dónde está su alimento?... Hijos míos, cuando Dios quiso dar alimento a nuestra alma para sostenerla en su peregrinación por este mundo, paseó su mirada sobre todas las cosas criadas y no encontró nada digno de ella. Entonces se concentró en sí mismo y resolvió entregarse...

¡Oh alma mía, cuán grande eres! Sólo Dios puede contentarte. El alimento del alma es el cuerpo y la sangre de Dios. ¡Oh hermoso alimento! El alma no puede alimentarse sino de Dios. Sólo Dios puede bastarle. Sólo Dios puede llenarla. Fuera de Dios nada hay que pueda saciar su hambre. Necesita absolutamente de Dios... ¡Qué dichosas son las almas puras que se unen a Dios por la comunión! En el cielo resplandecerán como hermosos diamantes porque la imagen de Dios reverberará en ellas... ¡Oh vida dichosa! Alimentarse de Dios... ¡Oh hombre, qué grande eres! Nutrido y abrevado con el cuerpo y sangre de un Dios... Id, pues, a comulgar, hijos míos³⁵.

En el confesionario no hablaba de otra manera. Una mañana de 1846 llamó de entre la multitud de penitentes a la Rda. Madre Elisabet Giraud, fundadora de las Hermanas del Santo Rosario, en Pont de Beauvoisin d'Irère. Le dijo algunas palabras sobre la pesada carga que había de asumir y

Según una carta (sin fecha) del Rdo. Augusto Rougemont a Monseñor Convert. *Instrucciones de las once*, manuscrito de la Bastie, p. 52 a 55, *passim*.

después añadió: «Usted no comulga bastante; hágalo con más frecuencia. Ahora voy a decir misa: quiero que tenga el gozo de recibir hoy a Nuestro Señor». «He sido muy descuidada, decía confidencialmente a sus amigas la humilde Madre Elisabet: en aquel tiempo comulgaba cada ocho días y me parecía que era demasiado»³⁶.

Una persona piadosa del Beaujolais no comulgaba sino muy raras veces. «Después de muchas entrevistas», el párroco Vianney la convenció de que recibiese la Sagrada Eucaristía cada quince días. Hizo varios viajes a Ars y cada vez recibía la orden de comulgar más. Esta persona, a pesar de su obediencia, objetaba que las prácticas de devoción no se estilaban mucho en su parroquia, y que le molestaba el verse sola en la iglesia.

«Usted tiene, sin duda, amigas, replicó el santo Cura. Elija las más virtuosas y lléveselas consigo. De esta manera no se encontrará usted sola.»

Un día fue a Ars con dos compañeras. «En adelante vendrán cada seis meses les dijo el hombre de Dios, pero no solas, sino acompañadas; es necesario que cada una conquiste dos o tres más.»

Al cabo de seis meses, doce jóvenes del Beaujolais emprendían juntas el camino de Ars. A todas enseñó el Santo los secretos de la comunión frecuente... Su propio párroco, admirado del cambio de su parroquia, quiso saber la causa. Le contaron la historia y se apresuró a hacer un viaje a Ars para dar al Cura las gracias por su celo y entrevistarse con él".

¡Cuántas almas y cuántas parroquias tuvieron que agradecer al santo Cura el haberse transformado! Lo que se sabe de su influencia como confesor y director de almas se reduce, en suma, a bien poca cosa; lo demás, ignorado por nosotros, Dios se reserva el revelarlo. «El Rdo. Vianney, dice la condesa des Garets, se vio forzado a confesar que solamente el día del Juicio final se verá el bien que se produjo gracias a su ministerio»³⁸. Y es fácil de concebir que el de-

³⁶ *Documentos BALL*. (Archivos de la casa parroquial de Ars.)

~*j Documentos BALL y notas manuscritas de Morís. Convert, cuaderno I, n. 5.*

³⁸ *Proceso del Ordinario*, p. 791.

EL CURA DE ARS

monio, empeñado en la pérdida de las almas, gritase por boca de una posesa: «¡Cuánto me haces sufrir!... Si hubiese tres como tú, mi reino sería destruido»

³⁹⁹Rdo. MONNIN. *Le Curé d'Ars*, t. I, p. 439.

XVI. LAS PEREGRINACIONES A ARS

V. LA JORNADA DEL CURA DE ARS Y SU VIDA INTERIOR

Las confesiones al salir de las tertulias nocturnas.—El levantarse a media noche.—Las confesiones de las mujeres.—La misa del Cura de Ars.—La acción de gracias.—La audiencia a los peregrinos en la sacristía.—El rezo de las horas menores del breviario.—La famosa catequesis de las once.— Después del catecismo, el paso de la iglesia a la casa parroquial.—Una comida rápida.—La visita a los enfermos.—La visita a la casa de la Providencia.—Reanúdanse las confesiones de la tarde.—Las primeras horas de la noche.—La vida interior durante la jornada de un párroco.—La oración de simplicidad.—El goce de la presencia de Dios.

Salvo los cinco días de ejercicios que, cada año hasta el de 1835, pasó en Meximieux o en Bourg-en-Bresse, salvo una semana de descanso muy relativo que se tomó en el seno de su familia en 1843, a partir de 1830 el Cura de Ars no dejó su pueblo adoptivo. Aparte de algunos hechos de mayor relieve, cuyo recuerdo ha sido conservado por testigos fieles, su existencia llegó a ser de una monotonía sublime. Estaba levantado en toda época veinte horas al día, o más, y consagraba al confesionario de once a trece en el rigor del invierno y de quince a diez y seis durante el resto del año'.

Juan PERTINAND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 866.—El horario y la distribución del día Cura de Ars no eran absolutamente uniformes; en este capítulo, hablaremos de cómo solía pasarlo, sobre todo desde que el Rdo. Raymond comenzó a ser J^o auxiliar.—Para saber cómo el Cura de Ars pasaba el día hemos coordinado varios testimonios: el Rdo. BEAU, su confesor, *Proceso del Ordinario*, p. 1198; Catalina LAS-SAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 7; tercera, p. 22; Pedro ORIOL, *Proceso*

Desde que era vicario de Ecully, el Cura de Ars tenía la costumbre de ir a la iglesia a las cuatro de la madrugada. Una vez cura de Ars, iba todavía antes, y únicamente por devoción, porque el sagrario le atraía de una manera irresistible. Después, cuando la parroquia fue mejorando, no tenían los fieles reparo en acudir a él antes del alba, para confesarse. La costumbre de las tertulias nocturnas no había desaparecido, pero entonces todo se había bien: comenzaban y se acababan con la oración. Al regresar a sus casas, a media noche o a la una de la madrugada, las mujeres iban a buscar al señor Cura al tribunal de la penitencia: gustaban mucho de estas confesiones a media noche; el señor Cura no estaba todavía fatigado ni asediado por la multitud. Las acogía con una bondad conmovedora, les dedicaba el tiempo que deseaban y después las despedía con algunas palabras impregnadas de la más ardiente caridad. «Vamos, hija mía, vaya usted a descansar, pues tiene mucho sueño...» Aquellas buenas mujeres conservaron siempre de aquellas confesiones un recuerdo tierno y lleno de gratitud, y veinte años después de la muerte del Santo, todavía exclamaban a veces: «¡Oh, cuan agradable era confesarse en aquellas horas.»²

Después comenzaron a llegar a Ars los peregrinos. Entonces, el Rdo. Vianney tocaba por sí mismo el *Ángelus* hacia la una de la madrugada, para dar a entender que la iglesia estaba abierta y el sacerdote a disposición de los penitentes. Mientras les esperaba, se ponía en oración, de rodillas ante el altar, o bien rezaba el oficio divino. «¡Qué hermoso y edificante era, ha escrito Catalina Lassagne, ver, a la débil luz de una vela, aquella figura enflaquecida por la penitencia! ¡Oraba con tanto recogimiento, dirigiendo de cuando en cuando la mirada hacia el sagrario, y con una sonrisa tan dulce, que parecía Nuestro Señor!»³

Cuando la afluencia de peregrinos llegó a ser tal que el Cura de Ars no tenía bastante tiempo con confesar día y

del Ordinario, p. 734; Rdo. TOCCANIER, *id.*, p. 139-140; reverendo TAILHADES, *id.*, P-1505-1506; Hermano ATANASIO, *id.*, p. 824.

² Mons. CONVERT, *A l'école du Bienheureux Curé d'Ars*, Lyon, Vitte, 1921, p. 256.

³ *Petit mémoire*, segunda redacción, p. 35.

noche, se levantaba a veces antes de las doce, y esto en los días más calurosos del verano. Una de las directoras de la *providencia*, Juana-María Chanay, le decía riendo: «Señor Cura, hoy no ha rezado usted la oración de la mañana.» La misma testigo nos cuenta que en tales ocasiones «animaba a su cuerpo prometiéndole algunos instantes de reposo» durante el día; pero después no lo cumplía. El pobre *cadáver tenía* que aguardar la noche siguiente para tenderse un poco. «¡Ya lo he cogido!»⁴, decía el incorregible asceta, que trataba a su flaca envoltura mortal como a un forastero y más aún, como a un enemigo.

A pesar de ser el Cura de Ars tan madrugador, sus penitentes se le adelantaban. Durante mucho tiempo no hubo ningún refugio para los peregrinos. Tenían que aguardar en el pequeño cementerio o en la plaza, lo cual era ya una buena penitencia. Al fin, en 1845, se construyó a la izquierda, junto, al campanario, una especie de vestíbulo. En él se cobijaban las mujeres: en efecto, desde casi los comienzos, sólo las mujeres eran admitidas a confesión durante las horas de la noche.

El Cura de Ars llegaba iluminando el camino con una linterna de cristales resquebrajados. Revestido de sobrepelliz y estola violada, cruzaba el vestíbulo; en seguida los penitentes se precipitaban hacia el confesionario. Durante algunos minutos había alguna confusión; pero unas señoras de buena voluntad —eran unas diez que se turnaban de una noche a otra— se encargaban del orden. Encendían las lámparas, tocaban el *Ángelus*, con lo que el Rdo. Vianney quedaba libre de este cuidado, y señalaban el lugar a los que iban llegando.

Entretanto, el Cura de Ars permanecía arrodillado en las gradas del altar. Con rápido vuelo, elevaba su alma a Dios, y le ofrecía todas las penas de aquel día todavía tan lejos de su aurora; le pedía que tuviese misericordia de los pobres pecadores⁵. Después se metía en el confesionario⁶.

* * *

⁴ Juana-María CHANAY. *Proceso del Ordinario*, p. 690-691. * Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 291. En los dos capítulos precedentes hemos hablado del *Cura de Ars en el confeso-*

A las seis en verano y a las siete en invierno, salía para celebrar la santa misa⁷. El, tan irregular cuando se trataba de su comida o de su sueño, no permitía que le entretuviesen en aquel momento, el más santo de todo el día. «Una de las personas más honorables de su parroquia» le pidió una tarde que al día siguiente retrasase un poco la celebración, por su causa. «Respóndale, dijo el Santo, que es imposible. ¡Que se levante! No puedo en beneficio suyo hacer que falte la misa a ninguno de mis feligreses»⁸.

En aquellos momentos parecía que se olvidaba de la tierra: ninguna sombra de tristeza se veía en su rostro. En una ocasión había dicho: «No quisiera ser párroco, pero estoy contento de ser sacerdote para poder celebrar la misa»⁹. Según hace notar su confesor, «todo lo que había hecho después de haberse levantado podía ser considerado como una excelente preparación»; sin embargo, se recogía por espacio de algunos minutos antes del santo Sacrificio. Entonces, «de rodillas sobre las baldosas del coro, estaba inmóvil, con las manos juntas y con los ojos fijos en el sagrario. Nadie era capaz de distraerle»¹⁰. Una vez en la sacristía toleraba que le dijese lo absolutamente necesario: los peregrinos que querían encomendarse a sus oraciones procuraban hablarle mientras se revestía los ornamentos, pero él no contestaba sino con un movimiento de cabeza. El sacristán no se movía de su lado para evitar que le envolviesen. A veces se suscitaban discusiones allí mismo entre algunos seglares y aun sacerdotes, porque todos querían ayudarle a misa.

Nunca los ornamentos le parecían demasiado buenos. Hubiera deseado un cáliz de oro macizo, pues el mejor que tenía no le parecía bastante digno de contener la sangre de

nano. Por esta razón, no aportamos aquí ningún pormenor sobre sus ocupaciones como director de conciencias.

⁷ Si hay que dar crédito a una carta del señor Sionet de Nantes dirigida al Rdo. Toccanier el 4 de mayo de 1861, se formó, con la aprobación del Cura de Ars, una asociación de personas piadosas que todas las mañanas, a las 7, se unían en espíritu desde lejos a su misa.

⁸ Magdalena MANDY-SCIPIOT, *Proceso apostólico in genere*, p. 266.

⁹ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 474.

¹⁰ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 814.—Emiliano Cabuchet presenta al Cura de Ars en esta actitud en una estatua justamente celebrada.

Jesucristo¹¹. Le gustaba mucho el altar mayor, con su base de mármol, donde están esculpidos el Cordero, San Juan Bautista, su patrón y el de Ars, San Sixto; con su sagrario de cobre dorado y cincelado, su alto dosel adornado de blancos penachos... Mas para él el principal adorno de la iglesia era la perfecta actitud de los fieles¹².

Por regla general, el Cura de Ars no empleaba más tiempo que otros sacerdotes en la celebración de la misa: no solía pasar de media hora¹³. Durante toda su vida siguió el rito especial de la iglesia de Lión¹⁴. Según este rito, después de la elevación, el celebrante permanece algunos momentos con los brazos en cruz. El Cura de Ars prolongaba esta ceremonia. Causaba gran impresión al verle. En 1827, un pequeño escolar, que con el tiempo había de llegar al sacerdocio, le ayudaba en calidad de monaguillo. «Estaba admirado de verle, después de la consagración, permanecer durante cinco minutos con las manos y los ojos levantados, en una especie de éxtasis. Con mis compañeros decíamos que veía a Dios»¹⁵. Antes de la comunión, «se paraba unos momentos, parecía que conversaba con Dios y después consumía las sagradas especies»¹⁶.

«¡Qué hermoso era verle celebrar!, dice el Hermano Atanasio. Me parecía ver otro San Francisco de Sales»¹⁷. «Vi al siervo de Dios mientras celebraba misa, refiere el Rdo. Luis Beau, su confesor; cada vez creía ver un ángel en el altar»¹⁸.

Muchos iban a la iglesia ex profeso para contemplarle y edificarse. Los huéspedes del castillo de Ars, aunque no tuviesen intención de asistir a la misa mayor, iban, con todo, «para tener ocasión de admirarle»¹⁹. «Una persona de la parroquia, cuenta la baronesa de Belvey, me dijo un día:

J* Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 317.

" *Ibidem*.

†³ Condessa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 789.

La diócesis de Belley adoptó el rito romano universal en 1867. Dionisio CHALLAND, nacido en Villeneuve en 1817, cura de Marlieux, *Proceso apostólico continuativo*, p. 654 — «En los momentos más solemnes, se detenía como sumido en amorosa contemplación.» (Señora Cristina de CIBEINS, *Proceso apostólico-<*> continuativo*, p. 115.)

† Juan Bautista MANDY, *Proceso del Ordinario*, p. 587.

Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 814. 19 ^{Proceso}

^{de} *Ordinario*, p. 1186.

Srta. Marta DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 311.

«Si quiere usted aprender a oír bien la misa, coloquese de manera que pueda ver a nuestro Cura en el altar». Me puse en un rincón, desde donde podía observarle sin dificultad. Eché de ver en sus rasgos algo de celestial y derramaba lágrimas durante casi toda la misa. Lo mismo me sucedió cada vez que estuve en Ars»²⁰. Un artista declaraba indescriptible la expresión de su rostro²¹.

De distracciones, ni la apariencia. Su exterior reproducía lo que pasaba en lo más íntimo de su alma. «Enemigo de toda afectación», no hacía ningún ademán exagerado ni inútil; sus ojos oraban o contemplaban, ora elevados, ora bajos; sus manos suplicaban juntas o extendidas. Era una predicación muda de una elocuencia soberana. «La sola vista del Cura de Ars mientras celebraba la misa convirtió a más de un pecador»²². Un francmasón que consintió en entrar en la iglesia «apenas le vio en el altar, sintió mudada su alma»²³. Todo en él respiraba adoración. Sentíase de una manera palpable que no estaba solo en el altar; que estaban allí Jesucristo y su sacerdote. Sus ademanes, sus miradas, su actitud, iban expresando sucesivamente el anonadamiento de sí mismo, el deseo, la esperanza, el amor.

Mientras celebraba, estos sentimientos conmovían su alma; y, cosa rara, iban mezclados a veces de temores y tentaciones de /desesperación. Uííá mañana, le atormentaba tanto el pensamiento del infierno y el miedo de perder a Dios para siempre, que exclamó interiormente: «¡Al menos, dejadme la Santísima Virgen!»²⁴. Durante una misa de Navidad, a media noche, se cantó después de la elevación un himno bastante largo. Según el rito lionés, el celebrante debía, a partir de cierto momento, sostener la sagrada hostia sobre el cáliz hasta el canto del *Pater Noster*. Entonces, dice el Hermano Atanasio, «le vi cómo miraba aquella hostia unas veces con lágrimas y otras sonriendo. Parecía que le hablaba; después venían las lágrimas y en seguida las

²⁰ *Proceso del Ordinario*, p. 203.

²¹ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 773 y 789.

²² Rdo. MONNIN, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 971.

²³ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 870.

²⁴ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 31.

sonrisas». Después de la misa, en la sacristía, le pedimos perdón por haberle hecho esperar tanto. «¡Oh!, el tiempo ha pasado sin que me diese cuenta, nos contestó.

—Pero, señor Cura, ¿qué hacía usted cuando tenía la sagrada hostia en sus manos? Parecía estar conmovido.

—En efecto. Se me ha ocurrido una idea. Le decía a Nuestro Señor: ¡si supiese que he de tener la desgracia de no veros en la eternidad, puesto que ahora os tengo en mis manos, no os soltaría!»²⁵.

Después de la misa, se revestía de nuevo el roquete y la estola y de rodillas ante el altar daba gracias. Acaeció con frecuencia que los peregrinos no tuvieron reparo en acercársele mucho, y en mirarle y hacer algún comentario sobre su persona. El parecía no ver ni oír liada de acá abajo, todo sumido en su audiencia con Dios. «Cuando se ha recibido la sagrada comunión, decía en uno de los *catecismos*, el alma se impregna del bálsamo del amor como la abeja en las flores.»

Acabada la acción de gracias —si es que en aquel corazón de fuego se acababan nunca— el cura de Ars volvía a la sacristía. El sacristán tenía ya dispuestos sobre la cómoda de los ornamentos los objetos que había á bendecir, y las imágenes que había de marcar con sus iniciales. Las letras J. M. B. V. quedaban pronto trazadas y la bendición no exigía mucho tiempo: pero todos los días había allí algunas almas afligidas en busca de consuelo. El Santo nunca se negaba a recibir las, pero aliviaba o curaba sus penas con muy pocas palabras; pues los hombres, cuyo turno comenzaba entonces, estaban ya colocados, cada día más numerosos, en la nave de la iglesia o alrededor del coro.

A partir de 1827, el Cura de Ars, por obediencia al médico y al señor Obispo, tomaba un poco de leche hacia las ocho, aunque se privaba de ella los días de ayuno²⁶. Para esto empleaba el tiempo necesario para ir y volver de la *Providencia*, y de nuevo se sentaba en el confesionario, pero en el de la sacristía.

2 Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 2)3-Juan PERTINAND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 863-

* * *

Hacia las diez, el Cura de Ars acechaba el momento favorable para poder rezar la parte matutina del breviario, desde *Prima* hasta *Nona*. Si se acercaba un nuevo penitente; el Santo le señalaba el reclinatorio y le rogaba que continuase su preparación. Entonces, de rodillas en el suelo de la sacristía, rezaba el oficio.

«¡Qué felicidad, decía, poder descansar un poco de esta manera!»²⁷. Por otra parte, gustaba mucho de la belleza de los salmos y, aunque no entendía el latín sino medianamente, por una gracia especial, penetraba su profundo sentido. «Cuando pienso en estas bellas oraciones, solía repetir, me siento tentado de exclamar: *¡Dichosa falta!*, pues si David no hubiese tenido pecados que llorar, no las poseeríamos.» Su afecto a los Salmos le arrastraba a amar al libro que los contiene. Amaba tanto al breviario, cuenta el Rdo. Tailha-des, que siempre lo llevaba bajo el brazo. Como le preguntase la razón, respondiome: «El breviario es *mi fiel compañía*: no podría ir a ninguna parte sin él».

Un día, cierto abogado de Lión le estuvo mirando durante largo rato, mientras rezaba las horas. «Su fisonomía, escribía, reflejaba los grandes sentimientos de su alma; su boca parecía saborear lo que embargaba al espíritu; sus ojos estaban iluminados y resplandecían. Hubiérase dicho que respiraba un aire más puro que el de la tierra, y que, libre del estrépito del mundo, no entendía otras palabras que las del Espíritu Santo»²⁸.

Permanecía allí, «inmóvil como una estatua, sin apariencia alguna de distracción, de la que también estaba libre en el interior de su alma». Hablando de las personas que se distraen en la oración, decía en uno de sus catecismos: «Las moscas se apartan del agua hirviendo; no caen sino en el agua fría o tibia»²⁹.

* -i- *

²⁷ La mayor parte de los pormenores referentes al breviario del Cura de Ars nos los da el Rdo. Alejo TAILHADES, *Proceso del Ordinario*, páginas 1507-1508.

²⁸ BRAC. DE LA PERRIERE. *Souvenirs de deux pèlerinages à Ars*, op. cit., p. 6.

²⁹ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 170.

Terminado el rezo, el Cura de Ars volvía a las confesiones hasta las once. Entonces salía de la sacristía y se dirigía al *sillón de las confesiones*. Se llamaba así una especie de cátedra compuesta de un asiento de tablas, de un respaldo y un apoyo para los pies. Lo rodeaba una pequeña cerca. Allí, durante quince años, de 1845 a 1859, todos los días de la semana, el Cura de Ars se sentaba para explicar sencillamente el catecismo a los peregrinos.

Sus aplastantes ocupaciones no le consentían preparar la *instrucción* de las once, mejor que las homilías de cada domingo. «Desde el día, dice el maestro Pertinand, en que la afluencia de los peregrinos no le dejó el tiempo necesario, hizo una novena al Espíritu Santo para conseguir la gracia de saber hablar sin pararse. Al fin de esta novena se fue directamente al pulpito, se entregó a su inspiración y así lo hizo en adelante»³⁰.

A la iglesia acudían toda suerte de personas: buenos y fervorosos cristianos, pero también espíritus fuertes que saben de todo, menos de su religión. Entre los fieles, se mezclaban sacerdotes, y, a veces, obispos. El Cura de Ars se preocupaba tan sólo por las almas — aunque hubiesen estado allí el Papa y los cardenales no habría cambiado de método— y se dirigía a ellas con sencillez encantadora. No le escuchaban como a un predicador cualquiera, sino como a un enviado de Dios, como un nuevo San Juan Bautista, iniciado en los secretos de lo alto. Comenzaba leyendo en el libro del catecismo una o dos preguntas con sus correspondientes respuestas y después dejaba el libro a su lado. —¡Cuántas veces el pequeño volumen desapareció, cogido por una mano piadosamente indiscreta y llevado como una reliquia!—. Después comenzaba la explicación del texto, pero bien pronto se olvidaba del tema de la lección: el Cura de Ars se subía en seguida a las «ideas madres», como decía un sacerdote³¹, en las cuales vivía su alma y que meditaba largamente en la presencia de Dios. Su palabra estaba llena de eternidad, su mirada de fuego se fijaba ora en uno, ora

³⁰ *Proceso del Ordinario*, p. 367.

El párroco de una gran parroquia de Lión. (Rdo. DUBOIS, *Proceso del Ordinario*, P. 1284).

en otro de sus oyentes, como si hubiese querido hundir en su corazón la espada de su verbo. Azotaba el vicio, maldecía el pecado o, lo cual era más frecuente, cantaba las bellezas y los goces del amor de Dios.

Su voz delgada no llegaba a todos, pero sus exclamaciones, sus suspiros eran lo bastante para remover hasta lo más hondo los espíritus. En septiembre de 1845, una religiosa de la congregación de San José, Sor María Gonzaga, acababa de llegar a Ars, algo a pesar suyo, pues «sentía cierta aversión por el reverendo Vianney, y estaba lejos de creer todo cuanto a su propósito se decía».

Cuando bajamos del coche, cuenta ella misma, tocaban a catecismo. Mi superiora quiso ir en seguida y hube de seguirla. Al llegar a la iglesia, el señor Cura subía a su pequeña cátedra. Mis ojos se encontraban con los suyos. Presa no sé de qué vértigo, caí de rodillas, toda perturbada. Un momento después me cogió de la mano una mujer, que según creo era Catalina Lassagre, y me dijo que me acercara, pues de lo contrario no oíría nada. Me obligó a que me sentara delante de Ja tarima. Oí algunas paíabras sobre la conformidad con la voluntad de Dios y el precio del sufrimiento. Estuve llorando todo el rato; mis sentimientos para con el *Santo* se habían trocado³².

Hacia la misma época, un médico de Lión fue al pueblo de Ars en caravana con varios de sus parientes y amigos. «No era un hombre incrédulo, pues había tenido buenos principios, pero no tenía la menor idea de lo que era un santo, ni del espectáculo que le aguardaba.» Comenzó la explicación del catecismo, y, a las primeras palabras, el nuevo oyente fue acometido de una fuerte pasión de risa. ¿Qué hacer? Todo el mundo le miraba y se escandalizaba; él escondió la cabeza entre las manos. Entretanto, el Cura de Ars seguía hablando. La risa se fue extinguiendo y, a los cinco minutos, lágrimas abundantes, que no procuraba disimular como su risa, le llenaron los ojos y comenzaron a regar las mejillas del doctor»³³.

³² Según una *carta* dirigida, el 2 de octubre de 1824, al Rdo. Toccanier, por sor María Gonzaga — en el mundo, señorita Richard-Heydt—retirada, entonces en Ver-naiçon (Ródano).

³³ Cf. Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. II, p. 241-242.

El señor Pedro Oriol, propietario acomodado de Pelus-sin, en el Loira, que con el tiempo había de fijar su residencia en Ars y ser uno de los «guardianes» del Rdo. Vianney, le conoció en una explicación de catecismo. «La primera palabra que le oí, cuenta este excelente cristiano, voló derecha a mi corazón y fue un reproche para toda mi vida»³⁴.

El auditorio se conmovía, lloraba, pero menos que el orador. «Un día, que se lamentaba de la desgracia de los pecadores, se echó a llorar según solía. A una señora que se hallaba entre la concurrencia se le escapó involuntariamente esta exclamación: Oh, Dios mío, dadme estas lágrimas»³⁵.

En honor de la verdad, no todos se sentían movidos con tanta fuerza; las impresiones varían siempre según las disposiciones de cada uno. «¡Ah! este catecismo con el cual ya me deleitaba de antemano; he de confesar que no he entendido gran cosa. A cada momento, me sorprendía a mí mismo preguntándome ansiosamente: ¿Qué me va a enseñar?...» Así se expresaba el Rdo. Teodoro Wibaux, de Roubaix, que llegó a ser superior del seminario de Saigon y protonotario apostólico. Pero esta disposición de ánimo se explica, al saber que cuando el señor Wibaux visitó a Ars en 1857, tenía penosas dudas sobre su porvenir, y estaba preocupado, mientras el Santo explicaba el catecismo, sobre *lo* que le diría en una entrevista que le había señalado para después de la explicación³⁶.

Por el contrario, había peregrinos, y no de los de menor calidad, que no podían dejar de oír las instrucciones familiares del Santo. Mons. Allou, obispo de Meaux, que pasó ocho días en el castillo de Ars, no faltó un solo día al catecismo y se «marchó maravillado»³⁷. Los misioneros, que iban a ayudar al Cura de Ars durante el apogeo del concurso de peregrinos, se mezclaban con la multitud de los oyentes, fuera de los casos de absoluto impedimento³⁸. Y aun-

³⁴ *Proceso del Ordinario*, p. 727.

³⁵ Rdo. DUFOUR, misionero de Pont-d'Ain, *Proceso apostólico in genere*, p. 339. De una carta dirigida el 4 de enero de 1914 a Mons. Conven por Mons. Edmundo Jaspas, director de Nuestra Señora de Haut-Mont, en Mouveaux (Nord).

³⁶ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 205. ³⁸ Rdo. DUFOUR, *Proceso apostólico in genere*, p. 339.

que a veces el Rdo. Vianney repitiese lo mismo, siempre les parecía nuevo.

El momento de salir de la iglesia para ir a comer era tal vez el más extraordinario, el más patético del día. Acababa de rezar, arrodillado delante del altar, el *Ángelus* del mediodía. Después se dirigía a la casa parroquial y era menester cruzar un espacio de apenas diez metros. En ello, empleaba cada día a lo menos un cuarto de hora. Los peregrinos formaban como una valla en el vestíbulo de debajo del campanario y en el estrecho pasadizo que conducía a la casa. Las personas que no habían ido a Ars para confesarse, sino para decirle una palabra, hacerle una súplica, se amontonaban allí, para ser las primeras en verle.

Los enfermos o impedidos, que no habían podido ser llevados a la iglesia, aguardaban apoyados en sus muletas, tendidos en las camillas, acompañados hasta allí por sus parientes o amigos. También allí estaban los niños, que, por su tierna edad, no eran capaces de estar mucho tiempo en el templo.

El Santo aparecía, abarcaba con una sola y dulce mirada a todos los forasteros, la mayor parte de los cuales aún no le habían visto, y en el acto, espontáneamente, caían de rodillas. Después de algunos segundos de pasmo y de silencio, comenzaban los clamores:

«¡Buen padre!... ¡santo Padre!... ¡Benedicidme!... ¡Rogad por nuestro enfermo!... ¡Curad mi pobre niño!... ¡Convertid a mi padre... a mi esposo!...» A muchas de estas súplicas no podía responder sino con una mirada, una sonrisa o con lágrimas. Mientras iba pasando, les decía una palabra o les mostraba el cielo.

Acariciaba a los niños, ponía las manos venerables sobre sus rubios cabellos. A los setenta y cinco años, el señor Monnet, sacerdote retirado de Ars, se acordaba con placer de aquellas manos temblorosas del santo anciano puestas sobre sus cabellos de niño, y de su bendición, a lo cual atribuía la vocación sacerdotal...

Varias veces, para poder franquear la puerta de la casa y penetrar solo en ella —pues en aquel momento del día no dejaba que nadie le acompañase—, usó de una inocente

estratagema, muy del agrado de los peregrinos: sacaba de su bolsillo un puñado de medallas, y las arrojaba a la multitud. Y, mientras las cogían del suelo, entraba en el patio, y cerraba la puerta echando tras sí la aldaba.

* * *

En su cuarto, encontraba la comida preparada en la *Providencia*.—Ya dimos una idea de su régimen de vida, y a ello volveremos más adelante—.El Cura de Ars comía de pie, mientras se iba enterando de su correspondencia, puesta de antemano junto a la escudilla de loza en la que le servían la sopa y las legumbres. «Esta comida era tan rápida, refiere el Hermano Atanasio, que un día el señor cura nos dijo: He podido alguna vez, de doce a una, comer, barrer mi habitación, afeitarme, dormir y visitar a los enfermos»³⁹.

La visita a los enfermos era especialmente querida del Cura de Ars. A partir de 1845, había dejado a su coadjutor todos los actos externos del ministerio parroquial, menos éste. Y por *enfermos* no hay que entender solamente los de Ars, sino también los forasteros que, acostados en las hospederías o en casas particulares, deseaban ver y oír al Santo. Entre ellos los había a veces muy graves «que se habían hecho conducir allí para morir asistidos y consolados por su Santo»⁴⁰.

A eso de las doce y media, cuando el Cura de Ars salía de la casa parroquial, era de nuevo rodeado por la multitud que le esperaba. No podía dejar la escalinata de la iglesia, atravesar la plaza y andar por las calles sino muy lentamente y protegido por dos o tres señores de buena voluntad, sus «guardias de corps». Estos «iban delante con los brazos extendidos para evitar que el Santo fuese víctima de una veneración indiscreta»⁴¹. A pesar de esto, mientras besaban sus ropas, cortaban pedacitos de la sotana o de la sobre-

4. *Proceso apostólico in genere*, p. 222.

4. Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 773.
Carta de Mons. Jaspar a Mons. Conven. 4 de enero de 1914.

pelliz y mechones de sus cabellos⁴², y llegaba la audacia hasta el punto de arrebatarle el breviario, si bien para devolvérselo, después de haber sacado alguna estampa⁴³; alguna vez, empero, no se lo devolvían íntegro. El Rdo. Vianney soportaba estos latrocinios de la multitud sin quejarse: estaba ya habituado a tales indiscreciones. Algunas veces ocurrieron divertidas equivocaciones.

El empeño de la gente para apoderarse de objetos pertenecientes al siervo de Dios —cuenta el Rdo. Dufour, encargado con frecuencia de mantener el orden— dio lugar, al menos dos veces, a que, creyendo habérselas con el señor Cura, me despojaron a mí: un día me cogieron el breviario, que en seguida me enviaron por correo desde Saint-Etienne. Me quejé de ello al Rdo. Vianney, quien me respondió riendo: «Esto me ha sucedido ya muchas veces». Otro día cortaron un trozo de mi sotana. Era por la noche, y la oscuridad favoreció este divertido error⁴⁴.

Por lo dicho, se ve que era imposible al cura de Ars aparecer en público sin verse envuelto y estrujado. «No salía nadie de la iglesia o de los contornos del lugar santo sino para seguirle los pasos, dice el Hermano Atanasio, y le seguían a las casas de los enfermos.» Los sacerdotes le rogaban que les permitiese acompañarle hasta la cabecera de los moribundos, para aprender y edificarse. «Dos veces, dice el reverendo Tailhades, tuve la dicha de ver cómo administraba los últimos sacramentos. Nunca he oído hablar de la otra vida con tal fe y mayor convicción. Hubiérase dicho que veía con sus propios ojos las cosas de las cuales hablaba. El Rdo. Vianney consolaba a los pobres enfermos y alentaba su confianza. Todos hubieran querido morir en sus brazos»⁴⁵.

Cuando salía de visitarles, todavía estaba aguardando la multitud. ¿Acaso no sabían que llevaba los bolsillos llenos de rosarios, de cruces y de medallas? ¡Qué alegría obtener de su mano un recuerdo! Así los más listos se arrodillaban varias veces a su paso, sin duda para ser nuevamente

Rdo. BEAU, *Proceso del Ordinario*, p. 1220.

Magdalena MANDY-SCIPIOT. *Proceso apostólico in genere*, p. 273.

Proceso apostólico in genere, p. 362.

Proceso del Ordinario, p. 1507.

bendecidos, pero también para tener su parte en sucesivas distribuciones. Gracias a esta estratagema, que el Santo no dejaba de advertir, una niña de Lión pudo reunir todo un tesoro de recuerdos. Estuvo en Ars unos tres días y no perdió ocasión de tender su mano al pasar el señor cura. «Al tercer día, según cuenta ella misma, ya religiosa, me dio una cruz y después unas medallas, diciéndome a la vez: «Niña, ya van *diecisiete*.» Hice la cuenta y en tres días me había dado diecisiete medallas»⁴⁶.

Las provisiones del Santo, según se concibe, pronto se agotaban. No se preocupaba por ello, pues generosos peregrinos cuidaban de proveerle. Los dos hermanos Le-mann, los jóvenes judíos convertidos, a quienes, como ya vimos, el Rdo. Vianney acogió tan tiernamente, iban a partir de Ars.

A la salida del pueblo, dicen ellos mismos, vemos un grupo que camina en sentido inverso: es el señor Cura que viene de visitar a un enfermo; y, como en tiempo de Nuestro Señor, la gente le rodea y se aprieta en torno suyo. Al parecer, nos ha reconocido. Cuando se es joven, se atreve uno a todo. «Señor Cura, le decimos, nos ha dado usted ya medallas, pero quisiéramos más». Sonrió y llamando a una vendedora que estaba en el umbral de su reducida tienda: «Déme usted, si quiere hacer el favor, una gruesa de medallas.» Las trae, él las bendice, nos da un puñado de ellas, y, después, volviéndose a la tendera le dice: «Las cobrará usted de quien le plazca.» Dichosa de tener por «parroquiano» a su pastor, hace una señal de asentimiento y da a entender que está segura de no perder nada y que ha hecho otras «ventas» como aquella⁴⁷.

Con mucha frecuencia, a no ser que se tratase de casos urgentes, la visita a los enfermos iba precedida de otra visita que gustaba de hacer todos los días: las niñas de la *Providencia* tenían también ansias de verle. Hemos visto ya que Para ambas partes era aquello una delicia. Cuando, después del mes de septiembre de 1853, la parte de la casa que está junto a la capilla alojó al Rdo. Toccanier y a sus compañeros que estaban allí de paso, el Cura de Ars se guardó

Carta de una ursulina de Cracovia a Mons. Conven, 1.º de junio de 1902. *Carta* a Mons. Convert de 11 de agosto de 1908.

muy bien de olvidar a sus queridos misioneros, a sus «colegas» como él les llamaba familiarmente. Llegaba cuando acababan el desayuno y, mientras les veía saborear aquellas frutas que a él le gustaban tanto, pero que nunca comía por espíritu de penitencia, estaba allí de pie, apoyado contra la puerta, y hablaba todo el rato para evitar en los demás toda palabra de lisonja. Se mostraba siempre amable, jovial y a veces suavemente terco: la única cosa que aceptaba era un poco de café; lo tomaba sin azúcar y le sabía muy amargo⁴⁸.

* * *

Por la tarde, volvía a la iglesia en seguida que le era posible. De rodillas sobre el pavimento, delante del altar mayor, rezaba, como un ángel, las vísperas y las completas. Inmediatamente después, se ponía a disposición de los *pobres pecadores*.

Confesaba a las mujeres hasta las cinco, y volvía a la casa parroquial, donde permanecía unos cinco minutos, según refiere Pedro Oriol; después se encerraba en la sacristía y allí oía las confesiones de los hombres hasta las siete o siete y media. Entonces subía al pulpito para rezar el rosario de la Inmaculada Concepción y la oración de la noche. Terminada ésta, entraba de nuevo en la casa parroquial y recibía en ella a algunas personas —misioneros, religiosos, sacerdotes o laicos forasteros— con las que hablaba amablemente. Hecho esto, se encerraba en seguida en su cuarto. ¿Qué hacía en él durante la noche? No se sabe, pero creo que en gran parte la pasaba en oración⁴⁹.

Con estos mismos términos nos describe la segunda parte de cada una de sus jornadas uno de los familiares de nuestro Santo, admitido con frecuencia a estas íntimas conversaciones nocturnas. Pero nada nos ha dicho de cómo el Rdo. Vianney rezaba la oración vespertina. Otro testigo se enca-gará de ello.

Casi nunca pude verle ni oírle, escribe el señor Brac de la Pe-rrière. La nave estaba poco iluminada. La voz débil del santo Sacerdo-

⁴⁸ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 163.

⁴⁹ *Proceso del Ordinario*, p. 734.

te llegaba difícilmente a los que estaban lejos. Sin embargo, a los pocos momentos, a causa de aquel silencio, el oído se acostumbraba al débil rumor de la oración, como la vista a la mística oscuridad del lugar santo, donde se oía un dulce murmullo, ora interrumpido, ora continuado en períodos de igual duración. No tardaba uno mucho tiempo en sentirse sobrecogido por aquel coloquio indefinible y sin notarlo se llegaba a un grado de profundo recogimiento que dilataba el alma y la impelía a orar con la ayuda de los demás.⁵⁰

El señor Oriol nos refiere en qué se ocupaba el párroco Vianney al encontrarse solo en su cuarto. A pesar de sentirse agotado, rezaba los *matines* y *laudes* del día siguiente⁵¹ y después leía algunas páginas de la *Vida de los Santos*, su libro de cabecera. ¡Qué heroísmo necesitaba todas las noches para terminar la lectura! «Con frecuencia, refiere el Hermano Atanasio, estaba tan fatigado al llegar a casa, que le costaba mucho subir la escalera. Le vi alguna vez chocar contra la pared. Bromeaba sobre su debilidad, y decía, aludiendo a unas palabras dichas con mala intención a este propósito: «¡Ea, el viejo hechicero ha hecho andar bien su negocio hoy!»⁵².

Se presume que no estaba más de tres horas en cama. «¿Cuándo duerme?, se preguntaba un hombre de Ars. Se le ve siempre levantado» ". «Casi constantemente se veía luz a través de su ventana» —decía otro⁵⁴. Es que, durante las rudas flagelaciones, y después, una vez acostado, cuando no podía dormir o el diablo le molestaba, dejaba encendida la vela, para poder contemplar las imágenes de los santos colgados de la pared. «Cuando no duermo, decía, me gusta mirar los cuadros»⁵⁵. Si llegaba a adormecerse, en cuanto abría los ojos, los miraba en seguida. «Estoy en compañía de los santos, decía a la señora de Garets. Por la noche, cuando me despierto, me parece que me miran y que me di-

Souvenirs de deux pèlerinages à Ars, op. cit., p. 4.
 Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 9.
Proceso del Ordinario, p. 824.
 Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 778.
 Rdo. MONNIN, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 984.
 Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, segunda redacción.

cen: ¡Qué perezoso eres, tú duermes y nosotros pasamos el tiempo en vela y rogando a Dios!»⁵⁶.

De lo que no hablaba era de sus sufrimientos nocturnos: de su excitación nerviosa a causa del aplastante trabajo del día, de «la fiebre que le agitaba sobre el pobre camastro, de la tos que le obligaba a levantarse varias veces en una misma hora»⁵⁷. A pesar de esto, cuando llegaba el momento que se había señalado para bajar a la iglesia, dejaba el duro jergón y volvía a comenzar, por donde la había dejado, su interminable labor.

* * *

Una de las maravillas de aquella existencia tan sacrificada al servicio de los demás fue el que hubiese transcurrido en medio de aquel continuo movimiento de multitudes, y a la vez en el más profundo recogimiento. «Importunaban al santo Cura de mil maneras, y nada turbaba su paz interior»⁵⁸. ¿De dónde sacaba aquella calma y aquel entero dominio de sí mismo? Un autorizado testigo nos lo dirá.

El párroco Vianney, refiere el piadoso canónigo Gardette, capellán del Carmelo de Chalon-sur-Saône, se expresaba de esta manera delante de mí: «¡Oh, cuánto quisiera perderme en Dios y jamás hallarme sino en él!» Pues bien, al verle actuar, se veía realizado su deseo. Sabía, en efecto, entregarse de tal manera a Dios, que en sus múltiples y trabajosos ministerios, se mostraba tan recogido como en los ejercicios de piedad: hubiérase dicho que no tenía que hacer sino una cosa: la del momento presente. Siempre el ardor del celo, pero nunca la actividad de la naturaleza. Por la mañana, al mediodía y a la noche, se echaba de ver en su persona la misma libertad de espíritu, la misma dulzura de carácter, el mismo reflejo de la paz interior. Aquello era, a mi parecer, la práctica ideal de la unión con Dios, la manifestación más completa posible del amor perfecto»⁵⁹.

Un alma que no está unida con Dios como con su centro podrá moverse en un círculo de acciones más o menos san-

Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 895. *Ibid.*, *Proceso del Ordinario*, p. 797. Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 820. *Proceso apostólico ne pereant*, p. 923.

tas, pero ella no lo será. Para huir de este peligro, el Cura de Ars levantaba sin cesar su corazón, en el pulpito, en el confesionario, en medio de las conversaciones y ocupaciones más variadas. «Había adquirido el hábito de los santos de salir de Dios para la acción cuando era necesario y de volver a Dios por la oración en cuanto era posible»⁶⁰. La oración era, en efecto, el gran consuelo de su alma y su habitual refugio. «Es, decía, una cosa perfumada... Cuanto más se ora, más deseos se sienten de orar... El tiempo no corre en la oración»⁶¹. «Si durante toda su vida deseó la soledad, fue precisamente para poder entregarse del todo a la oración y a la contemplación de las cosas de Dios»⁶². Más ¡ay! ni siquiera tenía el placer de entregarse, como todos sus compañeros de sacerdocio, a los dulces ejercicios de un retiro anual. La última vez que quiso templar en ellos su alma —era en 1835, en el seminario de Brou—, Mons. Devie le envió a su parroquia antes de comenzar: «Usted no tiene necesidad de retiro, le dijo el prelado, y en cambio los pecadores tienen necesidad de usted». Y el pobre Cura se marchó sin oponer el menor reparo⁶³.

Alguna vez, sin embargo, se le oyó lamentarse, ante el recuerdo de tiempos lejanos en que vivía en la soledad de los campos. «¡Oh, qué feliz era! No tenía la cabeza quebrada como hoy; oraba a mi gusto...» Y añadía sonriendo: «Creo que mi vocación era la de ser pastor toda mi vida»⁶⁴.

Pastor, pero de almas, había podido al principio, durante los primeros años, satisfacer sus ansias de orar. En aquella época, había llegado ciertamente al grado superior de oración llamado *oración de simplicidad*, «en el cual la intuición sustituye en gran parte a los razonamientos y los afectos y resoluciones son poco variados, y se traducen en pocas palabras»⁶⁵. «Antes de que comenzase el rudo trabajo de las peregrinaciones, dice el Rdo. Claudio Rougemont,

r? Hipólito PAGES, *Proceso del Ordinario*, p. 409.

l' Rdo. MONNIN, *id.*, p. 1098.

., Baronesa DE BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 237.

^ Cf. Rdo. COGNAT, *Mons. Devie, op. cit. t. II*, p. 281.

⁶⁵ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 666., R. P. POULIN, *Des emees d'oraison*, 10ª edición. Paris, Beauchesne, 1922, cap. «■ núm. 3.

vicario de Ars, de conformidad con el testimonio de viejos feligreses, se veía constantemente a nuestro párroco en la iglesia, de rodillas, y orando sin servirse de libro alguno»⁶⁶*. Y, en efecto, «su oración, como hace notar la baronesa de Belvey, era *afectiva*, más que reflexiva o razonada»⁶⁷. Miraba fijo al sagrario, y contemplaba a Cristo, su amor. No seguía otro método que el del buen Chaffangeon: *Yo miro a Dios y Dios me mira a mí*.

«Cuando la afluencia de forasteros, dice el Hermano Jerónimo, no le permitió ya entregarse a largas oraciones, el señor Cura tomó la costumbre de escoger por la mañana un tema de meditación y de referir a él todas las acciones del día»⁶⁸. «Una vez, cuenta el Rdo. Dufour, le pedí consejo sobre la manera de orar». «No tengo ya tiempo de hacer una oración bien regular, me respondió, pero desde el comienzo del día, me esfuerzo en unirme a Dios muy fuertemente y después voy haciendo mis obras pensando en dicha unión». De donde concluyo, añade el Rdo. Dufour, que la vida del párroco Vianney era una oración continuada»⁶⁹.

Iba siguiendo, durante todo el día, con una mirada del corazón, algunos de los actos de la vida de Cristo, de la Virgen o de sus santos predilectos. Sus preferencias eran para los misterios dolorosos, y casi siempre acompañaba a Cristo en sus diversos pasos hacia el Calvario. Para mejor acordarse, rogó a Catalina Lassagne que los anotase al margen de su breviario⁷⁰; y conforme iba rezando las horas, contemplaba una a una, con una compasión bañada en lágrimas, las escenas de la redención.

A veces, al pasar por entre la multitud, «parecía estar sólo; así de absorto andaba en piadosos pensamientos»⁷¹. En

⁶⁶ *Proceso apostólico continuativo*, p. 765.

⁶⁷ *Proceso del Ordinario*, p. 237.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 547.

⁶⁹ *Proceso apostólico in genere*, p. 362.

⁷⁰ He aquí estos piadosos *mementos*, tal como los hemos transcrito del breviario del santo Cura: *En los maitines*, Jesucristo orando en el Huerto de los Olivos.—*En <\$ laudes*, Jesucristo en la agonía suda sangre y agua.—*En prima*, Jesucristo coronado de espinas, azotado, hollado bajo los pies.—*En tercia*, Jesucristo condenado a muerte, llevando su cruz camino de) calvario.—*En sexta*, Jesucristo crucificado.—*En visperas*, Jesucristo es bajado de la cruz y puesto en brazos de su madre.—*En comp^{er} tas*, Jesucristo es sepultado. Dolor de María al alejarse.

⁷¹ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 295.

plena acción, continuaba siendo el contemplativo que hubiera deseado ser siempre. «La fe, decía, existe de verdad cuando uno habla a Dios de la misma manera que hablaría a un hombre». El realizaba plenamente esta idea tan profunda.

Poco a poco, los años y más aún las heroicas fatigas, arrugaron su rostro; pero su corazón no había envejecido. Este no conoció más que un tiempo; una perpetua primavera. El Cura de Ars lo dijo en frase poética y cadenciosa como un hermoso verso: «Siempre florece la primavera en el alma unida a Dios»⁷².

El sentimiento de la presencia divina provocaba en su espíritu verdaderos transportes de júbilo. «Cuando le veía con aquel aspecto de felicidad extraordinaria, cuenta ingenuamente Catalina Lassagne, le decía al Hermano Jerónimo: El señor cura tiene hoy mucho amor a Dios»⁷³. Tales suavidades no las deseaba por sí mismas: «Cuando no se siente consolación, decía, se sirve a Dios por Dios; cuando se siente hay peligro de servirle por uno mismo»⁷⁴. Sin embargo, estas íntimas dulzuras le ayudaban a vivir. Eran para él prendas de la amistad de su Dios y de sus adorables condescendencias. Sentía que una vez admitido a la familiaridad de su Maestro, podría conseguir de él más cosas. «Dios, decía, estaba tan unido a los santos que parecía hacer más la voluntad de éstos que la propia». Y cuando le hacían notar que Santa Filomena se lo alcanzaba todo y parecía obedecerle: «¡Qué tiene de particular, replicaba, si el mismo Dios me obedece en la misa!»⁷⁵.

No se crea que durante estas horas de santa alegría, el Cura de Ars perdiese un punto de su deliciosa sencillez. Nada de actitudes afectadas, nada de exclamaciones, nada de suspiros ni ímpetus de ninguna clase⁷⁶, sino una sonrisa inexplicable, celestial, que no olvidaron jamás los que la vieron resplandecer sus labios.

!} *Esprit du Curé d'Ars*, p. 48.

Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico in genere*, p. 121. *Ibid.*,

Proceso del Ordinario, p. 237.

Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 765. Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 839; Señorita DE BELVEY. *Proceso del Ordinario*, p. 237.



XVII. LAS ANSIAS DE SOLEDAD. GRAVE ENFERMEDAD Y «FUGA» DE 1843

La aprensión de «morirpárroco».—Una dimisión siempre presentada y nunca admitida.—Una tentación sutil.—Soledad y apostolado, dos deseos en una misma alma.—Primera tentativa de huida.—Solo bajo un trabajo abrumador.—La grave enfermedad de mayo de 1843.—Desolación en la parroquia.—Entre la vida y la muerte.—La curación atribuida a Santa Filomena.—Necesidad de reposo y mayores deseos de soledad.—La huida del 12 de septiembre.—Ars sin peregrinos.—El éxodo hacia Dardilly.—El mensaje del Rdo. Ray-mond.—Regreso triunfal.

Al ver al Cura de Ars sonriente y solícito entre la turba de peregrinos, nadie, fuera de sus familiares, hubiera sospechado que «le perseguía sin cesar el deseo de la soledad»¹; y de momento, parecería del todo inverosímil esta afirmación de Catalina Lassagne: «Estuvo en la parroquia de Ars por espacio de cuarenta y un años, siempre contra su voluntad»². «Desde la edad de once años, decía él mismo confidencialmente un día (en 1843) al conde des Ga-rets, alcalde de Ars, pido a Dios la gracia de poder vivir en la soledad, pero mis súplicas nunca han sido oídas»³.

Este deseo se lo había inspirado desde la infancia su gusto por la oración: había conocido desde joven que el silencio y el recogimiento favorecen los impulsos del alma

¹ Rdo. BEAU, SU confesor, *Proceso del Ordinario* } p. J191.

Petit mémoire, tercera redacción, p. 80.

Carla de la condesa des Garete a su padre el señor de Colombier, de 6 de junio 1843.

hacia Dios. Cuando llegó al sacerdocio, un nuevo motivo se añadió al antes citado. «Ignorante e incapaz como él se creía»⁴, ¿no había tentado al cielo con aceptar la cura de almas? «¡Ah, decía entre gemidos, no es el trabajo lo que cuesta; es la cuenta que hay que dar de la vida de párroco»⁵. Y, realmente, esta perspectiva le tuvo inquieto hasta los últimos momentos. En 1858 (tenía entonces setenta y dos años), durante una misión que el Rdo. Descótes predicaba en su parroquia, se acercó con cierto aire de regocijo al predicador, cuando éste iba a salir de la sacristía para subir al pulpito. «¡Oh, le dije, esta vez sí que nos convertirá! —En cuanto a usted, señor Cura, replicó el misionero, no hay que temer nada. Yo respondo de ello. — Ah, amigo mío, suspiró el Santo, tomando de repente una expresión grave, casi angustiada, usted no sabe lo que es pasar de una parroquia al tribunal de Dios»⁶.

El deseo de retiro, en «un pequeño pueblo donde pudiese llorar su pobre vida», le atormentó desde los primeros años de su vida de párroco, Catalina Lassagne recordaba haberle oído hablar de ello «dos años apenas después de su llegada a Ars»⁷. En 1827, le vimos ya hacer gestiones ante el prelado para solicitar un cambio. Sin duda que pasó muy malos ratos, y sufrió mucho a causa de las calumnias propaladas sobre su persona. Mas en el fondo, era otro el pensamiento que le asediaba. Quizá será admitido a revelar y a explicar a su obispo un secreto que le ahoga. Su excelencia le ofrece la parroquia de Fareins; él duda: su oculto deseo no ha sido atendido, y preferirá permanecer en su humilde aldea; tal vez quedándose en ella, tendrá mayores facilidades para conseguir su salida para la Trapa o la Cartuja.

En 1830, cuando las multitudes le envolvían, sus sentimientos eran los mismos, pero sus deseos eran mucho más intensos. Su vecino de Chaleins, el reverendo Mermod, acude a él para recibir consejos de vida perfecta. «Conviene no ser párroco durante toda la vida, le dice el Rdo. Vianney,

Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 80. Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 753. Rdo. DESCOTES, *Proceso del Ordinario*, p. 1344. *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 19.

pues es necesario reservarse algún tiempo para prepararse a morir»⁸.

Veinticinco años después, el canónigo Camelet, superior de los misioneros de Pont-d'Ain, recibirá semejantes confidencias: «Yo no quisiera morir párroco, porque no conozco ningún santo que haya muerto en este cargo. Desearía poder disponer de dos años para llorar mi pobre vida... ¡Oh, me parece que entonces amaría de veras al buen Dios!»⁹.

De estos deseos y de estos gemidos llegaron alguna vez los ecos al obispo de Belley. Mons. Devie se hacía el sordo. Pero la persistencia del Cura de Ars en solicitar su *exeat* demuestra que no perdió la esperanza de ser escuchado. «Esta esperanza era para él una necesidad», dice la señora des Garets. Era cosa rara que se dirigiese a su obispo para exponerle un caso de conciencia sin que le dijese a la vez algo sobre su gran negocio. Es notable el siguiente pasaje de una carta escrita en 1851. En esta época Mons. Devie, a quien Roma acababa de dar por auxiliar a monseñor Chalandon, soñaba también con su propio retiro.

...Monseñor, puesto que sois tan dichoso que trabajáis para retiraros y no pensar más que en el cielo, os ruego me concedáis el favor de procurarme la misma dicha... Si os vais sin concedérmelo, me moriré de tristeza.

Que vuestro corazón, Monseñor, me perdone todas las molestias que os he causado... Tengo gran confianza en que Vuestra Excelencia me concederá esta gracia que le pido. Bien sabéis que no soy sino un pobre ignorante. Este es el parecer de todo el mundo.

Y firma humildemente: *Juan-María Vianney, pobre Cura de Ars*¹⁰. La carta no tuvo éxito. Monseñor Chalandon, ya obispo de Belley, recibirá más tarde esta petición apremiante.

Monseñor, voy debilitándome de día en día. He de pasar parte de la noche en una silla y he de levantarme tres o cuatro veces en

Mons. MERMOD, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 581. Canónigo CAMELET, *Proceso apostólico ne pereant*; p. 1375. Esta carta, la que vamos a citar y la mayor parte de las del reverendo Vianney, no llevan fecha en el original. Pero el contexto indica claramente la época aproxima-

una misma hora. Me desvanezco en el confesionario y me pierdo por espacio de dos o tres minutos...

A causa de mis achaques y de mis años, quiero decir adiós a Ars para siempre, Monseñor...

Esta vez firma: Vianney, *pobre y desgraciado sacerdote*.

Las mismas instancias se renovaban de viva voz en cada visita pastoral. Los días que la precedían «redoblaba sus mortificaciones»¹¹; oraba, «lloraba, gemía y ayunaba antes de formular su petición»¹². En cuanto aparecía el prelado revivía su esperanza tantas veces decepcionada. Un día, el señor Oriol le vio entrar en la sacristía rebosando de gozo. «Monseñor va a venir, le dijo al oído, Monseñor va a venir. Y voy a pedirle ¿usted sabe qué?...»¹³.

Monseñor iba, en efecto, a Ars y visitaba con frecuencia a su santo amigo¹⁴; pero el Rdo. Vianney continuaba de cura de Ars. Mons. Devie como Monseñor Chalandon, su sucesor inmediato, «se opusieron siempre enérgicamente a que se retirara». En cuanto a monseñor Langalerie, elevado a la sede de Belley en 1857, hubo de recibir más de una vez las mismas súplicas. Nunca, y es cosa que no deja de sorprender, el santo Cura se resignó del todo a morir en la brecha. Durante el último mes de su vida, todavía habla de retirarse. Oigamos a este propósito a Mons. Langalerie en la oración fúnebre del Cura de Ars pronunciada el mismo día de sus exequias:

¡Oh, Monseñor!, me decía apenas hace quince días, quisiera pedirlos que me dejarais partir algún tiempo para llorar los pecados de mi vida. — Pero, señor Cura, replicábale yo, las lágrimas de los pecadores que Dios le envía, valen tanto como las suyas. No me hable más así; de lo contrario, no volveré a visitarle. Y todas mis palabras de afecto y de aliento no parecían convencerle.

Un deseo tan vehemente de soledad no puede causar admiración en un hombre que pasó gustosamente toda su vida delante del sagrario. Sin embargo, si bien se examina la cosa, una tentación sutil, que el Santo acabó por adivinar, ^

¹¹ María FILLIAT, *Proceso del Ordinario*, p. 13CÜ4.

¹² Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p.-767.

¹³ Pedro ORIOL, *Proceso del Ordinario*, p. 723.

¹⁴ J. COGNAT, *Mons. Devie*, op. cit., t. II, p. 279.

e ocultaba bajo un deseo en apariencia muy legítimo. Así lo testifican la mayor parte de sus familiares.

El cura de Ars, declara el Rdo. Monnin, reconocía que había aleo de intemperancia en este deseo y que el demonio se servía del mismo para tentarle. Procuró mortificarse y resistir, pero toda la vida tuvo que luchar contra estos impulsos...¹⁵.

El testimonio del señor des Garets, alcalde de Ars, es todavía más claro y más explícito:

Siempre vi al Rdo. Vianney deseoso de retirarse a la soledad. Este pensamiento me parece fundado en tres motivos: quería 1.º, declinar la responsabilidad de una parroquia; 2.º, buscar manera de llorar lo que él llamaba su *pobre vida*; 3.º, huir de tan continuas ocupaciones y procurarse algunos ratos de ocio para entregarse, según sus deseos, a la oración. He aquí los motivos que se representaba a sí mismo el bueno del señor párroco.

Pero más que otra cosa, estoy plenamente convencido de que en ello se ocultaba una verdadera tentación del demonio, de la cual, a pesar de caminar con tanta luz por las vías del Señor, no tenía completa conciencia. El demonio sabía, en efecto, todo el bien que el Cura de Ars hacía entre los peregrinos y el que podía hacer en adelante; tenía, pues, gran interés en apartar, bajo santos pretextos, al siervo de Dios¹⁶.

El Rdo. Vianney, añade por su parte el Hermano Atanasio, uno de sus principales confidentes, tuvo muchas penas interiores. Atormentóle con frecuencia el deseo de la soledad. Hablaba con frecuencia de ello. Era como una tentación que le asediaba durante el día y aún más por la noche. «Cuando no puedo dormir, me decía, mi espíritu viaja: estoy en la Trapa, en la Cartuja; busco un rincón donde llorar mi pobre vida y hacer penitencia por mis pecados»¹⁷.

De la propia manera, gemía en otros tiempos Catalina de Siena, la sembradora de milagros aclamada de las multitudes. «¿Por qué, Señor, decía suspirando, me convertís en Juguete de todo el mundo? Todos vuestros siervos viven en Paz entre los hombres, excepto yo»¹⁸. No mejor acontecía al

¹⁵ : *Proceso del Ordinario*, p. 1115. ; *Proceso del Ordinario*, p. 947-948. ; ¹⁶ *ibid.*, p. 813. •
itv>, ^B Raimundo DE CAPUA, *Sainte Catherine de Siemie* (trad. Hugueny); Lethielleux
¹⁹3. p. 344.

pobre Cura; Dios no quería escucharle en este punto y él se daba perfecta cuenta.

Oíle decir en particular, cuenta Catalina Lasagne, estas palabras: «Dios me concede muy pronto lo que le pido, salvo cuando pido algo para mí. —Es que usted pide a Dios que le saque de Ars, le respondí, y esto Dios no lo quiere.» No me contestó nada¹⁹.

No era, en efecto, tan sólo tentación del demonio esta hambre, jamás saciada, de soledad y recogimiento; era también una prueba de Dios. Muy bien lo entendió el Rdo. Mon-nin cuando dijo: «Páreceme que hubo en ello un secreto designio de la Providencia: al sacrificar su gusto a la obediencia y su placer al deber, el Cura *tf* de Ars tuvo ocasión de vencerse continuamente y de hollar bajo sus pies la propia voluntad»²⁰.

Por lo demás, el deseo de soledad era fuertemente combatido por el deseo de apostolado, y, por una permisión especial de Dios, su corazón anduvo siempre agitado por estos dos atractivos. Cierto que la responsabilidad de la cura de almas le aterraba. Un día que un seminarista de Lión se confesaba con él, le preguntó si había recibido ya las sagradas órdenes. «Sí, ya soy diácono, y no he de aguardar sino tres meses para ser sacerdote. —¡Oh, hijo mío, exclamó, no hables así!, ¡siempre es demasiado pronto cuando llega el sacerdocio!»²¹. Y, sin embargo, estaba convencido de que el sacerdocio es necesario a las almas y que «apacentar el rebaño de Cristo es obra de amor»²² por excelencia. Suspiraba por una tranquila soledad y, por otra parte, nunca estaba más contento que cuando las multitudes le rodeaban por todas partes. «Se hubiera habido de persuadir de una vez para siempre, dice la señora des Garetjs, de que estaba hecho para este ministerio: cuando no había tanta afluencia, parecía estar triste y hacía novenas para que viniesen las multitudes»²³. Y una vez llegaban, cuando se le aconse-

¹⁹ *Pelit mémoire*, tercera redacción, p. 103.

²⁰ *Proceso del Ordinario*, p. 1115., ,

^{21*} *Armales d'Ars*, marzo de 1906, p. 362.

²² SAN AGUSTÍN, *Tractatus CXXIII, in Joannem*; Sit amoris officium pascere Do-mini gregem.

²³ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 792.

jaba que se tomase algún descanso, replicaba: «¡Cuan mal estaría hacer aguardar a estas pobres gentes que vienen de tan lejos, y pasan las noches esperando turno para confesarse! Sería necesario que Dios me concediese la facultad que otorgó a ciertos santos de poder estar a la vez en muchas partes... Si ya tuviese un pie en el Cielo y me dijese que volviese a la tierra para trabajar en la conversión de un pecador, con gusto volvería. Y si para esto fuere menester estar aquí hasta el fin del mundo, levantarme a media noche y sufrir lo que ahora sufro, aceptaría de todo corazón»²⁴.

Un día, mientras explicaba el catecismo en la iglesia, exclamó: «¡Oh, si yo hubiese sabido lo que era ser sacerdote, muy presto me hubiera refugiado en la Trapa!» A lo que una voz salida de la multitud replicó: «¡Dios mío, qué desgracia hubiera sicfesto!»²⁵. Este grito salido del corazón le sirvió a nuestro Santo de lección y de aliento.

* * *

Lo dicho no impidió que el Cura de Ars intentase en tres ocasiones dejar la parroquia. Hasta tal punto le punzaba su hambre de soledad. Creía ver en ello, aunque muy oscuramente, una voluntad imperativa de Dios opuesta a la de su prelado, cuyo consentimiento, a pesar de todo, siempre esperó conseguir.

Debe de colocarse hacia el año 1840 una primera fuga que pasó inadvertida, y sobre la cual el Cura de Ars hizo más tarde algunas confidencias. Salió de la casa parroquial en una noche muy oscura —tal vez a las dos de la madrugada—, y emprendió solo el camino de Villefranche ¿A dónde iba y qué pensaba en concreto? Nada dijo de ello. Anduvo poco trecho. Al llegar a la cruz de *Combes*, no lejos de la aldea de Ars, se puso a reflexionar: «¿Es la voluntad de Dios la que cumplo en estos momentos?... ¿La conversión de una sola alma no vale más que todas las oraciones que podría hacer en la soledad?» Y retrocedió lo andado.

Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 883. Rdo.
MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1115.

Las almas que le aguardaban pudieron recuperarle en seguida. «La tentación de huir, añade el Rdo. Toccanier, de quien es esta relación, le había acometido de repente»²⁶.

* * *

El tentador —a quien sin duda podemos ver en este episodio— no se dio por vencido. Los achaques y enfermedades del santo varón le ofrecieron magníficas oportunidades de desquite.

En 1835, el Cura de Ars se resentía aún de sus «imprudencias de joven»; neuralgias faciales, atroces dolores de muelas, violentos dolores de vientre le recordaban, con harta frecuencia, que no se pasan impunemente las noches en una habitación de la planta baja y sobre las húmedas baldosas. Las cartas enviadas por el Cura de Ars a su médico lo testifican de sobra. Indudablemente, necesitaba de un auxiliar; de esta manera, hubiera podido algunas veces tomarse algún descanso. Pero, aparte del Rdo. Alejo Tailha-des, de Montpellier, a quien tuvo como huésped y discípulo desde el invierno de 1839 hasta 1843, no le fue concedido ningún sacerdote²⁷. Mons. Devie, por carecer de personas disponibles, no podía hacer otra cosa más que exhortar a los curas del contorno a que socorriesen a su colega sobrecargado de trabajo. Así fue cómo, con gran desinterés, el Rdo. De-rognat, cura de Raneé, y el Rdo. Raymond, cura de Savig-neux, le ayudaron en las diferentes funciones de su ministerio.

En 1843, el Cura de Ars creyó llegado su fin. —Ya muy fatigado, había escrito, hacía a lo más dos años, su primer testamento, en el cual «daba su cuerpo de pecado a la tierra y su pobre alma a las tres Personas de la Santísima Trini-

²⁶ Notas manuscritas, p. 39.

²⁷ El 10 de enero de 1834, la Municipalidad envió esta súplica a Mons. Devie.

Considerando que el municipio de Ars es visitado diariamente por numerosos peregrinos que se dirigen al párroco de este municipio y le absorben todo su tiempo; que la salud de este respetable cura es agotada por un trabajo continuo para el cual no se basta, suplica que sea nombrado un vicario para el municipio de Ars y se compromete, caso que los recursos de fábrica no basten, a completar lo que sea menester para el sostenimiento de un vicario.

dad». —Se había dado comienzo al *mes de María*. Hacía dieciséis años que el Santo predicaba en el devoto ejercicio. Solía empezar con una lectura, que en seguida comentaba, y «una vez lanzado, como dice Catalina Lassagne, hablaba bastante tiempo»²⁹. Por la noche del día 3 de mayo, comienza la lectura; una especie de ahogo le impide proseguir... Se arrodilla para rezar la oración y apenas puede articular palabra³⁰. Una fiebre violenta se ha apoderado de él. Corren todos a su lado y se lo llevan a una habitación vecina, donde es más fácil atenderle. El armazón de la cama donde había muerto el señor Balley era guardado allí como una reliquia. Lo arreglaron con el jergón del Rdo. Vianney, y acostaron al enfermo, que acababa de desmayarse.

El doctor Saunier, llamado a toda prisa, diagnosticó una pleuroneumonía. El conde des Garets, por su parte, corrió a la casa parroquial y, al ver a su pobre pastor tendido sobre aquel jergón duro como el puño, le ofreció un buen colchón. Después de mucha insistencia, el Santo les dejó hacer³¹. Era tiempo de estar en guardia: desde el día 6 de mayo —aquel día entraba el Cura de Ars en el año cincuenta y ocho de su edad— el doctor juzgaba la situación desesperada. Tal era la simpatía de que gozaba el Cura de Ars, que otros tres médicos acudieron al llamamiento del doctor Saunier. Tuvo lugar una consulta, en la cual se decidió que se evitase el hacer hablar al venerable enfermo. Convenía, ante todo, ahorrarle toda emoción, pues el corazón latía con extremada dificultad.

El Cura de Ars no había perdido su presencia de ánimo. De ello dio pruebas en aquellas horas. Al ver a toda la Facultad junto a su cama, dijo, riendo: «Sostengo en este momento un gran combate.

—¿Contra quién, señor Cura?

—Contra cuatro médicos. ¡Si llega otro, me doy por muerto!»³².

Testamento de 2 de diciembre de 1841.

Petit mémoire, tercera redacción, p. 45.

ibid. segunda redacción, p. 28.

Juan PERTINAND, *Proceio del Ordinario*, p. 382:

Carta de la señora DES GARETS a la familia Colombier, 14 de mayo de 1843.

Esta ocurrencia chistosa no ha de hacernos olvidar que, durante toda esta enfermedad, el Cura de Ars tembló al pensar en los juicios de Dios. «Quisiera vivir más, decía al señor des Garets, el cual, mientras su pastor estuvo en peligro, pasó los días y durmió en la casa parroquial, quisiera vivir para llorar mis pecados y hacer algún bien»³³. Tuvo noches muy agitadas, y con horribles pesadillas. «Parecíame oír, decía una mañana, los gritos de triunfo lanzados por los demonios: Ya lo tenemos, ya lo tenemos, clamaban; ¡ya es nuestro!»³⁴.

La tentación, empero, no llegó a tal punto que le hiciese perder la paciencia y la confianza en Dios. «No se quejaba nunca, dice Juan Pertinand, el maestro, que se había constituido en su enfermero; aceptó por obediencia todos los medicamentos»³⁵, y endulzó sus penas con la sumisión más rendida a la divina voluntad, que él sabía ver en todas partes»³⁶.

Durante aquellos días hubiérase dicho que en Ars «había un muerto en cada casa»³⁷. Los forasteros andaban errantes por los alrededores de la iglesia como un rebaño sin pastor; había allí más de dos o trescientos que no se habían podido confesar y se negaban a hacerlo con el bueno del señor Lacôte, cura de Saint-Jean-Vieux, encargado interinamente de la parroquia de Ars³⁸. «Es necesario, les decían, que se confiesen con el sacerdote que ha venido a suplir al señor Cura. —No tengo valor para volver a empezar desde el principio, respondía una señora a quien el señor Renard daba este consejo. Permítame usted que vaya a ponerme de rodillas sobre los ladrillos de su cuarto, para que me vea y me dé su bendición; esto comunicará un poco de paz a mi alma»³⁹. A falta de otras cosas, hacían llevar a la cabecera

³³ Conde Próspero DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 952.

³⁴ Rdo. CARRIER, cura de Miserieux, *Proceso del Ordinario*, p. 1405.

³⁵ El 13 de mayo, el médico le prescribió caldo de pollo. Fue menester la intervención del señor Dubouis, para que aceptara. El señor Dubouis «tuvo que ponerse serio y él tomo la sopa sin replicar». (Condesa DES GARETS, *carta* de 14 de mayo de 1843.)

³⁶ *Proceso apostólico ne pereant*, p. 867.

³⁷ De una *carta* del Rdo. Renard, Ars, 1843.

³⁸ El Rdo. Lacôte, nacido en Ars el 2 de febrero de 1808 y de quien se habla en un cuestionario de 1829, estaba muy delicado de salud. Murió en el seno de su familia, el 19 de marzo de 1848, a los cuarenta años de edad.

³⁹ *Carta* sin fecha del Rdo. Juan-Francisco Renard, entonces cura de Corlier.

del moribundo —todos estaban persuadidos de su próximo fin— cestos llenos de medallas, de rosarios, cruces y estampas. El Cura de Ars levantaba su mano, en actitud de bendecir, sobre todos aquellos amados recuerdos. «Yo no sé, escribía la condesa des Garets, si todos los obispos de Francia juntos echan tantas bendiciones»⁴⁰.

No quedaba otro recurso que una intervención extraordinaria del Cielo; por esto, la multitud, que había desaparecido del confesionario, se postraba ante el altar de Santa Filomena, donde ardían numerosos cirios. Los sacerdotes comenzaron una novena de misas... A pesar de todo, «la iglesia sin él parecía desierta!»⁴¹.

En el 11 de mayo por la tarde pareció inminente la agonía. Siete sacerdotes se habían reunido en la habitación del enfermo. No había lugar a duda; se decidió administrar al Cura de Ars los últimos sacramentos. Sólo que su confesor, el señor Valentín, cura de Jassans, creyó mejor dejar que los feligreses y los peregrinos no se enterasen de la ceremonia que se preparaba. «Sí, sí!, que toquen, dijo el moribundo; un cura tiene mucha necesidad de que rueguen por él»⁴². La campana sonó, e inmediatamente la escalera de la casa parroquial y el pequeño patio quedaron inundados...

«¿Creéis en todas las verdades que la Iglesia nos enseña?», le preguntó con voz temblorosa su compañero el cura de Jassans. «Jamás he dudado», respondió el Santo⁴³. Y recibió los últimos sacramentos con una expresión de fe que impresionó vivamente a cuantos lo presenciaron⁴⁴. Una vez salidos los asistentes al acto, y a solas con el Rdo. Dubouis, cura de Fareins, «se consagró a Santa Filomena, prometió hacer celebrar cien misas en su honor y mandó que hiciesen arder una gran vela ante su imagen»⁴⁵.

Después, casi de repente, pareció entrar en período comatoso. Todos se arrodillaron en torno de su cama. El doctor Saunier estaba de pie junto a él, convencido de que

⁴⁰ Carta de 14 de mayo de 1843. ' Carta de la señora des Garets, de 10 de mayo de 1843. * Juana-María CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 683.

Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico in genere*, p. 112. ⁴ Conde DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 950.

Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 290.

aquello se acababa. El, sin embargo, con los ojos ya cerrados, oía la sentencia del médico: «Mi pobre prima —contaba algunos meses más tarde a Margarita Humbert, de Dardilly—, cuando estaba ya en lo más extremo y acababan de administrarme la Extremaunción, el médico me decía tomándome el pulso: «No tiene sino treinta o cuarenta minutos de vida.» Y yo pensaba: «¡Dios mío, será menester que me presente a vos con las manos vacías!» Me dirigía a la Santísima Virgen y a Santa Filomena, y les decía: «¡Ah, si todavía puedo ser útil para la salvación de algunas almas! «Mi buena prima, añadía, cuando te encuentres al lado de un moribundo, lee en voz alta, pues los enfermos oyen, aun cuando parezca que hayan perdido el conocimiento»⁴⁶.

Apenas el Cura de Ars había pronunciado en el fondo de su corazón las invocaciones a María y a su «querida santi-ta», cuando se sintió mejor. Abrió los ojos y recobró la palabra. «Disfrutó entonces de sosiego por espacio de tres horas, durante las cuales viósele inmóvil, con las manos juntas y orando con angelical fervor. Desgraciadamente, la fiebre le volvió a acometer con violencia»⁴⁷. El médico no se atrevió a pronunciarse en sentido favorable y creyó tan solo que duraría algunas horas más. Se decidió, sin embargo, que si el moribundo pasaba la noche, el Rdo. Dubouis celebraría en el altar de Santa Filomena la primera de las misas prometidas por el Cura de Ars.

El día 12 de mayo, al rayar el alba, el enfermo todavía respiraba. Ante esta noticia, la iglesia se llenó hasta rebosar, y comenzó la misa prometida. Nunca se elevaron hacia el cielo en Ars oraciones más fervientes. Durante aquella hora el maestro de escuela velaba a la cabecera del enfermo. El Cura de Ars, agitado por una fiebre terrible, parecía presa de una gran ansiedad. Pertinand se disponía a recibir su último suspiro, cuando de súbito se tranquilizó, serenado, según se dijo, por una visión que contemplaba y que le

⁴⁶ Margarita HUMBERT, *Proceso del Ordinario*, p. 1325.

⁴⁷ *Carta* del Conde des Garets al señor Guillemín, vicario general de Belley. Este había escrito al alcalde de parte de Mons. Devie, pidiendo reliquias, en «caso de muerte».

tenía arrobado. Y apenas había terminado la misa, cuando exclamó: «Amigo mío, acaba de producirse en mí un gran cambio... ¡Estoy curado!» «Durante el tiempo en que me pareció estar en éxtasis, pronunciaba muchas veces el nombre de Filomena...» «Fue creencia común que su «querida santita» se le había aparecido»⁴⁸. Al menos él le atribuyó su curación inesperada. En efecto, recobró las fuerzas «con una prontitud que los médicos calificaron de maravillosa. — Decid *milagrosa*, replicaba él»⁴⁹.

Finalmente, pasados dieciséis días, que se hicieron interminables, volvió a contemplar la iglesia y el sagrario. Apoyado en el brazo de su fiel Pertinand, pudo, el sábado día 20 de mayo, celebrar otra vez misa. Hubo de hacerlo a las dos de la madrugada, pues estaba demasiado débil para pasar mucho tiempo sin tomar nada. «A pesar de ser tan de mañana, refiere la señora des Garets, toda la parroquia se reunió en la iglesia. Eligió para celebrar el altar de la Santísima Virgen, según era su costumbre todos los sábados. Hubiera querido ver en aquella capilla a todos cuantos amo. El rostro del santo Cura había tomado una expresión indecible... ¡Qué inolvidables recuerdos! Parecíame asistir a una misa de las catacumbas»⁵⁰.

El Cura de Ars creía avanzar muy de prisa en la convalecencia. A pesar de ello, el médico le prohibió reanudar sus trabajos antes de que estuviese del todo restablecido. Obedeció, pero ¡a costa de qué sacrificio! «Cada vez que iba a la iglesia lanzaba hacia el confesionario una mirada ansiosa... y su más vivo deseo era el de recobrar pronto sus energías»⁵¹.

* * *

Entretanto, una cierta ansiedad comenzaba a dejarse sentir en Ars. Con fecha 17 de mayo, la condesa des Garets escribía a su madre:

⁴⁸* Rdo. MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1159.

Condesa DES GARETS, *carta* del 17 de mayo de 1843. IT Condesa

DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 900.

Condesa DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 297; *Proceso del Ordinario*. P. 792; *carta* de 17 de mayo de 1843.

Pero, ¿qué quiere hacer de esta vida cuya prolongación ha implorado?, ¿qué quiere hacer de estas fuerzas cuya recuperación ha deseado *con* tanto ardor? Esto es lo que unos a otros nos preguntamos... Tememos perder por el alejamiento aquel a quien el cielo ha conservado en la tierra, y sentimos turbado el gozo de su curación por tan penosas aprensiones.

Diez días más tarde no había ya lugar a duda. El señor des Garets fue a visitar al Santo, convaleciente. Lo encontró en su cuarto, apoyado sobre la cama y derramando copiosas lágrimas. «Pero, ¿qué le pasa a usted?, le preguntó el señor alcalde. ¡Oh!, respondió el Cura de Ars, nadie sabe las lágrimas que han caído sobre este lecho, después de once años que voy en pos de la soledad...» Y acabó diciendo entre sollozos: «¡Siempre me ha sido negada!»⁵².

Tememos mucho, muchísimo, escribía la castellana después del relato de esta visita, que nuestro santo Cura se nos escape y que tengamos que llorarle vivo, después de haber saludado con tanto júbilo su resurrección. No nos podemos engañar, el santo varón cree que ha llegado el término de su trabajo. Había dicho: «Iré adelante hasta que sucumba.» Y ha sucumbido... Si ha pedido más vida ha sido para prepararse para la muerte en el silencio y en la soledad. La vida le ha sido otorgada y le parece que, con su curación, el cielo le ha devuelto la libertad; he aquí lo que piensa, he aquí a lo que aspira... Nos decía que estábamos demasiado envanecidos de nuestro Cura, y que Dios castigaría nuestra arrogancia. De verdad que tenían razón...⁵³.

Las semanas pasaban. La amenaza estaba suspendida, pues el Cura de Ars no hacía ningún preparativo de marcha. Decidido a irse algún día, procuraba recogerse y 'recuperar las fuerzas. Naturalmente, había quitado de su cama el colchón, que en adelante ya juzgaba innecesario; en cuanto el médico se lo permitió, volvió al confesionario a la una de la madrugada. El bueno de Pertinand creyó necesario salirle al paso. «Amigo Juan, le replicó, cuando yo estaba enfermo, hacía la voluntad de Dios y obedecía; ahora es usted quien ha de obedecer: ¡vaya presto a

Condesa DES GARETS, *Proceso de! Ordinario*, p. 894. *Ibid.*, carta del 27 de mayo de 1843.

acostarse!»⁵⁴. El doctor creyó ser deber suyo cerrar los oídos ante tales imprudencias, pero los penitentes del Santo se lo agradecieron infinito. Sin embargo, el señor Saunier se mostró inexorable en un punto: en la cuestión del régimen de vida. Hasta su completo restablecimiento, el Cura de Ars había de hacer dos comidas al día: comer un poco de carne en la primera y beber —¡oh escándalo!— «cada vez, la cuarta parte de un vaso de vino de Burdeos»⁵⁵. El Santo tenía remordimientos, pero a la autoridad del médico juntóse la de monseñor Devie y, quieras que no, hubo de pasar por ello. Lamentábase de forma que los que le rodeaban no podían menos de sonreír: «¡Me he convertido en un glotón!...»⁵⁶ Alcanzo menos gracias que antes...⁵⁷. No me hallo tan tranquilo cuando voy a confesarme!...»⁵⁸.

El pobre Santo seguía estando tan macilento y tan flaco como antes. Tenía cincuenta y cuatro años, y su aspecto era el de un verdadero anciano. En 27 de agosto de este mismo año, el Rdo. Faivre, de la diócesis de Saint-Claude, tuvo ocasión de visitar a nuestro asceta. «Su vida mortificada y penitente, dice, me pareció tal, que sabiendo, como misionero que soy, lo que es pasar los días confesando, predicando y explicando el catecismo, no le di, humanamente hablando, tres meses de vida»⁵⁹.

Los médicos no eran menos pesimistas. Consideraban urgente que el Cura de Ars cambiase de aires ^ y —cosa que no se atrevían a decirle— que dejase del todo el confesionario. Mons. Devie, por su parte, le escribió autorizándole para tomar algún descanso⁶¹: además, ¿no tenía facultad para ausentarse quince días cada año, sin necesidad del permiso especial del obispo, con tal que se procurase un sustituto? El Rdo. Raymond, su colega de Savigneux, pasaba entonces más tiempo en Ars que en su parroquia: era, pues, el susti-

Juan PERTINAND, *Proceso del Ordinario*, p. 377.

Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 325; *Vida* manuscrita, página 89.

Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 162.

Hipólito PAGES, *Proceso del Ordinario*, p. 438.

Rdo. DUBOUIS, *Proceso del Ordinario*, p. 1254.

Proceso del Ordinario, p. 1495.

Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 407.

Rdo. MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1059.

tuto más indicado... El Cura de Ars, siempre fluctuante e indeciso en este punto, a pesar de ser tan decidido y resuelto en los demás, deseaba vivamente sustraerse durante unas semanas a las multitudes de peregrinos que le asediaban"; pero bajo este deseo, tan legítimo, se ocultaba la tentación: una vez fuera, se iría a una soledad para no volver más. Por lo que pudiera ser, el Cura de Ars escribió a su hermano Francisco que le preparara una habitación en su querida casa solariega de Dardilly⁶³.

Finalmente, el 2 de septiembre confió sus proyectos al Rdo. Raymond. El cura de Savigneux no opuso grandes reparos: ¿no aspiraba tal vez en su interior a ser cura de Ars? Prometió llevar al señor obispo, cuando le fuese posible, una carta que escribió el Párroco. En ella pedía a su prelado que concediese al «pobre Cura de Ars» un cargo que «le iría bien»: el cuidado de la capilla de los *Mínimos* de Mont-merle, donde solamente tendría que decir misa⁶⁴. Y la noche del 11 al 12 de septiembre se fue⁶⁵.

Pero sucedió que no pudo prescindir de dar su adiós a su querida y llorada *Providencia*. Esto lo echó todo a perder. Antes de las diez de la noche —por supuesto que Catalina y las demás habían prometido guardar secreto—, toda la parroquia, enterada de lo que iba a ocurrir, estaba alerta y había gente apostada junto a la casa parroquial... Poco después de la una, se oye el ruido de alguien que se cuele a través de la cerca del huerto. Es el señor Cura. Lleva el bre-

⁶² Rdo. RAYMOND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 519.

⁶³ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 18.

⁶⁴ Montmerle es un pueblo de 1.500 almas situado en la ribera izquierda del Saona, a doce kilómetros al noroeste de Ars. Era un pequeño centro célebre por la llamada feria de la *Natividad*, que duraba del 15 de agosto al 30 de septiembre. Vendíase de todo, y acudían de toda la región. Desde 1870, esta feria ha ido perdiendo importancia y ha llegado a ser como todas las demás. Pero cuando era floreciente, se celebraba una misa cada día con gran asistencia de fieles en la capilla de la Virgen de los Mínimos: últimos vestigios de una peregrinación muy concurrida en otros tiempos. ¿Deseaba el cura de Ars resucitar aquella romería? No es probable. Su deseo tenía el de encontrar en Montmerle más soledad y más recogimiento que en Ars.

⁶⁵ En esta relación seguimos los testimonios de Juan PERTINAND, que acompañó al Cura de Ars en su huida (*Proceso apostólico ne pereant*, p. 840-841; *Proceso del Ordinario*, 376); del señor DES GARETS, alcalde (*Proceso del Ordinario*, p. 947-949) y del hoteletero Francisco PERTINAND, (*Proceso apostólico ne pereant*, p. 808-809), que hizo el viaje para ver al santo Cura, un viaje a Dardilly; del Rdo. RAYMOND, que fue a buscarle para conducirlo de nuevo a su parroquia (*Proceso del Ordinario*, p. 1432-1436); de Catalina LASSAGNE, que cuenta el regreso del Cura de Ars a su aldea (*Petit mémoire*, tercera redacción, p. 20-21).

viario bajo el brazo y un pequeño hatillo en la mano. Algunas personas intentan detenerle y le presentan algunos objetos para que los bendiga. Todo inútil. El Cura de Ars acelera el paso. Baja hacia la pasarela de Fontblin, y desaparece en la oscuridad de la noche. Lllaman a Juan Pertinand, el maestro, para que corra a juntársele y, en efecto, logra darle alcance a cierta distancia del pueblo «donde se había extraviado por entre los campos».

«Señor Cura, le dijo, ¿por qué nos deja de esta manera?

—Ea, no perdamos tiempo, replicó el fugitivo. He escrito al señor obispo pidiéndole permiso para retirarme; esperaré la respuesta en Dardilly... Iré a celebrar misa a Four-viére para mejor conocer la voluntad de Dios... Si Monseñor consiente en ello, mis deseos se verán cumplidos; si quiere que vuelva, volveré... Por lo demás, la parroquia no recibe ningún daño, pues he provisto a todo.»

El Cura de Ars y Juan Pertinand se alejaron en dirección a Dardilly. De repente, el fugitivo se detiene. Durante su larga reclusión en el confesionario, los caminos habían sido rectificadlos y ya no los conocía. «¡Amigo Juan, dijo con cierta viveza, usted me engaña!» El joven fácilmente le convenció de que no era cierto. Los dos viajeros siguieron su camino orando y conversando. «Durante las siete horas que duró el camino, rezamos diez veces el rosario», contaba Juan Pertinand.

Al llegar a Trevoux, todavía muy de madrugada, el Cura de Ars, por caridad, no quiso despertar al guardián del puente, que dormía⁶⁶. En Neuville, donde nuestros peatones, ya fatigados, atravesaron el Saona, el Santo, que había Partido sin dinero, ofreció a su compañero, tan bien provisto como él, pagarle el desayuno. Para ello, hablaba de empeñar su reloj; el maestro se negó rotundamente a aceptar. La propuesta hizo al pontonero de Neuville, que le respondió: «Ya pagará usted otra vez.»

Finalmente, el Cura de Ars franqueó el umbral de su casa⁵⁸ solariega. Pero estaba tan rendido, que, en cuanto llegó, TMo que echarse en la cama. Cuando Juan Pertinand hubo

⁶⁶ Este acto de delicadeza, el cual demuestra el buen corazón de) Santo, le obligó " "rdear la ribera izquierda del Saona y a dar un rodeo de varios kilómetros.

asimismo descansado: «Vuélvase usted, le dijo el Cura de Ars, y el viernes de la semana próxima venga a buscarme; el sábado, subiremos juntos a Fourvière; ¡después, ya veremos!»

Las previsiones del santo varón no se realizaron...

Por la mañana del día 12 de septiembre no se veían en Ars sino rostros consternados. Se daba como cierto que el señor Cura había entrado en la Cartuja, y para siempre... Y con él, toda la vida, toda la alegría, todo el aliento había desaparecido del pueblo. Dos días después de su partida, escribía la señora des Garets:

La escuela de niñas (la *Providencia*) resonaba de suspiros y sollozos: la mitad por lo menos se han dispersado con desolación. La multitud de peregrinos se ha deshecho. La iglesia está casi desierta. De tarde en tarde, algunos pobres muchachos acuden a rezar delante de un cirio encendido. No puedo expresar la tristeza que oprime el corazón ante un cambio tan completo. Es un verdadero paso de la vida a la muerte...

Teníamos un capítulo de la *Vida de los Santos* ante nuestros ojos cada día. Ahora, ya ha pasado página...

Y el Rdo. Raymond, aunque conservaba el título de párroco de Savigneux, seguía en Ars. El, que había soñado en dirigir las peregrinaciones, tuvo que aprender bien la lección: la presencia del Rdo. Vianney en Ars era la única causa de aquel movimiento. Efectivamente, desde que los peregrinos tuvieron noticia del lugar donde se había retirado el Santo, «Ars dejó de ser Ars».

El jueves, día 14, Juan Pertinand estaba de vuelta, y el conde des Garets, enterado por él de cuanto había ocurrido, se apresuró a marchar a Dardilly. Francisco Vianney, recurriendo a un subterfugio, manifestó que su hermano se había ido sin decirle a dónde. El alcalde de Ars hubo de contentarse con escribirle unas palabras:

No decida usted nada todavía. Tiene usted necesidad de reposo, yo lo sé mejor que nadie. Quédese en casa de su hermano todo el tiempo que sea necesario; pero no se olvide de su pobre parroquia de Ars... Piense en todas las almas santas que usted guía por el camino del cielo, en todas aquellas que viven apartadas de él, y ^cJ^{ue} usted las reducirá. Piense en la *Providencia*, de la cual es alma y

«ostén, y que sin usted no puede vivir. Piense, en fin, en el bien de la religión, y en que Dios le ha llamado para sostenerla y glorificarla.

Mientras el señor de Garets trazaba estas emocionantes líneas, el Cura de Ars, ignorante de su llegada, estaba en oración en un cuarto situado encima de la sala donde aquél escribía. Avisado después de la partida del alcalde, leyó y releyó su carta, que le impresionó. Entretanto, iban llegando otras misivas: una de Catalina Lassagne, portadora de malas noticias: no quedaban en la *Providencia* sino *quince niñas*; el Rdo. Raymond había visto a Monseñor, quien había asegurado que jamás permitiría que el Cura de Ars saliese de la diócesis de Belley. Otra era de un tabernero establecido en Ars contra la voluntad del Rdo. Vianney:

Monseñor, le escribía este hombre, herido en lo vivo, pues sus negocios ya no marchaban bien, me apresuro a rogarle que no nos abandone. Usted sabe que siempre he dicho, y lo repito ahora desde el fondo de mi corazón: si algo hay en mi casa que no sea conveniente, me someto enteramente a su voluntad.

Pero, ¡cuál no fue su estupor y su embarazo, cuando durante el viernes vio llegar a Dardilly los peregrinos de Ars! El reguero de hormigas había encontrado su camino. ¿Qué hacer? ¿Despedirles? No pensó en ello ni un momento: habiendo recibido facultades del Arzobispo de Lión, se metió en el confesionario de su iglesia natal. La sopa le aguardaba inútilmente en un rincón de la cocina. A cada momento, los forasteros llamaban a la puerta de su hermano. «Si continúa aquí, decía Francisco, me veré obligado a pedir socorro; ya no soy dueño de mi casa.»

Por la tarde del sábado 16 de septiembre, el hostelero de Ars, Francisco Pertinand, hermano del maestro, arrastraba en pos de sí hacia Dardilly a veintitrés jóvenes de la parroquia. Se presentaron muy de mañana ante la granja de los Vianney, pero los parientes del Santo se negaron a abrirles, "e pronto, resonó una voz suave, que conocían muy bien. El querido pastor se había asomado a la ventana y los llamaba. Levantado ya desde las dos, les hizo entrar en su habitación, rezó con ellos el rosario y después los llevó consi-

go a la iglesia, donde oyeron misa. El Rdo. Vianney les instó mucho para que tomaran con él el desayuno, pero ellos no aceptaron por discreción. Por la noche del domingo al lunes, *emprendieron el regreso*. «El *martes*, les dijo el Rdo. Vianney, oiréis todos misa en vuestra iglesia; yo la diré en Fourvière la misma mañana, para conocer la voluntad de Dios: rogad por mí.»

La voluntad de Dios se manifestó de muy diversa manera. Por la tarde del mismo sábado, Dardilly recibió a un viajero que llevaba un encargo oficial de parte del obispo de Belley. Era el Rdo. Raymond quien, para no suscitar sospecha alguna, se presentó a las ocho en la casa parroquial. Fue recibido con mucha frialdad: no había duda que aquel sacerdote, que *se decía* enviado de *su obispo*, no tenía otra misión que llevarse al Rdo. Vianney. Después que le fueron hechas algunas preguntas, el Rdo. Raymond, con la esperanza de sosegar al párroco, se le ofreció para officiar en la misa mayor del día siguiente. El cura de Dardilly no puso dificultad, y se convino en que el mensajero del prelado hablaría con el Rdo. Vianney después de la misa.

Así, en efecto, acaecieron las cosas. El Santo asistió a la misa mayor y después llevó al Rdo. Raymond a casa de su hermano Francisco, que estaba muy cerca de la iglesia. ¡La respuesta de Mons. Devie!... Estaba impaciente por conocerla. Leyó la carta que había sido entregada al Rdo. Raymond, y la decepción se pintó por un momento en su rostro, si bien no hizo ningún comentario en pro ni en contra⁶⁷.

⁶⁷ No ha sido posible encontrar la carta enviada directamente al Cura de Ars por su obispo. Mas he aquí la que Mons. Devie escribió al alcalde de Ars, conde des Ga-rets:

Bourg, 13 de septiembre de 1843. Señor:
Cuando recibí la carta de su santo Cura, llegó asimismo a mis manos la que usted se dignó dirigirme. Entrego al señor cura de Savigneux las respuestas para ambos.

Digo al bueno del señor Cura que mi deseo es que se quede en Ars, a pesar de los motivos que pueda tener para irse a otra parte; espero que se rendirá a mis razones.

Sin embargo, para no contrariarle demasiado, le he indicado otros dos destinos en que podría colocarle. Hace algunos años que, con ocasión de manifestarme iguales deseos, le aparté de su propósito de marcharse de Ars. Confío que obtendré el mismo resultado. Los ruegos de usted, los de los feligreses y los de los curas vecinos contri-, huirán a que permanezca entre ustedes. Pero en todo caso, está ya persuadido de qu^e no he de permitirle nunca salir de la diócesis de Belley. Pareceríame que pierdo un tesoro.

Suyo humilde servidor,

Alejandro Ramón, obispo de Belley-

Una vez que hubo salido el Rdo. Raymond, bajó de su habitación para calmar a su hermano Francisco: éste, rodeado de feligreses de Ars que iban llegando sin cesar, «se quejaba amargamente de su importunidad para con el Cura».

El Rdo. Raymond desayunó en la casa parroquial. «Le ruego, dijo el párroco, que se marche usted de Dardilly cuanto antes: se sabe ya el motivo de su venida; deje usted tranquilo al Rdo. Vianney; de lo contrario, le jugarán una mala pasada.» Pero el delegado episcopal se mantuvo firme: estaba resuelto entonces a llevar de nuevo al cura de Ars hasta el lugar de sus ovejas, pues el conde des Garets le había dado a entender de sobra, en una entrevista celebrada antes del viaje, que en vano ambicionaba la sucesión del Cura de Ars. El Rdo. Raymond asistió a las vísperas presididas por el Santo. Después de la bendición con el Santísimo Sacramento, el cura de Dardilly la emprendió otra vez con el pobre cura de Savigneux: «Muchas personas de Dardilly, dijo al Cura de Ars, le miran con malos ojos.» El Santo contestó: «No tenga usted pena por el Rdo. Raymond: es un buen caballo de combate y no teme el ruido.»

La decisión del Cura de Ars estaba ya tomada: el prelado le ofrecía la capellanía de Nuestra Señora de Beaumont, rogándole empero que siguiese reflexionando... Iría, pues, a Beaumont y la Virgen que allí se venera le inspiraría la resolución definitiva. Mas, ¿cómo burlar la vigilancia de las gentes de Dardilly, que habían ya montado guardia alrededor de la casa de los Vianney?

Precisamente por la tarde de aquel domingo, cuando el Rdo. Vianney se disponía a descansar por última vez bajo el techo de la casa solariega, una delegación de notables del pueblo apareció en el patio. El Santo hubo de bajar para oír sus ruegos. «Descanse usted aquí, le dijeron aquellas buenas gentes; nosotros nos encargaremos de obtener las autorizaciones necesarias.» Su ilustre compatriota se limitó a contestarles amablemente: «Amigos míos, si ustedes logran conseguirlo, yo no deseo cosa mejor.» Y se volvieron contentos.

¡Pobres habitantes de Dardilly! Hasta el alba hubieran Permanecido allí, si hubiesen sabido lo que se estaba tra-

mando. Un plan de fuga se había concertado entre el Cura de Ars y el Rdo. Raymond. Antes de la noche, el Rdo. Raymond salió de Dardilly, so pretexto de llevar al obispo la respuesta del Cura de Ars, pero en realidad para detenerse en Albigny, cuyo párroco, el Rdo. Martín, era uno de sus más íntimos amigos. El cura de Ars acudiría presto a juntársele. Francisco Vianney estaba en el secreto. Tantas eran las visitas que desde hacía dos o tres días le asediaban que, con gusto, favorecía aquellos planes de «evasión».

El lunes, día 18 de septiembre, después de haberse levantado muy de madrugada, los dos hermanos emprendieron, por entre las tinieblas, el camino de Albigny. El Santo iba a la grupa sobre el caballo de la granja, que Francisco conducía; mas, al acercarse a Albigny, dijo Juan-María: «Ya continuaré el viaje a pie.» Dejó la cabalgadura, se despidió de su hermano y entró solo en el lugar. Su primera impresión fue muy penosa. El día anterior se había celebrado una fiesta, y al rayar el alba del lunes todavía bailaban... El Cura de Ars encontró al Rdo. Raymond, celebró misa, y mostró grandes ansias de continuar el viaje.

Beaumont, perdido entre los estanques de Dombes, a unos cincuenta kilómetros de Dardilly, no era de fácil acceso. El Rdo. Raymond confiaba que, después de haber atravesado el Saona en Neuville, encontrarían un coche. No había nada disponible. Nuestros dos viajeros hubieron de andar a pie cinco leguas⁶⁸, hasta Saint-Marcel, cuyo alcalde, al verles, reconoció al Cura de Ars. Quieras que no, fue necesario detenerse para descansar un poco... Mas, he aquí que al tenerse noticia de la llegada del Santo, la iglesia de Saint-Marcel se llenó de fieles. El Cura de Ars hubo de subir al pulpito. «Predicóles; sobre el desasimiento de las cosas de este mundo, sobre la brevedad de la vida y la felicidad del cielo...» Al fin, se les ofreció un cochero, y al caer de la tarde llegaban a Marlieux, de cuya parroquia dependía la capilla de Beaumont.

Nuestra Señora de Beaumont —rústico santuario cuyos

⁶⁸ Los dos viajeros no iban desprovistos de víveres. En Neuville-sur-Saône, Mana Ricotier, de Ars, les encontró y cuidó de proveerles.

dilatados horizontes se abrían sobre una inmensidad de marismas— era lugar de peregrinaciones. Según las tradiciones locales, la Virgen que allí se veneraba, al ser invocada por l^{os} padres desolados, había resucitado a muchos niños muertos antes del bautismo, y les había conservado la vida el tiempo necesario para poder recibir el sacramento que es llave del paraíso. El martes por la mañana, el cura de Marlieux acompañaba hasta la antigua capilla a sus dos huéspedes de la noche. «El Cura de Ars, cuenta el Rdo. Raymond, fue el primero en celebrar misa, a fin de implorar, según decía, las luces del Espíritu Santo. «¿Qué ha decidido usted?, le pregunté, cuando hubo terminado. —Todavía nada; continuaré mi oración mientras ayude la misa de usted.» Cuando volví a la sacristía, antes de que yo me quitase los ornamentos, me dijo: «Dios no me quiere aquí. —¿A dónde, pues, quiere ir? —Volvamos a Ars.»

Sin demora, el Rdo. Raymond organizó el regreso. Un coche condujo a los viajeros a través de la melancólica región de los estanques, hasta Amberieux-en-Dombes. El Cura de Ars lloraba cada vez más y no cesaba de rezar. «El coche me fatiga demasiado, dijo al llegar a Amberieux; haré el resto del camino a pie.» Tan sólo siete kilómetros le separaban de su aldea, siempre amada de él, de la cual había huido para mejor encontrar a Dios, y a la que Dios le obligaba a volver de manera irresistible. En Savigneux, por consejo del compañero de viaje, entró en la iglesia para venerar al Santísimo Sacramento y descansar un poco. Enseguida, fue enviado un correo hacia Ars con este mensaje del Rdo. Raymond: «El señor Cura vuelve; dentro de una hora estará entre vosotros.»

Apenas fue conocida la alegre nueva, todas las campanas de Ars tocaron a fiesta. «La alegría fue general, cuenta Catalina Lassagne. Todos se apresuraron a salir al encuentro del que habían perdido desde hacía ocho días, que parecían interminables; los que trabajaban en las eras corrieron con sus trajes de labor.»

Por fin, a eso de las cinco, al son de las campanas lanzadas al vuelo, apareció el Cura de Ars. Apoyado en su bastón, subió hasta la plaza, donde le aguardaba el pueblo reunido.

«¿Todo estaba perdido?, les dijo; pues bien, todo ha sido recuperado. ¡Ya no os dejaré más, hijos míos... ya no os dejaré más!» No pudo pronunciar más palabras, pues la emoción le ahogaba; pero sus ojos levantados al cielo, y los ademanes temblorosos de sus brazos, hartos indicaban su felicidad. «Apoyado en el Rdo. Raymond, dio varias veces la vuelta a la plaza, bendiciendo a sus feligreses; no podían hacer sino llorar, balbucir algunas palabras y dejarse caer de rodillas.»

El Santo entró un momento en la casa de la *Providencia*, donde el júbilo no tuvo límites: ¡habían encontrado a su padre!... Pero se caía de cansancio. Adelantaron la hora de la oración de la noche y el Santo la rezó ante toda la parroquia reunida.

He aquí, dice Catalina Lassagne en su *Petit mémoire*, he aquí, nuestro santo Cura rendido a nuestros deseos. Pudo disfrutar de algunos días de descanso, pues los peregrinos se habían dispersado durante su ausencia. Reanudó entre nosotros sus ministerios ordinarios, y, en cuanto se tuvo noticia de ello, las gentes volvieron a afluir de todas partes, y comenzó la vida acostumbrada.

«¿Qué hubiera sido de tantos pobres pecadores?», decía él mismo ingenuamente. Y concluye el conde des Garets: «Entendió mejor desde entonces que Dios le quería entre nosotros.»

XVIII. ALGUNOS ACONTECIMIENTOS DE LOS ÚLTIMOS AÑOS

I. SUPRESIÓN DEL ORFANATO. FUNDACIÓN DE LA ESCUELA Y DEL PENSIONADO DE LOS HERMANOS. LAS MISIONES DECENALES

Una conspiración que no es conspiración.—Quejas y aprensiones con motivo del orfanato de niñas.—Los arreglos del Cura de Ars con la Madre San Claudio.—Una «liquidación» previa.—Pena y resignación del Cura santo.—Las Hermanas de San José y las antiguas directoras de la Providencia.—Actitud del Cura de Ars.—La escuela municipal de niños confiada a los Hermanos de la Sagrada Familia.—Celo del Cura de Ars por la educación de la infancia.—La obra de las misiones decenales.—¿De dónde proceden los recursos?—Un avaro «de nuevo cuño».—Las fundaciones perpetuas de misas.

Las esperanzas que el Cura de Ars había fundado en la «casa de la *Providencia*» se vieron en parte decepcionadas. Comía en ella desde el año 1827, y la había escogido para que fuese su retiro con intento de confinar muy pronto a otros el cuidado de la parroquia... El hombre propone, pero Dios dispone, y muchas veces contra la voluntad del hombre, por más santo que éste sea. Algunos acontecimientos imprevistos impidieron al Rdo. Vianney realizar su dulce ensueño. Ni siquiera tuvo el consuelo de ver subsistir su obra tal como la había concebido. La *Providencia* era a la vez escuela parroquial y orfanato: como orfanato iba a desaparecer.

Algunos han querido ver en esta supresión una negra intriga del obispo de Belley y de una congregación de religeos. Monnin intitula el capítulo en el cual se imagina re-

ferir este episodio de la siguiente manera: *Cómo se conspira contra el establecimiento de la Providencia y circunstancias que motivaron su caída*¹. Si de alguna suerte hubo caída, no hubo conspiración. La realidad es mucho menos sombría.

La *Providencia*, tal como la había ideado y organizado el Rdo. Vianney, era una obra de un carácter singular, que parecía que no había de poder sobrevivir al Santo². Después de la doble alarma de 1843 —la grave enfermedad y la «huida» del señor Cura—, preguntábase todos a este propósito si Ars la conservaría por mucho tiempo. ¿Habría de caer una obra que había sido hasta entonces un inmenso beneficio para la comarca? El Cura de Ars sabía bien que ni Catalina Lassagne, ni María Filliat, ni Juana-María Chanay, las abnegadas directoras, eran inmortales, y al lado de las mismas había puesto tres jóvenes de Ars destinadas a ayudarlas primero, y a reemplazarlas después... Pero el Santo, en su humildad, no sospechaba que sería del todo inútil, una vez él fallecido, haber formado nuevas directoras, si, al mismo tiempo, un hombre de su temple no sobreviniera para hacer subsistir la *Providencia*. Lo más prudente y sencillo era, al parecer, confiar la obra a una comunidad religiosa, que asegurase su perpetuidad: tal era el parecer de muchos de los que rodeaban al Cura de Ars. «Yo, dice el Rdo. Ray-mond, su primer auxiliar, pertenecía al número de los que

¹ Desde que Monnin lanzó al público su libro (1861), le hicieron notar lo chocante de este título. Lo modificó en las ediciones siguientes, pero solamente en el índice de materias: «*Circunstancias que motivaron la caída de la Providencia*». Transformó así mismo el texto de su capítulo con numerosas supresiones.

En este capítulo (el VII del libro tercero de la edición de 1861), Mons. Devie apenas es nombrado, pero el lector saca la impresión de que fue el instigador de esta *conspiración*, y el señor Guillemin, vicario general, y la Madre San Claudio, los primeros actores. Monnin dice en el capítulo IV, p. 462—y la frase no ha sido suprimida en ninguna edición—: «Mons. Devie, por una disposición especial de la Providencia, no hizo nunca nada para alentar las obras de su celo (del Cura de Ars); por el contrario, hizo, sin quererlo, muchas cosas para ponerle trabas.» ¿Muchas cosas?... ¿Cuáles?... ¿En qué época?... Monnin acusa, pero no prueba. El señor Cognat está más cerca de la verdad cuando escribe: «Mons. Devie no se limitó a defender al Cura de Ars contra las prevenciones de que era objeto: le ayudó, cuanto pudo, en las obras de su celo... Le ayudó con sus consejos y con su apoyo moral en todas las funciones.» (Mons. Devie, op. cit., t. II, p. 280-281.)

² Durante la estancia del Cura de Ars en Dardilly, en 1843, el conde des Garets, para moverle a volver a Ars, le escribía el día 15 de septiembre: «Piense en su *Providencia* de la cual es alma y sostén, y que no puede existir sino por usted.»

le hacían presión para que mandase llamar a las Hermanas»³.

Por otra parte, sin pretender negar los méritos de Catalina y de sus compañeras, ciertas madres de familia que enviaban sus hijas a la escuela no se recataban de decir que, dirigida por religiosas, tendría aquella casa un carácter más apropiado, y las niñas saldrían mejor instruidas. Algunas iban todavía más lejos: se quejaban de ver a sus hijas mezcladas con aquellas pobres desgraciadas venidas de todas partes...

Tales habladurías llegaron a oídos del Rdo. Vianney y no dejaron de impresionarle: tuvo de ello gran pena. Puesto que la *Providencia* conseguía el fin que se había propuesto al crearla, no entendía qué era más de desear. Si la Academia quería para sus escuelas profesoras tituladas, allá ella; pero, ¿las buenas gentes de Ars tenían acaso necesidad de una ulterior sabiduría para unas niñas que, a los doce años, habían de ser dedicadas a los trabajos del campo o de la granja?... Por otra parte, si eran preferibles religiosas, allí estaban Catalina, Juana y María: «no les faltaba sino el hábito»⁴.

El gobierno de la diócesis, que sentía por el buen Cura de Ars una veneración profunda, no ignoraba los acontecimientos de Ars. A Mons. Devie le preocupaba el porvenir de la *Providencia*. Por medio del superior del seminario mayor, procuró sondear el ánimo del santo Cura. «El señor Perrodin⁵ había fundado en Bourg, con el concurso de las Hermanas de San José, una *Providencia* que había alcanzado gran éxito. Manifestó al siervo de Dios, en repetidas visitas, que sería muy ventajoso confiar a dichas Hermanas el establecimiento de Ars. El Cura de Ars cedió, pero a fuerza de reiteradas instancias»⁶.

En mayo de 1847, la Rda. Madre San Claudio superiora general de las Hermanas de San José, visitaba una escuela de su congregación en Villeneuve, parroquia limítrofe de

³ *Proceso del Ordinario*, p. 304.

⁴ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 843. , El Rdo. Perrodin, «después de Mons. Devie, ha de ser considerado como uno de 'os Restauradores de la diócesis de Belley» (J. COGNAT, *Mons. Devie*, 1.1. p. 217).

⁵ Baronesa de BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 242.

Ars. Mandó decir al Santo que pasaría por su aldea con intento de pedirle una entrevista. Esta visita, que parecía casual, había sido concertada de antemano entre el obispo y la casa-madre de las Hermanas de Bourg. Mientras la Superiora estaba en Villeneuve, el señor Guillemín, vicario general de Mons. Devie y «antiguo amigo del Rdo. Vianney», se había por su parte puesto en camino, para encontrarse en Ars al mismo tiempo que la Madre San Claudio⁷.

El Cura de Ars, que no había sido previamente avisado de la visita del vicario general, se mostró sorprendido; comprendió que en último término querían precipitar las cosas. Tuvo la primera conversación, el primer cambio de impresiones con el señor Guillemín y la Rda. Madre, y aceptó, en principio, una posible transformación de su orfanato.

Mas cuando Catalina Lassagne y sus colaboradoras se enteraron de ello, ¡cuál no fue su tristeza! ¿Y qué? ¿Acaso no sería posible acabar sus días entre sus hijas adoptivas, en una mansión tan querida? Todavía eran relativamente jóvenes —Catalina tenía cuarenta y un años, Juana-María Chanay cuarenta y ocho y María Filliat treinta y nueve⁸— y ¿qué porvenir les aguardaba fuera de una obra que era su vida y a la cual lo habían sacrificado todo, su tiempo, sus penas, su salud, su bienestar?... El pobre fundador vio cómo saltaban las lágrimas de sus ojos, oyó sus lamentos y, acometido de una tristeza tan honda y tan fuerte cual quizá nunca la había sentido, procuró, él que en todo se mostraba hombre sobrenatural, consolar con pensamientos de fe a sus excelentes hijas.

Las negociaciones entre nuestro Santo y la casa-madre de Bourg todavía duraron seis meses. Finalmente, el 5 de noviembre de 1847 se firmó un acta privada «entre el Cura de Ars, por una parte, y la señora Luisa Monnet, en religión Sor San Claudio, Superiora general de la Congregación de San José, cuyo noviciado está en Bourg». Por esta escritura, el reverendo Vianney hacía una donación global de

⁷ Salvo indicaciones contrarias, todos los pormenores referentes a la transformación de la *Providencia* de Ars (1847-1848) están sacados de los archivos de la Congregación de las Hermanas de San José, de Bourg.

⁸ Juana-María Chanay había nacido en Jassans en 1799 y María Filliat en Savignoux en 1808.

53.000 francos a la Congregación de San José⁹, y ésta, a su vez, tomaba a su cargo la dirección pura y simple de la obra completa de la *Providencia*, a saber, de la escuela parroquial y del orfanato; ambas obras a *título* absolutamente gratuito.

El 13 de diciembre de 1847, el Consejo de administración de San José confirmaba el compromiso, en nombre, y con la aprobación del obispo de Belley. El 5 de noviembre de 1848, un año, día por día, después de la firma del contrato, las Hermanas se hacían cargo de la obra de Ars¹⁰.

Cuando llegaron, el orfanato no era ni sombra de lo que había sido: solamente quedaban en él dos niñas que no tardaron en salir. ¿Qué había pasado allí? Tocamos ahora un punto oscuro de esta historia, y no existe ningún documento preciso que pueda dar acerca de él algo de luz.

Durante el pánico de que fueron presa los peregrinos y los feligreses de Ars al huir el Rdo. Vianney a Dardilly en septiembre de 1843, el orfanato había comenzado a vaciarse, prueba evidente de que estaba en la conciencia de todos que la obra de la *Providencia* no podía continuar sin el Cura de Ars. —Catalina le escribió entonces, para enterarle de que solamente quedaban en la casa *quince niñas*. —Por el contrario, no parece que ninguna de las *mayores se* moviera. Naturalmente que, una vez pasada la alarma, las niñas que habían sido retiradas por sus padres o tutores volvieron a la *Providencia*. ¿Cuál era el número de las mismas, cuando se preparaba el cambio total de la dirección? Acerca del particular no existe ninguna noticia exacta en las memorias de Catalina. Consigna vagamente la cifra de *sesenta*, y sabemos que no se preocupaba mucho por saber más; no dice en ninguna parte que las huérfanas fueran disminuyendo, cuando he aquí que de repente escribe que en 1848 «fueron colocadas las *mayores y devueltas* las pe-

Exactamente 22.300 en inmuebles (de los cuales, en su mayor parte, las Hermanas no tenían más que la nuda propiedad), y 22.000 en dinero colocados al 5 por 100; "lamente, los objetos del culto afectos al servicio de la capilla de la *Providencia*, valorados en unos 9.000. La toma de posesión fue señalada para el 19 de mayo de 1848. El establecimiento fundado en Ars por las Hermanas de San José no fue autori-^ogalmente sino después de repetidas instancias, por decreto imperial de 10 de ^octiembre de 1856.

quenas que quedaban, excepto una o dos». Ya, pues, la mayor parte de aquellas pobrecitas habían sido reintegradas al seno de sus familias o colocadas en casa de personas caritativas.

Desde fines de 1847, hasta el mismo personal de la *Providencia* había sido reducido. Las tres jóvenes que el cura de Ars destinaba para que continuasen la obra habían, entrado, a petición propia, en el noviciado de San José de Bourg. —Dos de ellas, algunas semanas *más* tarde, tuvieron que volver a sus familias: las jornadas de febrero de 1848 repercutieron también en la capital de la región del Ain; se produjeron algunos alborotos y la mayor parte de las novicias salieron de la casa-madre; una vez restablecida la paz, las dos postulantes de Ars continuaron en sus casas. —Salidas las huérfanas y reducido el personal escogido por el Cura de Ars, inevitablemente iba liquidándose la situación.

¿Cómo conciliar estos hechos *con* el compromiso contraído por las Hermanas de continuar pura y simple[^] mente la obra de la *Providencia*? La pesada carga que asumían hubo de aterrarlas. Claro que no querían la muerte del orfanato, pero deseaban ante todo la buena marcha de la escuela de niñas, a la cual, pensaban, podría agregarse un sencillo pensionado. Es muy verosímil que expusiesen verbalmente al Rdo. Vianney —ningún documento existe acerca de este punto— la conveniencia de prescindir por algún tiempo de la obra propiamente dicha de la *Providencia*, con miras a emprenderla de nuevo sobre nuevas bases y condiciones más favorables. Sin duda, que hubo de serle sugerido que tal era también el parecer del obispo de Belley.

Deseoso tan sólo del bien de las almas, el Cura de Ars no sabía qué partido tomar. Oraba sin interrupción, y le parecía que una voz interior le aconsejaba que no cediese en este punto, suprimido el orfanato, su obra le parecía reducida a la nada¹¹. «El señor obispo, decía entre gemi-

¹¹«Esforzóse mucho en conservar en la *Providencia* la organización primitiva» (B. DE BELVEY, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 208.)

dos, ve en esto la voluntad de Dios, pero yo no la veo»¹². Por fin, se avino a todo; se resignó plenamente, alegremente. El 24 de octubre, doce días antes de la llegada de las religiosas, escribía a Mons. Devie: «Abrigo continuamente la dulce esperanza de que tendréis la bondad de bendecir nuestra capilla, y de dar posesión a nuestras buenas Hermanas, a las que toda la parroquia y yo aguardamos con impaciencia.» Más aún: él mismo comunicó el cese a sus abnegadas colaboradoras. El mismo día 24 de octubre, Catalina Lassagne formulaba este deseo con respecto a las futuras directoras: «Quisiéramos que ellas tuviesen tantas ansias de venir cuales son las que nosotros tenemos de recibirlas»¹³.

Durante esta espera, el Cura de Ars activó la conclusión de la capilla. En el alba del domingo día 5 de noviembre, la halló recientemente adornada con sus imágenes, cuadros y sus relicarios. A pesar de sus ochenta años bien cumplidos, Mons. Devie, todavía muy fuerte, quiso instalar personalmente a la nueva Superiora de la escuela, Sor María Se-rapia, y a sus compañeras. El obispo bendijo la nueva capilla, que fue puesta bajo la advocación de la Sagrada Familia, y erigió en ella un *Viacrucis*. Fue una verdadera fiesta parroquial: el alcalde, señor Próspero des Garets, estaba sentado en el coro, junto al Rdo. Vianney, y los habitantes de Ars llenaban la pequeña nave. Como se ve, la acogida que se dispensó a las religiosas fue de las más simpáticas.

Una nueva era comenzaba para la *Providencia*. Era muy difícil que, privada de sus huérfanas, recobrase aquella casa la vida exuberante de otros tiempos. Se había estipulado, en el contrato de cesión de 5 de noviembre de 1847, que Catalina Lassagne y las demás podrían vivir con las Hermanas hasta su muerte y prestarles el apoyo de su abnegación; Pero, como ya era de prever, las cosas no pasaron de esta manera.

Ningún incidente digno de mención señala la llegada de las religiosas. Cuando llegaron al mediodía del sábado, día

.j Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, segunda redacción, p. 19. Carta a la Rda. Madre de San Claudio.

4 de noviembre, las aguardaba de pie en el umbral de la puerta. Les entregó las llaves y les dijo en tono muy seco: «Están ustedes en su casa»^M. Pero no por esto se apeó un punto. Ella y sus compañeras vivieron allí durante algunos meses. El 25 de diciembre, Sor María Serapia escribía a su Superiora general: «Estas señoritas fraternizan con nosotras. Juana-María (Chanay) nos da de vez en cuando algunas palabras que roer, pero, según creo es efecto de carácter y no de mala voluntad. Todo marchará bien». Entretanto, el fin del año 1848 y «los primeros meses de 1849, meses de transición y de prueba, fueron penosos para todos»¹⁵. El inmueble de la *Providencia* había sido descuidado; fue menester echar mano de la escoba y de la brocha; las paredes, por efecto de la humedad, se iban desmoronando; los albañiles hubieron de intervenir...

Como ya era de esperar, las antiguas directoras del orfanato se separaron de las religiosas, pero amigablemente¹⁶. Juana-María Chanay se retiró al pueblo, en casa de una de sus hermanas; Catalina y María Filliat habitaron dos pequeñas viviendas, contiguas a la casa parroquial. En adelante, cuidarán de los ornamentos y la comida del párroco; entre otras cosas, se dedicarán a hilar y a hacer visitas a los enfermos. Catalina, lejos de manifestarse enojada con las Hermanas de San José, irá con frecuencia a verlas¹⁷ y, después de un primer movimiento de mal humor, muy pronto reprimido, iniciará a las religiosas en sus quehaceres y continuará aconsejándolas. Todos los meses, presidirá en su capilla la reunión de las asociadas del *Rosario Viviente*...

Durante los quince días que siguieron a la instalación de las Hermanas, el Rdo. Vianney guardó una actitud reservada y se mantuvo a la expectativa. Dejó de tomar sus comidas en la *Providencia* y hasta el fin de su vida se las sir-

¹⁴ Rdo. RENOUD, *Catalina Lassagne*, «Anales de Ars», octubre de 1920, p. 131.

¹⁵ Canónigo F. BÉREZIAT, *Notice historique, etc.*, p. 432.

¹⁶ Catalina termina así una pequeña memoria que dejó escrita sobre la *Providencia*: «Entonces las antiguas (directoras) cedieron el lugar a las religiosas y se retiraron para prepararse a morir. Que Dios sea bendito en todo. ¡Así sea!»

¹⁷ Canónigo BÉZÉRIAT, *Notice*, p. 590, según los relatos de Sor Neófita, que «vio largo tiempo en la *Providencia de Ars*.

vieron en su habitación. Tenía entonces sesenta y dos años; es duro para todos, aun para un hombre consumado en la virtud, el modificar antiguas costumbres. Sin embargo, no se quejó, aunque se echaba de ver que sufría. Sólo dejó entrever cierta añoranza de tener cabe sí sus queridas huerfanitas: las había asociado por medio de la oración a todas sus obras; ¡cuántas gracias atribuía a su intercesión! Este apoyo moral le faltaría. «Se han reprochado muchas cosas a la *Providencia*, decía en confianza al señor des Ga-rets; las niñas, según algunos, eran mal educadas, y, sin embargo, Dios hacía milagros en favor suyo»¹⁸.

Pasados unos días, durante el recreo de la una, el Santo reapareció en medio de las niñas. Hablóles con su acostumbrada jovialidad, y así ellas como sus nuevas maestras sintieron gran gozo al verle. Repetía, de cuando en cuando, las visitas, pero no era ya cosa de su incumbencia comunicar vida a una obra cuya responsabilidad habían asumido las Hermanas. Otras obras de celo, muy notables también, atrajeron su atención y se beneficiaron de su generosidad.

El Cura de Ars dejó a las religiosas toda la libertad de acción: ellas tenían sus superiores, su reglamento, sus peculiares costumbres; esto les bastaba. Solamente se reservó la dirección espiritual de las alumnas. Cuando, empero, los misioneros se instalaron en las habitaciones contiguas a la escuela¹⁹, el Cura de Ars volvió a su antigua costumbre de hacer una visita a las niñas todos los días. Cuando entraban en clase, gustaba de bendecir ora a una ora a otra, trazando sobre su frente la señal de la cruz.

Para demostrar su respetuoso afecto a las nuevas directoras, que muy pronto habían comenzado a recibir internas²⁰, les confió la educación de la hija de un sobrino suyo

j^o Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 908.

A fines de 1853. Como veremos muy pronto, los misioneros, auxiliares del santo Cura, se alojaron muy pocos años en el ala derecha de) edificio de la escuela, a la IW tenían acceso independiente, y sus habitaciones estaban totalmente separadas¹⁸ < resto del local. Hacia el año 1858, según se cree, pasaron a hospedarse en el antiguo hotel de *Notre Dame des Graces* (viejo edificio, unido más tarde a la nueva casa Parroquial de Ars). Sor San Lázaro, figura muy conocida en el pueblo, pasó a su servido juntamente con Sor Neófito.

El pensionado creado por las religiosas albergó hasta quince niñas, hijas de las

de Dardilly. La niña era de un natural travieso. Quejábanse un día a su tío de sus continuas ligerezas. «¡Qué queréis, respondió sonriendo, en nuestra familia no hay nadie que valga gran cosa!»²¹. Sin embargo, a esta alumna atolonmdrada le tocó en suerte el honor de ofrecerle el ramo el día de San Juan Bautista. «¡Hija mía!, dijo el Santo, aceptando las flores, un Avemaria vale más que todo esto»²².

Cuando abrí mi establecimiento en Ars, refiere Marta Miard — era hacia el año 1850—, el cuidado de las Hermanas por el aseo y embellecimiento de la *Providencia* iba quitando a ésta el carácter de su primitiva pobreza. No dudo de que el señor Cura sufría, pero jamás se mostró amargado²³. En otros tiempos, había organizado la existencia de aquella casa a imagen de su propia vida; los milagros le habían enseñado que el cielo se complacía en las oraciones que se elevaban de una tal pobreza, de un tal abandono. Pero los santos, que en su mayor parte suelen tener originalidades sublimes, conciben a su manera las cosas. Las religiosas al procurar la limpieza y el buen aspecto de la escuela cumplían con su deber.

Otro hecho demuestra la estima que el Cura de Ars sentía por la Congregación de San José. En 1857, una de sus sobrinas entró en ella como postulante, gracias a las gestiones personales del Rdo. Vianney.

Todos los años, el día 2 de julio, fiesta de la Visitación de Nuestra Señora, aceptaba gustoso la presidencia de la ceremonia de la renovación de los votos que se celebraba en la capilla. «La fiesta de hoy, escribe en su diario privado el Rdo. Toccanier, por la tarde del 2 de julio de 1855, merece muy especial mención. El señor Cura ha celebrado la misa revestido de la espléndida casulla de la Inmaculada Concepción. Veintidós religiosas de San José han renovado sus votos en manos del hombre de Dios. Ha sido tan crecido el número de feligreses y peregrinos que han comulgado que

parroquias vecinas. Dejó de existir cuando, habiendo el número de huérfanas igualado al de las pensionistas, fue menester alojar convenientemente aquellas pobres criaturas.

²¹ *Proceso apostólico ne pereant*, p. 753.

²² Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 852.

²³ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 853.

se ha vaciado todo el copón»²⁴. Aquella mañana, al salir de la capilla, no podía el Santo contener las lágrimas. ¡Qué hermosa es la religión!, exclamaba. Imaginábame que entre Nuestro Señor y sus místicas esposas se estaba librando un combate de generosidad. Pero, por más que ellas hagan, es siempre Nuestro Señor quien se lleva la victoria... Las Hermanas decían: «Renuevo mis votos de pobreza, castidad y obediencia». Pero ellas recibían lo más, pues yo a mi vez decía: «El Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde vuestras almas hasta la vida eterna»²⁵.

* * *

Durante su larga vida de párroco, el Cura de Ars no se interesó menos por la educación de los niños que por la de las niñas. Hacia el año 1835, había insistido cerca del alcalde, que era Miguel Séve, a fin de que escogiese por maestro aun joven de Ars, Juan Pertinand, sobrino del Rdo. Renard. En 1838, a los veinte años de edad y provisto de nombramiento, acababa de convertirse en maestro de escuela en su pueblo natal. Había de desempeñar este cargo por espacio de once años. «El señor Cura, dice, visitaba con frecuencia la clase, y cada una de sus visitas producía excelente efecto en los niños, a quienes una sola palabra salida de sus labios les volvía juiciosos y dóciles para muchos días. Satisfacía la pensión por aquellos niños de quienes le decían que estaban en la miseria.»

Pero su ilusión era ver la escuela dirigida por religiosos y absolutamente gratuita. El 10 de marzo de 1849, era ya un hecho. Habiéndose encargado el Rdo. Vianney del mantenimiento de los futuros profesores²⁶, tres Hermanos de la

²⁴ *Notas* manuscritas, p. 38.

²⁵ Rdo. MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1.094.—El orfanato de la *Providencia* fue suprimido, mas para ser otra vez restablecido. Empero, el Cura de Ars no vio su resurrección sino desde el cielo. En efecto, en octubre de 1863, las religiosas comenzaron a admitir huérfanas. Fueron las primeras, tres niñas abandonadas, una de ellas de cinco años y dos de tres. El número de niñas recogidas de esta manera llegó "luy pronto a quince. «¡Que Dios bendiga la restauración de la obra del santo Cura: amaba tanto a su *Providencia!*», escribía al Rdo. Toccanier, el 13 de abril de 1864, Mons. Langalerie, obispo de Belley.

Al principio se estipuló tan solo un contrato verbal. Seis años más tarde, el 13 de febrero de 1855, por acta notarial autorizada en el despacho del señor Raffin, nota-

Sagrada Familia de Belley reemplazaron a Juan Pertinand. El director era un religioso de veinticuatro años, llamado Hermano Atanasio²⁷. Este religioso iba a jugar un papel muy importante en la historia de nuestro Santo. Bien pronto, este celoso director acarició la idea de unir a la humilde escuela, que no admitía más que niños de la parroquia, un pensionado del que pudiesen aprovecharse los niños de las familias acomodadas de la comarca. Tímidamente, confió su proyecto a su santo Cura. «Sí, hijo mío, sí, le respondió sin titubear el Cura de Ars, funde usted un pensionado, y tendrá muy buen éxito; verá usted cuántas almas jóvenes arrebatará al demonio»²⁸. En efecto, acudieron los pensionistas en gran número, y hubo que pensar en nuevas construcciones. El 28 de marzo de 1856, el Cura de Ars, feliz y radiante de alegría, bendijo la primera piedra del futuro pensionado²⁹.

El Cura de Ars, también antiguo maestro durante el tiempo que vivió oculto en la lejana aldea de Robins, hubiera deseado extender por doquiera los beneficios de la instrucción; y nadie podrá tachar de *obscurantismo* al cura

rio de Trevoux, el Cura de Ars dotó en debida forma la escuela de niños. Entregó inmediatamente al Hermano Gabriel, superior general de la Sagrada Familia de Belley, una suma de 10.000 francos (que pronto elevó espontáneamente a 20.000). Esta escuela, municipal o particular, a libre elección del Hermano Gabriel, había de ser confiada perpetuamente a los Hermanos de dicha congregación, con derecho a admitir en ella alumnos internos. El municipio de Ars procuraría a los Hermanos alojamiento gratuito, correrían de su cuenta las reparaciones de alguna monta; y abonaría anualmente a cada profesor la suma de cien francos.

²⁷ Jacobo Planche, en religión Hermano Atanasio, nació en Chálon-sur-Saône (Saône et Loire) el 2 de enero de 1825. Dirigió la escuela de Ars por espacio de cuarenta y un años, y mostróse, por su ciencia, su autoridad y su virtud, a la altura de su cometido. Durante diez años, fue el «compañero» y uno de los consejeros del Cura de Ars; fue, pues, un excelente testigo de los diez años más notables de aquella maravillosa existencia. Tocaba el órgano, cantaba en el coro, enseñaba el canto llano, dirigía los niños en los oficios y les suplía cuando había necesidad de ello. Fue secretario de la alcaldía de Ars de 1849 a 1910, época en que su edad avanzada le obligó a dejar esta ocupación. Fue muy popular en Ars, y los peregrinos gustaban de visitarle. Una vez muerto el Cura de Ars, fue su crónica viviente. Hablaba del Santo con entusiasta admiración. Murió el 17 de junio de 1912, a la edad de ochenta y ocho años. Mientras le administraban los últimos sacramentos, halló todavía ocasión de referir a los asistentes tres o cuatro episodios de la vida del Cura de Ars.

²⁸ J. H. OLIVIER, *Le tombeau glorieux du venerable Vianney*, París, Watelier, 1872. p. 112.

²⁹ En 1872, siendo párroco el Rdo. Toccanier, el número de internos se multiplicó y el Hermano Atanasio continuó agrandando la casa y le dio la forma actual. En días prósperos, el pensionado llegó a cobijar ochenta niños. Tal fue la obra de un San to, que en 1903 cayó bajo los golpes del gobierno de Waldeck-Rousseau.

ignorante de las ciencias humanas. Pudiendo disponer, gracias a las cotidianas limosnas que recibía para sus obras, de recursos considerables, «contribuyó a la fundación de muchas escuelas en otras parroquias, en Jassans, en Bauregard, patria del Rdo. Raymond, en Santa Eufemia de la diócesis de Valence»³⁰. Alentó y ayudó la fundación de San Sorlin (Ródano) para niños abandonados³¹ y dio mil francos para la escuela de Dardilly, su pueblo natal. «Estas escuelas prosperarán y harán mucho bien», había asegurado al cura de su parroquia, poco tranquilo sobre su porvenir... «Y esta predicción, dice el Rdo. Vignon, párroco de Dardilly, se cumplió de una manera providencial, cuando en 1880 todo parecía dispuesto para que fuesen transformadas en escuela de reforma y pensionado»³².

El Cura de Ars estaba convencido de que una buena educación es merecedora de todos los sacrificios. Una madre de familia le decía: «He gastado todos mis haberes en la educación de mis hijos; no me queda nada en casa. —Véndala usted, le replicó el siervo de Dios, y lleve a término su obra.» La casa fue vendida, pero, por circunstancias inesperadas, el comprador hizo testamento en favor de la madre de familia, y murió pronto dejándola heredera de todo cuanto había sacrificado con tanta generosidad³³.

* * *

Además de las escuelas de niños, el mismo año de 1849, el Cura de Ars se interesó por otra de un carácter más general, y que aún había de producir más fruto. Sabía muy bien, por haberlo experimentado, cuan útiles son para las parroquias más pobres los ejercicios de una misión. ¿Acaso no había pensado él mismo, ya en 1819, al año siguiente de su llegada a Ars, en hacer dar una misión a sus feligreses por dos padres de la Cartuja de Lión?»³⁴.

³⁰ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 289; Rdo. RAYMOND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 554.

Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 847.

Proceso apostólico in genere, p. 326.

Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico in genere*, p. 114.

La carta del Rdo. Vianney en la que pide al señor Miolland de la Cartuja que le

Mas entonces, Belley tenía sus misioneros diocesanos. En 1833, por iniciativa de Mons. Devie, los reverendos Mury y Convert habían fundado en Bourg una pequeña sociedad de misioneros. Gastados rápidamente, los dos fundadores murieron, trabajando, siete años después, con seis meses de intervalo; el canónigo Camalet, que fue puesto entonces al frente de la obra, trasladó el centro de la misma a Pont-d'Ain... Cuando el Cura de Ars, después de haber cedido el cuidado de la *Providencia* a las Hermanas de San José, no tuvo que ocuparse más en la buena marcha de aquella casa, Mons. Devie le rogó que pensase en los misioneros. «Lo consultaré con Dios», le respondió el Santo, y, algunos días después, envió al Rdo. Raymond seis mil francos, cuyos réditos habían de ser empleados en dar cada diez años una misión en dos diferentes parroquias³⁵. Esto complacía mucho: ¿acaso no se trataba de la salvación de los pecadores? Al morir dejaba fundadas más de cien misiones decenales. De esta manera, «una vez fuera de este mundo, continuaba llevando las almas hacia Dios»³⁶.

«¡Oh, cuánto lamento, decía a veces, haber pensado tan tarde en obra tan hermosa!»³⁷. Se apasionó por ella; «hablaba incesantemente de la misma y recogía céntimo por céntimo las cantidades necesarias para ir fundando otras misiones»³⁸. «Soy avaro para Dios»³⁹, decía sonriendo. Y cuando había reunido lo bastante para una nueva misión, sentía el gozo de un propietario que acaba de completar su finca... «Amo tanto las misiones, decía desde el pulpito, que si pudiera vender mi cuerpo para fundar una sola, lo vendería»⁴⁰.

Un mediodía de julio de 1855, entró muy alegre en la sala donde estaban comiendo los misioneros de Pont-d'Ain.

envíe dos predicadores por dos o tres semanas después de Todos los Santos, es de 24 de septiembre de 1819.

³⁵ Rdo. RAYMOND, *Vida* manuscrita, p. 151.

³⁶ Rdo. PELLETIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 393. — Naturalmente, no se olvidó de Ars: la misión decenal que allí fundó el Cura de Ars fue dada por primera vez en 1851. (*Registros parroquiales*.)

³⁷ Rdo. DUFOUR, *Proceso apostólico in genere*, p. 345.

³⁸ Baronesa de BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 227.

³⁹ R.P. MONNIN, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 987.

⁴⁰ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 290.

«Señ^{or} Cura, díjole el Rdo. Alfredo Monnin, ¡qué satisfecho está usted!

—¡Ya lo creo! Esta mañana me he levantado muy rico; con doscientos mil francos... Y este capital está colocado en la banca más sólida del mundo: lo he confiado a tres personas riquísimas...

—¿Y quienes son esas tres personas?

—Las tres Personas de la Santísima Trinidad»⁴¹.

Después del año 1849, el Cura de Ars había conseguido doscientos mil francos para la obra de las misiones decenales. ¿De dónde sacaba recursos tan considerables? En primer lugar, de la caridad de otras personas.

Una mañana, cuenta el Hermano Atanasio, me dijo en la sacristía: «Amigo, ¿se ha levantado usted hoy temprano?

—Como de costumbre, le respondí.

—¡Tanto peor!, replicó él vivamente; si me hubiese usted imitado hubiera hecho un excelente negocio: me han dado dinero para una fundación de misiones y queda un excedente... Al salir esta noche de la casa parroquial, he encontrado un joven que me aguardaba, y me ha entregado mil francos para esta obra; después, otra persona me ha dado otro tanto en la capilla de San Juan Bautista y, finalmente, ha llegado otra que ha completado con creces la suma.»

¡Y aún no eran las siete de la mañana cuando el señor Cura me refería esta historia!⁴².

Un día, refiere el Rdo. Raymond, se le presenta en la sacristía una señora piadosa. «Padre, le dice, ¿recibió la carta en la que le anuncié el envío de 50 francos para ayudar a hacer el bien?

—Sí, señora; la recibí; pero en aquel momento vino a mi encuentro un hombre caritativo que me ofreció 5.000 para una obra que me es muy querida, pues puede contribuir mucho a la salvación de las almas. Esta gruesa cantidad me ha hecho olvidar un poco la suya: éste es el motivo de no habérsela reclamado.

—Pero, Padre, ¿cuál es esta obra a la cual usted da tanta importancia?

— ¡Ah, señora! es la obra de las misiones.

—¿Y no podría yo tener en ella alguna parte? ¿Cuánto cuesta una misión?

⁴¹ Rdo. MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1130; Rdo. TOCCANIER, *Notas manuscritas*, p. 39.

Proceso del Ordinario, p. 828.

—3.000 francos, señora.»

Y el Cura de Ars recibió de esta persona, que era una viuda de Lión, que tenía 10.000 francos de renta, el dinero para la fundación, no de una misión, sino de *dos*^{*21}.

A decir verdad, tras esta su obra predilecta el Cura de Ars se iba convirtiendo en un «avaro». Hemos visto antes cómo era su alegría enriquecer de ornamentos sacerdotales, vasos sagrados, imágenes y estandartes muchas parroquias vecinas menos provistas que la suya: Beauregard, Sainte-Euphémie d'Ain, Saint-Jean-de-Thurigneux, Tous-sieux, Frans, Amberieu-en-Dombes, Saint-Didier-de-Formans, Sainte-Euphémie dans la Drôme, y otras. El cura de Dardilly, su pueblo natal, había recibido un copón y un cáliz, ambos muy valiosos. A partir de 1849 empezó a economizar.

Un cura de una parroquia necesitada, cuenta el Rdo. Esteban Dubois, me rogó que pidiera el Cura de Ars 80 francos para la adquisición de una imagen y una bandera: «¡Oh, no!, me respondió, no puedo. Todos los recursos los destino a la obra de las misiones»⁴⁴.

En 14 de junio de 1855, enviaba a Bourg, por medio del Rdo. Toccanier, la cantidad necesaria para tres fundaciones; pero, a fin de poder completar la última, hubo de pedir prestado. «He acudido al préstamo, decía aquel mismo día por la noche a los Hermanos Atanasio y Jerónimo, porque no quería dejar a medias esta fundación. Si nadie me ayuda a restituir, venderé mis *trapos* y, si esto no es bastante, me mandarán a la mazmorra de Tolón», decía bromeando⁴⁵.

Un día, dice María Ricotier, el señor Cura vino a verme llevando un paquete en la mano. «He de enviar el dinero para una misión y me faltan 200 francos. ¿Quisiera usted dárme los a cambio de esta alba que me pertenece?» ¡Negocio concluido! Tengo, por dicha mía, en mi poder una multitud de objetos que le compraba para contribuir a sus buenas obras⁴⁶.

Vida manuscrita, p. 154-155.

Proceso del Ordinario, p. 1243.

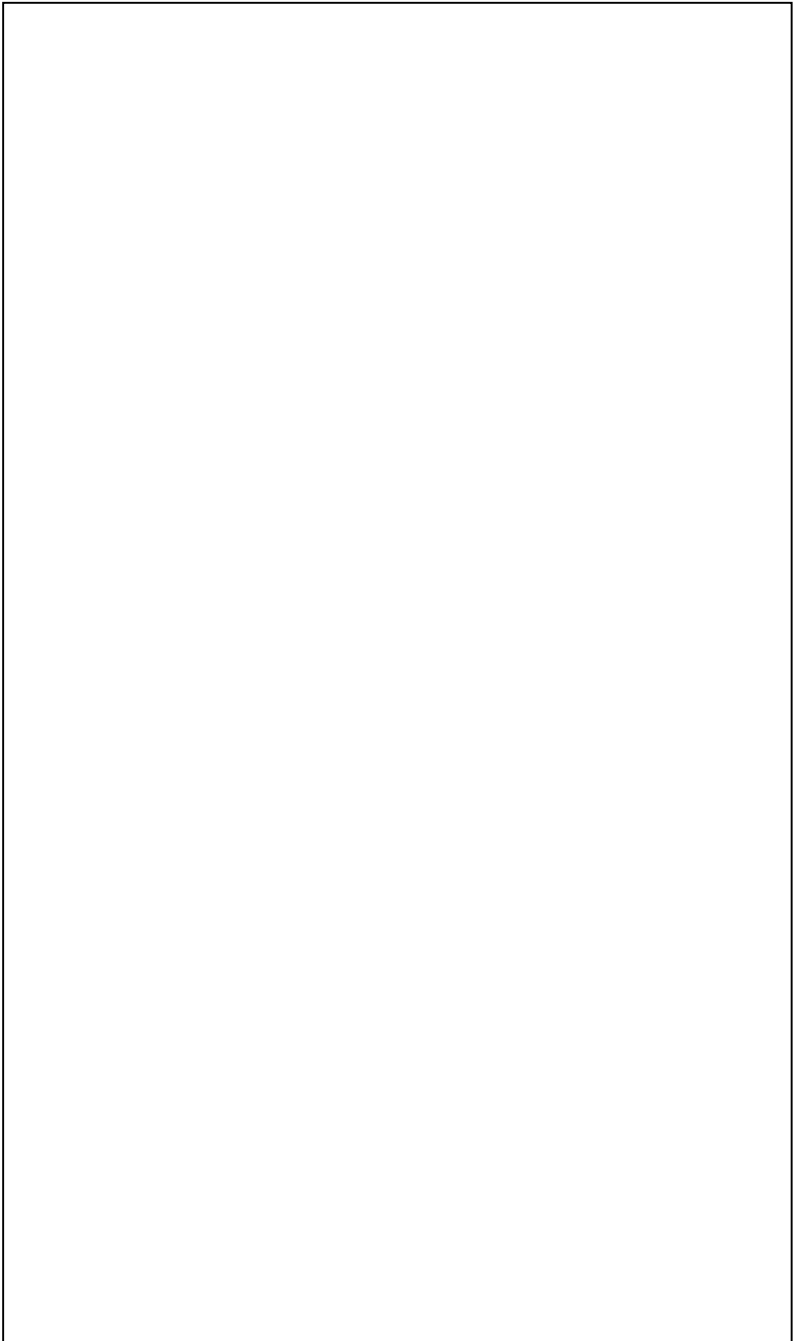
Rdo. TOCCANIER, *Notas* manuscritas, p. 24.

Proceso del Ordinario, p. 1.338.

Además de las misiones, el Cura de Ars fundó a perpetuidad un gran número de misas, cuyos estipendios estaban asegurados por cantidades colocadas en valores del Estado. En 1855 había destinado a ello cerca de cuarenta mil francos, y sólo la iglesia de Ars gozaba de la fundación de doscientas ochenta misas anuales. Como quiera que tenía metida en su corazón la obra de *Propagación de la Fe* —a ella pertenecían en su parroquia un centenar de asociados—⁴⁷, había destinado setenta de estas misas a implorar para los misioneros la protección de la Santísima Virgen. La mayor parte de las restantes habían de ser celebradas para la conversión de los pecadores⁴⁸.

Conservamos la lista y en ella parecen estar nombradas todas las familias de

f Según los registros parroquiales de Ars. — Estas fundaciones del Cura de Ars ah^h confiscadas por el Estado en virtud de la ley de Separación y de la ley de 13 de abril de 1908. Desde entonces, las misas no han podido ser celebradas.



XIX. ALGUNOS ACONTECIMIENTOS DE LOS ÚLTIMOS AÑOS:

II. EL INCIDENTE DE LA SALETTE

La llegada de Maximino Giraud.—Fe del Cura de Ars en la Aparición de la Salette.—Los compañeros de Maximino y el verdadero fin de su viaje.—La acogida y los propósitos del Rdo. Raymond.—Entrevista de Maximino y el Cura de Ars.— Nueva actitud del Rdo. Vianney con respecto a la Salette.— Las angustias de un alma santa.—El fin de la prueba.—El acto de fe que devuelve la paz.

Por la tarde del martes 24 de septiembre de 1850, el cochero de Ars, Francisco Pertinand, conducía a sus viajeros hasta las gradas de la iglesia. Un grupo de cinco personas bajó de la deligencia —tres hombres, los señores Brayer, Verrier y Thibault, una joven, Angélica Giraud, y un muchacho de quince años, Maximino, hermano de Angélica—. Excepto el señor Thibault, algo indispuesto, que siguió a Pertinand hasta la hospedería, aquellos forasteros procuraron entrar en seguida en el templo en busca del señor Cura.

«Tierno, delicado, de cara redonda y de aspecto sano, de ojos grandes, hermosos y llenos de expresión»⁷, Maximino giraud aparentaba menos edad. Este niño era uno de los *videntes* de la Salette. Hacía cuatro años, el 19 de septiembre 1846, sobre aquella cima de los Alpes delfínicos, guarda^a en compañía de Melania Mathieu, pastorcita de catorce

⁷ Señor DES BRULAIS, *L'Echo de la sainte Montagne*, Nantes, Charpentier, 1852, p.

años, las vacas de una granja, en la que se había empleado la víspera. Hacia las tres de la tarde, una *hermosa señora* según contaron los jóvenes pastores, se les apareció en me. dio de una claridad maravillosa. Sentada sobre una roca junto al torrente de la Sezia, esta señora, con el rostro entré las manos, derramaba lágrimas. Sin embargo, una voz dulce decía a los niños que se acercaran sin temor. La Visión se levantó y dirigióles la palabra. La cólera de Dios contra los blasfemadores y profanadores del domingo, amenazas de castigos, la necesidad de la oración y de la penitencia: tal fue el tema de su conversación. Finalmente, pasada media hora, la *hermosa señora* se elevó, y su figura fue desvaneciéndose en el azul del cielo.

Después de cuatro años, durante los cuales, mil y mil veces fueron asediados a preguntas por personas prudentes e indiscretas, nunca ni Melania Mathieu ni Maximino Giraud variaron en su relato ni fueron hallados en contradicción. En ambos se echaba de ver aquella buena fe propia de los corazones sencillos; así que sus manifestaciones sobre la Aparición hallaban pocos incrédulos. Por otra parte, el obispo de Grenoble había ordenado un escrupuloso examen de sus dichos. Sin embargo, en septiembre de 1850, cuando" Maximino se dirigía a Ars, el *mandamiento doctrinal* de Mons. Bruillard sobre el *hecho de la Salette* estaba solamente en preparación: no apareció sino más tarde, en 19 de septiembre de 1851. —Tengamos presente este pormenor—. Por tanto, en 1850, ninguna voz autorizada se había pronunciado aún sobre la autenticidad de la Aparición.

Al comenzar a derretirse las nieves, por la primavera de 1847, la Salette tenía ya sus peregrinos. Muchos de entre ellos, al regresar, pasaban por la aldea de Ars. Por su medio, se enteró muy pronto el Rdo. Vianney de aquella maravilla. «Desde el principio, aseguraba el señor conde des Ga-rets, creyó en la aparición de la Santísima Virgen; con cierta reserva, empero, pues siempre en esta clase de cosas remitía a la autoridad de los prelados»². Su propio obisp⁰-

² *Proceso del Ordinario*, p. 964. — El Cura de Ars, ocupado como estaba en el ^ nisterio de oír confesiones, no pudo estudiar con detención este hecho. «De lo q^u

Mons. Devie, a quien seguramente consultó sobre un hecho de tal índole, se mostró hasta 1851 «partidario de cierta expectativa»³. El Cura de Ars reguló su actitud *de* conformidad con la del obispo.

En la práctica, a las personas deseosas de ir a la Salette les aconsejaba que lo hicieran; hablaba de la Aparición en los catequismos⁴, bendecía las medallas; tenía un grabado en la pared de su cuarto, poseía agua del manantial milagroso y la distribuía entre sus amigos⁵. Y todo esto, a pesar de los reparos que oponía su vicario. Efectivamente, el Rdo. Ray-mond no creía en la Salette. Hizo una ascensión a aquella montaña un día en que Maximino Giraud había también subido. El niño se negó a responder a sus preguntas y el Rdo. Raymond, de temperamento bilioso, guardó contra él cierta animosidad: este simple hecho bastó para indisponerle con todo lo demás.

¿Con qué derecho y con qué fin, por la noche del 24 de septiembre de 1850, los señores Brayer y Verrier conducían hasta el Cura de Ars al joven Maximino Giraud? El prudente Mons. Bruillard, obispo de Grenoble, había recomendado al Rdo. señor Melin, párroco de Corps (pueblo natal de Maximino), que mantuviese a toda costa al niño dentro de los límites de la parroquia: la indagación sobre el hecho de la Salette no estaba aún concluida, y la presencia de los testigos de la Aparición era de todo punto necesaria; además, no era en modo alguno conveniente que Maximino y Melania fuesen paseados como objeto de curiosidad: por célebres que se hubiesen hecho, habían de permanecer todavía en la sombra. Esto, los señores Brayer, Verrier y Thibault no lo entendían. «Personas muy honorables pero Poco prudentes en aquel asunto», estos señores sacaron a Maximino de su aldea, «a pesar de la oposición del señor Melin y la prohibición de Mons. Bruillard»⁶. El niño había

el siervo de Dios, refiere el reverendo Toccanier, deduje que creía en la Aparición ^{of} ser muy devoto de la Santísima Virgen. Además, aceptó el hecho, porque oía de-309f ^{ue} Personas muy graves tenían fe en él.» (*Proceso apostólico ne pereant*, página

⁴ Mons. GIRAY, *Les miracles de la Salette*, Grenoble, Eymond, 1921, t. I, p. 164.

⁵ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico in genere*, p. 123.

⁶ Claudio VIRET, tercer cuaderno manuscrito, p. 35.

^{Ms.} GIRAYT, *Les miracles de la Salette*, op. cit., t. II, p. 273. — Mons. Giray no

de consultar sobre su vocación con un sacerdote que era un santo, y que leía en los corazones; mas, en realidad, el viaje tenía una finalidad muy diferente: el señor Brayer y sus amigos iban a Ars «más con miras políticas que con intenciones religiosas»⁷.

En cuanto llegaron, fueron en busca del Rdo. Vianney. Como éste se hallase en el confesionario, se presentó su vicario, menos ocupado. Los visitantes se dieron a conocer. «Después de haberles pedido, dice el reverendo Raymond, que fueran a la *Providencia* a pasar unos instantes conmigo, les pregunté por el objeto de su viaje. Respondieron que Maximino deseaba consultar con el Rdo. Vianney acerca de su vocación.

—Pero mucho mejor, les dije, podría ilustrarle sobre este punto el señor cura de Corps, que le conoce y ha cuidado de instruirle.

Aquellos señores insistieron, añadiendo, en presencia de Maximino, que se trataba de un niño muy ligero, que el señor cura de Corps estaba desanimado y que, precisamente por esta causa, deseaban saber el parecer del Rdo. Vianney. «Pues, les respondí, mañana tendrán la satisfacción de verle.»

Dicho esto, uno de los viajeros, me preguntó: «Usted, señor Cura, ¿qué piensa sobre la Salette?» Díjele que no tenía un criterio formado acerca del particular e hice notar que en algunos puntos no se había guardado toda la reserva ni

cree conveniente explicar en su hermoso libro cuáles eran estas «miras políticas» Mons. Ginoulhiac, sucesor de Mons. de Bruillard en la sede de Grenoble y futuro arzobispo de Lión, no teme decirlo en un documento dirigido al público de toda su diócesis, *Mandamiento* de 4 de noviembre de 1854, p. 18.

Los partidarios más decididos del barón de Richemont, esperando encontraren e hecho de la Salette y en el testimonio de los dos niños un apoyo para su causa, fueron Corps en 1847, para conquistarles y penetrar su secreto, que creían se refería al p^{do} Luis XVII.

Su desconcierto fue grande cuando, después de haber preguntado a Maximino, c el cual podían hablar con mayor facilidad, se vieron obligados a reconocer que el n ni siquiera sabía si habían existido Luis XVI, Luis XVII y Luis XVIII... En vano un de ellos intentó, en 1849 y en 1850, instruirle sobre la vida de Luis XVII... Era un «yftTM^ razonable, después de lo dicho, que los partidarios del barón de Richemont persi sen en la creencia de que este caballero fuese el objeto de la misión secreta de f^{ro} pastores. La ignorancia y la obstinación de Maximino lo echaron todo por tierra, V pronto vieron en ello un misterio y recurrieron a otra tentativa: la de llevar el a Ars.

Ibidem.

toda la prudencia que exige la Iglesia. «¿Cómo no creer, me replicaron, a unos niños que no han podido inventar lo que refieren?»⁸.

Entonces la conversación tomó un tono de acritud. El Rdo. Raymond contestó refiriendo un hecho del que había tenido noticia hacía muy pocos días. Había ocurrido cuarenta años antes: tres niños se habían puesto de acuerdo para inducir a sus familias y al público a la creencia en una aparición de la Santísima Virgen... Y no fue sino a la edad de cincuenta años cuando una de las pretendidas videntes había confesado su mentira. «Y a su vez añadió el vicario del Rdo. Vianney, encarándose con el pequeño Maximino, yo te recibo aquí y tú allí no quisiste hablarme... pero ahora has de habértelas con un Santo, y a los santos no se les engaña!»⁹. Maximino, cansado del viaje y halagado por los propósitos de aquellos desconocidos, dio al Rdo. Raymond «la respuesta que le era habitual cuando alguien hablaba con aire de poner en duda su veracidad». «¡Ah!, contaba al año siguiente a una persona de Nantes, a la señorita de Brulais, el señor vicario de Ars decía que yo había *inventado* una historia y que no había visto a la Santísima Virgen; entonces yo, que no estaba de muy buen humor, le repliqué: ¡Diga, si le place, que yo miento y que no he visto nada!... Y después me marché»¹⁰.

* * *

«Por mi parte, dice el Rdo. Raymond, previne al Cura de Ars sobre lo que acababa de ocurrirme. El Santo me lo agradeció muy de veras.

Vio a solas a Maximino en la sacristía a las ocho de la mañana siguiente. ¿Qué tal fue esta entrevista? El señor Cura no dijo una palabra. Solamente observamos, el Hermano Jerónimo y yo, que en adelante no quiso poner su firma detrás de las estampas de la Salette ni bendecir las medallas.»

⁸ *Proceso del Ordinario*, p. 1.439.

¹⁰ c.^o TOCCANIER. *Proceso apostólico ne pereant*, p. 980.

señor DES BRULAIS, *L'Echo de la sainte Montagne*, op. cit., página 269.

¿Cuál era la causa de este cambio? Lo más sencillo es oír al mismo Maximino. Lo que él dice no *está en pugna* con las declaraciones de otros testigos menos autorizados que él, y su relato tiene todo el encanto de la sinceridad. El 27 de septiembre de 1851, aquella persona de Nantes, de la cual ya hemos hablado, se encontró con él en la cumbre del monte de la Salette. Le habló «como la otra vez, expansivo y afectuoso, contando con simplicidad sus *pequeñas calaveradas*, sin doblez y sin excusas. Así fue como me confesó que su cabeza le había arrastrado, el año anterior, a seguir a tres señores que, según se creyó después, habían querido explotar su secreto en provecho de una causa política. He aquí nuestra conversación:

Pregunta.—¿Por qué, hijo mío, te pusiste de esta manera en sus manos?

Respuesta.—¿Por qué?, para viajar.

P.—¿En qué senderos te metiste, imprudente! ¿En qué pensabas entonces?

R.—¡Ah! hice una tontería; es cierto...

P.—Y ¿qué te sucedió con el Cura de Ars?, ¿quieres decirme algo?

R.—Aquellos tres señores me condujeron al Cura de Ars, para que le consultase, como ellos decían, sobre mi vocación. El señor Cura *me* aconsejó que volviese a mi diócesis. Aquellos señores montaron en cólera. Me dijeron que lo había entendido mal y de nuevo me enviaron al reverendo Vianney.

Maximino en esta primera entrevista, que fue en extremo corta, vio al santo Cura detrás del altar, junto al confesionario donde solía oír de ordinario a los eclesiásticos.

Esta vez —continúa el niño— fui a su confesionario de la sacristía. Al Cura de Ars no se le entiende bien, pues le faltan muchos dientes. Me preguntó *si había visto a la Santísima Virgen*-Le respondí: Yo no sé si era la Santísima Virgen; pero yo vi algo-una *señora*. Si usted, señor Cura, sabe que era la Santísima Virgen, ha de decirlo a los peregrinos, para que crean en la Salette.

P.—Aseguran, querido niño, que te acusaste de haber dicho mentiras. ¿Es verdad?

R.~Yo dije que alguna vez había mentado al señor Cura de Corps. —Has de retractarte, me dijo el Rdo. Vianney. —No pueo retractarme de esto; no vale la pena. —Replicó que debía de na-

cerlo y yo le contesté: —Puesto que ha pasado mucho tiempo y es cosa muy antigua, no puedo.

p.—¿A qué mentiras te referías?

R.—A las pequeñas mentiras que decía al señor cura de Corps, cuando no quería que supiese adonde iba, o cuando no quería estudiar la lección.

P.—¿Entonces veo que el Cura de Ars entendió que estas mentiras se referían a la Aparición?

R.—Ni más ni menos; así lo entendió él; así se ha escrito en los periódicos.

p.—¿Pero tú no le engañaste?

i?.—No. Estaba en el confesionario; pero no había dicho ni el *confiteor*, y no había ido a Ars para confesarme^u.

La conversación duró cerca de veinte minutos. Los cinco viajeros partieron el mismo día, sin llamar la atención y no parece que su breve estancia en la aldea fuese advertida por los peregrinos. Si, en adelante, el reverendo Raymond hubiese sido tan circunspecto como el santo Cura, es de creer que lo que se ha llamado *incidente de la Salette* no hubiera tenido lugar.

Por la mañana del día 26 de septiembre, no solamente el Rdo. Raymond hacía notar que el Cura de Ars se negaba a bendecir las medallas de Nuestra Señora de la Salette, sino que habiendo visto, sobre la cómoda de la sacristía, un sobre en el cual el Cura de Ars había escrito la dirección de Mons. Bruillard, le preguntó el vicario con su habitual *delicadeza*: «¿Qué es esto?».

—Quería, respondió el Santo, dar una carta a Maximino para que la entregase al obispo de Grenoble. El niño se negó a ello. Y añadió el Cura de Ars algo enojado: «Yo he quedado descontento de él, y él lo ha quedado de mí.»

Desde este momento, refiere el Rdo. Raymond, toda tentativa Para obtener de él algunos pormenores de su entrevista con Maximino fue inútil. En vano, el señor Cura de Voiron primero, y después el señor Gerin, párroco de la catedral de Grenoble, sacerdote^{de} los más respetables y unido por una amistad muy íntima con el s^o jervo de Dios, fueron a Ars para aclarar dudas. Tan sólo cuando

reverendo Rousselot, vicario general, y el señor cura de Corps

—enviados por el obispo de Grenoble y portadores de una carta de Maximino en la que le autorizaba para hablar abiertamente de cuanto le había confiado— llegaron a Ars, el santo Cura consintió en explicar algo sobre el *incidente de la Salette*.

Y todo cuanto dijo entonces se resume en estas palabras, dictadas por la actitud ambigua de Maximino: «Si lo que me dijo el niño es verdad, no ha visto a la Santísima Virgen»¹². Conocemos la respuesta que Maximino dio al Rdo. Raymond: «Diga que miento y que no he visto nada». ¿Es temerario creer que estas palabras fueron repetidas al Cura de Ars tomándolas en el sentido menos favorable? Por otra parte, el Rdo, Vianney se acordaba de que el niño, después de hablarle de la *hermosa Señora* sin nombrar precisamente a la Santísima Virgen¹³, había pronunciado la palabra *mentiras*. El Cura de Ars, a quien no asistía siempre el don de intuición, pensó que el niño se retractaba de sus dichos pasados referentes a la Aparición misma¹⁴. Y una duda angustiada penetró en su espíritu...

Por ello, hubo de sufrir por espacio de ocho años una doble prueba: dudaba él; y los peregrinos, que nada hubieran tenido que saber, no ignoraban estas dudas. «La conmoción fue muy grande en torno suyo; los hechos, como ocurre en tales ocasiones, fueron amplificados y desnaturalizados»¹⁵. Los enemigos de la Salette «abusaron del nombre y de la autoridad del Cura de Ars»¹⁶. Las mismas almas piadosas se sintieron muy turbadas, cuando oyeron decir que la Aparición no había tenido efecto, pues un Santo como el Cura de Ars no creía en ella. El Rdo. Raymond, con su celo indiscreto, recomendó a unas religiosas de

¹² Rdo RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, págs. 302 y 1.439-1.440.

¹³ «Sé, dice la señora Cristina de Cibeins, que después de la visita de Maximino al señor Cura, éste manifestó que el niño había dicho que no había visto a la Santísima Virgen, sino a una *hermosa señora*.» (*Proceso apostólico continuativo*, p. 155.)

¹⁴ «El Cura de Ars me dijo que Maximino le había manifestado, fuera de confesión, que era mentiroso. Se ha querido explicar esta frase diciendo que Maximino se refería a otras mentiras dichas en otras ocasiones, pero no en aquellas circunstancias. El Cura de Ars, que tuvo fe unos momentos en el milagro de la Salette, no creyó más en él después de haber visto a Maximino. Esto no puede ponerse en duda.» *Carta de Mons. Chalandon, obispo de Belley, al cardenal Billiet, arzobispo de Chambery, e 26 de agosto de 1854.*

¹⁵ Condesa DES GARETS, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 887.

¹⁶ *Ibidem*.

pont-d'Ain por donde había pasado, que quitasen de su casa un cuadro de la Salette. Y como las religiosas se admirasen: «El Cura de Ars, les dijo, ha visto a Maximino y después no ha creído más en la Salette»¹⁷.

El Cura de Ars «tuvo gran pena de la publicidad que a causa de las indiscreciones del Rdo. Raymond se dio a este asunto»¹⁸. Es indudable que, como cualquiera otra persona, tenía perfecto derecho de juzgar según su criterio un hecho por otra parte reciente, y acerca del cual se habían suscitado ruidosas polémicas. La Iglesia no había convertido en dogma la visión de los dos niños... Pero el Cura de Ars, a quien los mismos obispos consultaban, no podía desconocer su influencia personal sobre las almas. Si de verdad, como algunos decían, había llí un mal entendido, ¡qué daño no se seguiría de que se divulgase una injusta desconfianza alrededor de un hecho real, que interesaba a la gloria de Dios!... «Tengo remordimientos, decía el Cura de Ars a las antiguas directoras de la *Providencia*: temo haber hecho algo contra la Santísima Virgen. Quisiera que Dios me iluminase sobre este punto. He orado mucho para conseguirlo. Si la cosa fuese verdadera, ¡oh!, entonces hablaría de ella, y si no lo fuese, todo habría acabado»¹⁹.

Mientras el obispo de Grenoble no se hubo pronunciado por la afirmativa, el Cura de Ars, al ser preguntado sobre la Salette, eludía fácilmente la respuesta rogando a los indiscretos que esperasen la decisión de la autoridad eclesiástica. Pero una vez que apareció, en septiembre de 1851, el *mandamiento doctrinal* de Mons. Bruillard, el Cura de Ars sintió mayores angustias. El prelado, de quien dependía la Salette, y a quien incumbía la obligación de resolver, acababa de afirmar que los dos pastores no habían sido engañados ni se habían engañado. El Rdo. Vianney hubiera querido inclinarse sin reservas ante este juicio... Pero ¡y!, en sus oídos resonaban obstinadamente ciertas pa-

j Sor SAN LÁZARO, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 761
 «Sé que muchas personas supusieron que el Rdo. Vianney había sido inducido error por Maximino, pero sé también que muchas otras, al enterarse de que el sier-.p^o Dios no creía en la Salette, dejaron también de creer», dijo el Rdo. Toccanier *proceso apostólico ne pereant*, p. 310.)

Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico in genere*, p. 123.

labras de Maximino. El Cura de Ars no negaba nada, pero no podía recobrar la primitiva fe en la Aparición.

Además, cada día con mayor frecuencia, cuando el obispo se había ya pronunciado, el Santo, al atravesar por entre las multitudes de peregrinos, veíase rodeado de caballeros, señoras y aun sacerdotes que le preguntaban a quemarropa: «Padre, ¿hay que creer en la Salette?» El se sentía agobiado²⁰. Decidió responder con evasivas «a no ser que la calidad de las personas le obligase a exponer íntegramente su parecer. Fuera de estos casos, dejaba a los demás en su creencia, sin revelar a nadie su propio sentir»²¹. Un día, cuenta el señor Dubouis, cura de Fareins, estando yo presente, el primer vicario de San Sulpicio de París quiso saber su opinión sobre la Salette. El Cura de Ars se limitó a decirle que era menester amar mucho a la Santísima Virgen. Por tres veces insistió el vicario, y siempre recibió la misma respuesta²².

Finalmente, cesó la prueba. En octubre de 1858, unos diez meses antes de morir, el Cura de Ars volvió a su primer sentir acerca de la Salette. He aquí, dice el Rdo. Toccanier, cómo me refirió la historia de esta mudanza:

Hacía unos quince días que padecía una gran turbación interior, y mi alma se encontraba como arrastrada sobre la arena. Hice *entonces un acto de fe* sobre la Aparición y *en seguida se restableció la calma en mi espíritu...* Deseé entonces ver a un sacerdote de Grenoble para manifestarle lo que había pasado en mí. Al día siguiente, llegó de aquella ciudad un eclesiástico distinguido²³. Entró en la sacristía, y me preguntó qué había de pensar de la Salette. Yo le contesté: «Puede creerse».

Necesitaba, continúa el señor Cura, la cantidad necesaria para completar la fundación de una misión. Me encomendé a la *Virgen de la Salette* y encontré justo el dinero que necesitaba. Considere este hecho como milagroso²⁴.

Desde entonces el Cura de Ars, «a pesar de que guarda-

²⁰ Rdo. DVFOUR, *Proceso apostólico in genere*, p. 354.

²¹ Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 1.440.

²² *Proceso apostólico ne pereant*, p. 310.

²³ El canónigo Gerin, párroco de la catedral de Grenoble. Su entrevista con el Rdo. Vianney tuvo lugar el 11 de octubre. (*Carta del señor Gerin a Mons. Gínouh^{ac}* de 13 de octubre de 1858.)

²⁴ *Proceso apostólico ne pereant*, p. 310.

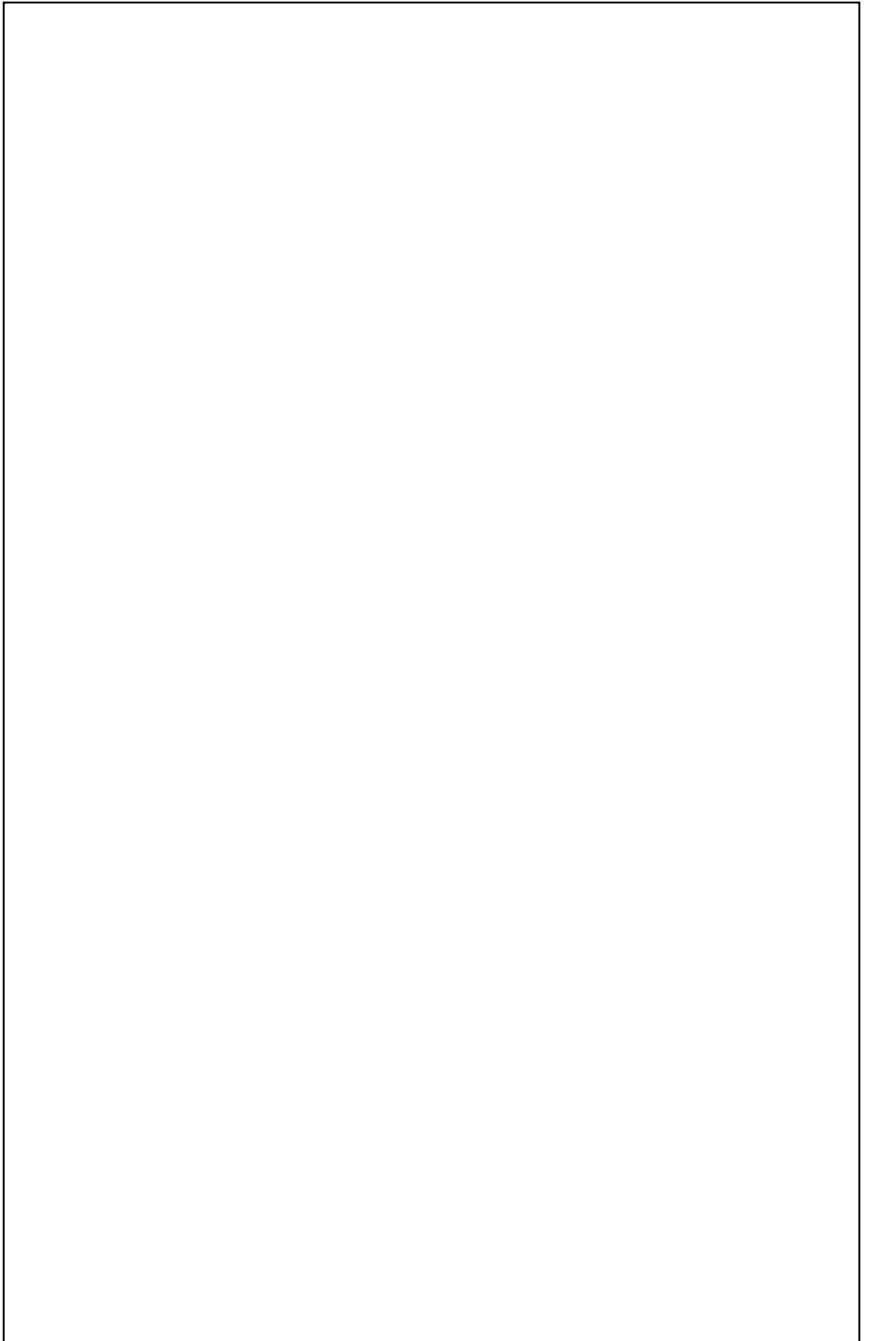
ba una gran reserva»²⁵ en las discusiones que todavía se suscitaban, favoreció las peregrinaciones a la Salette y alentó a los penitentes que le manifestaron sus deseos de subir a la *santa montaña*. Nuevamente bendijo y distribuyó estampas de la *Virgen llorosa*. No se sabe si volvió a hablar de ello en los catecismos: en esta época difícilmente se podía oír bien al Cura de Ars, y, por otra parte, su predicación no era ya otra cosa que un himno a Dios y a la presencia real de Jesucristo. Sea de ello lo que fuere, no dejó, siempre que se le ofreció coyuntura, de pronunciarse en favor de la Aparición.

El canónigo Rdo. Oronte Seignemartin, párroco de la catedral de Belley y antiguo cura de Saint-Trivier-sur-Moidegnans contaba en 1876 lo siguiente:

Me hallaba en una reunión de sacerdotes, cuando llegó el Cura de Ars. Le pregunté qué pensaba de la Salette, y me respondió en tono algo grave: «Creo en ella firmemente»²⁶.

A fines de 1858, cuenta Magdalena Mandy Scipiot, mi madre estaba enferma. Pedí permiso al señor Cura para hacer un voto a la Virgen de la Salette. Me contestó que no era necesario; que lo hiciese a Nuestra Señora de Fourvière. «Pero en cuanto a la Salette, añadió, puedes creer en ello; yo lo creo de todo corazón»²⁷.

² Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1.039. j *Proceso apostólico ne pereant*, p. 638. El Rdo. Seignemartin fue nombrado cura^{ue} Saint-Trivier en 1853. *Proceso apostólico in genere*, p. 271.



XX. ALGUNOS ACONTECIMIENTOS DE LOS ÚLTIMOS AÑOS

III. EL CURA DE ARS, CANÓNIGO DE BELLEY Y CABALLERO DE LA LEGIÓN DE HONOR. LA FIESTA DEL 8 DE DICIEMBRE DE 1854

Un canonicato impuesto por sorpresa.—La venta de la muceta.—El Cura de Ars propuesto para la Legión de Honor.—Comentarios del nuevo caballero.—El envío de la cruz.—El Cura de Ars y la Santísima Virgen.—En la aldea de Ars el 8 de diciembre de 1854.

Puede asegurarse sin peligro de error que, hacia el año 1850, el Rdo. Juan-María Vianney, Cura de Ars, era el sacerdote más célebre de toda Francia. Ya hacía unos diez años que en París lo escogido de la sociedad se congregaba en torno de la catedral de Notre-Dame. Pero ya el humilde cura, cuya iglesia nunca se vaciaba, era más conocido que el ■ elocuente Lacordaire. Sin embargo, una celebridad de tan buena ley no le había valido ninguna distinción. «¡He aquí el Santo!», exclamaba la multitud a su paso. Toda otra gloria parecía perderse en ésta. Por esta razón, Mons. Devie, que le tenía en gran estima, juzgó ocioso nombrarle canónigo de la catedral. Además, la costumbre se oponía a que un simple cura recibiera este honor.

Mons. Chalandon, que sucedió a Mons. Devie (25 de junio de 1852), no abundó en el mismo parecer que su venerado antecesor. Obispo auxiliar desde hacía dos años, había tenido ocasión de conocer al Rdo. Vianney. Una de sus primeras resoluciones fue dar la muceta, contra toda costumbre, al sacerdote más digno de su diócesis.

Tres meses, día por día, después de su elevación a la se-

de de Belley —el lunes 25 de octubre— el joven prelado, acompañado de su vicario general, señor Poncet, y del conde Próspero des Garets, apareció en el umbral de la iglesia de Ars. El Rdo. Raymond, advertido de la visita, les estaba aguardando. El Cura de Ars confesaba en la sacristía.

Anuncíale la llegada de su Ilustrísima. Revestido con la sobrepelliz de manga estrecha, se apresura, a través de la multitud de penitentes, para ofrecer agua bendita al prelado, según lo dispone el ritual. Al mismo tiempo, puesto que es la primera vez que le saluda como obispo¹, cree ser deber suyo dirigirle una breve discurso... Pero Monseñor oculta algo bajo su muceta. Con un movimiento rápido el prelado sacó el objeto misterioso: los pliegues de seda negra y roja adornados de blanco armiño muestran sus reflejos de tornasol. El Cura de Ars lo ha entendido. «No, Monseñor, dice rehusando; dad esto a mi vicario; lo llevará mejor que yo.» Protesta inútil. Ayudado de los Rdos. Poncet y Raymond, el obispo impone al Cura de Ars la muceta de canónigo honorario; la muceta queda atravesada y, como el interesado se esfuerza en desasirse de ella, a duras penas puede el prelado abrocharle hasta la altura de los hombros. Entretanto, han entonado ya el *Veni Creator*. Las últimas palabras de protesta del canónigo Vianney quedan ahogadas por las voces de los cantores, y el prelado entra en la iglesia.

Nuestro pobre cura, refiere la señora del castillo, parecía un condenado a muerte con la cuerda atada al cuello y camino del cadalso. Se refugió en la sacristía. El señor des Garets fue tras él y le encontró cuando se arrancaba su desdichada muceta. El alcalde no pudo determinarle a que la conservase puesta sino haciéndole presente que de lo contrario haría injuria al obispo².

Entonces, dice el Hermano Atanasio, en lugar de ponerse en el sitio de costumbre, se retiró detrás de la puerta de la sacristía como pretendiendo ocultarse. Le dije al oído: «Señor Cura, no se quede

¹ Aquel día, Mons. Chalandon no hacía en Ars la *visita pastoral* propiamente dicha. Hízola al año siguiente, después de la llegada del Rdo. Toccanier como auxiliar del santo Cura (septiembre de 1853), según lo testifican los registros parroquiales.

² Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 918.

usted aquí: está en la corriente de aire. —Estoy muy bien aquí; déjeme usted», me respondió³.

Se celebró en la iglesia una breve ceremonia, durante la cual el obispo de Belley dirigió la palabra al pueblo. Naturalmente, el tema fue la promoción del santo Cura al canonicato de honor. El nuevo canónigo estaba tan desconcertado, que no cuidaba de arreglar su muceta, cada vez más atravesada⁴. «Hubiérase dicho, refiere Juan Bautista Mandy, hijo del antiguo alcalde, que el señor Cura tenía espinas en la espalda»⁵. Cuando se dirigió en aquella guisa a la casa parroquial al lado de Monseñor, una de sus parientes, que sin duda no estaba al corriente de lo que pasaba (Magdalena Mandy Scipiot), «no lo reconoció»; si hay que dar crédito a sus palabras, «tenía el aspecto de un condenado a muerte»⁶. «Aquello fue, dice la condesa des Garets, la escena más divertida que imaginarse pueda»⁷.

El prelado partió y, una vez pasada la emoción, el canónigo Vianney consideró que le había hecho un buen regalo. En seguida procuró sacar de él recursos para sus obras, y buscó... un comprador.

Acababa de llegar de Villefranche, refiere la señorita María Ri-cotier, y fui a dar cuenta al señor Cura de un encargo que me había hecho. «Llega usted en muy buena ocasión, me dijo; quiero venderle mi muceta. La he ofrecido al señor cura de Amberieux (el Rdo. Borjou) y se ha negado a darme por ella 12 francos; usted me dará por lo menos 15...

—Es de más precio.

—¿Le parece bien 20?»

Puse 25 francos en sus manos, y añadí: «No es todavía su verdadero valor; pero ya me enteraré». Supe que la muceta había sido confeccionada en el noviciado de las Hermanas de San José de Bourg, y que había costado 50 francos. Dile 25 francos más y le dije: «Su muceta de canónigo es mía, pero el usufructo de la misma es suyo.» Se puso el señor Cura tan contento que exclamó: «¡Oh, que Monseñor me dé otra, y sacaré dinero!»

³ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 859.

⁴ *Ibid.*, *Proceso apostólico in genere*, p. 248. J *Proceso del Ordinario*, p. 610.

⁵ *Proceso apostólico in genere*, p. 270.

⁶ *Proceso del Ordinario*, p. 918.

Quiso empero que me la llevase. «Si en alguna ocasión, replicó, el señor obispo exige que *me* la ponga, siempre la encontraré en su casa»⁸.

Y con la conciencia tranquila, escribía diez días después al prelado para hacerle partícipe de su dicha:

Monseñor, la *muceta* que tuvisteis la caridad de darme, me ha causado un gran placer; pues no tenía bastante dinero para completar una fundación, y la he vendido por 50 francos. Con este precio he quedado muy contento⁹.

En adelante, no quiso jamás, a pesar de reiteradas instancias, aparecer vestido de canónigo ni en presencia de su obispo¹⁰. El Rdo. Toccanier le dijo un día: «Pero, señor Cura, ¿por qué no lleva usted la muceta? —¡Ah! amigo mío, respondió, sonriendo, vea usted; soy más listo de lo que se imaginan: se disponían a burlarse de mí, al verla sobre mis hombros, y yo los he cogido a todos.

—Sin embargo, por atención hacia Monseñor, debía usted llevarla. Usted es el único a quien el nuevo obispo ha querido honrar: después de usted, no ha nombrado más canónigos.

—¡Oh!, replicó el humilde sacerdote, «es que el señor obispo lo ha hecho con tan poca fortuna la primera vez, que no ha querido repetirlo»¹¹.

* * *

El movimiento que arrastraba las multitudes hacia Ars llegó a interesar a los poderes públicos. El gobierno civil de Ars consideraba al Rdo. Vianney como hombre tan popular

⁸ *Proceso del Ordinario*, p. 1.337.

⁹ Esta carta es de 4 de noviembre de 1852.

¹⁰ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 860.

¹¹ Rdo. TOCCANIER, *Sotas manuscritas*, 27. — El diálogo tenía lugar antes del 19 de mayo de 1856, pues, este día, Mons. Chalandon nombró canónigo al ilustre sacerdote señor Gorini, cura al servicio de Saint Denis y autor de la *Déjense de l'Eglise*. «Para honrar la piedad, le escribía el prelado en 19 de mayo, he nombrado canónigo honorario al señor Cura de Ars; para honrar la ciencia eclesiástica concedo a usted la misma distinción.» (MARTIN, *Vie de M. Gorin, curé de la Tianclière et de Saint Denis*, París, Tolra, 1863, p. 238.) Estos fueron los dos únicos nombramientos de canónigos que hizo Mons. Chalandon durante los seis años que ocupó la silla de Belley, antes de ser arzobispo de Aix (1857). Pocas veces, un obispo habrá recompensado mayores méritos, y habrá honrado cargos más humildes. El señor Gorini murió el 25 de octubre de 1859, tres meses después del Cura de Ars.

como bienhechor. El 30 de junio de 1855, el subprefecto de Trevoux, marqués de Castellane, escribía al obispo de Belley:

Monseñor:

Tengo el honor de remitirle una copia de la relación que acabo de enviar al señor Prefecto, con el intento de que se conceda al Cura de Ars una distinción honorífica.

No dudo de que el Gobierno del Emperador, deseoso de recompensar el verdadero mérito, tendrá en cuenta los eminentes servicios que presta cada día el reverendo párroco Vianney.

La relación del marqués de Castellane comenzaba así:

Señor Prefecto:

En un reducido municipio de mi jurisdicción, cuya población es de 510 habitantes, hay un cura a quien una santidad evangélica y una eminente piedad han acarreado una celebridad europea.

El nombre del Rdo. Vianney, Cura de Ars, se adivina en las precedentes líneas, por generales que sean.

El municipio de Ars, que era antes el más ignorado entre todos los de mi distrito, ve hoy cómo afluyen a él multitudes prodigiosas de peregrinos.

Ha sido, menester organizar servicios de transportes, y desde hace mucho tiempo funcionan con regularidad...

Este concurso de gentes que dura desde hace años, y que se debe únicamente a la reputación de santidad de un modesto sacerdote, constituye un hecho verdaderamente milagroso en un siglo que ha heredado doctrinas antirreligiosas y hostiles a la fe cristiana.

La confianza de las gentes en el Cura de Ars es ilimitada; es aquella fe evangélica que transporta las montañas.

Menciónanse infinidad de hechos que sería difícil explicar por causas puramente naturales.

Lo limitado de esta relación no me permite consignarlos. Baste hacer constar que no hay nada de charlatanismo en la manera de obrar del venerable Cura de Ars.

El párroco Vianney es un segundo San Vicente de Paúl cuya caridad obra milagros...

Finalmente, el subprefecto de Trevoux, después de haber enumerado las obras debidas a la iniciativa del Santo, concluye con estas palabras:

Aun desde el solo punto de vista material, es un hombre eminentemente útil.

Por consiguiente, tengo el honor, señor Prefecto, de rogar a usted tenga a bien proponer, con motivo de la próxima fiesta de Su Majestad, que el Rdo. Vianney, Cura de Ars, sea nombrado caballero de la Orden Imperial de la Legión de Honor.

Al recibir esta exposición, el prefecto de Ars, conde de Coétlogon, hizo las gestiones necesarias cerca del señor For-toul, ministro de Instrucción Pública y de Cultos; y el día 11 de agosto el señor ministro tenía el gusto de comunicar al obispo de Belley que, por decreto especial del mismo día, la cruz de caballero era otorgada al Cura de Ars.

El nombramiento apareció en los periódicos, y el nombre del párroco Vianney obtuvo un éxito de piadosa y simpática curiosidad. El alcalde, señor des Garets, comunicóle la noticia. «¿Tiene asignada alguna renta esta cruz?... ¿Me proporcionará dinero para mis pobres? —preguntó el Santo sin manifestar contento ni sorpresa.

—No. Es solamente una distinción honorífica.

—Pues bien, si en ello nada ganan los pobres, diga usted al Emperador que no la quiero»¹².

Naturalmente, el conde des Garets no se encargó de una comisión tan original. Mas he aquí que un pintor, pensando que así sería bien recibido, ofreció sus servicios al *Señor Canónigo Vianney, caballero de la Legión de Honor*. El pobre artista quedó bien decepcionado. «Quieren de todas maneras, escribía el 8 de agosto la condesa des Garets, hacer el retrato del señor Cura. El se niega y dice riéndose: Le aconsejo a usted que me pinte con la muceta y la cruz de la Legión de Honor, y que abajo escriba: *¡nada, orgullo!*».

Un sacerdote, aludiendo a estas insignias, le decía bromeando: «Señor Cura, todas las potestades de la tierra os condecoran. No dejará Dios de condecoraros en el cielo.

—Esto es lo que me da miedo, dijo el Santo con cierta seriedad: que cuando venga la muerte y me presente a Dios con estas -bagaletas, me diga: Vete, ya has recibido tu recompensa»¹³.

Mons. Chalandon, en su calidad de oficial de la Legión

² Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 830.

³ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 176.

de Honor, recibió el encargo de imponer la cruz al Cura de Ars. No sabemos por qué causas fue aplazada la ceremonia hasta noviembre. En este intervalo el Rdo. Vianney recibió de la Gran Cancillería un pliego en el cual se le pedían doce francos por el envío del título y de la cruz. ¡Doce francos!... dijo sobresaltado. «Pero, ¿acaso no he rehusado?... ¡No, de ninguna manera! Prefiero emplear este dinero en alimentar a doce pobres»¹⁴. La nota fue entregada al reverendo Toc-canier, quien sin saberlo el Rdo. Vianney satisfizo su importe¹⁵. «Yo no envié el dinero, decía más tarde y, sin embargo, ellos me enviaron la cruz»¹⁶.

En octubre, el prefecto, católico practicante, fue en persona a felicitar al nuevo legionario. El encuentro tuvo lugar en la plaza del pueblo. Después de los primeros saludos, díjole el Santo: «Señor Prefecto, le ruego que dé esta cruz a personas más dignas. En lugar de esto, preferiría algo para mis pobres.

—Pero si el Emperador le ha concedido la cruz más para honrar a la Legión que para honrarle a usted...»

Iba a continuar, cuando el párroco Vianney le interrumpió con esta frase que pronunció con amable sonrisa: «Señor Prefecto, yo ruego a Dios que le conserve mucho tiempo en el departamento del Ain, para que pueda hacer mucho bien con sus buenos consejos y, sobre todo, con sus buenos ejemplos». Y dicho esto, entregó al conde de Coétlogon una medalla de la Santísima Virgen, le saludó y se metió en el confesionario.

Llegó el mes de noviembre. Mons. Chalandon, delegado oficial para la entrega de la cruz, se acordó de la suerte que había corrido hacía unos tres años la hermosa y nueva mu-ceta del canónigo Vianney. Pensó, sin juzgar temerariamente, que la cruz de la Legión de Honor iría a parar también "a1 cepillo de los pobres». Y ¿valía la pena que el primer Pastor de la diócesis se tomase la molestia de ir a entregar a* ^corregible Cura de Ars una alhaja que sería trocada en Moneda quizá por la noche del mismo día? El prelado creyó

¹⁵ [^]ermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 830.

¹⁶ Rdo. PELLETIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 399.
Catalina LASSAGNE, *id.*, p. 120.

del caso subdelegar al sucesor del Rdo. Raymond, al excelente Padre Toccanier.

Este, pues, recibió del obispo de Belley el pequeño estuche sellado con un gran precinto rojo que encerraba la estrella dorada. A eso del mediodía, el reverendo Toccanier aprovechó un momento en que el párroco Vianney estaba solo en su cuarto para presentarle el cofrecito con el sello imperial. El Hermano sacristán, los Hermanos profesores, Catalina Lassagne y Juana-María Chanay, que estaban advertidos, se ocultaban en el rellano de la escalera. Cuando el Rdo. Toccanier comenzó a hablar, los curiosos aparecieron.

«Señor Cura, dijo el joven misionero, tal vez sean reliquias que os envían.»

El siervo de Dios no supo entender la broma, y deseoso de venerar las reliquias, rompió el precinto de cera.

—«No es más que eso!, dijo, al ver la honrosa joya.

—Advierta, señor Cura, que esta condecoración remata en una cruz, bendígala usted. Y cuando con amplio ademán la hubo bendecido, díjole el Rdo. Toccanier: Ahora permítame que la ponga por unos momentos sobre su pecho.

—¡Oh, amigo mío!, ya me guardaré bien de ello. Podrían decirme lo que San Benito dijo al escudero del rey Totila que le salió al *encuentro con la púrpura real: Quítate estas insignias de una dignidad que no te pertenece*».

Y poniendo la cruz de la Legión de Honor en la mano del «subdelegado» episcopal: «Tome, amigo, le dijo; sea tan grande su placer al recibirla como lo es el mío en dársela » .

De esta manera fue condecorado «el pobre Cura de Ars». No habiendo permitido que le pinchasen la sotana, sólo una vez había de ostentar la cruz de caballero: ¡sobre su ataúd!¹⁸.

¹⁷ Todos estos pormenores están tomados de las declaraciones del Rdo. Toccanier: *Proceso del Ordinario*, p. 175, y *Proceso apostólico in genere*, p. 168. — Para que no hubiese dudas sobre la propiedad de esta cruz después de su muerte, el Cura de Ars la dejó al Rdo. Toccanier por testamento ológrafo depositado en la notaría del señor Camilo Monnin, de Villef ranche. (Señor Camilo Monnin, *Proceso apostólico contínuativo*, p. 262).

¹⁸ Rdo. DUBOUIS, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 901.

¿Cómo explicar, en nuestro Santo, este desprecio de los honores y de los intereses de la tierra? Se ha dicho de él: «Todo cuanto se refería al orden sobrenatural y al reino de Dios le apasionaba el corazón»¹⁹. No podía, por lo tanto, hallar alegría y descanso fuera de los pensamientos y de las cosas religiosas. Únicamente amaba las fiestas de la Iglesia.

Hasta el fin de su vida, los ancianos de Ars han conservado el recuerdo de una fiesta única, en la cual el párroco Vianney manifestó una alegría extraordinaria, entusiasta. En noviembre de 1854, mientras Roma se disponía a celebrar magníficamente la definición del dogma de la Inmaculada Concepción, el Cura de Ars preparaba su humilde parroquia para tan solemne acontecimiento. Algunos días antes de la proclamación de esta verdad de fe, cuenta la baronesa de Belvey, oí cómo el siervo de Dios predicaba un sermón de circunstancias, en el cual recordaba, con transportes de alegría, todo lo que había hecho por María Inmaculada... Un escalofrío pasó por todo el auditorio cuando al terminar, exclamó: «¡Si para dar algo a la Santísima Virgen pudiese venderme, me vendería!»²⁰.

La solemnidad que se acercaba ¿no era para nuestro Santo una ocasión excepcional para testimoniar a Nuestra Señora un afecto de más de sesenta años? Había amado a María desde niño. Una vez sacerdote, había trabajado con todas sus fuerzas para propagar su culto. Para convencerse de ello, les bastaba a los peregrinos el ver imágenes de la Virgen en todas las fachadas del pueblo. En cada casa había una imagen en colores de la Madre de Dios, ofrecida por el señor Cura y en la parte inferior de la cual había puesto su firma²¹. En 1814, el párroco Vianney había colocado una gran estatua de la Inmaculada en el frontispicio de la iglesia. Ocho años antes, el 1.º de mayo de 1836,

¹⁹ MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1.123. ., *Proceso del Ordinario*, p. 235.

²⁰ Estas litografías, editadas en Lión y pintadas con mal gusto, se conservan todavía en muchas casas de Ars.

«había consagrado su parroquia a María concebida sin pecado. El cuadro destinado a perpetuar esta consagración, dice Catalina Lassagne, fue puesto en la entrada de la capilla de la Santísima Virgen²². Algún tiempo después, mandó hacer un corazón dorado, que todavía hoy pende del cuello de la *Virgen milagrosa*²³; los nombres de todos los feligreses de Ars, escritos sobre una cinta de seda blanca, están encerrados en este corazón»²⁴.

En las festividades de María, «las comuniones eran cada vez más numerosas y la iglesia no quedaba ni un momento vacía»²⁵; por la tarde, la nave y las capillas laterales apenas podían contener la concurrencia: es que nadie quería perder la homilía del párroco Vianney en honor de la Santísima Virgen; «verdaderamente, era emocionante el entusiasmo con que hablaba de su santidad, de su poder y de su amor»²⁶.

Pero cuando se superó fue el día inolvidable del 8 de diciembre de 1854, cuando el papa Pío IX definió, «en virtud de la autoridad de los santos apóstoles Pedro y Pablo y de la suya propia», que «la bienaventurada Virgen María fue preservada de toda mancha de pecado original desde el primer instante de su concepción». A pesar de su cansancio, quiso cantar la misa mayor, y usó por primera vez y con gran alegría una magnífica casulla de terciopelo azul bordado en oro, cuyas figuras y finas labores había diseñado el arquitecto Bossan²⁷. El coro y la nave lucían sus mejores adornos.

²² Este gran cuadro de fondo azul llevó esta inscripción en letras de oro: *Con sagración de la parroquia de Ars a María, concebida sin pecado, hecha el 1.º de mayo de 1836, por el Rdo. Juan María Vianney, Cura de Ars*. En Lión, se encuentra una reproducción en la vieja capilla de Fourvière. Y, justamente, parece que el párroco Vianney, al consagrar su parroquia a la Virgen, pensaba en Nuestra Señora de Fourvière. (Desde antiguo, (en/a el proyecto de conducir cada año a sus feligreses a aquel centro de peregrinaciones; sólo una vez, el 6 de agosto de 1823, pudo realizar este en sueño de su piedad.)

²³ La señorita Lassagne llama *milagrosa* la imagen de Nuestra Señora de Ars, ya por razón de las conversaciones maravillosas que tuvieron lugar delante de su altar, ya porque es una reproducción de la Virgen de la *medalla milagrosa*. El primer motivo parece ser el más aceptable.

²⁴ *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 46.

²⁵ MONNIN, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 965.

²⁶ Canónigo GARDETTE, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 921.

²⁷ Costó 1.400 francos y fue un regalo de los feligreses a su pastor. Todos

Por la tarde, después de vísperas, «toda la parroquia fue en procesión a la escuela de los Hermanos, donde el señor cura bendijo una imagen de la Inmaculada, regalo suyo, levantada en el jardín»²⁸. Por la noche, aparecieron iluminados el campanario, las paredes de la iglesia y las fachadas de las casas. Se cerró la fiesta con una función religiosa, en la cual el párroco Vianney tomó la palabra: «¡Qué felicidad!, ¡qué felicidad!, exclamaba al comenzar la homilía. Siempre lo había pensado que en medio del resplandor de las verdades católicas faltaba este rayo de luz. Era un vacío que no podía faltar en nuestra religión»²⁹.

¡Una iluminación! Era una novedad para los feligreses y para el mismo Cura. Antes de salir a contemplar aquella maravilla, el Santo en persona echó las campanas al vuelo; duró tanto el repique, dice Catalina, «que acudieron de las parroquias vecinas, pensando que se trataba de un incendio». «El señor Cura paseaba gozoso entre los sacerdotes presentes y los Hermanos, a la luz de los blandones»³⁰. Aquella fiesta fue uno de los días más felices de su vida. Casi septuagenario, parecía haber vuelto a los veinte años. Jamás un hijo se ha mostrado más dichoso, al presenciar el triunfo de su madre. Tan «grande manifestación de júbilo» él mismo la había inspirado y organizado³¹.

quisieron contribuir. «Su adquisición, escribe Catalina Lassagne, fue verdaderamente una ofrenda de los pobres.» (*Petit mémoire*, primera redacción, p. 33.) «Puede extrañar que el párroco Vianney hiciese confeccionar este ornamento de fondo azul Para las solemnidades de la Virgen. Pero el obispo de Belley, que lo examinó, hallólo tan sobrecargado de bordados, que autorizó su uso como si el fondo hubiese sido de oro.»

~ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1.064. ^{2*}Rdo.

TOCCANIER, *Proceso de! Ordinario*, p. 158.

Petit mémoire, tercera redacción, p. 49.

Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 900.



Breviario y cofas de Juan María Vianny.
Uno de los principales testigos en el proceso de canonización del Cura de Ars, Catalina Lassagne, declaró: «Tenia una gran devoción por el Santo Tránsito. Tenia una estampa que representaba a los Tres Divinos Pastores y le servía para señalar las páginas que debían leerse en la misa de Tránsito, cuando se celebraba de noche la misa».

XXI. ALGUNOS ACONTECIMIENTOS DE LOS ÚLTIMOS AÑOS:

IV. HACIA LA «TRAPA DE LA NEYLIÈRE»

El párroco Vianney terciario de San Francisco. ^El párroco Vianney y el Rdo. P. Colin.—La « Trapa» de Nuestra Señora de Neylière.—Un nuevo obispo de Belley.—El Rdo. Tocca-nier, misionero de Pont-d'Ain, nombrado auxiliar del párroco Vianney.—Proyecto de retiro.—Un secreto bien guardado.—A las orillas del Fontblint.—La vuelta a la casa parroquial.—La imprevisión de un Santo.—Un plan mal combinado.—Prueba y tentación.—Las tentativas de los habitantes de Dardilly.—Enfermedad y muerte de Francisco, el mayor.

Los habitantes de Ars, a pesar de la promesa que les había hecho su Cura de no dejarles nunca, no se olvidaban de los apuros en que les dejó en septiembre de 1845. Cinco años después, un venerable capuchino, el Padre Leonard del convento de Brotteaux de Lión, recibid al párroco Vianney en la tercera orden de San Francisco, y los feligreses manifestaron por ello gran inquietud: «Han creído, decía la señora des Garets, que iba a entrar capuchino» >. El rumor no carecía de fundamento. El párroco Vianney había manifestado sin ambages al Padre Leonard, con quien se confesaba muchas veces, el deseo de ser recibido en su Orden; pero el buen religioso, a quien nunca cegó la ilusión de una tan magnífica conquista, «le hizo ver que podía hacer niucho más bien quedándose en su parroquia que entrando en un monasterio; como insistiese de nuevo, el Padre Leo-

nard le explicó en qué consistía la Orden Tercera, y cuál era su regla; poco después, el párroco Vianney pedía el hábito terciario... Y los mejores de entre sus feligreses se apresuraron a seguirle por este camino»².

Dos años después, el 8 de diciembre de 1846, el Padre Eymard, religioso marista y futuro fundador de la Congregación del Santísimo Sacramento, había agregado al Rdo. Vianney a la tercera orden de María³. Era ésta una institución reciente del R. P. Juan Claudio Colin, antiguo condiscípulo del Cura de Ars, en Verrières y en San Ireneo de Lión. Los que temblaban al sólo pensamiento de que el Santo podía aún dejarles, no sospechaban que aquí precisamente se ocultaba el peligro.

Juan Claudio Colin, incitado por Dios para establecer en Francia y después en todo el mundo la Sociedad de María, había sido siempre hondamente simpático a Juan-María Vianney. Ambos sentían un gusto innato por la oscuridad y la sencillez y ambos tenían una tierna devoción a María Santísima; sus relaciones de amistad se habían conservado fidelísimas. El Padre Colin enviaba con frecuencia sus religiosos para que consultasen al amigo de Ars, y el santo Cura aplaudía, con toda su alma, las iniciativas del fundador de los Maristas. Cuando los primeros misioneros partieron para Oceanía, el párroco Vianney les ayudó con *sus* oraciones, y trabajó en procurarles recursos.

Sin embargo, en medio de sus ministerios apostólicos, el pensamiento de la soledad, del destierro, donde podría ¿, tratar íntimamente con Dios, su único contento, le aguijó- 1 ¡ neaba y le hacía sufrir. Pero ¿adonde iría para poder en- |, contrar este desierto? ¿No había dicho Mons. Devie que, | mientras viviese, jamás el párroco Vianney saldría de su i' diócesis?... Un rayo de luz, empero, brilló en el horizonte. |

² Alfonso GERMAIN. *Les bienheureux. J. B. Vianney, Tertiaire de Saint Francois*. París Poussielgue, 1905, p. 59.—Una declaración del R. P. Leonard, en la que certifica el ingreso del párroco Vianney en la Tercera Orden de San Francisco, en Ars, en 1848, *ha sido reproducida en los Analecta Ordinis Minorum Capuccinorum*, n.º fe junio de 1904.

³ Entonces, la Iglesia no prohibía afiliarse a varias terceras órdenes. — Una nota manuscrita, hallada entre los papeles del Padre Eymard, afirma claramente la re'f-P'ción del Rdo. Vianney, Cura de Ars, el 8 de diciembre de 1846. (*Escritos del venerable Padre Eymard*, legajo de su causa de beatificación, p. 87.) Cf. *Annales de la Societé de Marie*, 15 de febrero de 1923, p. 344.

Desde 1842 el venerable Padre Colin había pensado en una nueva fundación: una casa de Adoración perpetua, cuyos miembros habían de dedicarse a la oración y a la penitencia. No habiendo tenido resultado un primer ensayo hecho en Marcellange, en el Alier, la Sociedad de María adquirió en 1850 una propiedad llamada la Neylière, situada cerca de Saint-Symphorien-sur-Coise, a 45 kilómetros de Lión. Situada entre graciosas colinas, lejos de todo bullicio, era un retiro ideal para los contemplativos.

Alentado por muchos prelados y especialmente por Mons. Devie, obispo de Belley, el Padre Colin hizo los preparativos necesarios para instalar sobre aquel Tabor una docena de religiosos, a los cuales irían a juntarse «muchos eclesiásticos de Francia y aun de Inglaterra, ajenos a la Sociedad de María, que habían pedido formar parte de la nueva obra»⁴. El domingo, 16 de mayo de 1852, siete padres y cinco hermanos coadjutores se encerrarían en *Notre Dame de la Neylière*, y comenzarían a guardar perpetuo silencio, uno de los puntos fundamentales de su regla.

Todas estas cosas fueron explicadas al párroco Vianney, que comenzó a soñar en ello.

Un acontecimiento, no del todo inesperado, alentó sus esperanzas. En 1850, Mons. Devie, gastado por los años —había cumplido los ochenta y cuatro—⁵ y por tres decenas de un laborioso episcopado, había pedido a la Santa Sede un coadjutor. Le fue concedido en la persona de un sacerdote lionés, Mons. Jorge Chalandon, vicario general de Metz, cuya consagración tuvo lugar en la misma ciudad de Belley el 12 de enero de 1851. «Ante esta noticia, dice la baronesa de Beley, el Cura de Ars mostró gran alegría»: «Confío, decía, que este nuevo obispo me autorizará para desterrarme»⁶. El 25 de julio de 1852, dos meses después de la inauguración de la *Trapa mitigada* de la Neylière, Mons. Devie era llamado por Dios, y Mons. Chalandon, hasta entonces obispo *in partibus de Thymacum*, ascendía a la silla de Belley. El Cura de Ars creyó que habían desaparecido ya

⁵ *Le tres Révérend Père Colin*, Lyon, Vitte, 1900, p. 935. Había nacido en Montelimar el 22 de enero de 1767. *Proceso apostólico ne pereant*, p. 480.

todos los obstáculos, y pensó en seguida en una nueva fuga: se refugiaría en la casa de la Neylière para llorar su pobre vida, y acabar sus días en la oración y la penitencia. El padre Colin, enterado de estas intenciones, le aconsejó que no se precipitase. Ambos aguardaron la ocasión favorable.

* * *

Esta pareció presentarse en septiembre de 1853.

El párroco Vianney presentía, desde hacía algunos meses, que no tendría mucho tiempo a su lado a su auxiliar: el pueblo de Ars deseaba la salida de aquel sacerdote de carácter poco asequible; y el mismo Rdo. Raymond, convencido de que nunca llegaría a poseer la parroquia de Ars, había pedido el traslado. Monseñor puso los ojos, para que le reemplazase, en un joven de la sociedad de misioneros establecida en Pont-d'Ain, y cuyo superior era el canónigo Camelet. El P. Camelet era muy apreciado del párroco Vianney, quien, durante el jubileo de 1847⁷, había tenido ocasión de conocer sus talentos y su celo. El obispo de Belley juzgó con razón que al Cura de Ars, hacia quien las multitudes afluían de día en día, le convenía un ayudante capacitado para aquel ministerio y que, cuando el excesivo concurso lo demandase pudiera llamar en su auxilio a compañeros siempre prestos a acudir. Mons. Chalandon escogió al Rdo. Toccanier, señalado por el P. Camelet como el de mejores dotes para cargo tan delicado. De 31 años de edad⁸, el Rdo. Toccanier era de aspecto robusto, y su buen porte contrastaba con la extenuación del santo Cura; pero su elocuencia viva, penetrante, personal, oportuna y sencilla, recordaba la del Cura de Ars, además, por ser muy piadoso, bueno y amable, parecía el más indicado para estar junto a nuestro Santo⁹.

El retiro parroquial se abrió, aquel año, en el seminario mayor de Boron el lunes, 29 de agosto. Los Rdos. Toccanier

⁷ En el pedestal de la cruz que se levanta en la plaza de Ars se lee todavía esta Misericordia: *Jubileo predicado por el P. Camelet, superior de los misioneros d' Pont-d'Ain, julio de 1847.*

* Nacido el 3 de noviembre de 1822, en Seyssel (Ain).

En 1909 los misioneros de Pont-d'Ain escogieron por centro el pueblo de Ars.

y Raymond se encontraron allí. El vicario general señor poncet comunicó al señor Raymond que había sido nombrado cura de Polliat; y el P. Camelet, por su parte, dio orden al Rdo. Toccanier de trasladarse a Ars en calidad de *auxiliar residente*.

Si hay que dar crédito a Catalina Lassagne, el párroco Vianney ignoraba «estas combinaciones», cuando, el jueves, 1.º de septiembre le dijo, mientras ella le servía en su habitación la comida delmediodía: «Esta vez sí que he de partir. Mi cuñado Melin, que vive en la parroquia de San Ireneo (de Lión), me aguarda. Me marcharé el lunes por la noche. Guarda secreto.

—¡Oh, señor Cura!, usted no nos ha de dejar, replicó la pobre Catalina. Y entonces le recordó una vieja historia de diez años atrás: su estancia en Dardilly; las multitudes que iban en su busca, su emocionante regreso a Ars... Nada con-' siguió. —Lo dicho, dicho: Monseñor no me necesita; tiene bastantes sacerdotes»¹⁰.

El sábado por la tarde, llegó el señor Poncet, vicario general, acompañado de los Rdos. Raymond y Toccanier. «El bueno del señor Cura, cuenta este último, nos recibió muy amablemente, pero se le veía inquieto.» Por la noche, el vicario general le manifestó los deseos del prelado con respecto al porvenir: el Cura de Ars tendría en adelante cuantos auxiliares fuesen posibles. A esto, el Santo no opuso ningún reparo. Le habló después por su cuenta el Rdo. Raymond para decirle en qué términos, al día siguiente, durante la Misa mayor, presentaría a su sucesor el Rdo. Toccanier.

Este ofició el domingo por la mañana y el Rdo. Ray-

¹⁰ Para referir esta tercera tentativa de fuga hemos acudido a varias fuentes: la *Petit mémoire*, de Catalina LASSAGNE, tercera redacción, p. 26-30, y las otras declaraciones de la misma en el *Proceso del Ordinario*, p. 1.466, *ne pereant*, p. 413 y 425; las del Rdo. RAYMOND, *Vida* manuscrita, p. 178; *Proceso del Ordinario*, p. 1.437; *ne pereant*, p. 531; del Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 272; *in genere*, página 161, más una *memoria* manuscrita del Hermano ATANASIO, *Proceso ne pereant*, página 1.018; *in genere*, página 218; del conde Próspero DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, página 944; de Miguel TOURNASSAND, *Proceso apostólico ne pereant*, página 1.123. Para la última parte de este relato utilizaremos las *cartas* y las *memorias* procedentes de la Sociedad de María, y especialmente los *Annales de résidences, de sémi-taires, des collèges et autres oeuvres en Europe et en Amérique*, 1815-1902. Tournai, -astermann, 1904, p. 157 y 270.

mond echó el discurso previsto. Después de comer, el vicario general marchó a Trevoux, donde había de presidir la clausura de un retiro de religiosas, y el antiguo coadjutor del Santo partió para Beauregard, su pueblo natal muy cercano a Ars. «Aquel día, escribe Catalina Lassagne en su *Pe-tit mémoire*, todo el mundo en la parroquia sintió gran contento, al saber que un misionero venía a ayudar a nuestro santo Cura, ¡pero yo, cuan triste estaba!...»

Lo mismo que diez años atrás, se le hacía muy pesado a la buena mujer guardar el secreto. Hacia las ocho de la noche, pidió permiso al párroco Vianney para confiarlo a la discreta María Filliat. «Como quieras», le respondió. Y pronto las dos compañeras volvieron a él derramando lágrimas. «¡No se marche usted, le decían, no se marche!» El Santo se limitó a responderles que su resolución era definitiva, y entregó a Catalina una carta dirigida a Mons. Chalandon. Aun con su nuevo obispo, creía el Cura de Ars que había de precipitar las cosas. Pero sus primeras ilusiones viniéronse al suelo; sí, Mons. Chalandon eran tan intransigente como Mons. Devie; el joven prelado había respondido al santo varón, que había ido a visitarle: «¡Yo dejarle partir, señor Cura!... Esto sería un pecado tan grande que nayé querría absolverlo».

Después de su inútil tentativa, María y Catalina se habían quedado hablando junto a la puerta que cerraba el jardín de la casa parroquial. «Qué hacer, decía una de ellas, débil como está y a su edad —el párroco Vianney tenía sesenta y siete años cumplidos— no podrá llegar hasta Lión. Tú, María, llevarás el cesto de las provisiones. Pero ¿y si se encuentra mal por el camino? Será menester un coche que le conduzca.

—Mas aquí no hay ningún hombre que pueda ayudarnos en el camino.»

En aquel momento, pasó el sacristán, Hermano Jerónimo. Le causó extrañeza el ver fuera, a aquellas horas, a Catalina y a María... Un minuto después lo sabía todo. El Hermano Jerónimo fue a avisar al Hermano Atanasio y ambos corrieron a llamar a la puerta del Rdo. Toccanier, que estaba alojado en una habitación anexa a la *Providencia*. El j^o»

ven vicario creyó que le llamaban para asistir a algún enfermo grave.

Juzgad mi sorpresa, dice, al oír a los buenos Hermanos: no oodía resolverme a creerlo. «Vigilad delante de la casa parroquial, y si realmente intenta huir, avisadme.» A media noche, tres golpes seguidos resonaron en mi puerta. Estaba tendido en mi cama, pero completamente vestido. Vedme ya en la plaza, con los dos Hermanos, espiando los movimientos de nuestro santo Cura a quien veíamos, gracias a la luz que tenía en la habitación, cómo cogía su sombrero, el breviario y el paraguas. «Dejémosle bajar, dije a los Hermanos.» Baja en efecto, y se dirige a casa de María Filliat y Catalina Lassagne, que habían de acompañarle. Aguzamos el oído. «¿Estáis dispuestas?, les preguntó mientras entraba... ¡Pues bien, marchemos!»

Sale, seguido de María que lleva las provisiones y de Catalina que alumbraba el camino con una linterna. De repente, nos plantamos delante de él. Mira severamente a Catalina, que comienza a llorar. «¡Me habéis vendido!», les dice. El Hermano Atanasio toma la palabra: «¿A dónde va usted, señor Cura?... ¡Qué, quiere usted dejarnos? Pues bien, tocaremos a rebato.

—Y nosotros, añade el Hermano Jerónimo, seguiremos en procesión.

—Haced lo que os plazca, responde el párroco Vianney, seca y resueltamente, pero dejadme pasar!»

«Apartémonos para seguirle», dice muy quedo el Rdo. Toccanier a sus dos acólitos. Entretanto, el Hermano Jerónimo ha tomado la linterna de manos de Catalina y, fingiendo querer guiar al párroco Vianney por entre las tinieblas, le conduce, no hacia la pasarela del Fontblin, sino hacia el camino de Villeneuve. El reverendo Toccanier había pensado que dando el Santo la vuelta al pueblo, volvería al punto de partida. A pesar de la gran oscuridad, el Cura de Ars se dio cuenta de que le engañaban. Delante de él se había formado ya una comitiva. Los peregrinos, que según costumbre pasaban la noche en el vestíbulo del campanario, y los feligreses, que, despertados a sus clamores, comenzaban a afluir, iban caminando los unos por su confesor, los otros por su cura. En medio de un verdadero tumulto, el Rdo. Toccanier se esforzaba para hacer entrar en razón al

fugitivo. Siguiendo sus pasos, llegaron al frágil puente de tablas tendido sobre el riachuelo.

El Rdo. Toccanier pensó que, una vez atravesado el Fontblin, y hallándose ya en la carretera de Lión, sería más difícil retenerle. Resueltamente, el misionero se puso delante de él, cuando iba a poner el pie en el puente: «¡Déjeme pasar, déjeme pasar», decía el Santo en tono de súplica y con voz entrecortada. Tenía el breviario bajo el brazo. El Rdo. Toccanier se lo arrebató con ademán brusco, y lo entregó a la persona que estaba más próxima a Catalina Lassagne, diciéndole al oído: «Aléjese y no vuelva».

«¡Déme usted el breviario!», gritó el Cura de Ars. Después, volviendo sobre sí, hizo señal de avanzar a María Filliat: «¡Sigue adelante!... Ya rezaré en Lión.

—¡Muy bien, señor Cura! Dejará pasar el día sin rezar el oficio. ¡Buen ejemplo!»

Un escrúpulo germinó en el alma del Santo. Hubo un momento de silencio. «Tengo otro breviario en mi cuarto, el de Mons. Devie, dijo al fin. —Vayamos a buscarlo», replicó el Rdo. Toccanier, que sin darse cumplida cuenta, iba ganando la partida. El párroco Vianney se volvió y, seguido de una multitud que iba engrosando, se dirigió a su casa.

No había andado tres metros, cuando en la iglesia tocaron a rebato. ¡Qué lúgubre era por la noche!... «¡Señor Cura, el *Ángelus!*» Y el bueno del Santo, siempre ingenuo y confiado, cayó de rodillas y rezó el *Avemaria* con angelical fervor. «Señor Cura, añadió el astuto vicario, podríamos rezar una decena de rosario para que tenga usted un feliz viaje». Pensaba con ello ganar tiempo. Pero esta vez el párroco Vianney husmeó la celada. «No, replicó, ya rezaré el rosario por el camino».

Habiéndose levantado, prosigue el Rdo. Toccanier, comenzó a andar a granas pasos, entró precipitadamente en el patio, y subió a su cuarto, donde entré solo con él. Por el camino, el Hermano Atanasio me dijo, en dos palabras, que el señor alcalde estaba avisado y a punto de llegar. Para dar tiempo al conde des Garets, esparcí en desorden sobre los estantes de la librería los ocho tomos del gran breviario *in octavo*, precioso recuerdo del obispo recie temente fallecido. Al ir a coger el volumen correspondiente a la ^e

ción, sus ojos se posaron en un retrato de Monseñor Devie, colado en la pared. Acordéme de que el prelado había impedido tras huidas. Me sentí entonces inspirado. «Señor cura, le dije con tono decidido, vea cómo Mons. Devie le mira enojado desde el cielo. Hay que respetar la voluntad del propio obispo durante su vida y con mayor razón después de su muerte... ¡Acuérdese de lo que le dijo hace diez años!»

Conmovero por tal expresión, el párroco Vianney me respondió con la ingenuidad de un niño amenazado por las reprensiones de su padre: «No me reñirá Monseñor: ¡ya sabe él la necesidad que tengo de llorar mi pobre vida!» Y sin querer escuchar más, tomó el breviario encuadernado en tafete verde oscuro y se fue hacia la escalera. Entonces, tuvo que detenerse ante el señor des Garets. «Le encontré, dice el alcalde, descompuesto y casi sombrío.» Efectivamente, nuestro Cura, de ordinario tan amable con aquel su antiguo y fiel amigo, apenas quiso escucharle, hasta tal punto que el conde, viniendo a mi encuentro, me dijo: «¡Sin duda que presente un próximo fin!»

Entretanto, mientras las mujeres rezaban en la iglesia, «para que Dios, como dice Catalina Lassagne, mudase las intenciones de su siervo», los hombres se habían reunido en el patio de la casa parroquial. Despertados por el toque de rebato, habían pensado algunos que se trataba de un incendio o de algún asalto de ladrones y llevaban aún en la mano en cubo, una horca o un garrote. Todo el mundo corría agitado, a la tenue luz de las linternas. Cuando el párroco Vianney apareció, le cerraron el paso, suplicándole que no les dejase. Pero él, con la idea fija de encontrar una manera de escabullirse, iba de una puerta a otra, repitiendo: «¡Dejadme pasar, dejadme pasar!...» «¡Qué escena aquella más emocionante!, exclama la piadosa Catalina. Parecía el prendimiento de Nuestro Señor en el Huerto de los Olivos». «Estaba yo apostado en una de las salidas, cuenta Miguel Tournassaud, el zapatero del pueblo. El señor cura me cogió de un brazo y, riendo y llorando a la vez, "te apartó hacia un lado. No pudo, sin embargo, abrir la Puerta».

A fuerza de insistir, consiguió franquear el umbral. Al Pasar por entre la iglesia y la casa parroquial, parecía me-^{flr} el camino con la mirada. «Sin duda, hace notar el Rdo.

Toccanier, que estaba todavía dispuesto a intentar la fuga definitiva». Pero una nueva complicación cambió el curso de los acontecimientos.

Las mujeres salían de la iglesia y, mezclándose con los hombres, se arrodillaron a los pies del Santo. En su mayor parte, eran forasteras venidas de lejos para confesarse. Todas ellas clamaban derramando lágrimas: «¡Padre mío, antes de partir, acuérde-se de mí!... ¡Acabe de oírme!... ¡Oh buen padre, no nos deje!...»

Entonces, escribe el Rdo. Toccanier, haciendo un supremo esfuerzo le dirigí estas palabras, que no se me hubieran ocurrido a sangre fría: «¡Pero cómo!, usted, señor Cura, que sabe de memoria las *Vidas de los Santos*, se olvida del celo de San Martín, que, teniendo en sus manos la corona, exclamaba: *No rehuso los trabajos...* ¡Y quisiera usted dejar el campo de batalla!... ¿Y el ejemplo de San Felipe Neri?... Este Santo decía que si se hallase ya en el umbral del paraíso, y un pecador reclamase su ministerio, dejaría con gusto la corte celestial para atenderle. Y usted, señor Cura, ¿tendría valor para dejar en suspenso tantas confesiones de hombres y de mujeres venidos de tan lejos?» Mientras yo acababa estas palabras, los peregrinos redoblaban las súplicas.

El párroco Vianney se convenció de que la voluntad de Dios se manifestaba por tan ardientes deseos. «Vaya usted a la sacristía, le dijo al oído el conde des Garets; he de decirle una cosa. —Voy en seguida», le respondió, y dirigiéndose a la multitud añadió: «¡Vayamos a la iglesia!»

El fue el primero en entrar; oró durante largo rato y entró después en la sacristía. Allí el conde des Garets, a solas con él, quiso repetir los argumentos del Rdo. Toccanier. Pero no tuvo tiempo. «Sin contestarme y volviéndose bruscamente, refiere el conde, el párroco Vianney tomó el sobrepelliz y se dirigió al confesionario». Según era su costumbre todas las mañanas al llegar a la iglesia, se arrodillo sobre las gradas del altar, rezó cinco *Padrenuestros* y cinco *Avemarias* con la multitud, y se puso a oír confesiones.

Celebró la primera misa, a las siete de la mañana del lunes. —«¿Está aquí el señor Poncet? —preguntó al Rdo. Toccanier cuando volvió a la sacristía. —Sí, ha querido verle a usted otra vez. —¡Ah, está bien !» Y, después de dar gracias,

tranquilo como si nada de anormal hubiese pasado pocas horas antes, fue a saludar al vicario general. Este, a quien por la noche había ido a buscar un cochero a la casa parroquial de Trevoux, le notificó de nuevo la voluntad del prelado de conservarle en su diócesis. Llegaron también, asimismo mandados llamar, el Rdo. Beau, cura de Jassans, confesor del párroco Vianney, y el Rdo. Raymond. Ambos se entrevistaron a la vez con el siervo de Dios.

Nos habían ya explicado los acontecimientos de la noche, escribe el Rdo. Raymond. Al verse como sitiado en el patio, dio algunas muestras de impaciencia, pero era tal su excitación, que bien se le podía dispensar; sin duda que no era dueño de sí mismo. Fue ésta una de las más duras pruebas de su vida: la Providencia se la había enviado para perfeccionar su virtud. Cuando nosotros le vimos, aquella mañana del 5 de septiembre, había recobrado su perfecta calma y su resignación a la voluntad de Dios, que veía en la de su prelado. Le recordamos los incidentes de la noche pasada, a lo que respondió con solas estas palabras: Fue una chiquillada.

Lo más curioso, en todo este episodio, fue la indecisión e imprevisión del Cura de Ars. Durante aquella noche trágica del 4 al 5 de septiembre de 1853, duda, titubea; confía el secreto a dos personas que, habiéndole ya vendido una vez, apenas hacía diez años, no podían hacer otra cosa que comprometerle de nuevo. ¡Cuan fácil le hubiera sido pedir a Francisco Pertinand que le llevara en coche hasta Lión! Ni siquiera pensó en ello.

Si se hubiera salido con la suya en su proyecto de huir, ¿qué hubiera ocurrido aquel lunes, 5 de septiembre? He aquí lo que lógicamente se desprende de los documentos que poseemos. El Rdo. Vianney, fiando más en su energía y carácter que en sus fuerzas físicas, pensaba llegar a Lión hacia las nueve o las diez de la mañana. Poco después, un coche iría a buscarle a casa de su cuñado Melin, y le conduciría a Nuestra Señora de Neylière.

Una cosa parece cierta, y es que allí el Rdo. P. Colin tenía preparada una habitación para el Cura de Ars, y que

le aguardaba en persona". A la hora en que presumía que había de llegar, el venerable fundador esperó mucho tiempo en el umbral de la puerta, y manifestó a uno de sus religiosos, el P. Jobert, su extrañeza por la tardanza. Ya sabemos por qué el párroco Vianney no llegó hasta Neyliére.

Según graves testimonios, «el prudente y juicioso P. Colin había aconsejado antes al párroco Vianney que permaneciese donde estaba porque hacía allí mucho bien». Por esta misma razón, el P. Leonard le había disuadido de entrar en los capuchinos de Lión... También esta tercera «fuga» del Cura de Ars fue una cosa triste, misteriosa y desconcertante. «Creía, dice Catalina Lassange, cumplir la voluntad de Dios». Pero habiendo recibido de un eclesiástico una carta en la cual le demostraba que sus ansias por la soledad eran tentaciones del demonio, se impresionó mucho¹².

«Su última tentativa para escapar, dice el conde Próspero des Garets, fue para él un verdadero rayo de luz. Desde entonces, no pensó en cosa semejante o, al menos, no habló más de ello. Se entregó de lleno y sin reservas a su habitual ministerio: frecuentó todavía más la iglesia y pasó mayor número de horas en el confesionario»¹³.

* * *

Pero si él no pensó más en dejar la parroquia de Ars, otros intentaron arrancarle de ella. Una noche de 1854, hacia las once y media, un coche de dos caballos se detuvo en la plaza, delante de la iglesia. Bajaron unos hombres y se apostaron a la entrada de la casa parroquial. Cuando, a media noche, apareció el párroco Vianney, uno de ellos cogióle del brazo y le dijo: «Si quiere usted partir está preparado un coche.

¹²El P. Colin no quedó definitivamente en la *Trapa* de Neyliére hasta el año siguiente, o sea el 1854. Dos años más tarde, «por razones que parecieron de mucho peso» al Santo fundador, la rama contemplativa de la Sociedad de María dejó de existir (Cf. *Le tres Révérend Père Colin*, op. cit., p. 395.)

¹³* Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 793.

¹³*Proceso del Ordinario*, p. 948.

__No tengo permiso del señor obispo, dijo el Santo desentendiéndose. Y entró precipitadamente en la iglesia ^H.

por Navidad del mismo año comenzaron a llegar noticias alarmantes de Dardilly: Francisco, el hermano mayor, estaba muy enfermo. El Santo había siempre querido mucho a este hermano, compañero suyo de trabajo, el cual, desde la muerte del padre, en 1819, vivía en la casa solariega. Francisco, además, era muy buen cristiano: nunca, ni aun en tiempo de recolección, trabajaba en domingo. «Aquel que ha permitido que la lluvia mojase la tierra, sabrá también secarla.» Quizás había aprendido estas palabras de labios de Juan-María. Muy afectado al saber la enfermedad de su hermano, le escribió de esta manera:

«He sabido noticias tuyas. Me ocultaban esto, lo que me ha molestado mucho. Te ruego muy encarecidamente que me mandes noticias de cómo te hallas. Ya hubiera partido, si no nos hallásemos en la octava de Navidad.

Te pido hagas que me contesten en seguida para sacarme de dudas... Adiós, mi querido hermano, espero que iré a verte muy pronto. Recuerdos a mi hermana, que debe de estar muy apenada.»

Entretanto los días iban transcurriendo y Francisco esperaba a Juan-María. El 25 de enero pidió a su hijo Antonio que fuera a Ars a buscar a su tan deseado hermano. Así fue cómo se supo entre los habitantes de Dardilly que el Rdo. Vianney iba a llegar. «Si lográsemos retenerle esta vez?», se decían los unos a los otros. Pero dejemos que hable el testigo mejor informado. Tres días después de la aventura, el 29 de enero, el Rdo. Toccanier escribía desde Ars al obispo de Belley.

Monseñor:

Tengo el honor de informar a Vuestra Excelencia que la vigilancia de mi santo Cura no me inspirará en adelante ninguna inquietud: la Providencia vela de un modo visible para conservarlo ^{en}tre nosotros.

He aquí la prueba. El 26 de este mes, el párroco Vianney, a ins-

p Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 219; Catalina LASSAGNE, ^{Oeesso} *del Ordinario*, p. 504.

tancias de su sobrino, que le daba prisa para que fuera a Dardilly a ver a su hermano enfermo, me lo avisó él mismo, y añadió: «Lásti-ma que no haya tomado mis medidas: ya no volveré».

No pudiendo oponerme a este acto de fraternal caridad, me ofrecí para acompañarle. Montamos en el coche; venía con nosotros su sobrino, el cochero y el Hermano sacristán (el Hermano Jerónimo), a quien el Rdo. Vianney quería al principio dejar. Algunos habitantes de Ars y los peregrinos se apresuraban a arrodillarse a nuestro paso para recibir la bendición del santo Cura, y después entraban en la iglesia para pedir a Dios un buen viaje y un pronto regreso. Sus oraciones, en cuanto a este último punto fueron escuchadas hasta más allá de toda esperanza.

Poco habituado a andar en coche, y debilitado por la indisposición que sabéis, y que tanto han exagerado los periodistas¹⁵, no pudo soportar por mucho tiempo los vaivenes de la carretera. Al llegar a Parcieux, mucho antes del puente del Saona¹⁶: «No puedo seguir adelante, dijo, me siento desfallecer». Los caminos estaban cubiertos de nieve y de hielo. Ya en la subida de *Grandes Balmes*, el dolor de estómago se apoderó de él. Bajó del coche, y emprendió la cuesta a pie. Después se puso a temblar. Quisimos cortar una estaca de una cerca, pero se opuso porque «hubiera sido un robo». Pasó un hombre que llevaba rodrigones; le compró uno por cuarenta céntimos. Así anduvo de tres a cuatro kilómetros, muy despacio, ora en coche, ora a pie, alternativamente.

Llegados a Parcieux, emprendió el regreso a Ars con el cochero y el bueno del sacristán. En cuanto a mí, como sabía que le era agradable que se adelantasen a los deseos de su corazón, continué el viaje con su sobrino, hasta Neuville, donde encontramos un coche. Los caminos estaban tan resbaladizos, que llegamos a Dardilly ya de noche. ¡Pero cuál no fue la decepción de su pobre hermano al no ver al único a quien esperaba! Sin embargo, mi presencia le complació. Hacia las diez de la noche, el señor cura de Dardilly, que le había llevado el santo Viático, juzgó oportuno administrarle la extremaunción.

Sentía ansias por ver nuevamente a mi santo Cura. Así que, al día siguiente por la mañana, partí en seguida para Ars. Pregunté al Hermano Jerónimo si les había ocurrido algo durante el regreso. ¡Oh, prodigio! Sabéis, Monseñor, cuan débil estaba el párroco Vianney. Pues al volver hacia Ars, no parecía el mismo:

¹⁵ Es la única alusión que se encuentra en los documentos que se conservan sobre esta indisposición. No hemos podido encontrar ningún diario que hable de ella-

¹⁶ Nuestros viajeros estaban a 16 ó 17 kilómetros de Ars.

había recobrado todo su vigor, y no bajó del coche hasta delante de la puerta de la casa parroquial. En cuanto llegó, se sentó en el confesionario y, por la noche, rezó la oración como solía.

Un episodio de este viaje: en la subida de Trevoux, el coche que conducía al Rdo. Vianney se cruzó con la diligencia que hacía el servicio de Ars a Lión. Iba llena de peregrinos, los cuales, al no encontrar al que buscaban, se volvían muy afligidos. Por suerte, conocieron al santo Sacerdote. En seguida bajaron del coche, dejaron que éste se marchara vacío y escoltaron al Rdo. Vianney hasta Ars, donde entraron con él en la iglesia. «¿Entre estos peregrinos, le pregunté, había sin duda grandes pecadores? —oh, sí, amigo mío, había algunos que llevaban cuarenta años sin confesarse. —Ve usted, señor Cura, le dije, cómo el mismo Dios le ha impedido avanzar, para volverle sin demora a la obra que le es agradable sobre todas, la salvación de las almas». No me respondió palabra.

Por lo que a mí toca, Monseñor, previendo que los habitantes de Dardilly se aprovecharían de la enfermedad de su hermano para hacer otra vez presión al cura de Ars, por prudencia, pregunté al enfermo si tenía algo de particular que decirle. «No, respondiome Francisco Vianney; tan sólo deseaba verle». A mi regreso, referí estas palabras a mi santo Cura. Venían muy a propósito, pues dos horas más tarde llegaba el vicario de Dardilly. «Su hermano desea absolutamente verle, le dijo este sacerdote... Si no puede usted venir en coche, puede hacer el viaje en ferrocarril. —No es posible trasladarme a Dardilly; he tenido ya que dejar el camino. —Sin embargo, señor Cura, su hermano quiere decirle algo muy importante. De lo contrario, yo no hubiese venido. —No, amigo mío; ya sé a qué atenerme; el señor misionero me ha repetido las palabras de mi hermano».

La enfermedad de Francisco era mortal. Vivió aún muchos días, sin tener el consuelo, muy legítimo, de verse asistido en sus últimos momentos por su querido Juan-María. Ocho días antes de morir, decía a su hija que lloraba ^a su cabecera. «Consuélate; viviré hasta el Viernes Santo.» Efectivamente, en el día del Viernes Santo (6 de abril de 1855), murió Francisco Vianney. El Sábado Santo, su hermano no pensó siquiera en ir a sus exequias; lloró en silencio en su retiro del confesionario, donde, por ser Pascua el día siguiente, hubo de permanecer por espacio de dieciocho horas.

«Aun a esto se resignó, escribe en su preciosa *Memoria*

Catalina Lassagne¹⁷. Estaba convencido que esta vez los habitantes de Dardilly renovarían las tentativas para retenerle entre ellos... Se acordó de que, en enero, Dios había permitido aquel cansancio excesivo para evitar que cayera en el lazo... Así fue cómo Dios hizo lo que le plugo, a pesar de los planes y combinaciones de los hombres.»

¹⁷ *Petil mémoire*, tercera redacción, p. 31-32.

XXII. RETRATO FÍSICO Y MORAL

La primera impresión.—La fisonomía, la mirada.—Bajo el peso de la edad.—Sencillez y cortesía.—Rasgos dignos de San Francisco de Sales.—Dulzura y energía.—Un corazón naturalmente bueno.—El atractivo de las almas puras.—Un corazón tierno.—Todas las delicadezas del agradecimiento.— El Cura de Arsy los afligidos.— Algunas personas de entre las que consoló.—Las madres apenadas.—El correo de almas.— Algunas cartas.—Un tacto y una prudencia exquisita.—Ni sombra de amor propio.—El horror a los pecados de la lengua.

«El Cura de Ars, dice un testigo de su vida, no tenía en su exterior nada de extraordinario, aparte del ejercicio de su ministerio»¹. ¡Le gustaba tanto ocultarse, desaparecer! Los que le veían al encontrarse con él por casualidad, sobre todo si era en la plaza del pueblo, en el momento en que volvía del orfanato, con el bote de leche en la mano, como un pobre que viniese de buscar su comida, se sentían a veces decepcionados. «¡No es más *que esto* el Cura de Ars!, dijo una parisiense al verle tan poco semejante a la imagen que ella se había forjado.

—Sí, señora, replicó el humilde sacerdote con una graciosa sonrisa. No le ha sucedido a usted lo que a la reina de Saba cuando fue a ver a Salomón: ella quedó maravillada Por exceso, y usted por defecto»².

Pero los forasteros, a quienes guiaba la fe y el deseo de

¹ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 791. Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 270.

ver a su santo, es decir, los verdaderos *peregrinos*, no se dejaban engañar por las apariencias. Su primera impresión era un pasmo admirativo. De tal manera la hermosura del alma se reflejaba en su exterior que, sin ella, hubiera sido bastante vulgar.

El Cura de Ars era algo menos que de talla mediana. Hacia el fin de su vida, como llevaba la cabeza inclinada sobre el pecho, sus espaldas encorvadas le hacían parecer más pequeño.

«Su rostro era muy enjuto y estaba desfigurado»³. «De mejillas estrechas y chupadas hasta la barbilla, escribía un periodista, tenía la forma de corazón»⁴. Su tez, ligeramente pálida, se había después vuelto morena al sol y al aire libre, hasta quedar más tarde descolorida a causa de su continuado encierro en el confesionario. Muy pronto, profundas arrugas, sagradas cicatrices de sus vigiliias y heroicas fatigas, surcaron su faz. Sus cabellos espesos y rígidos, que llevaba rapados por la parte superior de la cabeza y bastante largos por detrás, nunca llegaron a ser del todo blancos.

Una frente alta, ancha y despejada; las cejas prominentes; las órbitas oscuras, en las que brillaban unos ojos azules, de una vivacidad extraña, sobrenatural y penetrante. «Parecía leer en mi interior, dice el reverendo Dionisio Chaland; cuando sus miradas se encontraban con las mías, penetraban hasta lo más hondo de mi alma. Conocí una persona que confesaba sentir espanto»⁵. A veces, sus ojos «resplandecían como un diamante»⁶. «Aun en la conversación, impresionaba su mirada, pues parecía ver las cosas del otro mundo»⁷. Pero, con muchísima frecuencia, su vista aparecía como velada por una melancolía dulce y resignada: era que entonces su pensamiento iba, de Dios ofendido, a los hombres que le ofenden.

De aquí, quizá, la gran movilidad de su fisonomía. No

³ *L'Ouvre Saint Lous de Gonzague de Lyon*, ch. XVI, «Pélerinage á Ars» (julio de 1852), Lión, Pitrat, s. d., p. 196.

⁴ Georges SEIGNEUR, *Le Croisé*, n. de 20 de agosto de 1859.

⁵ *Ibid.*

Proceso apostólico continuativo, p. 654. ⁷ Señorita Marta DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 311.

que fuese inquieta o tuviese movimientos desordenados y ridículos, sino que su expresión pasaba, en un minuto, de la alegría a la tristeza, según que pensase en el amor y la bondad de Dios, o en las miserias de los «pobres pecadores». Así ocurrió que, muchas veces, resultaron vanas todas las tentativas para delinear sus rasgos. Hay que advertir, sin embargo, que jamás se prestó gustosamente a ello. «Sé que alguien quería tomarme mi *careta*, decía bromenado; pero me he meneado de veras para impedir que se saliese con la suya»⁸. Para poder hacer un retrato verdadero, era menester la mirada rápida, el talento y la pertinacia de Emiliano Cabuchet.

El Cura de Ars, en su juventud, era de aspecto vigoroso; a fuerza de ayunos, sus miembros se habían adelgazado tanto que, hacia el fin de su vida, solamente su energía parecía sostenerle sobre las piernas. Sus manos descarnadas, con las venas salientes, daban por sí solas una idea de la delgadez de aquel pobre cuerpo minado por las privaciones y el trabajo.

Sin embargo, «naturaleza eminentemente nerviosa, la edad y las fatigas no habían privado a sus miembros de la flexibilidad y elasticidad... Por un raro privilegio, conservó hasta el último momento el pleno ejercicio de los órganos y de las facultades de que tenía necesidad para el cumplimiento de su misión. Así que su oído conservaba toda la agudeza, la vista toda la claridad y la memoria toda la frescura...»⁹. Su andar, aunque pausado, era rápido como el del hombre que cuenta las horas y que, agotado, ansia, empero, reanudar el servicio de Dios»¹⁰.

Es de creer que el cielo le ayudaba aun físicamente, y de una manera extraordinaria. «Tenía bastante fuerza para sacar de la iglesia el gran estandarte, que es muy pesado y que otros a duras penas hubieran levantado solos en el aire»¹¹.

⁸ Rdo. DUFOR, *Proceso apostólico in genere*, p. 350.

⁹ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 255; «Durante ios últimos años de su vida se advertía en él una memoria prodigiosa».

¹⁰ Rdo. MONNIN, *Le Curé de Ars*, t. II, p. 501.

¹¹ Señorita Cristina DE CIBEINS, *Proceso apostólico continuativo*, página 157. Parecía el Cura de Ars físicamente a Voltaire? Parece que el primero en hablar

En el Cura de Ars, a través de la envoltura de su cuerpo adelgazado, y como transparente, se adivinaba, se veía el alma. Resplandecía en su frente, en su mirada. El verdadero fondo de esta alma era la sencillez, la delicadeza y la bondad.

En sus maneras, nada de afectado ni de convencional; nada de aquella afabilidad, únicamente mundana, de la que tantas personas se disfrazan, como si fuera un vestido hecho para lucir. Con los altos personajes, trataba sencillamente, con perfecto desembarazo. Cuando el cardenal Bo-nald, arzobispo de Lión, fue a visitarle, el Rdo. Vianney se adelantó a recibirle, y fue el primero en alargarle la mano. «No me sentí más cohibido que ante un simple sacerdote»¹², decía el buen anciano, hablando de aquella memorable entrevista.

Un prelado inglés, Mons. Ullathorne, obispo de Birmin-

de esta pretendida semejanza fue el Rdo. Monnin. «*Todo el mundo*, escribe enfáticamente, ha echado de ver la *prodigiosa conformidad* que la máscara del Cura de Ars ofrecía con la de Voltaire.» (T. II, p. 503.) Y Barbey d'Aureville, sin inventar nada, pero exagerando la cosa, escribía poco tiempo después: «¿Sabe usted a quién se parece este Cura de Ars, del cual el Rdo. Monnin ha publicado un estupendo retrato en la portada de su libro? — ¡Fíjese usted bien! Se parece a Voltaire. Sí, el Cura de Ars se parece a Voltaire como San Vicente de Paul se parece a un sátiro, etc.». «*L'internelle consolation*, París Blond, 1909, p. 66.)

Los *Annales d'Ars* publicaron esas líneas de Barbey d'Aureville en julio de 1918 acompañadas de un comentario de Mons. Convert: «¿Es verdad? El Cura de Ars, para quienes lo conocen, no tiene el corte de Voltaire, y el rostro de San Vicente de Paul no se parece, ni de lejos, al de un fauno o al de un sátiro» (pág. 42). Emilio Baumann, recordando «el retrato del Cura de Ars difunto, tal como la fotografía lo ha perpetuado» (lo reproducimos en la presente obra), escribe en sus *Trois villes saintes* (pág. 14): «Nada de la semejanza con Voltaire traída por los retóricos en provecho de sus antítesis». Es esta frase un tiro certero contra Barbey d'Aureville.

En definitiva, nada demuestra la pretendida semejanza fisonómica entre Voltaire y Juan-María Vianney. ¿Dónde vio el Rdo. Monnin que *todo el mundo* notaba un prodigioso parecido entre estos dos hombres? Esto es amplificar al por mayor. Si se comparan las dos obras maestras —la estatua del Cura de Ars, por Cabuchet, y la de Voltaire, por Houdon— no se ve ninguna coincidencia ni en la mirada, ni en la sonrisa, ni el perfil.

Por lo demás, con la ayuda de la imaginación, y bajo la impresión del momento, puede uno entregarse a cuantas variaciones quiera en este terreno de las semejanzas. Jorge Seigneur, jefe de redacción de *Le Croisé*, citado en el decurso de este capítulo, habló largamente del Cura de Ars un día de marzo de 1859. Además, decía en un artículo de 20 de agosto del mismo año:

«Todavía estoy impresionado de la gran semejanza que él (el reverendo Vianney) tenía con una estampa de Nuestro Señor azotado, que pendía en la pared; a la fuerza de imitar a su maestro, el Cura de Ars se le parecía».

¹² Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 892.

gham, escribía, el 14 de mayo de 1854, después de una conversación con el Cura de Ars: «Nos dispensó una acogida encantadora por lo sencilla, humilde y caritativa, sin asomo de aquellos cumplidos que no son sino reflejo de una falsa humildad. La suya era una humildad pura, consistente en una naturalidad perfecta unida a la delicadeza cordial de un santo.»

Un joven de alta alcurnia llegó de Marsella para confesarse con el Cura de Ars. Se encontró primero con el Hermano Atanasio, director de la escuela, y le hizo varias preguntas: «¿Quiere usted decirme, Hermano, a qué familia pertenece el Rdo. Vianney, dónde ha hecho sus estudios, en qué medio social ha vivido, qué cargos desempeñó antes de ser destinado a Ars?» El Hermano le explicó que su cura era hijo de labriegos; que casi no tenía estudios, etc.. A cada una de estas respuestas, el joven caballero se maravillaba.

«¿Por qué me pregunta usted eso?, le dijo el Hermano Atanasio. —Porque me ha encantado la exquisita finura con que me ha recibido. Al entrar en la sacristía, me saludó muy amablemente; me colocó en el reclinatorio, y no se sentó sino después. Terminada la confesión, fue el primero en levantarse, me abrió la puerta, me saludó, y, siempre con aquella finísima cortesía, introdujo al penitente que seguía.»

El Hermano Atanasio le replicó que el Cura de Ars trataba igualmente a todo el mundo. «Ya entiendo, dijo el otro. Es un Santo. Posee la verdadera caridad, que es la fuente de la verdadera educación»¹³.

Ya recibiese en su cuarto, ya en la *Providencia*, nunca se sentaba, pero exigía que los demás se sentasen delante de él. Su saludo solía ser éste: «Le presento mis respetos»¹⁴. Sin embargo, sabía matizar diversamente esta fórmula, según la calidad de las personas o el grado de amistad.

Aunque con su sotana raída ha sido, en cuanto al exterior, desacertadamente comparado con San Francisco de

¹³ Notas de Mons. CONVERT, 1ª colección, n. 9; Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 836.

¹⁴ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 888.

Sales; algunos testigos han aportado hermosos pormenores dignos de ilustrar la vida del suave obispo de Ginebra.

El 23 de junio de 1855, una persona de Ars le regaló, con motivo de su fiesta onomástica, un pastel adornado con unas figuritas que representaban un buey, un león, una jirafa y unas tórtolas. Al recibir este dulce, con el cual había de alegrar a otros, echó un breve discurso: «El buey, dijo, representa la fuerza, el león el valor, la jirafa el alma que corre a grandes pasos hacia Dios, y las tórtolas el espíritu que se eleva sobre las cosas de la tierra»¹⁵.

«Las gentes, dice la señorita Marta des Garets, se estrujaban para verle más de cerca y hablarle. Era un espectáculo sin igual y delicioso, cuando al ir a la sacristía, él se volvía con aquel continente tan apacible para decirnos algunas palabras piadosas»¹⁶. La señorita Marta des Garets, lo mismo que sus hermanos y hermanas, gustaban de verle pasar. Acariciaba paternalmente a los niños. En cuanto a las niñas, habían de contentarse con una sonrisa. Al pasar, les decía: «¡Hijos míos, hijas mías, amad mucho a Dios!»¹⁷.

Un rico labrador natural de Ars, Andrés Benito Tréve, que observó mucho a su Cura, le juzgaba de esta manera: «A pesar de la viveza de su carácter, que se manifestaba en sus ojos penetrantes, causaba una impresión muy agradable. Si no se le hubiese venerado como a Santo, se le hubiera querido como al más dulce de los hombres»¹⁸.

Sin embargo, su dulzura no andaba mezclada de debilidad. Si guardaba especiales atenciones para con aquellas personas a quienes eran debidas, nunca las entretenía más de lo que era razón. Consideraba el tiempo como cosa preciosa, y cuando creía concluido un asunto, era enemigo de insistir. «¡Estoy muy ocupado... Tengo prisa!»¹⁹, no temía decir a los importunos. Si un pobre o un afligido necesitaba de un cuarto de hora de audiencia o más, se lo concedía sin

¹⁵ Rdo. TOCCANIER, *Notas inéditas*, p. 33.

¹⁶ Señorita Marta DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 327.

¹⁷ *Ibid.*, p. 297.

¹⁸ *Proceso apostólico continuativo*, p. 820.

¹⁹ *Carta* al R. P. María José, capuchino, de 19 de junio de 1914. (Archivos de la casa parroquial de Ars.) Este religioso recibió esta respuesta en septiembre de 16 porque discutía más de lo necesario sobre una decisión que acababa de darle el K Vianney.

dificultad. Personas de elevada categoría deseaban tan sólo saludarle; él, por su parte, no se paraba con ellos más de lo necesario. La señora Mandy Scipiot vio llegar a la aldea «en un coche tirado por cuatro caballos, a una familia muy noble que, por especial privilegio, fue recibida en una reducida sala de visitas flue el Santo había mandado arreglar a la entrada del patio. La visita duró cinco minutos, al fin de los cuales, la familia, muy satisfecha al principio del honor que le dispensaba el siervo de Dios, quedó consternada al verle desaparecer»²⁰.

Cuando la ocasión lo reclamaba, sabía dejar a cada uno en su lugar. Un día, de en medio de la multitud, un hombre se permitió llamarle con palabras poco cultas. «¿Quién es usted, amigo mío?, le preguntó el Santo.» El otro respondió que era protestante. «¡Oh, mi *pobre* amigo!, replicó el Cura de Ars recalcando las palabras... Sí, es usted pobre, muy pobre: ustedes, los protestantes, ni siquiera tienen un santo cuyo nombre puedan dar a sus hijos. Se ven obligados a pedir nombres prestados a la Iglesia Católica.» Y dicho esto, no hizo más caso²¹.

«En ninguna parte, ni aun en el Vaticano, me hacen esperar tanto, decía una gran señora, que pensando deslumbrarle con sus títulos verdaderos o falsos, se empeñaba en acercarse al confesionario antes de que le llegase el turno.

—¡Oh!, respondió con dulce malicia el siervo de Dios, en el tribunal del pobre Cura de Ars tendrá usted que aguardar»²².

En agosto de 1854, llegó un joven petulante. «Señor Cura, dijo al santo varón, que atravesaba por entre un grupo de

peregrinos para ir de la iglesia a la casa, señor Cura, quisiera discutir con usted sobre cosas de religión.

—¿Usted, amigo mío, hablar de religión?... Pero si sabe usted menos catecismo que un pequeñuelo... Es usted un ignorante, amigo mío, ¡un ignorante!»²³.

Magdalena MANDY ScIPIOT, *Proceso apostólico in genere*, p. 272. Miguel TOURNASSAND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1.135. Camilo MONNIN, *Proejo apostólico continuativo*, p. 249. Rdo. TOCCANIER, *Nota*; manuscritas, p. 33.

«Hija mía, ¿cuál es el mes del año en que habla usted menos?», preguntó a una persona que se hacía importuna con su insulsa charla. Y como la cotorra respondiese que no lo sabía: «Debe ser en febrero, replicó el Santo, atenuando con una amable sonrisa lo punzante del chiste, pues es un mes que tiene tres días menos que los demás»²⁴.

* * *

«El Cura de Ars poseía un corazón naturalmente bueno»²⁵, dice el Rdo. Toccanier, dotado asimismo de un corazón magnánimo. Al solo encuentro de un enfermo, de niños huérfanos, de alguna madre o esposa de luto, su emoción se manifestaba espontáneamente con lágrimas, que, por otra parte, no pretendía disimular. «Tenía, según dice la condesa des Garets, una gran sensibilidad, o mejor, una efusión de sensibilidad»²⁶.

Pero no era una sensibilidad morbosa. Otros, si se hubiesen sentido fatigados, inquietados y atropellados como él, hubieran llegado a un extremo de desasosiego indecible. El feliz equilibrio de su temperamento y, sobre todo, su admirable virtud le procuraban, a cada momento, la moderación necesaria. Así que se le vio «siempre igual a sí mismo, siempre correcto, fuese cual fuese el proceder de los demás para con él»²⁷. «Jamás entró en su corazón el menor sentimiento de venganza»²⁸, escribe el Rdo. Raymond, su primer auxiliar, que conocía algo lo que era. No sabía sino perdonar, amar y agradecer.

Sentía una gran inclinación hacia las almas puras. De aquí, el afecto que demostraba a los niños, a causa de su inocencia. Se detenía en el camino para decirles una palabra, y fijaba en ellos una mirada extraordinariamente dulce. Poníase en medio de ellos, y uno de sus mayores goces era ver jugar en tiempo de recreo a las huérfanas de la *Providencia*. Usaba con los niños de gran condescendencia.

Rdo. MONNIN, *Le Cure d'Ars*, t. II, p. 357.

Proceso apostólico ne pereant, p. 300.

Proceso del Ordinario, p. 893.

Conde Próspero DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 975.

Proceso apostólico ne pereant, p. 545.

Los pequeñuelos, que no recelan de nadie, podían con él atreverse a todo.

Un día de 1852, al terminar el catecismo de las once, una niña, estirándose sobre sus diminutos pies, se permitió cogerle un cabello más largo que los demás. «Niña, ama mucho a Dios», se contentó con decirle sonriendo²⁹.

En 1858, una señora de Lión condujo a Ars a sus dos hijos. El mayor, de once años, deseaba conocer su vocación. Asistió a la misa del Santo. Al volver a la sacristía, el Rdo. Vianney, sumido todavía en un recogimiento que rayaba en éxtasis, se quitó lentamente los ornamentos sagrados. Varios sacerdotes y seglares estaban de pie algo más atrás, dispuestos a hablarle sucesivamente. Nuestro pequeño lionés se había deslizado entre ellos. Fue él el primero en recibir la primera mirada y la primera sonrisa del Cura de Ars.

«¿Qué quieres, hijo mío?, le preguntó con aquella su voz algo cascada, pero tan dulce que, una vez oída, no se olvidaba jamás.

—Señor Cura, yo quisiera saber...

—Tú serás un buen sacerdote», le contestó el Cura de Ars sin asomo de duda.

Su hermanito, que apenas tenía seis años, se enteró de ello. Después de algunas semanas, le enviaron un *abecedario*, y sentía una creciente antipatía por aquel libro para él lleno de misterio. «Quiero preguntar al señor cura, dijo a su mamá, si he de aprender a leer.»

Al día siguiente, cuando el Rdo. Vianney iba de la iglesia a la casa parroquial, vio en medio de la multitud a aquel hombrecito que deseaba hablarle.

«Señor Cura, le dijo el estudiante en ciernes, ¿he de *aprender* o he de *jugar*?

—Juega, hijo mío, que ésa es tu edad.»

Jamás decisión alguna de santo fue acogida con mayor alegría. «Mamá, gritó el niño en son de triunfo, el señor Cu-ffa me ha dicho que *he de jugar*»³⁰.

[²⁹ Carta de una religiosa ursulina del monasterio de Cracovia, 1.º de junio de 1902. (Archivos de la casa parroquial.)³⁰ El Rdo. A. Salomón, cura sucesivamente de Maximieux y de Trevoux, que fue,

Muy sensible a la verdadera amistad, el Cura de Ars «la apreciaba en mucho y correspondía con efusión»³¹. Es que la santidad, lejos de secar y de estrechar el corazón, lo dilata y lo *liquida*. «Los santos tenían un corazón *líquido*», decía el Cura de Ars. «Cuando el corazón es puro, decía también, no puede dejar de amar, pues ha encontrado la fuente del amor, que es Dios»³².

Durante la epidemia de cólera, en 1854, el querido Rdo. Toccanier pasó en Seyssel, su pueblo natal, una temporada de tres semanas. Al regresar, deseoso el joven misionero de ver a su santo Cura, se puso delante del confesionario donde estaba encerrado desde media noche. El Cura de Ars se levantó en seguida y le abrazó tiernamente. «Usted aquí, mi buen amigo, ¿le dijo a media voz, ¡k, tatito mejcirt E! tiempo se me hacía largo. Se me ocurría que los condenados deben de ser muy infelices en el infierno, separados eternamente de Dios: ¡se sufre tanto aun en la tierra lejos de las personas queridas!»³³.

Del agradecimiento, tenía todas las delicadezas. Con qué emoción hablaba siempre de los que le habían hecho algún bien: su madre, el señor Balley de Ecully, a quienes no podía nombrar sino llorando, la señorita de Ars, la familia des Garets... Sus cartas al conde Próspero des Garets contienen casi todas estas palabras: *Mi muy respetable bienhechor*³⁴.

«Tenga usted la bondad de decir a cuantos tuve la dicha de conocer en Noes —escribía en 7 de noviembre de 1823 a la señora Fayot, de Robins— que les envió recuerdos y los sentimientos de mi gratitud; que todas sus bondades para conmigo jamás se borrarán de mi memoria.»

En verdad, no sabía cómo demostrar el agradecimiento a su «querida bienhechora» de Robins. Cuando, más tarde, una de sus hijas fue a visitarle a Ars, le compró un para-

sin duda, el héroe de la primera parte de este episodio, lo cuenta en una carta c de abril de 1905. (Archivos del santuario de Ars.) En ella califica este relato de «verdadero en todos sus pormenores».

³¹ ANDRÉS TREVE, *Proceso apostólico continuativo*, p. 819.

³² *Esprit du Curé d'Ars*, p. 71.

³³ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 163.

³⁴ Señorita Marta DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 299.

guas de seda, como recuerdo de los buenos cuidados que había recibido de su madre³⁵.

El señor Camelet, Superior de los misioneros de Pont d'Ain, envió, para ayudar al Rdo. Toccanier, un joven predicador, todavía en sus comienzos. «¿Dónde está, preguntó el Cura de Ars, el joven misionero?, pues quiero darle un bonito rosario»³⁶.

En 1849, los Hermanos de la Sagrada Familia de Belley ocuparon en la escuela de niños el lugar de Juan Pertinand, que la dirigía desde hacía once años. Pero el Cura de Ars no consintió en el cambio hasta que estuvo bien seguro de que no sería para tan buen amigo «ocasión de pena o de sacrificio», y buscó para él una colocación digna³⁷.

En todo tiempo, el Cura de Ars sabía manifestar su grandeza; una estampa, una simple medalla que le ofreciesen, la apreciaba como cosa de gran valor³⁸.

* * *

El Rdo. Alfredo Monnin ha hablado «del poder consolador» del Cura de Ars. La frase es de una exactitud admirable. Todas las miserias imaginables acudieron a él: padres, madres y esposas enlutadas; afligidos de alma y de cuerpo; Mónicas llenas de angustia buscando sus Agustines; fracasados de la vida; corazones partidos, desalentados, desesperados... No pensaba sino en los dolores ajenos, sin hacer caso de los suyos... Escuchaba las confidencias y los lamentos con muestras de compasión, levantando hacia el cielo sus viejas manos temblorosas. «Los consolaba, según se ha dicho, con una ternura del todo sacerdotal y era para él un deber enjugar sus lágrimas»³⁹. Después de haberse desahogado en su gran corazón, se volvían más resig-

³⁵ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 503. fr Rdo. Claudio ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 782.

³⁶ JUAN PERTINAND, *Proceso del Ordinario*, p. 350. Juan Pertinand, miembro de Jna familia de quince hijos, tenía tan sólo treinta y dos años cuando se fue de Ars. ?^{18*3} ¹⁰ encontramos propietario de una modesta finca en Amblagnieux (Isère) y ¹¹tiistrador de unas minas de hierro en Serrières.

³⁷ Conde Próspero DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 967. Condesa DES GARETS, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 377.

nados, más tranquilos, más valientes ante el deber, la prueba y el porvenir.

«Jamás, declara el Rdo. Borjon, para quien el Santo había tenido tan afectuosos perdones, jamás me separé de él sino con el corazón confortado»⁴⁰.

«Puedo decir, afirmaba el Rdo. Dubouis, el desolado cura de Fareins, parroquia dividida aún por la herejía jansenista, que todos salían de su lado con la mente más serena y más alentados para las luchas de la vida.»

Un gendarme, muy probado en cuanto a su salud, daba al párroco Vianney, en una carta, este sugestivo título, subrayado además con grueso trazo de pluma: *Gran consolador de los afligidos*⁴¹.

En efecto, «¡qué prodigioso obrador de felicidad divina y humana, qué fuerza de consolación y resurrección pasó por aquella aldea!»⁴². Para cada pena, el Cura de Ars tenía una frase oportuna, y «lo que otros no hubieran podido conseguir con largos razonamientos, él lo lograba con una sola palabra»⁴³. Pero, prescindiendo de las consolaciones humanas, que casi siempre juzgaba ineficaces, se inspiraba a menudo en pensamientos de fe, y no temía levantar sobre sí mismas a las almas afligidas. «Que se cumpla la voluntad de Dios, decía... Hay que querer lo que Dios quiere... Hay que contentarse con lo que Dios nos envía...»⁴⁴.

A una humilde tendera de Ars, Marta Miard, que había tenido pérdidas en el negocio, le decía: «¡Oh, vale más esto que el pecado!»⁴⁵.

El Cura de mi parroquia natal (San Juan de Bourgneuf en el Isère), cuenta la misma, no creía al principio en las maravillas que yo le refería. Sin embargo, como sufriese una gran turbación, vino a Ars. Después de haber visto al párroco Vianney, pareció del todo cambiado: aceptó su cruz con plena resignación. El señor Cura le había dicho

⁴¹ *Proceso del Ordinario*, p. 1270.

⁴² Carta del gendarme Saget, de Fourç (Nièvre), 21 de julio de 1859.

⁴³ Rene BAZIN, *Pèlerinage à Ars*, «Armales d'Ars», abril de 1900, página

⁴⁴ Rdo. DUBOIS, *Proceso del Ordinario*, p. 1235.

⁴⁵ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo* p. 845.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 844.

simplemente: «Amigo mío, profundice en la paciencia de Nuestro Señor»⁴⁶.

En mayo de 1885, una señora fue a Ars, desde muy lejos, con la esperanza de conseguir algún alivio en una enfermedad que la hacía sufrir mucho. «Al ver que no se curaba después de una fervorosa novena, rogó al sacerdote coadjutor que preguntase al varón de Dios si sanaría. He aquí la respuesta que fue comunicada a la enferma: Esta persona es piadosa; la cruz está muy en su sitio. Será para esta señora la escalera que la conducirá al cielo»⁴⁷.

Su prima Margarita Humbert fue a verle desde Ecully para recomendarle una de sus nietas, gravemente enferma. «Es un fruto maduro para el cielo, le respondió el Santo sin titubear. En cuanto a ti, prima mía, necesitas algunas cruces para pensar en Dios»⁴⁸.

Claudina Fayot, a quien Juan-María Vianney había conocido tan pequeña cuando estaba oculto en Robins, se moría allí de debilidad. Su madre hizo que refiriese su tristeza y sus temores al sacerdote a quien había amado como a su hijo. «¡La tierra no es nada!», le envió por toda respuesta el Cura de Ars. Y Claudina murió poco después, santamente⁴⁹.

La señora Chamonard, de Saint-Roman-les-Iles (Saona y Loira) era una excelente cristiana, casada con el más incrédulo de los hombres. En el verano de 1815, sugirió a su esposo, enfermo y achacoso, que hiciese una visita al Cura de Ars. Resistió al principio a una proposición tan rara: ¡él, espíritu fuerte, hacer tal honor a un sacerdote! Pero ¡deseaba tanto la salud!... Se decidió al fin. Sin embargo, hubo de ser muy instado para que se resolviese a entrar en la iglesia ^{ne} Ars. El Párroco, que estaba explicando el catecismo, fijó ^{en} él sus ojos penetrantes. El señor Chamonard salió bruscamente de la iglesia, jurando que no volvería y decidido a parcharse en seguida. Cuando su esposa apenas pudo hablar con el Santo, se limitó a pedirle la curación de su

⁴⁷ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 851.

⁴⁸ *Notas* manuscritas del señor Toccanier, p. 27.

⁴⁹ Margarita HUMBERT, *Proceso del Ordinario*, p. 1325.

c. Hecho referido por la señora Sofia Cote-Forge, de Lión, biznieta de la señora ^{ts*>t.} de Robins.

marido. «No son lo peor los dolores, le dijo el Cura de Ars; hay que sanar el alma; ha emprendido usted una tarea que tan sólo está en sus comienzos.» La señora Chamonard salió de Ars «llena de admiración y singularmente fortalecida». Se llevaba la más inquebrantable esperanza. Cuatro años más tarde, su marido moría con señales de predestinación⁵⁰.

Francisca Lebean, pobre joven de Saint-Martin-de-Commune (Saona y Loira), se había quedado completamente ciega. Juntamente con su madre, emprendió el viaje a Ars- Durante el camino, mendigaron el pan de cada día, y durmieron en los establos. El Cura de Ars no temió descubrir a la pobre enferma, cuyo temple valeroso de alma había-sondeado la mirada inspirada del Rdo. Vianney, algo del misterio divino que se esconde en el sufrimiento. «Hija mía, le dijo, podrías curarte, pero si Dios te devolviese la vista tu salvación no sería tan segura; si, por el contrario, te conformas con tu enfermedad, irás al cielo y te garantizo que tendrás allí muy buen lugar.» La ciega lo entendió todo; no pidió ser curada, y se marchó llena de resignación⁵¹.

El cura de Ars no sabía compadecer a las madres cuyos hijos morían siendo pequeños. «Tuve la desgracia, cuenta la señora des Garets, de perder un hijo de cinco años. He aquí que el Rdo. Vianney contestó a mi cuñado que le comunicó la triste nueva: ¡Dichosa madre, dichoso hijo! ¡Qué gracia para ambos! ¿Cómo ha podido merecer'este niño que se le abreviase el tiempo de la lucha, y que fuera a gozar tan presto de la felicidad eterna?»

Sin embargo, en otras circunstancias, no tuvo reparo en llorar con aquella noble cristiana. Había conseguido con un tacto exquisito que el mayor de los Garets, Eugenio, de

⁵⁰ Encuestas del señor Ball, 25 de abril de 1878. (Archivos parroquiales de Ars).

⁵¹ Según una carta del Rdo. Chopin, cura de Saint-Clement-les-Macon y sobrino segundo de Francisca Lebean, dirigida a Mons. Convert el 6 de febrero de 1911. La ciega, continúa diciendo, preguntó al Reverendo Vianney: «¿No seré carga para mis hermanos y hermanas?» (eran ocho entre todos). — Tranquilízate, hija mía, tus sobrinos y hermanas llegarán a ser muy viejos y tendrán cuidado de ti. Cuando muera el primero los otros seguirán, muriendo uno casi cada dos años.» El primero que murió fue Francisca (o sea la ciega); según los intervalos anunciados por el párroco Vianney, todos de edad de 80 a 90 años, fueron muriendo los demás.

veinticuatro años, aceptase la muerte, acaecida en 1.º de febrero de 1855. Su fin edificante había sido un gran consuelo para su madre, y el reverendo Vianney no tuvo necesidad esta vez de sostener su valor. Pero cuando, cinco meses después, perdía a su segundo hijo, Joanny, herido mortalmente en el primer asalto de Sebastopol, fue un caso de desesperación. El Santo corrió al castillo. «Tenga ánimo, sea usted fuerte, exclamaba derramando lágrimas delante de aquella madre dolorida y postrada al pie de una cruz. No se deje usted abatir; sepa aceptar la prueba...» Y la llamaba, con un tono de compasión infinita, «la madre de dolores». Evocando el recuerdo de aquella hora cruel, durante la cual la había sostenido en su calvario, la señora des Garets decía: «Al salir de su presencia, sentíame renacer; sentíame capaz de aceptar y llevar la cruz»⁵².

* * *

Los afligidos que no podían ir a Ars escribían al santo Cura o hacían que otros le escribiesen en su nombre. De aquí, la voluminosa correspondencia que cada mediodía el párroco encontraba en su habitación sobre su pequeña mesa de encina⁵³. La leía de corrida y muchas veces no podía dar abasto. La mayor parte de las cartas contenían peticiones de consejo o de oraciones, confidencias dolorosas, clamores de angustia. Agotado como estaba por el ministerio de las confesiones, no podía contestar personalmente, sino muy raras veces. Confió este cuidado a las personas que le rodeaban, tales como Catalina Lassagne, y después, sucesivamente, a los Rdos. Raymond y Toccanier, y al Hermano Atanasio. A éstos, sus secretarios de ocasión, les indicaba en qué sentido habían de responder y firmaba algunas de sus cartas con su propia mano.

De las cartas consoladoras que escribió de su puño y letra, quedan dos, dirigidas a uno de sus primos, el Hermano Chavolet, religioso de obediencia en el Hospital de Lión, quien atravesaba una gran crisis de tentaciones.

⁵² Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 780-781; 892-893. ³ Hasta 1840, Ars no tuvo correo diario. Las cartas, hasta la expresada fecha, eran repartidas cada dos días.

Mi buen amigo, trazo estas líneas a vuela pluma, para decirte que no te vayas, a pesar de todas las tentaciones que Dios permita que padezcas. ¡Ten valor! El cielo es sobradamente rico para ser tu galardón.

Considera que todos los males de este mundo constituyen la herencia de los buenos cristianos. Tú sufres como un martirio. Mas ¡qué dicha ser mártir de la caridad! No desperdicies tan hermosa corona.

«Bienaventurados los que sufren persecución por mi amor», nos dice Jesucristo, nuestro modelo. Adiós, mi queridísimo amigo. Persevera en este camino que tan felizmente has comenzado; y nos volveremos a ver en el cielo... (*Cana del 25 de julio...*)

...¡Animo, mi querido primo! ¡Pronto veremos este hermoso cielo, y ya no habrá más cruces para nosotros! ¡Qué divina felicidad! ¡Ver al buen Jesús que tanto nos ha amado y que nos hará dichosos!... (17 de mayo...).

Muchas de las cartas recibidas por el Cura de Ars son muy emocionantes. Con un Santo que tenía fama de leer en los corazones, los corazones todos se atrevían a expansionarse y exponían sin falsa vergüenza, ni respetos humanos, sus grandes o pequeñas miserias.

He aquí algunos fragmentos de esta «correspondencia de las almas», de la cual, por desgracia, tan poca cosa se ha podido salvar⁵⁴.

El cura de una parroquia poco cristiana envía a su santo colega, que había pasado por la misma prueba, estas líneas de dolor:

Mi querido padre:

Soy su penitente, soy su hijo. Le escribo para implorar de un *modo especial* el socorro de sus oraciones para que me protejan contra una calamidad que me amenaza.

Un gran escándalo se prepara en mi parroquia, y recurro a usted por si es posible impedirlo o neutralizarlo. Durante dos o tres

⁵⁴ El Rdo. Monnin (*Vida*, t. II, p. 58) escribe que el Cura de Ars «no acababa la lectura de las cartas que comenzaban con frases laudatorias», que «las rasgaba con indignación y las echaba al fuego». Asimismo, el señor José Vianney (*Les Bienheureux Curé d'Ars*, p. 163) dice: «quemaba, sin leerlas, las cartas que comenzaban con cumplidos». Este hecho es innegable. Pero no es menos cierto que algunas cartas de este género escaparon a la destrucción: hay unas pocas, de entre las que se conservan, en las que se encuentran fórmulas de alabanza. Lo más seguro es que el Rdo. Vianney no conservaba ninguna carta, a no ser que hubiese en ellas peticiones de misas o de novenas, y entonces las entregaba a alguno de sus auxiliares. Debido a esto, ha llegado a nosotros una muy reducida parte de su correspondencia.

días, un grupo de viñadores y otros, con ocasión de la fiesta de San picolas, que es el lunes próximo, quieren entregarse a diversiones las más profanas (bailes y desórdenes de todas clases), y arrastrar al mal a muchas personas, y aun a los niños, por los que tengo gran pena. Y esto, durante el Adviento; y estando próxima la fiesta de la Inmaculada Concepción de María, nuestra buena y tierna Madre. Hacemos una novena a la Santísima Virgen, para que nos libre de estos escándalos. Le ruego una sus oraciones a las nuestras...

Reverendo FERRET

Las cartas que se refieren a vocaciones religiosas, cartas muchas veces llenas de congoja y regadas con lágrimas, son a buen seguro las más numerosas de cuantas recibió el Cura de Ars. Una joven de Bourgoin le escribió el 2 de febrero de 1859:

...¿Cuándo, pues, romperá Dios las cadenas que me tienen atada a este mundo corruptor? ¡Oh! ¡qué de pasiones se ven, qué de malos ejemplos!...

Yo quisiera pertenecer a Dios, y he aquí quien me impide seguir los impulsos de mi corazón: la Superiora general de las Hermanas del Santísimo Sacramento no quiere recibirme. Al morir mamá, mi pobre padre nos abandonó: se marchó muy lejos en busca de refugio y de trabajo. Y la Superiora me dice que esto es una mancha y que en la congregación no pueden admitir a nadie que venga de padres...

¡Oh, Padre mío, si he de quedarme en el mundo, cuántas gracias necesitaré para santificarme! ¡Ah! yo soy muy ligera: usted me ha dicho en la confesión que soy *demasiado exterior*. Esto es mucha verdad. Siempre me parece que me miran. Sin embargo, tengo buena voluntad.

¡Oh! ruegue por mí, Padre mío, y estoy convencida de que cambiaré.

Otra joven le escribía desde París:

Mi buen Padre, he oído hablar de usted y de sus milagros. Si Dios quisiera que conociese su voluntad por voz del Cura de Ars, me digo a mí misma, sería más sencillo que alcanzar esta gracia a fuerza de largas oraciones...

A pesar de mi edad, soy muy criatura; pero Nuestro Señor no rechazaba a los niños; solamente que estoy muy lejos de tener la simplicidad que les hacía amables a los ojos del buen Jesús. Tengo

dieciséis años y todavía no he pensado seriamente en mi vocación; pero quiero salvarme...

Puesto que Dios le ha comunicado el don de discreción de espíritus, vea lo que pasa en mi alma-Estoy indecisa y tengo necesidad de luz, le decía una niña de la misma edad que la anterior. Muchos obstáculos se oponen a mi vocación. Mi madre es muy piadosa, pero mi padre es militar, y estoy segura de que será muy difícil obtener su consentimiento.

He aquí a un padre de familia, que —lleno de tristeza y sublevado en su interior contra los deseos de su hija de entrar en una orden religiosa muy austera— conjura al Cura de Ars para que combata esta vocación.

No sabemos qué pudo responder el Santo a este grito de la naturaleza.

Nimes, 25 junio 1855

Señor Cura:

La fama de sus virtudes y de los dones con que Dios se ha complacido en adornarle ha llegado hasta nosotros, y una de mis hijas, joven de veinte años, se propone ir, dentro de pocos días, a pedirle consejo sobre un asunto de alta trascendencia, puesto que se trata de tomar una determinación de la cual depende todo su porvenir.

Aunque dotada de todas las cualidades que le abrirían amplio paso en la vida del mundo, hace algunos años que manifiesta una marcada inclinación a la vida religiosa. Nosotros no vemos en esta disposición de ánimo otra cosa que el resultado pasajero de una piedad ferviente y de la inexperiencia propia de su edad. Ella empero persiste en su tema.

Nuestra ternura para esta hija tan querida no tiene nada de egoísta; por encima de todo deseamos su felicidad; y si nos llegamos a convencer de que no puede encontrarla en este mundo si no es bajo el hábito religioso, sabremos hacer este sacrificio por penoso que sea. Pero se nos haría muy duro verla escoger una orden tan austera como la del Carmelo, en la cual quiere entrar; orden en la cual nada hay que suavice el rigor de la clausura, del régimen de vida y de la soledad. Por esto no pasaremos nunca, y quisiéramos suplicarle tuviera a bien apartar a nuestra hija de tales pensamientos. Esta nuestra querida hija, aunque no tiene el gusto de conocerle, tiene en sus luces y en sus santas inspiraciones una

confianza sin límites: le parece que es Dios quien va a hablarle por boca de usted, y ha de dictarle el partido que ha de seguir. Con tal fin, irá con su madre a visitarle.

Señor Cura, en un momento tan solemne, ya que se trata de adoptar una resolución decisiva y hasta cierto punto irrevocable, es de gran monta precaverla contra un entusiasmo irreflexivo. Si ella quiere de todas veras ser religiosa; si, como asegura, Dios la llama a este estado, ¿por qué no ha de entrar en el Sagrado Corazón, que ella conoce y es bien conocida, por haber cursado todos sus estudios en el internado de Montpellier, y sería recibida con gran contento? ¿Por qué ha de sepultarse en vida en el Carmelo?... Mi hija, pues, se presentará a usted dentro de dos o tres días; ignorándolo ella, me tomo la libertad de escribirle, para enterarle de las disposiciones de esta niña, y para rogarle que la aparte de una determinación tan extremada, que nos sumirá en la consternación y hará nuestra infelicidad. Estoy convencido de que si usted la encamina hacia el Sagrado Corazón, donde en definitiva podrá tan bien como en el Carmelo servir a Dios y asegurar su salvación, no dudará en seguir este consejo. Está decidida a escucharle y a no hacer caso sino de usted. Es usted en estos momentos el único arbitro de su suerte. Podemos estar seguros de que si el Cura de Ars vio en estos deseos el llamamiento de Dios, la señorita Bony (éste era el nombre de la joven) entró en el Carmelo.

Los corazones afligidos, los corazones desgarrados por la muerte de personas queridas, hallaban amable acogida en el seno «del Buen Padre».

Señor Cura, le escribía desde París la baronesa de Breda, el día 3 de diciembre de 1858, con frecuencia los llantos de las madres desoladas llegan hasta el corazón de usted en demanda del auxilio de sus oraciones. Yo vengo a aumentar el número...

Y le suplica que salve a su hija, joven viuda a la que una enfermedad misteriosa ha convertido en «una verdadera mártir».

Es un alma desolada que va a implorar socorro, le dicen desde Grenoble el 12 de enero de 1853. Un esposo, un padre súbitamente arrebatado a toda la ternura de una familia: unos niños abandonados a la inexperiencia de una madre desgraciada... ¡Qué motivo de inmensa compasión!... Esta pobre mujer quería ir a Ars, a buscar, ^{no} consuelo —pues no puede haberlo para tales dolores—, sino al-

gún alivio para su cruel añoranza, la resignación en su horrible desdicha, la conformidad con la voluntad de Dios.

En medio de los sufrimientos de una larga enfermedad, le escribe desde la cama una persona de Lión; quisiera recibir el consuelo que usted sabe dar a los que se le acercan. Parece que tendré más paciencia para sufrir, si a lo menos me ayuda con sus oraciones. Para pedirle este favor, para mí muy preciado, me he tomado la libertad de escribirle, mi bueno y respetable señor cura.

El Cura de Ars nunca despreció ninguna recomendación. Como la era imposible presentarlas una a una al Señor, formaba con todas ellas un ramillete que ofrecía a Dios en el *memento* de su misa. Por otra parte, muchas veces, con los ojos bañados en lágrimas de compasión, abogaba ante el cielo por causas bien emocionantes.

* * *

Después de haber dicho lo que era su corazón, hemos de hablar del espíritu del Cura de Ars, de su tacto y de su exquisita prudencia.

«Una jovialidad dulce y franca y una amable confianza regulaban todas sus relaciones de amistad»⁵⁵. Sin embargo, se mostraba en extremo reservado con las personas que le servían. Conocía su abnegación y su probada virtud, pero una sobrenatural prudencia le dictaba este proceder. La fina y discreta Catalina Lasagne lo echó bien de ver:

Las que acudían a él con más frecuencia, para prestarle algún servicio, se sentían en su presencia como sobrecogidas de un santo respeto, y, a veces, temían hablarle aun de cosas muy urgentes. Dios lo permitía así, para que cuantos procuraban aliviar a su bueno y fiel servidor lo hicieran pensando únicamente en su gloria⁵⁶.

Pero con sus compañeros, sus coadjutores y otros amigos, se expansionaba muy a gusto —era una necesidad de su corazón delicado y sensible—, sobre todo por la noche, después de las aplastantes horas de confesionario. Uno de

⁵⁵ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 150.

⁵⁶ *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 91.

los Hermanos le acompañaba a su cuarto, y, con frecuencia, se juntaban los misioneros, el alcalde, señor des Garets y otras personas. En efecto, los peregrinos, sacerdotes y seglares, solicitaban el favor de pasar con él los últimos momentos del día. El párroco los acogía de buen grado.

Dejaba que le explicasen los acontecimientos del día que fuesen de interés para Francia y la Iglesia. La política, empero, le interesaba muy poco, y solamente en cuanto tenía relación con la cuestión religiosa⁵⁷.

Por lo demás, «cuando le hablaban de cosas del mundo, no parecía hallarse en su elemento»⁵⁸. Sentía ansias por volver a sus temas favoritos.

«Todo su placer, cuenta su confesor, el Rdo. Luis Beau, estaba en hablar de cosas espirituales. Si por educación escuchaba cuando hablaban de asuntos temporales, se advertía que no mostraba otro interés que el que exigía la benevolencia... Fui testigo del gozo que experimentaba cuando le daban alguna noticia referente a la Iglesia o a la salvación de las almas, por ejemplo, cuando se enteraba del éxito de una misión; por el contrario, ¡cuál no era su pesar al tener noticia de algún escándalo!...»⁵⁹.

«Su corazón, dice el conde des Garets, estaba tan lleno de amor de Dios que hablaba de él en todas sus conversaciones, las cuales solía interrumpir con frecuencia con estas frases, que pronunciaba juntando las manos y levantando los ojos al cielo: ¡Dios mío, qué bueno sois!»⁶⁰.

Era su único pensamiento. «Un día, refiere el reverendo Toccanier, le dije al cruzarme con él: Hace muy mal tiempo hoy, señor Cura. —El mal tiempo es para los pobres pecadores»⁶¹.

El Cura de Ars desconocía los sutiles rodeos del amor

⁵⁷ Quizá de tarde en tarde leía algunos números del *Ami de la Religion et du Roi* (fundado en 1814) y del *Memorial catholique* (fundado en 1823) que le enviaban los castellanos de Ars o sus colegas. Ningún testigo contemporáneo nos dice lo que pensaba sobre el *Avenir*, de Lammenais, y los acontecimientos que ocasionaron la defeción de aquel desdichado sacerdote... Con todo, ciertos *hechos de intuición* demuestran que el Cura de Ars no ignoraba todo lo que ocurría en su época y que tenía *sus Maneras de ver* sobre un buen número de cosas.

⁵⁸ Guillermo VILLIER, *Proceso del Ordinario*, p. 630.

⁵⁹ *Proceso del Ordinario*, p. 1.193.

Proceso apostólico ne pereant, p. 375.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 295.

propio. De ordinario, «no hablaba de sí ni en bien ni el mal»⁶². Cuando sus más íntimos amigos querían enterarse de algunos pormenores referentes a su persona, y que redundaban en elogio suyo, se valían de ciertas estrategias para llevarle a su propósito. Pero cuando se daba cuenta del lazo, les interrumpía bruscamente. Si insistían: «¡Basta, replicaba, he dicho ya demasiado!». Sin embargo, se entregaba con placer a sus recuerdos. Solamente, como hace notar el Hermano Atanasio, «era entonces manifiesto que contaba aquellas cosas, y aun otras que podían decir algo en su favor, de una manera abstracta, como si se refiriesen a personas extrañas». Una de las industrias de los misioneros para poder gozar algo más de su presencia, consistía en pronunciar, como quien no dice nada, el nombre del señor Balley, acerca del cual era inagotable⁶³. Con todo, era necesario acabar. «Después que el Cura de Ars, refiere el conde des Garets, había conversado con nosotros con una familiaridad llena de confianza, de pie y apoyado en su pobre mesa, de súbito, nos despedía dicién-donos: «Tengo el honor de desear a ustedes muy buenas noches». Nosotros nos retirábamos encantados»⁶⁴.

El Cura de Ars era hombre sin doblez, pero agudo. «¡Qué finura era la suya!»⁶⁵. Muy observador, hubiera podido lanzar disparos muy certeros, y a veces vengativos, pero siempre se abstuvo por virtud. Se contentaba con soltar, «como de paso, en la conversación, palabras de una jovialidad simpática y algo picantes»⁶⁶, «observaciones que no carecían de cierta delicada malicia»⁶⁷. Sus réplicas no zaherían a nadie, pues la agudeza de las mismas iba siempre templada por un tono lleno de amabilidad y por la agradable expresión de su semblante⁶⁸.

«Una de mis hermanas, dice la señorita Marta des Garets, le pidió unas reliquias. «Conviértase usted en tal», le

⁶² *Proceso del Ordinario*, p. 651 y 855.

⁶³ *Proceso apostólico in genere*, p. 327.

⁶⁴ *Proceso del Ordinario*, p. 957.

⁶⁵ Rene BAZIN, *Pèlerinage á Ars* «Annales d'Ars», abril de 1908, p. 324.

⁶⁶ Señora Cristina DE CIBEINS, *Proceso apostólico continuativo*, página 155.

⁶⁷ Conde DES GARETS *Proceso del Ordinario*, p. 957.

⁶⁸ Guillermo VILLIERS, *Proceso del Ordinario*, p. 651.

respondió el señor Cura, insinuando con esto que había de procurar ser una santa»⁶⁹.

«Una religiosa se atrevió a decirle con ingenua simplicidad: Por lo general, Padre mío, lo consideran a usted como un ignorante. —Y no se equivocan, hija, pero lo mismo da: podría decirle a usted bastante más de lo que puede hacer»⁷⁰.

Uno de sus compañeros de diócesis, el Rdo. Blanchon, cura de Bublanne, que era muy corpulento, hablaba un día con él en tono muy familiar. «Señor Cura, le dijo bromeando, cuento con usted para poder llegar al cielo... Cuando vaya allí me cogeré de su sotana». La respuesta, acompañada de amable y graciosa sonrisa, no se hizo esperar: «Amigo mío, se guardará bien de ello. La entrada del cielo es estrecha; los dos nos quedaríamos en la puerta»⁷¹.

«¿Qué he de hacer, Padre, para ir al cielo?, le preguntaba una persona, también de regulares proporciones. —¡Hija mía, tres cuaresmas!».

«El Emperador ha hecho cosas muy buenas, decía en cierta ocasión el Rdo. Vianney durante la explicación del catecismo de las once, mientras unas señoras, vestidas según la usanza de aquel tiempo, entraban con dificultad en la iglesia; pero se ha olvidado de una: hubiera tenido que mandar que se ensancharan las puertas para que pudiesen pasar los miriñaques»⁷².

Durante una fuerte lluvia, el santo Cura pasaba de largo por delante de la casa de los Hermanos, sin paraguas ni sombrero. Iba a toda prisa a visitar a un enfermo. El Hermano Atanasio salió precipitadamente, y a duras penas pudo darle alcance. «¿Adonde va usted, compañero?, le preguntó el Rdo. Vianney. —A traerle este paraguas. —Vaya, vaya, que no soy de azúcar.» Y riéndose continuó su camino⁷³.

Era muy agudo en juzgar a los predicadores. El reverendo

⁶ *Proceso apostólico in genere*, p. 247.

⁷⁰ Cf. MONNIN, *Vida*, t. II, p. 524.

⁷¹ *Ibid.*, p. 525.

⁷² Mons. CONVERT, *Notas manuscritas*, cuaderno I, ti. 80.

⁷³ *Ibid.*, n. 45.

Collet, que murió siendo Cura de Trevoux, gustaba de predicar verdades eternas; había predicado en Ars antes del Rdo. Monnin, que elegía con preferencia temas consoladores, y los trataba según su imaginación sensible y poética. «Estos buenos señores, decía después el Rdo. Vianney, nos llevan al cielo por diferentes caminos: el primero por un puente de piedra, y el segundo sobre un puente de flores »^,

Nunca se oyó que el Cura de Ars faltase de palabra a la caridad. Una sola vez, bajo este respecto, creyó el Hermano Jerónimo haberle cogido en falta; pero el Hermano no había entendido de momento que el Cura de Ars protestaba contra las intrigas de un caballero, demasiado conocido en la comarca. «El señor Cura, añade, pedía continuamente a Dios que aquel personaje no llegase nunca al sacerdocio, al cual aspiraba»⁷⁵.

En cuanto al empleo de la lengua, nuestro Santo se manifestó siempre excesivamente reservado. Tenemos buena prueba en una de sus cartas, escrita en 1828. Va dirigida al conde de Cibains y parece no tener otra finalidad que la reparación de una falta ligerísima. Después de un preámbulo, el Rdo. Vianney pasa a tratar con manifiesto embarazo de una falta que le causa gran tormento:

Una cosa que me da mucha pena: cuando iba a su casa, caí, aunque sin pensar, en una murmuración cuando le dije que me engañaban un poco; aunque sin darme cuenta, hice mal. Ruego a usted que no hable nunca de ello. Tengo de ello gran sentimiento, pues por los bienes de la tierra no hay que perder nunca los del cielo.

Una contrición tan perfecta por una sombra de falta demuestra a qué altura llegaba, en el Cura de Ars, la delicadeza de la caridad.

⁷⁴ Moas. CONVERT, *Le Curé d'Ars et les dons du Saint Esprit*, p. 423.

⁷⁵ Hermano JERÓNIMO, *Proceso del Ordinario*, p. 540.

XXIII. EN LA CUMBRE DE LA SANTIDAD

I. LOS TESTIMONIOS

La subida hacia la perfección.—La fama de santidad en el entorno inmediato del Cura de Ars.—Testimonios de su confesor, de Catalina Lassagne, de Mons. Devie y de varios sacerdotes amigos del Cura de Ars.—Juicio de otras personas: el doctor Saunier, los peregrinos y los habitantes de Ars.— Juicio de las multitudes.— Unanimidad en los elogios.—Lo que la inmensa mayoría ve en el santo Cura.

La santidad, es decir, el desasimiento completo de sí mismo y de las cosas que pasan, el deseo continuo de Dios y de las realidades de lo alto; la santidad tal como la admiramos en el cura de Ars, la santidad «canonizable» supone de parte de Dios dones gratuitos eminentes; pero, a su vez, exige una correspondencia por parte de la criatura privilegiada, un esfuerzo constante, arduo y heroico; por lo que, en cierto sentido, la santidad podría ser llamada, como el genio, «una prolongada paciencia». Es algo que se da, pero que ha de ganarse; es el efecto de una benevolencia divina, y es el resultado de una vida humana, el acabamiento feliz de una obra de grandes alientos¹.

El Cura de Ars se sintió inclinado ya desde su infancia hacia Dios, pero no por esto pudo sustraerse a la ley del es-

«La Iglesia ha hallado la expresión exacta, al atribuir a los santos, además de las virtudes que practican de ordinario las almas piadosas, un grado especial de *heroïs-mo*. El santo es un héroe... Todo el mundo puede y debe ser santo (en el sentido de 1^o todos pueden y deben poseer la gracia santificante), pero no todo el mundo puede *** un santo*. La santidad es como el genio. Ambos suponen cierta predestinación que nada puede suplir.» (Dom Pablo CHAUVIN, *Qu'est-ce qu'un saint?* París, Bloud, 1910,

fuerzo y de la constancia en el mismo esfuerzo. No siempre navegó a velas desplegadas; también tuvo que echar mano de los remos. Tuvo necesidad, como todo hombre venido a este mundo, de reformar su carácter imperfecto, de poner coto a ciertas inclinaciones demasiado humanas, de vencer amargas repugnancias. Experimentó las excitaciones nerviosas, las sequedades y tedios del espíritu y, a veces, un estado de abatimiento que rayaba en desesperación. «¡Ah, es muy hermoso ser santo, decía una de sus penitentes; pero cuánto le ha costado al Cura de Ars!»².

Puso en esta tarea grandes esfuerzos, y durante muchos años; pues «no es ningún juego de niñez el renunciar del todo a sí mismo»³. Llegó a la santidad, porque si sus sentidos, si su corazón se le rebelaron, jamás su voluntad dijo: no puedo. Por el contrario, dijo siempre: «todo lo puedo en Aquel que me conforta»⁴. Aquí está el secreto de su encumbrada santidad: un heroico querer, un tesón indomable.

Juan-María Vianney fue primeramente un niño piadoso, un joven, un seminarista, un sacerdote ejemplar. Finalmente, llegó un día conocido sólo por Dios, en que «fue un Santo y gran Santo»⁵. Si se nos permite sondear con todo respeto este misterio, quizá hay que colocar este día en aquella época en que comenzó a poseer aquella «inefable dulzura»⁶ que encantaba a los peregrinos; en la época en que prescindió de todo deseo por poco egoísta que le pareciese, en que arrojó de sí las ansias, por otra parte muy legítimas, de descansar algunos días entre los mayores en su país natal; en la época en que, guiado por las luces de lo alto más continuas y más claras, abrió sus brazos a los pecadores con una compasión y mansedumbre inmensas. Fue hacia el año 1844, cuando, según pensamos, el Cura de Ars llegó a la cumbre de la santidad.

² Baronesa Alix DE BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 287.— El mismo Cura de Ars solía decir: «Los santos no fueron santos sino después de muchos sacrificios y muchas violencias». (*Sermones*, Sobre la santidad, t. IV, p. 145).

³ *Imitación de Cristo*, lib. III, cap. XXXII.

⁴ San Pablo, *Philipp.*, IV, 13.

⁵ Rdo. DUFOUR, misionero de Ars, *Proceso apostólico in genere*, página 422.

⁶ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 774.

Entonces pareció convertirse en un ser sobrenaturaliza-*do* «que no tenía de humano más que el sufrimiento»⁷; «alcanzó aquel grado heroico que es el supremo esfuerzo de la naturaleza sostenida por la gracia»⁸. La virtud era en él como «una segunda naturaleza». Su voluntad activa, perseverante, inclinada únicamente al bien, siempre con miras a lo mejor, iba, de la perfección adquirida la víspera, a la perfección más elevada que le brindaba el nuevo día al despuntar la aurora. Nada de sopor, ni de rutina; una atención continua de su espíritu y de su corazón a cada uno de sus graves deberes.

Varios testigos de su existencia han expresado, cada uno en su lenguaje, este estado de santidad adquirida, y muchos con palabras de profunda simpatía y de vibrante emoción.

«Fueron las personas sencillas y devotas, ha dicho su fiel amigo Pedro Oriol, las que comenzaron a difundir su fama de santidad; pero las personas más graves por su carácter, su edad y su posición se hicieron eco más tarde de aquellos rumores salidos de Ars y de las parroquias vecinas. Fui muchas veces testigo de la emoción causada por el espectáculo de las virtudes del Cura de Ars. Y esta reputación fue siempre en aumento»⁹. Ningún hombre parece grande a su ayuda de cámara. El Rdo. Vianney vivió como en una casa de cristal, y permitió que todos le martirizasen, le espiasen y le discutiesen como les viniese en talante. Los que le trataron más de cerca y fueron sus más íntimos, proclamaron su santidad antes que nadie¹⁰. Según escribe

⁷ De una carta de la condesa des Garets a su hija Marta, *Proceso apostólico in genere*, p. 306.

⁸ Andrés Treve, propietario agricultor de Ars, *Proceso apostólico continuativo*, p. 820-821.

⁹ *Proceso del Ordinario*, p. 757.

¹⁰ «Los grandes hombres, grandes para las multitudes y para todos aquellos que no ven sino los resultados exteriores de sus trabajos, aparecen con frecuencia muy Pequeños a los que les tratan de cerca y conocen todas las debilidades de su carácter... Por el contrario, el santo parece más santo a aquellos que viven junto a él; «tos son los que, habiendo sido testigos de virtudes ocultas, de su ternura ignorada, * su valimiento ante Dios y de su invisible acción sobre las almas, están destinados a esclarecer la ignorancia y disipar los prejuicios de los que le desconocen.» H. JOLY, *Psychologie des saints*, París, Lecoffre, 1902, p. 28). Pero como lo hace notar Dom Chauvin(Q«*est-ce qu'un saint?*», p. 19), «*i*si la santidad se impone de esta manera, na-H*», según parece, podría ofrecerle resistencia?». No siempre ocurre así en la práctica: testigo el Rdo. Raymond, que fue durante ocho años el auxiliar «muy queri-

un sacerdote de Ars, no pudieron «observar en su conducta ni un solo pecado venial deliberado»¹¹.

Abundan los testigos contemporáneos. Raras veces se ha visto una más hermosa y más unánime conformidad en los elogios. Jamás los elocuentes sermones que todos los años resuenan en la basílica o en la plaza de Ars tendrán un acento de verdad tan convincente y penetrante.

Oigamos en primer lugar al Rdo. Luis Beau, cura de Jas-sans, el confidente por excelencia, puesto que confesó al Santo durante los últimos trece años de su vida.

Que yo sepa, no aflojó ni un solo momento... Cumplía todos sus deberes con una delicadeza de conciencia admirable... Me fijé muchas veces en la manera de hacer la señal de la cruz, de rezar el *Benedicite* antes de las comidas y el *Avemaria* al dar la hora. El recuerdo de lo que entonces veía todavía me impresiona. ¡Con qué angelical piedad rezaba el breviario!... Fáltanme palabras para expresarlo. Creo que no es posible ir más lejos en la práctica de las virtudes heroicas. Leo las vidas de los Santos, y no encuentro nada que supere lo que vi en el Cura de Ars... Vivía envuelto en una aureola de santidad. No sé expresar hasta qué punto me inspiraba veneración y respeto... Según mi parecer, conservó la gracia bautismal, y esta gracia fue constantemente aumentando por la santidad eminente de su vida¹².

Después de su confesor, citemos a una persona que fue su brazo derecho en todas sus obras y el testigo mejor informado de su vida; tal, que Mons. Langalerie, antiguo obispo de Belley, le llamaba «reliquia viviente del Cura de Ars». Catalina Lassagne, en el capítulo de su *Petit mémoire sur M. Vianney* en que enumera «sus beneficios a la parroquia», sale repentinamente de su acostumbrada reserva y exclama:

¡Qué bueno es Dios por habernos dado este Santo que hemos poseído por dicha nuestra por espacio de cuarenta años! Puede decirse que los pasó haciendo el bien. Solamente en el día del Juicio podremos apreciar los méritos con que ha de estar enriquecido •

do» del Cura de Ars y que con mucha frecuencia, como veremos, no tuvo con él 1^{os} ramientos debidos a su virtud.

¹¹ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 765.

¹² *Proceso del Ordinario*, p. 1189-1190, 1214, 1221.

¹³ Tercera redacción, p. 81.

Pasemos ahora al que fue su prelado por espacio de diecinueve años. En 1839, el Rdo. Tailhades, de Mont-pellier, después de haber pasado dos meses con el Cura de Ars, fue a encontrar a Mons. Devie. El reverendo Tailhades había tomado algunos apuntes sobre el Cura de Ars, y había pensado un momento en imprimirlos y para esto necesitaba el consentimiento del obispo de Belley. «Entonces, cuenta el referido sacerdote, Monseñor, aprovechando la ocasión para conocer mi juicio sobre el párroco Vianney, me preguntó: «¿Qué piensa usted del Cura de Ars? — Creo que es un Santo», le respondí. Monseñor añadió: «Yo pienso como usted»¹⁴.

Pero, según advierte el Rdo. Raymond, ¿qué mejores jueces puede haber que los sacerdotes, que conocen las obligaciones de su ministerio y la virtud que deben poseer los que están revestidos de esta dignidad; que saben las penas, las fatigas, las solicitudes inherentes al cargo de párroco y de confesor; que pueden medir, por lo que a ellos les ocurre, el grado de heroísmo en la virtud, de inmólación de sí mismo y de sacrificio a que llegó el Cura de Ars?¹⁵.

El Rdo. Toccanier, su auxiliar durante seis años, dice de nuestro Santo:

Se acercaban a él como a una reliquia. Nunca he visto tanta energía y tanta fuerza de voluntad. Nada le abatía, ni las contradicciones, ni las enfermedades, ni las tentaciones. Siempre dio muestras del mismo tesón en la práctica de la virtud y en la abnegación por el prójimo. Su virtud era tan admirable que causaba maravilla a cuantos le veían. Era una fuerza tranquila, como venida de Dios, a la par que invencible. Los peregrinos, aun los religiosos pertenecientes a las Ordenes más austeras, decían que no tenían necesidad de más milagros que el de su energía para quedar convencidos de su santidad¹⁶.

Y el Rdo. Alfredo Monnin, su primer biógrafo, que, siendo joven misionero de Pont-d'Ain, pasó con él en Ars algunas temporadas de varios meses, dice:

* *Proceso del Ordinario*, p. 1525. ! Vida manuscrita, p. 172-175.

Proceso apostólico in genere, p. 178; *Proceso del Ordinario*, p. 160.

No le vi ni un momento sin la marca de la perfección... Nunca he visto la santidad en forma más sensible, más amable y más esplendente. ¡No decía nada, no hacía nada que se pudiese decir o hacer mejor!¹⁷.

Mons. Luis Mermod¹⁸, capellán de la Visitación de Gex, sacerdote profundamente virtuoso, el cual, siendo joven seglar, acudía con frecuencia al confesionario de Ars, aporta esta declaración:

Después de haber salido de Chaleins, dice, estuve veinticinco años sin ver al siervo de Dios. Cuando tuve esta dicha, irradiaba su rostro tal resplandor de santidad, que tuve vergüenza de presentarme a él¹⁹.

El señor Juan Luis de Borjou, antiguo cura de Amberieux-en-Dombes, que dio algo que sufrir al Santo y a quien éste perdonó de todo corazón, nos dice:

Eché de ver las virtudes que forman los grandes santos.

De otros sacerdotes que también tuvieron ocasión de conocerle, son las siguientes expresiones:

El Rdo. Vianney era la imagen viviente de la vida sobrenatural²⁰... La perfección que predicaba a los demás era la regla austera de su conducta. El móvil de todas sus acciones, de toda su vida, fue la fe...²¹. Noté siempre en él la perfección de las virtudes...²². Jamás he visto copia más verdadera del divino Maestro...²³. La felicidad de haberle conocido es una gracia especial de Dios²⁴.

El ilustre sacerdote Rdo. Combalot, que en su juventud se había hecho discípulo de Lamennais, y había sido uno de sus más grandes admiradores, fue un día, muy de mañana.

¹⁷ *Proceso del Ordinario*, p. 1058 y 1167; *Proceso apostólico ne pereant*, p. 970.

¹⁸ La Vida de Mons. Mermod la escribió el Rdo. Chatelard, capellán de la Visitación de Bourg. (Lión, Nouvellet, 1901).

¹⁹ *Proceso del Ordinario*, p. 1036; 1269.

²⁰ Canónigo Juan GARDETTE, capellán de las Carmelitas de Chalons, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 921.

²¹ Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 306 y 290.

²² Rdo. J.-B DESCOTES, misionero diocesano de Belley, *Proceso del Ordinario*, p. 1343.

²³ Rdo. Esteban DUBOUIS, cura de Fareins, *id.*, p. 1246.

²⁴ R. P. FAIVRE, *Proceso del Ordinario*, p. 1493.

a confesarse con el Cura de Ars. Al salir, se arrojó, deshecho en llanto, en brazos del reverendo Toccanier. «¡Dios mío, qué hombre tienen ustedes! ¿Es posible que yo haya dejado que mi cabeza encaneciese sin antes venir a visitarle?»²⁵.

Cuenta el Rdo. Raymond que dos eclesiásticos —uno de ellos postulador de la causa del venerable de la Salle (Mons. Estrade) y el otro religioso, ambos pertenecientes al clero romano— fueron a Ars cuando él estaba allí. Al oírles decir que en Roma había dos sacerdotes que gozaban de una fama de gran santidad, preguntó a los visitantes si los conocían.

—Sí, respondieron ellos.

—¿Qué diferencia notan entre estos santos en vida y mi buen Cura?

—El Rdo. Vianney, respondieron, causa una impresión más viva; su fisonomía respira mayor santidad²⁶.

Los seculares no fueron menos entusiastas ni menos categóricos en la admiración y en los elogios.

Dejaremos hablar a algunos de ellos, pertenecientes a todas las clases de la sociedad.

El doctor Juan Bautista Saunier, que visitó en su calidad de médico al Cura de Ars durante los diecisiete últimos años de su vida, se expresa en estos términos:

Mis relaciones con el siervo de Dios fueron de las más íntimas; pues bien, siempre vi en él un acabado modelo de todas las virtudes.

He aquí otros juicios emitidos en su mayor parte por los habitantes de Ars, labriegos, obreros o moradores del castillo:

Fue siempre y en todas partes, en el más amplio sentido de la palabra, el sacerdote perfecto, el cura modelo y el hombre de Dios...²⁷. Eclesiásticos distinguidos, hombres de mundo, artistas, nos han asegurado que no han visto nunca cosa alguna que se asemeje al espectáculo de este corazón que arde, que adora, que

²⁵ Cf. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. II, p. 332.

²⁶ Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 390; Vida manuscrita, p. 173; *ne pere-*

^a » ^b 559.

²⁷ Vizconde Juan Félix DES GAKI ISS, *Proceso apostólico in genere*, página 422.

gime...²⁸. No fue heroico en una sola virtud, sino en toda su vida ²⁹. La lectura de las vidas de los santos no me han hecho concebir una idea tan elevada de la santidad como el conjunto de su conducta... ³⁰. Le considero como uno de los más grandes santos que Dios ha dado a su Iglesia...³¹. Si él no es un santo, no debe de haberlos...³².

La multitud anónima, el gran testigo, cuya voz, según se ha dicho, es la misma voz de Dios, no se equivocó en su juicio sobre el Cura de Ars. «¿Dónde está el Santo?», preguntaban los recién llegados. «¡El Santo, pasa el Santo!», se gritaba en las filas de los forasteros, cuando aparecía el humilde sacerdote. Y, dirigiéndose a los feligreses, después de ver cómo lo aclamaban de esta manera, decían algunos; «No tenemos necesidad de otras mará vif fas para creer que nuestro cura es un Santo» ³³. Efectivamente, según frase del antiguo obispo de Belley y después cardenal arzobispo de Reims, Mons. Lucon, «si jamás ha habido hombre canonizado por la voz popular, éste ha sido nuestro santo Cura: la sentencia de la Iglesia no hará más que confirmar el juicio del pueblo»³⁴.

Preguntaban a un viñador del Máconnais qué había visto en la aldea de Ars. «He visto a Dios en un hombre», respondió. Un joven peregrino decía: «Cuando se ha tenido la dicha de ver a este sacerdote, no concibo que sea uno capaz de ofender a Dios»³⁵. Un señor de Marsella tenía una idea tan elevada de la santidad del Cura de Ars, que no se atrevía a presentarse delante de él sin antes haber purificado su conciencia y haber recibido la comunión en la capilla de Fourvière³⁶.

Habiendo llegado hasta Lión, en 1851, el rumor de que el Cura de Ars había predicho «que el Príncipe-Presidente

²⁸ De una carta de la señora DES GARETS citada por su hija Marta, *Proceso apostólico in genere*, p. 319.

²⁹ Señora Cristina DE CIBEINS, *Proceso apostólico continuativo*, p. 158.

³⁰ Baronesa DE BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 250.

³¹ Hipólito PAGÉS, *id.*, p. 406.

³² Andrés VERCHERE, carretero de Ars, *id.*, p. 1827.

³³ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 325.

³⁴ *Carta Pastoral* de 28 de octubre de 1904.

³⁵ R. P. FAIVRE, *Proceso del OrdinaHo*, p. 1494.

³⁶ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 270.

sería asesinado durante una revista que había de pasar», un desconocido de aspecto no muy tranquilizador fue a encontrar al alcalde de Ars, señor des Garets. Era un comisario de policía encargado de investigar acerca de la pretendida profecía. El señor des Garets, alarmado, fue a avisar al Rdo. Vianney, que estaba en el confesionario. «Esté usted tranquilo, le respondió, no hay nada que temer.» Mandó entrar al comisario en la sacristía, y cerró la puerta. La conversación duró diez minutos. «Se abrió la puerta, cuenta el alcalde, y vi salir al señor Cura con aquel hombre que derramaba abundantes lágrimas. Les di alcance y, al dejar la iglesia, me dijo con profunda emoción: ¡Pero el cura de ustedes es admirable: es un Santo!»³⁷.

Este comisario de policía había sido enviado para una diligencia muy desagradable ante un hombre a quien gustosamente hubiera tomado por un iluminado y perturbador. Se apartaba de él «lleno de admiración por su virtud». Muchos eran los que iban a Ars sin creer en su Párroco. ¡Un santo..., qué cosa más anticuada y más prehistórica!

Durante el verano de 1841, cuenta un joven lionés, uno de mis amigos, gravemente enfermo, oyó hablar de un cura de aldea eminente por su santidad. Las personas piadosas que le habían hablado de él no dudaban ni de los milagros que ya había hecho ni de que pudiese hacer más en adelante. Mi amigo quiso verle y me pidió que fuera con él a Ars.

Me sentí al principio, fuerza es confesarlo, poco dispuesto a seguirle. Mi fe en la santidad cristiana era completa; tenía gran respeto a las admirables figuras de santidad que surgen de tarde en tarde, y que parecen apariciones concedidas al mundo para su consuelo y enseñanza. Pero en nuestra época materialista, y a causa de la influencia de mis estudios clásicos, no podía verme libre de cierto orgullo intelectual... Me preguntaba cómo era posible reconocer un santo en una persona que no estaba separada de mí ni por los siglos ni por las generaciones, cuyos méritos mi Pobre inteligencia de veinticinco años era incapaz de apreciar. Por estas razones, me negaba a emprender el viaje. Mi amigo insistió, Pero sin éxito. Hacia fines de agosto, me dijo que se marchaba solo. Entonces, el temor de verle alejarse sin familia, en un momento

en que su salud parecía comprometida, me decidió a acompañarle...

Pues bien, el joven viajero escéptico, como lo demuestra lo restante de su relato, regresó a Lión entusiasmado por cuanto había visto y oído. Y aludiendo a sus tribulaciones y a las de su amigo, concluye con estas palabras:

Nos bastaba en adelante refugiarnos en nuestros recuerdos de Ars y suscitar en nuestra alma la santa figura de su párroco, para sentirnos alentados y consolados de nuevo³⁸.

En suma, durante veinte años, resuena un concierto unánime de elogios, sin una nota discordante. «No recuerdo, dice la señorita Marta des Garets, que jamás se haya dicho cosa alguna contra su reputación de santidad. Me admira también el silencio de los periódicos impíos acerca de nuestro Santo, a pesar de que no dejaron de ir a Ars corresponsales suyos para escudriñar lo que allí ocurría»³⁹.

Si, a pesar de todo, hubo alguno que otro burlón, le honraban sin saberlo: eran el vicio y la impiedad combatiendo la virtud. Un habitante de Villefranche, uno de esos espíritus aviesos, cuya especie nunca se acaba del todo, soltaba un día este comentario digno de M. Homais: «¡Es desagradable que el Cura de Ars haya venido a perturbar el siglo XIX!»⁴⁰. ¡Quiera Dios que no hubiese otros perturbadores que los de este linaje!

Fácilmente se echa de ver que todos estos testigos tan diversos en cuanto a su origen, educación y fortuna, pero dotados ellos de una feliz clarividencia, no confunden la santidad con lo que es accesorio. Penetran, por instinto, hasta el fondo de las cosas. Según su manera de ver, el Cura de Ars es un Santo por haberles edificado con sus heroicas virtudes, y no por haber hecho milagros, tenido éxtasis, haber leído en los corazones y anunciado lo futuro; cosas todas ellas que no son parte esencial de la santidad verdadera⁴¹.

BRAC DE LA PERRIERE, *Souvenirs de deux pèlerinages á Ars*, op. cit., p. 1 y *Proceso apostólico in genere*, p. 327.

Pedro ORIOL, *Proceso del Ordinario*, p. 758.

« A decir verdad, si bien es imposible establecer una jerarquía de superiorn

Estos dones gratuitos de Dios, San Juan-Bautista-María Vianney ni los deseó ni los pidió; lo que buscó únicamente fué a Dios, Dios amado y adorado por sí mismo. Dios servido por sus criaturas. Lo que llegó a poseer en grado eminente, fue lo más perfecto en el orden sobrenatural: la caridad, pues, como se ha dicho, «la santidad es el amor»⁴².

entre la vía ordinaria y la extraordinaria, puede asegurarse, empero, que la vida común requiere más renuncia de sí mismo, más trabajo, más dolor. Por otra parte, la práctica de las virtudes en grado heroico es el único criterio de valor. Un santo es aquel que practica las virtudes en grado heroico; no aquel que tiene éxtasis o revelaciones.» (Dom CHAUVIN, *Qu'est-ce qu'un saint?*, p. 42).⁴² Dom CHAUVIN, *Qu'est-ce qu'un saint?*, p. 36.

XXIV. EN LA CUMBRE DE LA SANTIDAD

II. LAS VIRTUDES HEROICAS: HUMILDAD, AMOR A LA POBREZA Y A LOS POBRES

Virtudes heroicas en que se distinguió el Cura de Ars.— La Humildad.—Entre las ovaciones de la multitud.—El porqué de tanta humildad.—Huida de las alabanzas.—Una «devoción mal entendida».—El Cura de Ars y su carnaval.—La historia de un busto de cera.—El Cura de Ars y Lacordaire.— Algunos pensamientos del Santo sobre la humildad.—El amor a la pobreza y a los pobres.—El vestuario del Cura de Ars.— La casa parroquial.—Desprecio de los bienes terrenales.—El Cura de Ars y los desgraciados.—Ars, punto de cita de los pobres.—Amor del Santo a los pobres.

Cuando la Iglesia católica entrevé como posible la beatificación de una persona muerta en olor de santidad, estudia larga y minuciosamente sus hechos y sus obras para ver si encuentra o no en ellas la perfección de las virtudes cristianas'. Este examen es precisamente lo que ha elevado al Cura de Ars al honor de los altares. El historiador de su vida no ha de hacer más que rehacer su *proceso*. Le basta con decir en qué virtudes se *especializó* el personaje a quien evoca. ¿Por qué, pues, entre los héroes que honra la Iglesia, San Juan-María-Bautista Vianney es *él* y no otro? Nos parece que esto es debido a la práctica especial y en grado heroico de estas cuatro virtudes: la humildad, el amor a la pobreza y a los pobres, la paciencia y la mortificación —cuatro flores exquisitas, cuyo perfume hemos respirado

Cf. *Codex juris canonici*, Romae, Imprenta Vaticana, 1918, canon 2102.

ya en cada página de este libro. Ha llegado el momento de recrearnos con él más largamente.

Y comencemos por hacer notar que hablamos de *virtudes heroicas*, es decir, de *hábitos* casi sobrehumanos, en los cuales el heroísmo se ha convertido en *disposición ordinaria* del alma, y no de *actos heroicos* espontáneos, transitorios, fruto de circunstancias fortuitas.

Obsérvese, además, que de tan altas virtudes solamente podemos admirar el brillo exterior; puesto que se nos oculta casi del todo la acción no interrumpida de la gracia divina que sublimó al Cura de Ars a una tan alta perfección.

La humildad, la reina de las virtudes morales, sin la cual toda otra virtud no es más que una ilusión, fue para el Cura de Ars la maestra de su vida. Irradiaba de toda su persona. Mons. Segur, que fue a visitarle en 1858², estaba convencido de que esta sola virtud bastaría para canonizarle. El prelado ciego, de vuelta al castillo donde había recibido hospitalidad, no acababa de hablar nunca de la humildad del Cura de Ars. «Leparecía, refiere la condesa des Garets, un verdadero profijio en medio de aquella extraordinaria afluencia de gente que había de ser para el buen Cura una perpetua tentación de amor propio»³.

El Rdo. Raymond, que fue uno de los testigos de su vida, y por cierto algo severo, hubo de rendirse ante aquella maravilla. «Una de las cosas, dice, que más me impresionaron en el Cura de Ars, fue el que hubiese podido resistir de un modo tan admirable aquella verdadera embriaguez de continuas alabanzas. Entendía muy bien las cosas, veía claramente que era a él a quien buscaban en Ars. Sin embargo, jamás sorprendí un sentimiento de orgullo en su corazón, ni una palabra de vanidad en sus labios»⁴. Un petulante o un presuntuoso, por más hábil que hubiese sido, hubiera perdido la cabeza, aturdido por una tal gloria; una virtud común no hubiese resistido tanto tiempo; sólo un Santo pudo conservarse humilde en medio de tales triunfos.

Un penitente del Rdo. Vianney, persona de juicio exacto

² Marqués DE SEGUR, *Monseigneur de Segur*, París, Retaux-Bray, 1890, p. 255.

³ *Proceso del Ordinario*, p. 916.

⁴ *Proceso del Ordinario*, p. 326.

y penetrante, estima que su confesor ni llegó a sentir los asaltos de la soberbia. «Parecía indiferente a toda alabanza, dice la baronesa de Belbey, y no pensaba sino en cumplir con los diferentes ministerios propios de su cargo»⁵. Iba por entre las multitudes que le ovacionaban, como uno de estos niños cuya graciosa candidez admiramos, sin que ellos se den cuenta. El Cura de Ars anduvo a la letra por aquel camino «de niñez» que una santa jovencita, Santa Teresa del Niño Jesús, había de enseñar y practicar de un modo tan perfecto⁶. «Un día, cuenta el Rdo. Dufour, misionero de Pont-d'Ain, un sacerdote le dirigió en mi presencia algunas palabras en extremo halagadoras. El le miró como maravilloso y exclamó: Pero, ¡Dios mío!, ¿qué dice usted?»⁷.

Existe una humildad ordinaria, obligatoria o común a todos los mortales, la cual consiste en que nadie se estime en más de lo que vale. Para poseer esta humildad, basta tener sentido común. Este grado elemental fue rebasado con creces por el Cura de Ars; mas para ello, necesitó un auxilio especial de lo alto: la humildad llegó en el Rdo. Vianney «a un grado heroico que es en los santos el fruto de gracias especiales»⁸, un don gratuito de Dios más que el resultado de los esfuerzos del hombre.

Por otra parte, él mismo lo dio a entender en momentos de intimidad: «Hija mía, decía a una de sus penitentes, no pida usted a Dios el conocimiento total de su miseria. Yo lo pedí una vez, y lo alcancé. Si Dios no me hubiese sostenido hubiera caído al instante en la desesperación»⁹. Semejante confianza hizo al Hermano Atanasio. «Quedé tan espantado al conocer mi miseria, añadía, que en seguida pedí la gracia de olvidarme de ella. Dios me escuchó, pero me dejó la suficiente luz sobre mi nada, para que entienda que no soy capaz de cosa alguna»¹⁰.

⁵ *Ibid.*, p. 246.

⁶ *Histoire d'un âme*, cap. XI.

⁷ *Proceso apostólico in genere*, p. 549.

⁸ J. DE GIBERT, *Humilité et venté*, «Revue d'ascétique et de mystique», julio de 1924.

⁹ Baronesa DE BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 246.

¹⁰ *Proceso del Ordinario*, p. 804.

El Cura de Ars no ignoraba el bien que hacía con su ministerio, pero, considerándose como simple instrumento, refería toda la gloria a quien de derecho pertenecía: «Soy como un cepillo en manos de Dios, decía al Hermano Atanasio... ¡Oh, amigo mío! si hubiese encontrado un sacerdote más indigno y más ignorante que yo, lo hubiera puesto en mi lugar, para dar a conocer la grandeza de su misericordia para con los pobres pecadores»¹¹.

Como quiera que era muy perfecto el conocimiento de sí mismo, el Cura de Ars no tenía dificultad en reconocer que cuanto bueno poseía o producía era cosa de Dios. Sabía también a qué abismos hubiera podido caer si Dios no le hubiese apartado del peligro. «Soy el último de los hombres, decía entre gemidos. Si Dios no hubiese tenido misericordia, ¿qué sería de mí?»¹².

Hay personas que se las dan de humildes para ser alabadas. «Nadie estuvo más lejos que el Rdo. Vianney de lo que él mismo solía llamar humildad de *garabato*. Si hablaba de su ignorancia, de su miseria, de su indignidad, era naturalmente, sin ninguna afectación»¹³.

Era, si se nos permite hablar así, la humildad viviente. El señor Seignemartin, antiguo cura de Saint-Trivier-sur-Moignans, que había tenido ocasión de conocerle muy bien, reproducía así sus recuerdos: «La vista, el lenguaje, los ejemplos del venerable Cura de Ars, me han hecho entender la humildad mejor que todos los libros. Si hablaba de sí como de un pobre pecador que tenía necesidad de llorar su pobre vida, lo hacía con simplicidad y con acento tan sincero, que no daba lugar a la menor duda sobre sus verdaderos sentimientos»¹⁴.

No lo fue posible sofocar el concierto unánime de alabanzas, que no hizo sino aumentarse en torno suyo; por el contrario, «su reputación de santidad nació espontáneamente y se acrecentó, a pesar de los esfuerzos perseverantes de su profunda humildad»¹⁵. Sin embargo, no era de

¹¹ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 223.

¹² Magdalena MANDY SCIPIOT, *Proceso apostólico in genere*, p. 270.

¹³ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 856.

¹⁴ *Proceso apostólico ne pereant*, p. 643.

¹⁵ Félix DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 421.

aquellos que buscan la humillación por sí misma. «Cuando al hablar con él le hacían cumplimientos, no los rechazaba directamente; se contentaba con desviarlos con alguna salida llena de oportunidad»¹⁶. El poeta Gascón Jasnin, autor de los *Papillotes*, quiso conocer al Cura de Ars. «Señor Cura, le dijo al despedirse, nunca había visto a Dios tan de cerca. —En efecto, respondió el Santo, Dios no está lejos.» Y le señaló hacia el sagrarioⁿ.

No hay que pensar que para hacerse más humilde, buscarse el cura de Ars el ridículo. «La humildad, según la señora des Garets, tenía en él un cierto aire de unción y de dignidad»¹⁸. Solamente en la intimidad bromeaba acerca de su propia persona, y si le aconteció alguna vez parecer en público algún tanto singular, fue contra toda su intención: los peregrinos que le vieron muchas veces atravesar la plaza con su pequeño frasco de leche en la mano, pudieron tal vez reírse, pero ¡cuánto no se edificaron al saber que el héroe de la caridad hacía aquello para ganar tiempo y poder volver lo más pronto posible a su sublime labor!

En algunas ocasiones, el Cura de Ars sufría visiblemente al ser alabado. Con harta frecuencia, los predicadores forasteros, al hablar delante de él, le dedicaban frases de encomio. Aparecía entonces en sus ojos un chispazo de contrariedad, y, según dice la condesa des Garets, «se hundía en su sitial con tal aire de aflicción, que todos padecíamos por él»... En el último sermón de una Cuaresma, un predicador hizo toda una peroración en su alabanza. «¡Oh amigo mío, le dijo el reverendo Vianney, al verle después en la sacristía, ha predicado usted muy bien durante toda la temporada, pero al acabar lo ha echado todo a perder!»¹⁹.

Un día Mons. Devie, por inadvertencia, dijo para sí, pero en voz alta, delante de él: «¡Mi *santo* Cura!...». Le causó esto una verdadera desolación. «¡Hasta Monseñor se equivoca acerca de mí!, exclamó. ¡Si seré hipócrita!»²⁰.

¹⁶ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 917.

¹⁷ Jorge SEIGNEUR, *Le Croisé*, 20 de agosto de 1859, núm. 3.

¹⁸ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 917.

¹⁹ *Proceso del Ordinario*, p. 896; Condesa DES GARETS, *id.*, p. 981.

²⁰ MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1156.

El Hermano Gabriel, superior de los Hermanos de la Sagrada Familia, compuso un folleto titulado *El ángel conductor de peregrinos a Ars*, y le dio seis ejemplares. El santo Cura los aceptó con gozo, y le dijo que sería de gran provecho.

En el prólogo, refiere el mismo autor, tuve la mala fortuna de trazar a grandes rasgos el cuadro de su vida y de presentarle como < un modelo de virtud y de santidad. Al día siguiente, por la mañana, me vio en la iglesia y me hizo seña de que le siguiera; su fisonomía revelaba una aflicción y una severidad extraordinarias. Entré con él en la sacristía. Cerró la puerta, y con decisión y derramando abundantes lágrimas, me dijo: «Amigo mío, no le creía capaz de escribir un libro malo.

— ¡Oh, señor Cura!...

— ¡Es un libro malo... un libro malo!... ¿Cuánto le ha costado a usted? Quiero pagarle en seguida su valor y después iremos a quemarlo.»

Estupefacto, preguntábale yo dónde estaba la maldad del libro.

«— Sí, sí... ¡Es un libro malo..., es un libro malo!...

— ¡Pero, dígame, si quiere, por qué!...

— Pues bien, por esto, ya que usted se empeña: porque habla de mí como de un hombre virtuoso, como de un santo, siendo así que soy el último de los sacerdotes.

— Sin embargo, señor Cura, he mostrado el libro a hombres ilustrados; el señor obispo ha revisado las pruebas; lo ha aprobado. No puede en modo alguno ser malo.»

Las lágrimas del Cura de Ars iban aumentando.

«— Quite usted, me dijo, todo lo que a mí se refiere y será un buen libro.»

Al regresar a Belley conté este incidente a Mons. Devie. «¡Qué lección de humildad nos da este santo sacerdote!, me respondió Su Excelencia... No, no quite nada de este opúsculo: yo se lo prohíbo.» Seguí su consejo, pero el Cura de Ars no puso jamás su firma en ninguno de mis libros, siendo así que era condescendiente en ponerla al pie de las obras y objetos de piedad que le presentaban²¹.

En 1845, un nuevo párroco, el Rdo. Luis Blau, iba destinado a Jassans. En cuanto le fue posible, quiso entablar amistad con su colega de Ars. Fue recibido por el coadjutor

²¹ *Proceso del Ordinario*, p. 1491.

Rdo. Raymond, quien le invitó a desayunar. El Cura de Ars, que llegó cuando terminaban, manifestó gran alegría al encontrarle allí: le dio un abrazo y le estrechó efusivamente la mano. Después, habiéndole conducido a su habitación: «Compañero mío, le dijo con dulce familiaridad, su predecesor tenía la caridad de oírme en confesión. Usted me prestará el mismo servicio, ¿no es verdad?» El Cura de Ars tenía cincuenta y nueve años y el Rdo. Blau, que no pasaba de los treinta y siete²², se veía como por ensalmo convertido en director espiritual de un Santo. Iba a negarse, pero el Cura de Ars cortó toda resistencia: con ademán que no admitía réplica, indicó al joven sacerdote el lugar destinado al confesor, se arrodilló en el suelo y comenzó a confesarse²³.

El 24 de junio de 1848, el Padre Negre, director de un patronato de Lión, acompañó en peregrinación a Ars a un cierto número de jóvenes. Por ser la fiesta del Rdo. Vianney, habían aprendido algunas coplas de circunstancias. Estaba en construcción la capilla de la *Providencia*. Aprovecharon el momento en que el Santo visitaba las obras para dirigirle e4 poético saludo. La acogida fue de las más amables... Mas ¡ay! el fin no fue como el principio. Apenas el Padre Negre le había presentado los jóvenes, cuando empezó la felicitación. Con esto, hubo ya bastante: sin aguardar la segunda estrofa, el Rdo. Vianney «bajó del andamio y desapareció»²⁴.

Siempre el interés de la multitud por su persona le fue muy pesado. «Sentía verdadera tristeza, cuenta la señora des Garets, al ver que buscaban los objetos de su uso para convertirlos en reliquias»²⁵. Un día, al notar que le cortaban un trozo de sotana, dijo entre gemidos: «¡Qué devoción más mal entendida!» Cada vez que se hacía cortar los cabellos, tenía gran cuidado de recogerlos y de quemarlos en la chimenea de su cuarto²⁶. Es cierto, sus peluqueros no

Luis Blau nació en Aratronay (Ain) el 30 de diciembre de 1808. Según las *notas* manuscritas de monseñor Convert. Magdalena MANDY SCIPIOT, *Proceso apostólico in genere*, p. 277. *Proceso del Ordinario*, p. 917. Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 410.

eran muy escrupulosos, y se dejaban corromper muy fácilmente. El maestro Juan Pertinand conquistó muchos amigos gracias a los piadosos latrocinios que se permitía siempre que se le ofrecía ocasión propicia²⁷.

El Cura de Ars, que era el menos suspicaz de los hombres, no acertaba a adivinar la causa de estos hurtos, de que con frecuencia era víctima. «Al finalizar una misión, desapareció su palmatoria.» Es curioso, dijo; yo creía convertido a todo el mundo... y he aquí que me han robado»²⁸.

Cuando, en sus últimos años, el doctor Saunier le sangró varias veces para descongestionarle la cabeza, el Rdo. Vianey mandó llevar su sangre al cementerio, «porque era sangre de un cristiano», pero nunca permitió que la enterrasen sino en su presencia²⁹. Lo que no impidió a los buenos Hermanos de Ars sustraer una poca y distribuirla como preciosas reliquias³⁰.

El humilde sacerdote pasó por una de las mayores pruebas, cuando se dio cuenta de que su retrato pendía por todas partes en el pueblo. Hacia el año 1845, las estampas de Epinal, en las que se narraban varios episodios de su vida, comenzaron a difundirse. «Muy afligidoa por esta exhibición, «quiso, al principio, hacerlas desaparecer». Los vendedores suplicaron que no lo hiciera, pues era, según decían, un medio de ganarse la vida. El buen Cura se dejó convencer. «¿Cuánto cuesta este grabado?, les preguntaba. — Dos sueldos, señor Cura. — Dos sueldos. ¡Ah! mucho es por este miserable *carnaval*»³¹.

Al pasar un día por delante de un escaparate en el que había un retrato suyo, preguntó el precio. «Cinco francos, le respondieron. — Cinco francos. ¡Oh! no lo venderá usted nunca. El Cura de Ars no vale tanto»³².

²⁷ Juan PERTINAND, *Proceso del Ordinario*, p. 391.

²⁸ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 917.

²⁹ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 858; canónigo MOREL, *Proceso apostólico in genere*, p. 456.

³⁰ Todavía se conservan algunas botellitas de cristal con sangre que se ha conservado líquida. Hay una en el tesoro de Ars, otra en Nantes, en la capilla de los Padres Capuchinos. Esta última perteneció, sin duda, al señor Simonet, gran amigo del santo Cura.

³¹ Guillermo VILLIER, *Proceso del Ordinario*, p. 651.

³² Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1048.

«En fin, decía algunas veces, si este pobre *carnaval* sirve para recordar los consejos que he dado, no será del todo inútil»³³. Sin embargo, para demostrar el desprecio que sentía por ellos, se negó siempre a firmar y a bendecir tales retratos. Si entre las estampas que le presentaban encontraba alguno, lo separaba con un ademán brusco. Hacía comentarios como éste: «Eso no sirve sino tres días al año», refiriéndose a los tres días destinados a las máscaras³⁴.

Como se ve, acabó por tomarlo a broma. «Un día que hablaba con mi marido junto a la iglesia, refiere la señora des Garets, lo acompañó a los escaparates de las tiendas para mostrarle lo que él llamaba su *carnaval*. A este propósito, tuvo las ocurrencias más felices que pueden imaginarse»³⁵. «¡Pues qué, me cuelgas y me vendes!», decía riendo a un joven vendedor, que había establecido su puesto junto al cementerio.» «Han hecho de mí un nuevo retrato. Esta vez sí que soy yo, ¡tengo aspecto de bruto y cara de ganso!»³⁶. Al ver una de tantas caricaturas, más grotesca y más colorada que las demás, decía, con mucha gracia: «Miren ustedes, ¿no dirían que salgo de la taberna?»³⁷.

Sin embargo, en un punto estuvo inexorable: jamás sintió en ponerse ante la cámara oscura. —No se le pudo fotografiar sino en el lecho de muerte. —En 1858, el Rdo. Toccanier, de acuerdo con el escultor Emiliano Cabuchet, resolvió obtener, a toda costa, una imagen lo más exacta posible de su santo Cura. Hasta entonces, no había sino retratos sin ninguna semejanza, hechos al vuelo o dibujados de memoria. Se trataba, por lo tanto, de sacar una copia del natural y moldear, en cera, un busto.

Monseñor de Langalerie, que había reemplazado en 1 de mayo de 1587 a Mons. Chalandon, nombrado obispo de Aix, envió a Cabuchet una carta de recomendación. Este escogió el confesionario como lugar en donde encontrar más propicio a *su cliente*. Se arrodilló, y entregó al señor Vianney, cu-

Hermano JERÓNIMO, *Proceso del Ordinario*, p. 565. Hermano JERÓNIMO, *Proceso del Ordinario*, p. 565. *Proceso del Ordinario*, p. 917. Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 520. Cf. MONNIN, *le Curé d'Ars*, UIL, p. 339.

ya mano ya estaba en alto para bendecirle, la carta del prelado, que había de vencer todos los obstáculos. El Santo la recorrió, se levantó, abrió la puerta y despidió al fingido penitente con esta respuesta perentoria: «¡No, no!... ¡ni por usted ni por un obispo!»

Hubo, pues, que echar mano de astucias. El reverendo Toccanier reservó para el artista, en un rincón de la iglesia, un lugar desde el cual pudiese ver a su modelo. Cabuchet acudió al catecismo del Santo. Cabuchet había ocultado la provisión de cera y pensaba poder trabajar sin ser visto... Todo iba a pedir de boca, cuando, pasados ocho días desde el comienzo de aquella maniobra, el Cura de Ars le reprendió bruscamente: «¿Usted allí? ¿Cuándo acabará de distraerme a mí y a los demás?» Pero Cabuchet había tenido tiempo de modelar la cera, lo bastante para apoderarse de aquella fisonomía, tan móvil, tan viva, tan expresiva, en la cual se reflejaban a la vez todas las emociones de un alma profundamente sensible... Cuando el busto estuvo terminado, el escultor lo llevó al comedor de los misioneros. El Cura de Ars se encontró en presencia de su propia imagen. La miró... y «¡ah!, dijo, confuso y sonriendo a la vez, ¡esto no es un *carnaval!*»³⁸. «¿Quién ha hecho esto?», prosiguió. Emiliano Cabuchet se adelantó. «Usted no me ha obedecido, señor, dijo en tono algo severo. ¿Puedo acaso perdonarle?». El Rdo. Toccanier y los Hermanos, que se hallaban presentes a esta escena, imploraban gracia para el artista... y para la obra de arte. El Rdo. Vianney consintió en que no fuese destruido el busto que tan bien le representaba, «pero exigió de Cabuchet la promesa de no ofrecerlo al público antes de su muerte»³⁹.

De esta manera, el Cura de Ars fue humilde hasta el fin de su vida. Nunca quiso hacer valer su trabajo sobrehumano para recabar privilegios. Si se le dispensó del rezo del breviario en sus últimos años, fue debido a una gestión de su sacerdote coadjutor. Parece que su fama de santidad y

³⁸ Según las declaraciones de Los Rdos. Toccanier y Dufour, *Proceso apostólico in genere*, p. 169 y 350, y el relato de E. Cabuchet, 4 de agosto de 1894 (Mons. CONVERT, *cuaderno I*, núm. 14).

³⁹ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 858.

su experiencia de las almas había de hacerle creer que estaba exento de la obligación de renovar cada año, según lo exigían las reglas del antiguo *Ritual de Lión*, las licencias para oír confesiones. Pues bien, todos los años, hasta 1858, hizo prorrogar las *cartas de poderes*, sea por el obispo, sea por el vicario general. Hemos visto con qué humildad se dejaba reprender por compañeros mucho más jóvenes y menos reputados que él. Aun después de haber ganado la veneración de todos los sacerdotes, no dejó de considerarse inferior, «y los recibía siempre con el mayor miramiento, los trataba con el mayor respeto y se encomendaba a sus oraciones»⁴⁰.

Vio sentarse debajo del pulpito y arrodillarse a sus pies en el confesionario a obispos, predicadores de fama y seglares eminentes. «Prefiero, decía, a estas visitas de grandes personajes, la de una pobre que me pida limosna»⁴¹. Bérenger de la Drôme fue a consultarle, en 1850, «sobre dificultades que le parecían insolubles»⁴². El Santo le dio la solución inmediatamente. El magistrado se fue lleno de pasmo. El Rdo. Vianney ni se preocupó de preguntarle quién era. Después de una entrevista que tuvo, en octubre de 1855, con el prefecto de Ars y el comandante general de las tropas del departamento, que fueron a felicitarle por haber sido promovido a la Legión de Honor, le dijo el conde Próspero des Garets: «Señor Cura, he aquí nuestro Ars recibiendo a los poderosos de la tierra. —Son cuerpos y almas»⁴³, respondió sencillamente el humilde sacerdote.

El Padre Pététot, superior del Oratorio, y el Padre Com-balot, misionero apostólico de palabra ardiente, fueron a Ars para oír lecciones de celo y de elocuencia. Se volvieron encantados. Mons. Allou, obispo de Meaux, apareció en los catecismos, durante ocho días, confundido entre los demás. Mons. Dupanloup y el Cardenal de Bonald hicieron un viaje a Ars para recibir sus consejos. «El, empero, parecía no darse cuenta de que era objeto de tan piadosa veneración. La

Canónigo SEIGNEMARTIN, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 643. Juana-María CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 698.

Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 339; *Vida* manuscrita, página 169. Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 859.

recibía absolutamente como si fuese toda para un extraño»⁴⁴.

Por la tarde del sábado, día 7 de mayo de 1845, el Padre Lacordaire, que desde hacía muchos años deseaba conocer al Cura de Ars, se fue de incógnito, de Lión a la santa aldea. Fue recibido en el castillo. A las cinco de la mañana del día siguiente, se dirigió a la iglesia. El Cura de Ars dió muestras de gran alegría al verle, «le abrazó con efusión, le apretó varias veces las manos, y le dio las gracias con una indecible sonrisa de gozo». Después, preparó para su misa el cáliz más hermoso y los ornamentos más ricos. A las diez, el ilustre dominico, sentado en la tribuna de los Garets, oyó la Misa mayor. El señor Cura, que celebraba, hizo la plática sobre la *recepción del Espíritu Santo*. Lacordaire asistió también al catecismo que cada domingo explicaba a la una. El párroco le pidió que cantase las vísperas y predicase. Fue ello una decepción para los peregrinos recién llegados, que hubieran preferido oír al Santo. Por lo demás, «su humildad le hizo tomar el partido de quitar brillo a su palabra». Mientras hablaba el gran predicador, dice uno de los testigos de esta escena, el Cura de Ars le escuchaba con una atención que no temería llamar devoradora y tierna⁴⁵.

El lunes, los sacerdotes de los alrededores reunidos para la conferencia eclesiástica desayunaron juntos en el castillo. Presidió el Padre Lacordaire. «El Cura de Ars le habrá parecido a usted poco elocuente, se permitió decir uno de los convidados. —Ha predicado, respondió fríamente el orador, como debe de hacerlo un buen cura»⁴⁶. La víspera, el gran predicador había dicho al maestro Pertinand: «Este santo sacerdote ha expuesto de una manera pasmosa, al hablar del Espíritu Santo, una idea en pos de la cual iba yo hacía mucho tiempo»⁴⁷.

El Cura de Ars se aprovechó de tan honrosa visita para humillarse más. «Al día siguiente, refiere el reverendo Ray-

⁴⁴ Guillermo VILLIER, *Proceso del Ordinario*, p. 651.

⁴⁵ Todos estos pormenores según el folleto: *Souvenirs de deux pèlerinages* a por Brac de la Perrière, que fue uno de los compañeros del Padre Lacordaire en viaje.

⁴⁶ Rdo. RAYMOND, *Vida* manuscrita, p. 175.

⁴⁷ Juan PERTINAND, *Proc eso apostólico ne pereant*, p. 873.

mond, me dijo: Sabe usted aquel refrán: *los dos extremos se tocan*; pues bien, ayer se cumplió en el pulpito de Ars, al que subieron la extrema ciencia y la suma ignorancia»⁴⁸.

La humildad fue la virtud querida de nuestro Santo. «La tenía en tan grande estima, cuenta el Hermano Atanasio, que hablaba de ella constantemente, sobre todo en las instrucciones...» «Sed humildes, sed sencillos, no cesaba de repetir a los Hermanos de la Sagrada Familia; cuanto más humildes, mayor será el bien que haréis»⁴⁹.

Gustaba mucho de referir esta historia:

El diablo se apareció un día a San Mauricio. «Todo lo que tú haces, lo hago también yo, dijo Satanás al solitario de la Tebaida. Tú ayunas, y yo no como nunca; tú velas, y yo jamás duermo.

—Una cosa hago yo que tú no puedes hacer.

—¿Y cuál es?

—¡Humillarme!»⁵⁰.

Solía decir con frecuencia, según cuenta el reverendo Toccanier: «La humildad es en las virtudes lo que la cadena en los rosarios: quitad la cadena, y todos los granos caen; quitad la humildad, y todas las virtudes desaparecen»⁵¹.

* * *

Un alma humilde es amante de la pobreza y de los pobres.

«Del Cura de Ars puede decirse con verdad lo que de sí mismo decía San Francisco de Asís: que se había desposado con su señora la Pobreza. La habitación del Rdo. Vianney era pobre, su mobiliario pobre, sus vestidos eran pobres y su alimentación pobre»⁵². «Si alguien hubiese querido pintar la misma pobreza, no hubiera hallado un modelo más apropiado»⁵³.

Hemos oído los reproches de que era objeto por parte de

⁴⁸ *Proceso del Ordinario*, p. 328.

⁴⁹ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 858.

⁵⁰ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 173.

⁵¹ *Ibid.*, p. 174.

⁵² Rdo. DUBOUIS, *Proceso ne pereant*, p. 901.

⁵³ Cardenal LUN, *Panegirico del Cura de Ars*, «Annales d'Ars», agosto de 1908, p. 74.

algunos de sus colegas a causa de su porte exterior. Esto ocurrió durante los primeros años de su vida parroquial. Mientras el tiempo se lo permitió, es decir, hasta 1827, él mismo cuidó de remendar su ropa, y como manejaba muy mal la aguja, fácil es adivinar qué tal saldría la labor. «En sus medias, dice Juana Chanay, había tantos zurcidos, que por necesidad le habían de llagar los pies»⁵⁴. Un día, Catalina Lassagne le sorprendió mientras remendaba su pantalón. La buena muchacha se quedó parada en el umbral de la puerta. «Catalina, dijo el Santo en son de broma, pensabas encontrar al cura y te encuentras con un sastre»⁵⁵.

Hasta que comenzó la afluencia de peregrinos, no tuvo sino una sotana, cuyos remiendos y zurcidos no podían contarse. Esta pobreza voluntaria le puso un día en gran aprieto. Era un invierno, y regresaba de una parroquia vecina situada en la región de las marismas. La lluvia le había calado hasta los tuétanos, y había resbalado varias veces sobre el lodo del camino. Sabía muy bien que llegar de aquella manera a su casa, donde no tenía ropa para cambiarse, era una imprudencia mortal. Se refugió en casa de uno de sus buenos feligreses, a quien confesó el aprieto en que se hallaba. El otro, emocionado hasta derramar lágrimas, se apresuró a ayudarlo, le prestó uno de sus vestidos y puso a secar la sotana, que chorreaba, junto a un gran fuego de leña⁵⁶.

Cuando los forasteros fueron en aumento, se le pudo convencer de que no era correcto presentarse de aquella forma tan miserable. Aceptó, pues, el regalo que le hicieron de dos sotanas, y guardó la mejor para las grandes festividades. Pero la más pobre era la preferida. La llevó mucho tiempo y no se recataba de exhibirla durante las ceremonias: «Una sotana vieja, decía, está en su lugar debajo de una hermosa casulla»⁵⁷. Durante una de las visitas episcopales se olvidó de ponerse la sotana más nueva. «No me di cuenta sino después, dijo al Hermano Atanasio, y lo sentí

⁵⁴ *Proceso del Ordinario*, p. 702.

⁵⁵ Rdo. G. RENOUD, *Catalina Lassagne*, «Ármales d'Ars», diciembre de 1820, p. 185.

⁵⁶ Recuerdos de los ancianos de Ars.

de veras»⁵⁸. Nunca quiso tener más de dos sotanas a la vez. Algunas personas le ofrecieron una nueva a cambio de la usada —era una manera de adquirir una preciosa reliquia—, pero no quiso admitirla. Algunas veces las dejaban en su habitación, sin avisarle. Entonces las daba a los Hermanos. De esta manera, el Hermano Atanasio heredó tres sotanas.

Durante los diez últimos años de su vida, según testimonio del Rdo. señor Beau, su confesor, se le vio «siempre sencilla pero decentemente vestido con el hábito eclesiástico completo»⁵⁹. Nunca llevó manteo. «En Trevoux, durante el jubileo de 1826, compráronle uno, pero lo dio a un pobre». La misma sotana llevaba en diciembre que en julio. En invierno se ingenió para forrarla sin que nadie lo advirtiese⁶⁰.

La casa parroquial guardaba proporción con el que la ocupaba. El estrecho patio que hay delante de la misma estaba cubierto de hierba a manera de prado. Tres saúcos habían crecido al azar. El Cura de Ars les llamaba con gracia su *Bosque de Bolonia*. Pero cabe preguntar si llegó a disfrutar de su sombra y a respirar el perfume de sus flores. Las paredes comenzaron a perder su revoco y a ajarse. A fuerza de ruegos, el señor de Garets consiguió permiso para repararlas y blanquearlas con cal. Pero el Santo prohibió que tocasen el interior. «Estoy muy bien allí, decía; cuando venga un nuevo cura, que arregle la habitación y lo demás como le plazca»⁶¹.

Su cuarto estaba en parte sin embaldosar. Fue necesario que el alcalde, aprovechando una ausencia, mandase reparar lo más urgente⁶². Como quiera que en las demás habitaciones no había mueble alguno, toda la casa estaba abandonada. Los marcos de las ventanas aparecían descoyunta-

⁵⁷ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 545; *Proceso apostólico in genere*, p. 218; *Proceso del Ordinario*, p. 854.

⁵⁸ *Ibidem*.

⁵⁹ Rdo. DUBOUIS, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 900.

⁶⁰ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 164.

⁶¹ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 25.

⁶² Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 854; Mons. CONVERT, cuaderno I, núm. 26.

dos, los vidrios rotos; unas cambronerías invadieron la cocina en la planta baja, y un renuevo que echó raíces se encaramó por la chimenea". Fuera de la habitación del Santo, «era completo el desbarajuste»⁶⁴.

Los objetos de su uso quedaban reducidos a lo estrictamente necesario. Para sus comidas, le bastaba una escudilla y una cuchara. «Le regalaron, dice Catalina Lassagne, tres o cuatro tazas bastante bonitas. Un día, andaba yo buscándolas por su cuarto y no las podía encontrar. Acusaba, para mis adentros, a los ladrones o a las personas piadosas que iban en busca de reliquias, cuando me di cuenta de que en un rincón había algunos fragmentos. Juana-María Chanay, que me acompañaba, abordó al siervo de Dios: «¡Señor Cura, qué manera de romper la vajilla!». Se sonrió él de momento, pero después, en tono más grave añadió: «¿Es que nunca he de ver la pobreza en mi ajuar?»⁶⁵.

Nunca dio un céntimo a las directoras de la *Providencia* para que le comprasen cosa alguna; las personas caritativas le procuraban la necesaria alimentación⁶⁶. Ni una sola vez se le vio solícito por el día de mañana⁶⁷. Y, sin embargo, ¡cuánto dinero no pasó por sus manos! «Recibió sumas muy respetables; pero todas las invirtió en obras buenas»⁶⁸. «El dinero parecía quemarle los dedos»⁶⁹. Destinó gran parte del mismo al socorro de los pobres. Se reía y compadecía a la vez a los que allegaban por allegar: «Se parecen a quien quisiera llenar un saco con neblina, o mejor, a quien amontonase calabazas para crear un tesoro y, al llegar el invierno, las encontrase podridas»⁷⁰. «Señor Cura, le decía Catalina Lassagne, tiene usted billetes del Banco sobre la mesa; cuide de no echarlos al fuego. — Bien poco perderíamos», le respondió fríamente. La noche anterior había encendido la vela con una carta a la que estaban pe-

⁶³ Baronesa DE BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 244.

⁶⁴ Conde DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 979.

⁶⁵ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico in genere*, p. 135.

⁶⁶ Rdo. BEAU, *Proceso del Ordinario*, p. 1212.

⁶⁷ Guillermo VILLIER, *Proceso del Ordinario*, p. 650.

⁶⁸ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 168.

⁶⁹ J.-B. MANDY, *Proceso del Ordinario*, p. 606.

⁷⁰ Baronesa DE BELVEY, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 201.

gados quinientos francos en billetes⁷¹. Habiendo encontrado al reverendo Dubouis, cura de Fareins, le dijo: «Ayer, amigo mío, fabriqué unas cenizas de precio...» Y, referido el hecho, añadió: «Peor hubiera sido cometer un pecado venial»⁷².

«Su corazón, ha dicho el señor des Garets, se compadecía de todas las miserias... Amaba tiernamente a los desgraciados. Por ellos se despojaba de todo: daba, y daba sin cesar. A fin de poderles hacer limosna, vendía cuanto le era posible: sus muebles, su ropa, el más insignificante objeto que le perteneciese»⁷³.

Su caridad era inagotable. «Me confesó, refiere el Hermano Atanasio, que muchas veces, antes que fuese de día, había distribuido ya más de cien francos en limosnas. Al bolsillo de su sotana, donde ponía el dinero para los pobres, lo llamaba riendo *el bolsillo de la naveta*, porque las monedas entraban y salían de él continuamente. Por la noche, contaba lo que había dado en llamar sus *beneficios*, o sea, el dinero que le podía quedar. Si no tenía nada, pedía algo prestado, pues no quería dejar partir un pobre sin limosna»⁷⁴. Sin embargo, no soltaba el dinero al azar. Si consentía en dejarse explotar —pues esto es patrimonio de cuantos practican el bien—, no obraba sin discernimiento al dar limosna. Para esto, le servía también el don de intuición, pues, de ordinario, se mostraba más generoso con los que eran víctimas de necesidad más apremiante.

Hacia el fin de su vida, pagaba el alquiler a más de treinta familias, ya de Ars, ya de los alrededores. Todos los años, al acercarse la fiesta de San Martín, procuraba economizar y se volvía «avaro». «Es menester que pague mis *arrendamientos*», decía⁷⁵. Algunas familias más necesitadas recibían también de él leña y harina. Cada semana, durante mucho tiempo, una pobre mujer de Villefranche-sur Saône, iba a pedirle el pan para sus hijos.

⁷¹ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 515.

⁷² Rdo. DUBOUIIS, *Proceso del Ordinario*, p. 1235.

⁷³ *Proceso del Ordinario*, p. 959.

⁷⁴ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 829; p. 555; *Proceso apostólico in genere*, p. 215.

⁷⁵ MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1132.

Con una delicadeza extrema, sabía evitar que la susceptibilidad de los pobres se sintiese herida. A algunas personas que abrieron en Ars modestas tiendas les adelantó el dinero necesario, y cuando le hablaron de restituírselo: «Yo no presto, dijo, yo doy. ¿Acaso Dios no me da antes a mí?» En su armario le ponían muy pocas camisas; sin esa precaución, las hubiera dado todas de una vez. «¡Pon más!»⁷⁶ e decía a Catalina, que en este punto se mostraba inexorable. Esto daba lugar a que los pobres harapientos subiesen a su cuarto, donde cambiaban de camisa. En invierno, les encendía un buen fuego. «Y mientras calentaban sus cuerpos, dice deliciosamente Catalina Lassagne, se esforzaba en enardecer sus almas con el fuego del amor divino». Algunos de sus íntimos se le ofrecieron varias veces para distribuir los socorros en su nombre; pero los indigentes le deseaban a él. «Los llamaba *amigos míos* con una voz tan dulce, que se retiraban muy consolados»⁷⁷. «¡Qué felices somos, decía, de que vengan los pobres a nosotros!; si no viniesen, tendríamos que ir a buscarlos. Y no siempre hay tiempo para ello»⁷⁸.

Toda ocasión le era propicia para consolar a los desgraciados. Un día, cuando se encaminaba al orfanato para explicar el catecismo, encontró un pobre con el calzado deshecho. Le dio sus propios zapatos, y se fue a la *Providencia*, procurando ocultar las medias debajo de la sotana. «Le envié una mañana, cuenta Juana-María Chanay, un par de zapatos forrados, enteramente nuevos. ¡Cuál no fue mi admiración al verle, por la tarde, con unos zapatos viejos, del todo inservibles! Me había olvidado de quitárselos de su cuarto. — ¿Ha dado usted los otros?, le pregunté. — Tal vez sí, me respondió tranquilamente»⁷⁹.

En enero de 1823, durante la gran misión de Trevoux, en la que el Rdo. Vianney confesó de día y de noche, sus compañeros de vecindad reunieron dinero para comprarle... un

⁷⁶ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 495; *Petit Mémoire*, primera redacción, p. 13.

⁷⁷ Juan PERTINAND, *Proceso del Ordinario*, p. 368.

⁷⁸ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 495.

⁷⁹ *Proceso del Ordinario*, p. 691.

pantalón. Esta pieza de ropa era de muy recia pana, que hubiera resistido por mucho tiempo. Un sábado por la noche, regresaba a su parroquia, a pie, según su costumbre, cuando, en la cuesta de *Bruyères*, se cruzó con un pobre casi desnudo que temblaba de frío. «Aguarde, amigo», le dijo el reverendo Vianney. Se ocultó detrás de una cerca, y volvió a aparecer bien pronto, con el nuevo pantalón en la mano. El pobre se apresuró a vestírselo. Pocos días después, en la casa parroquial de Trevoux, preguntaron al Cura de Ars si estaba satisfecho de su regalo. «¡Ah, sí!, respondió en son de broma, he hecho de él muy buen uso: un pobre me lo ha pedido prestado a fondo perdido»⁸⁰.

Tenía como una debilidad por la pobre Bichet, desgraciada ciega de Ars que vivía al lado de la iglesia. La prefería a los demás pobres, «porque podía darle limosna, sin que ella reconociese a su bienhechor»⁸¹. Se acercaba a ella suavemente, depositaba víveres o dinero en su platillo, y se retiraba sin decir nada. La pobre ciega creía algunas veces que se trataba de alguna vecina y le decía: «Gracias, amiga mía, muchas gracias». El señor Cura se iba riéndose de corazón⁸².

Sus beneficios alcanzaban muy lejos, y para ello tenía sus mensajeros. «Fui una vez hasta Lión, dice María Filliart, para entregar cien francos a una familia necesitada... Un día, enojado consigo mismo, porque le parecía no haber dado lo bastante a una pobre de Saint-Didier, me hizo el encargo de llevarle quince francos. Más de una vez me envió a las parroquias vecinas con encargos parecidos»⁸³.

Los pobres trashumantes, casi siempre exigentes y desabridos, hallaban en él favorable acogida. «Hay pobres fingidos, le decía el Rdo. Toccanier: forzosamente se ha de engañar usted dando a quienquiera que se presente. —Dando a Dios, nadie se engaña, le respondió el Santo»⁸⁴.

⁸⁰ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 142; Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t.

I, p. 278-279.

⁸¹ MONNIN, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 975.

⁸² Juan-Bautista MANDY, *Proceso del Ordinario*, p. 596.

⁸³ *Proceso del Ordinario*, p. 1304.

⁸⁴ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 141.

Una antigua interna de la *Providencia* hurtó algunas ropas en el orfanato y cierta cantidad de dinero en la sacristía. Se la detuvo, y se la condenó a cárcel. El Rdo. Vianney dio, en vano, cuantos pasos pudo para librarla de esta pena infamante. Al ser puesta en libertad, fue a pedir limosna al Cura de Ars. Este se preocupó de su situación, y la envió bien provista de vestidos y dinero⁸⁵.

Por lo dicho, se adivina cuál fuera la fama del párroco Vianney en el mundo de la miseria. «No podía salir del pueblo sin verse en seguida escoltado por una turba de pobres»⁸⁶. Ars se había convertido para los indigentes en punto de reunión general. Algunos feligreses, a quienes molestaba la presencia de tantos infelices, no todos igualmente recomendables, se quejaron al alcalde. «Es culpa del señor Cura», decían. El conde des Garets transmitióle estas quejas. «¿Acaso no dijo Nuestro Señor, respondió el Santo: Siempre tendréis pobres entre vosotros?» E insistió para que ninguno de ellos fuese alejado del pueblo⁸⁷.

Es que tenía de los pobres una estima enteramente sobrenatural, inspirada en el Evangelio. Veía en ellos a Nuestro Señor, el divino pobre que santificó la pobreza. Por esta razón, gustaba de referir, en las explicaciones del catecismo, algunos casos en los que Jesús se apareció en forma de pobre. Aquella anéctoda de la vida de San Juan de Dios, que al darse cuenta de que un pobre a quien socorría, tenía los pies llagados, exclamó: «¡Sois vos, Señor!», cada vez que la contaba le hacía derramar lágrimas⁸⁸. He aquí una última anéctoda que demuestra la veneración con que el Cura de Ars miraba la pobreza.

Un día de verano, antes de mediodía, el Cura de Ars, sentado en su pequeña cátedra, catequizaba a una multitud de peregrinos. La gente estaba apretujada hasta el umbral de la iglesia, cuando llegó un pobre, cargado con sus alforjas y apoyado en dos muletas. Quería entrar, pero ¡imposible!...

⁸⁵ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 463; reverendo RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 323.

⁸⁶ Andrés TREVE, *Proceso apostólico continuativo*, p. 816.

⁸⁷ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 159.

⁸⁸ Cf. *Esprit du Curé d'Ars*, p. 322.

El señor Cura advirtió sus inútiles tentativas. De repente, se levanta, pasa por entre la multitud y, atravesando las apretadas filas, lleva de la mano al mendigo. En toda la iglesia no queda libre ni un asiento. ¿Dónde descansarán los miembros fatigados del pobre de Jesucristo? El Santo no se arredra por poca cosa: el Cura de Ars hace subir al desgraciado a la tarima y le sienta en su sitial, desde el que se domina toda la asistencia, y le dice: «¡Ea!» Y continúa hablando de pie⁸⁹.

Esta escena ¿no parece sacada de la vida del *Poverello* de Asís?

⁸⁹ De las *Notas* de Mons. CONVERT, cuaderno II, núm. 16.



El Cura de Ars no quería que le hicieran fotos ni que se difundiera su imagen- W .
cultor Cabuchet consiguió con grandes dificultades modelar en cera un busto del ^
Santo, mientras asistía a los catecismos, ocultando sus manos con su sombrero.
pues esculpió esta conocida imagen, en la que el Cura está en actitud de adorar
Sagrada Eucaristía.

XXV. EN LA CUMBRE DE LA SANTIDAD:
III. LAS VIRTUDES HEROICAS: PACIENCIA Y MORTIFICACIÓN

Paciencia.—La virtud «más admirable» del Cura de Ars.—Bajo el insulto.—En medio de las importunidades de la muchedumbre.—El Cura de Ars y el Rdo. Raymond.—La paciencia en las enfermedades corporales.—Mortificación.—«Más admirable que imitable».—El instrumento de penitencia más duro: el confesionario del Santo.—La inmolación de todo el hombre.—Las disciplinas, el cinturón de hierro, el cilicio.— Los ayunos del Cura de Ars.—Su manera de tratar a los huéspedes.—Homenaje de un cartujo.

El amor a la pobreza y a los pobres tenía sus raíces en el mismo temperamento del Cura de Ars, pues era de un natural bueno. Pero hay otra virtud, la paciencia, con la ¡ai no parece hubiese nacido. Si no hubiese adquirido esta virtud a fuerza de heroicos y perseverantes actos, hubiera sido brusco y violento. Y, sin embargo, llegó en este punto hasta tal grado de dominio, «que la dulzura de su carácter obligaba a creer que carecía de pasiones y que era incapaz de irritarse»¹. Las personas, empero, que le trataban de cerca y a menudo, se daban cuenta en seguida de que tenía «la imaginación viva y el carácter fuerte»².

Decía desde el pulpito: «Hijos míos, os quejáis de no poder practicar la paciencia. ¡Dios mío!, todo el mundo está bien despachado de viveza»³.

¹ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 859.

² Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 219.

³ J.-B. MANDY, *Proceso del Ordinario*, p. 604.

«Señor Cura, le preguntaba el Rdo. Raymond, ¿cómo puede estar usted tan sosegado con la impetuosidad de su carácter?

—¡Ah, amigo mío!, la virtud requiere esfuerzo, continua violencia y, sobre todo, auxilio de lo alto»⁴.

Tuvo, en efecto, que sufrir y trabajar mucho para adquirir la paciencia que admirábamos en él; «por esta causa, dice el conde des Garets, ésta fue la virtud que más me admiró y más me impresionó. No creo que sea posible practicarla en grado superior... Siempre le vi igual a sí mismo, agradable con todos, fuesen cuales fuesen las maneras usadas con él»⁵.

Creo, añade el Hermano Atanasio, que si la virtud no le hubiese dominado, hubiera fácilmente montado en cólera. Por lo mismo, se veía obligado, para contenerse, a violentarse con gran energía. En algunas ocasiones, cuando personas fastidiosas le importunaban, retorció el pañuelito que acostumbraba llevar en la mano, y yo echaba de ver qué esfuerzo se imponía para dominar la impaciencia. Por lo demás, era menester ser muy familiar suyo para darse cuenta de estas cosas⁶.

«Sentía muy vivamente»⁷; experimentó antipatías involuntarias que cubrió con el velo de la caridad. «Estábamos convencidos, dice Marta Miard, de que tenía que violentarse en presencia de ciertas personas, pero nunca lo dio a entender»⁸. Lo único que se notaba en él, cuando alguna tempestad agitaba su alma, era cierta alteración en la mirada, «una especie de relámpago que brillaba en sus ojos»⁹. En este estado le vimos, por unos segundos, el día que fue nombrado canónigo, cuando el Hermano Jerónimo le rogó que se sentara en su cátedra con la muceta¹⁰.

De su paciencia el Cura de Ars dio pruebas estupendas.

Un día, cuenta el maestro Juan Pertinand, sorprendimos, sin saberlo el Rdo. Vianney, a un niño de la parroquia cuando intenta-

⁴ *Vida* manuscrita, p. 178.

⁵ Conde DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 969 y 975.

⁶ *Proceso del Ordinario*, p. 848.

⁷ Conde DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 957.

⁸ *Proceso apostólico continuativo*, p. 851.

⁹ Camilo MONNIN, *Proceso apostólico continuativo*, p. 260.

¹⁰ Rdo. DUBOUIS, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 901.

ba apoderarse de las limosnas de las misas. El alcalde fue conmigo a avisar a sus padres. La madre del ladrón en ciernes, pensando que era el señor Cura quien había denunciado al culpable, fue al día siguiente a la sacristía y le reprochó duramente 'Estaba yo de pie junto a la puerta, en la iglesia, oyendo aquella lluvia Je improperios. «Tiene usted razón, se contentaba con responder el bueno del señor cura párroco, ruegue para que me convierta.

Oí decir, refiere Catalina Lassagne en su *Petit mémoire*, que, al principio de estar en la parroquia, fue a su casa un hombre y le llenó de insultos. El escuchó sin hablar palabra; después, por desgracia, quiso acompañarle y darle un abrazo antes de despedirle... El sacrificio le causó tan viva impresión que a duras penas pudo subir a su cuarto y tuvo que echarse en la cama. En uⁿ momento se llenó de ronchas...

Vámosle varias veces, cuando alguien le hablab^a con dureza, conservarla calma, pero su cuerpo era en seguida presa ele cierto temblor. «Cuando se ha vencido una pasión, decía, hay que dejar que los miembros tiemblen»¹².

Una vez, cuenta Juana-María Chanay, ocurrió algo^{en} la *Providencia* que le contrarió fuertemente. «Si no fuese porque quiero convertirme, nos dijo, me enfadaría de veras.» Y al pronunciar estas palabras, conservaba toda su serenidad^u.

Recuerdo, cuenta Andrés Treve, pero no puedo precisar la época ni el lugar, que un día le dieron un bofetón y *que* dijo por toda respuesta: «¡Amigo, la otra mejilla tendrá celos!»¹⁴.

Esta admirable paciencia se manifestó de uⁿ modo especial entre la multitud. En efecto, era allí donde encontraba ocasión siempre nueva de perpetuo renunciamento. Los que querían acercársele tenían ansia de verle y los que ya le habían visto querían verle otra vez. De aquí «que en torno a su persona, ha dicho el canónigo Gardette, se formaban como unas corrientes que lo agitaban en todos sentidos. Casi estrujado, parecía siempre un ángel de caridad y de dulzura. En sus facciones se leía cansancio, pefo nunca las impresiones de la baja naturaleza. Y, sin embargo, a causa precisamente de su temperamento tan enérgica y sensible a la vez, sintió vivamente las contrariedades. Conocía lo fu-

¹¹ *Proceso del Ordinario*, p. 383.

¹² *Petit mémoire*, segunda redacción, p. 46.

¹³ *Proceso del Ordinario*, p. 701.

¹⁴ *Proceso apostólico continuativo*, p. 816.

gaz del tiempo y las miserias reales de tantas almas, y tal persona le entretenía con sus eternas repeticiones; tal otra le contaba cosas insignificantes... Pero con todos se mostraba tan caritativo y paciente que se retiraban llenos de contento»¹⁵.

Acontecía alguna vez, cuando más de cincuenta personas rodeaban su confesionario, que le llamaban a la sacristía. El Santo se dirigía allí y «escuchaba sin señales de contrariedad, a pesar de que le habían distraído de sus ocupaciones para decirle nonadas»¹⁶. Se le vio, mientras mayor era el número de penitentes, salir tres veces del confesionario para dar la comunión a tres personas diferentes que hubieran podido muy bien presentarse juntas; y esto sin queja, sin murmuración, sin advertencia alguna. Pareció esto tan duro a un testigo de esta escena, que salió de la iglesia fuera de sí, dispuesto a estallar y diciendo a cuantos querían escucharle: «Estoy encolerizado por causa del señor Cura que no se enfada nunca»¹⁷. «Decíale yo, cuenta el reverendo Toccanier, al verle siempre tan sosegado: ¡Pero señor Cura, si los ángeles puestos en su lugar se enfadarían!... Me veré obligado a hacerlo por usted»¹⁸.

Un día de 1854, al salir del catecismo, mientras iba de la iglesia a la casa parroquial, hubo de soportar tales importunidades (unos querían cortarle trozos de sobrepelliz, otros arrancarle cabellos), que algunas personas, llenas de indignación, le dijeron: «Señor Cura, tendría usted que mandar a todos éstos a paseo... En su lugar, me enfadaría hasta enrojecer..., etc. —Ah, Dios mío, respondió el Santo, hace treinta y seis años que estoy en Ars y todavía no me he enfadado; soy ya demasiado viejo para empezar»¹⁹.

Me puse a observarle muy de cerca, refiere el canónigo Tailha-des, para ver si podía sorprender en él algún movimiento de impaciencia, pero jamás lo conseguí... En medio de las más enojosas importunidades, lo encontré siempre dulce, siempre risueño,

¹⁵ Canónigo GARDETTE, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 932.

¹⁶ Conde DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 973.

¹⁷ Artículos del *Postulador*, *Proceso del Ordinario*, p. 221.

¹⁸ *Proceso del Ordinario*, p. 102.

¹⁹ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 848.

siempre inalterable. Al hacérselo notar, me contestó: «¿Qué ganaría con enfadarme? ¡Oh, hace muy bien el sacerdote que se ofrece a Dios en sacrificio todas las mañanas!»²⁰.

Muchos sacerdotes se admiraron profundamente ante el espectáculo de esta paciencia. El Rdo. Gerin, párroco de la catedral de Grenoble, a quien el Cura de Ars llamaba «su primo», pasó horas enteras contemplándole dulce y paciente mientras se hallaba oprimido y agobiado por la multitud²¹.

Lo más difícil, para una virtud como la paciencia, es mantenerse igual y perfecta, no ya en medio de las multitudes, sino entre aquellas personas cuyo contacto cotidiano es irritante y molesto. Pues bien, nuestro Santo tuvo que sufrir durante ocho años (de 1845 a 1853) el modo de ser de un sacerdote a quien la ingenua y sutil Catalina Lassagne consideraba como «enviado de Dios para ejercitar la paciencia de su buen siervo»²². Nombrado auxiliar del párroco Vianney, «se consideró muy pronto como su tutor»²³. Y, sin embargo, «era un buen sacerdote, consagrado del todo a sus obligaciones»²⁴. Hacía lo menos veinte años que el Cura de Ars le pagaba la pensión en el seminario. Pero el Rdo. Raymond «carecía de cierto tacto y de criterio justo»²⁵. Esto se echó de ver en seguida, desde que fue enviado al lado del Cura de Ars. Se instaló con toda frescura en el cuarto del señor párroco, mientras el santo varón se conformaba con ocupar una habitación sombría y húmeda en la planta baja. Habiendo advertido algunos feligreses «que daría, lugar a escándalo el que el bueno del señor Cura se viese obligado a salirse de su tren de vida ordinario»²⁶, recuperó su cuarto y el Rdo. Raymond se marchó de huésped a una casa particular del pueblo. El recién llegado, a quien el párroco Vianney había pe-

²⁰ Juan PERTINAND, *Proceso del Ordinario*, p. 378.— El señor Guerin murió en olor de santidad el 13 de febrero de 1863. Todavía hoy le llaman en Grenoble «el cura santo».

²¹ *Proceso de! Ordinario*, p. 1510.

²² Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 69.

²³ Conde DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 972.

²⁴ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 69.

²⁵ Conde DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 972.

dido por auxiliar, no soñaba sino en suplantarle, en encargarse de la dirección de las peregrinaciones y llegar a ser a su vez *Cura de Ars*²⁷. No había considerado que la salida del Santo reduciría al pueblo a la oscuridad de antes de 1818. Brusco, terco en sus decisiones, alardeando de agudo y de elocuente, trató al que había sido su bienhechor, y era su superior jerárquico, «con dureza, sin ninguna atención, sin el miramiento debido a sus años y a su santidad»²⁸. Puede decirse en descargo del Rdo. Raymond, que no se daba cuenta de lo que le hacía sufrir²⁹. Se permite bastantes veces regañar al siervo de Dios, reprochándole que no le contaba las cosas y que no organizaba a su conveniencia la peregrinación de gentes. «Llegó al extremo de contradecirle públicamente desde el pulpito»³⁰.

Se concibe fácilmente que tal proceder había de ser muy penoso para el alma sensible y delicada del Cura de Ars. «Los primeros días, refiere Catalina Lassagne, al ver a su coadjutor tan joven, a cuya instrucción tanto había contribuido, intentó ofrecer resistencia ante un temperamento tan opuesto al suyo; pero vio que con ello le irritaba más, y tenerle informado de todo, consultándole en muchas ocasiones, y acomodándose en lo posible a su voluntad»³¹. Más aún, ¡milagro de la gracia y de la virtud a la vez!, el Cura de Ars acabó por querer entrañablemente a su vica-

²⁶ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, segunda redacción, p. 47.

²⁷ Rdo. BLAU, *Proceso del Ordinario*, p. 1206.— Esta pretensión del Rdo. Raymond al curato de Ars no era ningún misterio para nadie, y el mismo Santo sabía muy bien a qué atenerse. Al recorrer los registros parroquiales de Ars se podría creer que aquello era ya cosa hecha; pues el Rdo. Raymond se hacía a sí mismo la ilusión de esos poderes. Véase, si no: De septiembre de 1845 a septiembre de 1858, el reverendo Raymond registra todas las actas de su ministerio como *cura suscrito* y firma: *Raymond, cura*; con la circunstancia agravante, en 1846 y 1847, de escribir que bautiza en la iglesia parroquial de Ars, como *cura de dicha parroquia*. (De 1848 a 1853, esta firma no aparece más que una vez). Durante los cinco últimos años, se contenta con insertar invariablemente en el cuerpo del acta: *cura suscrito*, y de firmar: *Raymond, cura*. El Rdo. Toccanier, en cambio, que sustituirá al Rdo. Raymond en 1853, se intitulará más destamente *cura auxiliar o vicario*. Lo que nunca hizo el Rdo. Raymond... ¿Fue acaso debido a que el Santo Cura hubiere abdicado en sus manos? No. El Cura de Ars confirió personalmente un bautismo en 15 de agosto de 1847 y otro en 12 de septiembre de 1848. En las partidas, escribe *cura de dicha parroquia de Ars* y firma: *Juan María Vianney, Cura de Ars*.

²⁸ Baronesa DE BELVEY, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 213.

²⁹ Canónigo SEIGNERMARTIN, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 642.

³⁰ Rdo. BLAU, *Proceso del Ordinario*, p. 1.207.

³¹ *Petit mémoire*, segunda redacción, p. 47.

rio. «Una pena tengo y es el no haberme aprovechado lo bastante de sus ejemplos; pero cuento con el paternal y tierno afecto que me manifestó»³². Así hablaba años después el Rdo. Raymond.

El Cura de Ars no podía sufrir que censurasen a su auxiliar, y le defendía en toda ocasión. «Los feligreses se daban cuenta a veces del proceder del reverendo Raymond, y tomaban la defensa de su cura. Este, por el contrario, siempre hablaba bien del otro y añadía: Si le molestáis, nos marcharemos los dos»³³. Al reverendo Dubouis, enviado a propósito por Monseñor Devie, para enterarse de la conducta del reverendo Raymond, decía el Cura de Ars: «¡Oh, déjele usted conmigo; me dice las verdades!»³⁴. «¡Cuánto tengo que agradecerle!, decía confidencialmente a sus íntimos; sin él me hubiera costado trabajo saber que amo un poco a Dios»³⁵. «Usted no me dice nada, había de decir más tarde al bueno y conciliador señor Camelet, Superior de los misioneros; usted no me reprende... Sin esto no me hallo tan bien como antes»³⁶. El 24 de octubre de 1848, escribiendo a Mons. Camelet para invitarle a bendecir la capilla de la *Providencia*, aprovechaba la ocasión para hacer la apología de su coadjutor:

Nada he de decir acerca del Rdo. Raymond, sino que es un sacerdote que merece un buen lugar en su corazón, por todas las bondades que tiene conmigo. No crea a las malas lenguas que son *refinada malicia*.

Pero ¿no era demasiado que un miembro del clero de Ars diese materia a críticas fundadas? Varias personas piadosas hicieron ver al Cura de Ars que aquello colmaba la medida³⁷. El Santo rogó al Hermano Atanasio que escribiese en su nombre a Mons. Devie. «El mismo redactó la mi-

³² *Proceso del Ordinario*, p. 340 (sesión de 24 de enero de 1863).

³³ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 486.

³⁴ Rdo. DUBOUIS, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 901.

³⁵ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 511.

³⁶ Canónigo CAMELET, *Proceso del Ordinario*, p. 1374.

³⁷ Hubiera complacido a los feligreses de Ars que el Cura de Ars se hubiese mostrado más severo con el Rdo. Raymond. «Me pareció al principio, confiesa el Hermano Jerónimo, que el Cura de Ars había dejado demasiado a sus anchas a su coadjutor. Pero examinadas bien las cosas, vi que era por caridad, por prudencia y por humildad que obraba de esta manera.» (*Proceso del Ordinario*, p. 566).

ñuta, dice el abnegado secretario, y tuvo cuidado en hacer valer los títulos que hacían al Rdo. Raymond merecedor de un buen cargo. Estábamos en Semana Santa. Llevé el borrador de la carta al siervo de Dios, cuando pasaba por detrás del altar. Lo leyó, se recogió un instante y lo rasgó en cuatro pedazos. He pensado, me dijo, que Dios Nuestro Señor llevó su cruz durante estos santos días y que yo puedo muy bien hacer como Él»³⁵.

Algo más tarde, consintió en que el alcalde, señor des Garets, hablase del vicario a Mons. Devie. La entrevista tuvo lugar en Bourg. Pero, entretanto, el Cura de Ars mudó de parecer. Cuando el alcalde habló del asunto con el prelado, éste le mostró una carta que acababa de recibir, en la cual el Santo le rogaba que le dejase todavía un poco «a su querido Rdo. Raymond»³⁹.

Gracias a Dios, el imposible coadjutor tomó la iniciativa de solicitar otro cargo: al fin, se había convencido de que nunca llegaría a suplantar a aquel sacerdote aclamado por las multitudes. Mons. Chalandon, como ya hemos visto, le nombró cura de Polliat. Hasta el fin, le trató el Cura de Ars con una delicadeza extremada. «Después de mi partida, dice el mismo reverendo Raymond, me escribía: Me ha sido usted tan útil, me ha prestado tantos servicios, que ha encadenado mi corazón». «Tuve la dicha de verle ocho días antes de su muerte... Jamás olvidaré con qué bondad me recibió, con qué generosidad me regaló una capa. En cuanto me enteré de su gravedad, corrí hacia Ars, donde tuve el consuelo de abrazarle por última vez»⁴⁰. El mismo día de las exequias, los misioneros rogaron al Rdo. Raymond que consignase sus propios recuerdos. En efecto, comenzó a escribir una *Vida del Cura de Ars*, pero no la acabó. Los fragmentos manuscritos que se conservan, así como sus declaraciones en el Proceso de canonización, no respiran sino admiración y simpatía.

³⁵ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 216.

³⁹ Conde DES GARETS, *Proceso apostólico ne preeft*, p. 385.

⁴⁰ Rdo. RAYMOND, *id.*, p. 540; *Proceso del Ordinario*, p. 338.— El Rdo. Raymond ignoró siempre que el Cura de Ars hubiese procurado para él un cambio de ocupación. Cuatro años después de la muerte del Cura de Ars, el 20 de enero de 1863, comentando «el intento de fuga» de 1853, dijo muy convencido: «Creo que se perturbó a

Los sufrimientos del cuerpo no encontraron al Cura de Ars menos paciente que los del espíritu. Fue probado por las enfermedades y por *algunas* dolencias. ¿Nos *será* permitido dar a conocer, de conformidad con el testimonio de sus íntimos, algunas de estas miserias?

Tenía debajo del brazo izquierdo «una llaguita». Algunas veces los peregrinos le rodeaban y estrujaban de manera que le hacían sufrir horriblemente. Alguna vez se le escapó decirles: «¡Con más cuidado... me hacéis daño!», pero sin manifestar ningún enfado⁴¹.

Por espacio de unos quince años, dice el Rdo. Raymond, estuvo aquejado de un reuma que contrajo durmiendo en una habitación húmeda y fría de la casa parroquial, y ello le ocasionaba violentos dolores de cabeza. «¡Oh, cuánto sufrí!», me decía con frecuencia llevándose la mano a la frente... La falta de ejercicio le ocasionó entorpecimientos en la circulación que obligaron a sangrarle todos los años. Contrajo, predicando, una doble hernia que no cuidó sino muy tarde. No sabía la gente explicarse por qué, al salir del confesionario, se quedaba como encorvado. Tuvo que intervenir un médico, y entonces nos enteramos de la causa de sus sufrimientos»⁴².

«Nunca se sentaba en las visitas, dice el señor Camilo Monnin. Sin duda que era por deferencia a las personas que recibía, pero también a causa de las hernias que sufría y que había contraído permaneciendo tantas horas sentado en el confesionario»⁴³.

Padeció horribles dolores de muelas. «Me pidió, dice el maestro Juan Pertinand, que le arrancase algunas con las tenazas...»⁴⁴.

Por lo demás, aun en el tiempo en que su pobre *cadáver*, como él le llamaba, sentía los más vivos dolores, su espíritu permanecía siempre libre; nada en su conversación ni en su humor reflejaba el interno sufrimiento. «Un día, dice el señor des Garets, en que fue a nuestra casa para bendecir unas edificaciones, sufría espantosamente. Le pregunté si

la llegada del misionero (Rdo. Toccanier). Este había de reemplazarme, y el señor Cura me tenía en gran estima.» (*Proceso del Ordinario*, p. 912).

⁴¹ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 912.

⁴² *Proceso del Ordinario*, p. 318.

⁴³ *Proceso apostólico continuativo*, p. 265.

quería tomar algo. «¡Ah, señor, respondió sonriendo, sería cosa muy enojosa si siempre que uno sufre hubiese de tomar algo!» Más de una vez, después de la oración de la tarde, se le vio, como vencido por el dolor, ocultarse y desaparecer en el pulpito; pero en seguida se levantaba con energía, y predicaba con el mismo fuego, como si nada sintiese»⁴⁵.

* * *

La paciencia de San Juan-María Vianney se nos manifiesta como un maravilloso ejemplo.

Pero en cuanto a su mortificación, ¿no hemos de reconocer que fue más admirable que imitable? Efectivamente, el atleta del Señor llegó «hasta los últimos límites de las fuerzas humanas, si no los sobrepasó»⁴⁶.

«El Rdo. Vianney, dice el conde des Garets, es un hombre que ha muerto enteramente en sí mismo al viejo Adán, y que no ha concedido ninguna satisfacción a la naturaleza»⁴⁷. Y la condesa añade: «Su mortificación fue extremada, constante, universal y abrazó toda su vida... La existencia de un trapense no puede compararse con la suya. No creo que la penitencia cristiana pueda llevarse más lejos. El Cura de Ars ha hecho creíbles las cosas más extraordinarias que se cuentan de los Padres del desierto»⁴⁸. «La prudencia humana, dice el Rdo. Dufour, misionero de Pont-d'Ain, tal vez se maraville de tales maceraciones y las encuentre excesivas; pero el hombre que se había rendido voluntariamente a Dios sentía la inspiración y la asistencia divinas»⁴⁹. «En el camino de la penitencia, sólo cuesta el primer paso»⁵⁰, decía el mismo Santo. Pero acaso, para darlo y llegar a la cumbre de una virtud tan difícil, ¿no es menester el heroísmo ayudado de la gracia?

⁴⁴ *Proceso del Ordinario*, p. 377.

⁴⁵ *Proceso del Ordinario*, p. 904.

⁴⁶ Mons. RUMEAU, obispo de Angers, *Panégyrique du Curé d'Ars*, Angers, Germanin-Grassin, 1905, p. 8.

⁴⁷ *Proceso del Ordinario*, p. 912.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 977.

⁴⁹ *Proceso apostólico in genere*, p. 347.

En la antigua casa parroquial de Ars se conservan, como trofeos de victoria, las disciplinas y el cilicio del Cura de Ars. Mas su principal instrumento de penitencia no está allí; lo han dejado en la iglesia; es el *confesionario*.

Puede decirse que el siervo de Dios se crucificó allí libremente. Fue «un mártir de la confesión», según frase de un testigo de su vida⁵¹. Hubiera podido huir de los pecadores, retirarse al claustro o al desierto; pero por amor a las almas, se quedó en su puesto. El que pasó la juventud en medio de los campos, respirando el puro aire de las colinas de su tierra natal, en los días en que el tiempo bonancible convida a pasear, permanecía clavado en aquel asiento, prisionero de los pecadores. Corazón delicado y sensible, amigo de las bellezas naturales, había recorrido en otros tiempos el risueño valle del Fontblin donde susurran los álamos; no le separaban de él sino las paredes de la iglesia y algunas casas de la aldea; sin embargo, durante treinta años, se privará voluntariamente del encanto, de la frescura y de la tranquilidad de aquellas alamedas.

«Algunas horas de confesionario bastan para quebrantar al sacerdote más robusto; se sale de él con los miembros entumecidos, la cabeza congestionada, impotente para fijar la atención; se pierde el sueño y el apetito y a quien quisiera renovar todos los días tan largas sesiones, su energía le haría traición»⁵². Pues bien, como dice la condesa des Garets, el Cura de Ars «se tomó un trabajo que hubiera extenuado a seis confesores»⁵³. «He aquí, dice el Rdo. Raymond, que le vio cuando ejercía este ministerio, he aquí lo que siempre me pareció milagroso y superior a las fuerzas humanas: que un sacerdote, tan achacoso y tan austero, pudiese pasar en cierta manera la vida en el confesionario. Reconozco que mi salud es excelente; sin embargo, me hubiera sido imposible soportar este género de vida durante una semana, y lo mismo he oído decir a sacerdotes habituados a confesar en las peregrinaciones»⁵⁴.

⁵⁰ MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1152.

⁵¹ Rdo. RAYMOND, *Vida* manuscrita, p. 174.

⁵² Mons. CONVERT, *Le Curé d'Ars et les dons du Saint-Sprit*, op. cit., pág. 351.

⁵³ Marta DES GARTES, *Proceso apostólico in genere*, p. 293.

Sí, fue allí, entre aquellas tablas, en aquel ataúd anticipado, donde más tuvo que sufrir el Cura de Ars. En verano, «estábamos en la iglesia como en una estufa»⁵⁵; «el calor en el confesionario, como él mismo decía, le daba una idea del infierno»⁵⁶. Algunas veces tenía que confesar con una venda apretada en la frente. Hasta tal punto le torturaba la jaqueca, y por esta causa llevaba muy corto el pelo de la parte anterior de la cabeza. En los días de tempestad o de fuerte calor, el aire estaba tan viciado en la estrecha nave del templo, que el heroico confesor sentía náuseas, y no podía evitarlas sino a trueque de respirar un frasco de vinagre o de agua de colonia⁵⁷. Por el contrario, en invierno, en aquella parte de la región de Dombes, sobre todo cuando sopla el cierzo de los Alpes, hiela hasta hendir las piedras. Muchas veces, refiere el Rdo. Dubouis, el siervo de Dios se desmayó en el confesionario a causa del frío y de su debilidad. Le pregunté una vez: «¿Cómo puede usted estar tantas horas así, y en un tiempo tan crudo, sin nada para calentarse los pies?

—¡Ah, amigo mío!, es por una razón muy sencilla: desde Todos los Santos hasta Pascua, no siento que tenga pies»⁵⁸.

El canónigo Alejo Tailhades, de Montpellier, que pasó con él parte del invierno de 1839, refiere que los pies del pobre cura se hallaban tan lastimados que la piel del talón quedaba pegada a las medias cuando se las quitaba por la noche⁵⁹.

Para atenuar un poco la dureza del asiento de su confesionario, intentaron algunas veces poner almohadillas llenas de paja; pero él las rechazó⁶⁰. Hacia el fin de su vida, durante el invierno de 1857 a 1858, fue menester echar mano de ciertas astucias para evitar que estuviera tan i frío: escondían todas las noches debajo del confesionario un bra-

Proceso apostólico ne pereant, p. 559.

Juan-María CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 690.

Catalina LASSAGNE, *id.*, p. 511.

Conde DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 912.

Proceso apostólico ne pereant, p. 900.

Proceso del Ordinario, p.1515.

Juan Bautista MANDY, *Proceso del Ordinario*, P- 605.

serillo que iban renovando durante el día. «Pasó mucho tiempo, sin que se diera cuenta de ello; mas cuando se enteró, dejó que lo hicieran, porque echaba de ver que su salud iba perdiendo de día en día»⁶¹. En la sacristía, donde confesaba a los hombres, hubo de quemar a veces papeles para desentumecerse las manos. El Rdo. Toccanier no pudo conseguir permiso para encender una estufa sino haciéndole observar que los ornamentos se enmohecían en un lugar tan frío y húmedo. Durante mucho tiempo, pasó sin fuego en su cuarto. Los quince últimos años de su vida, en cada noche de invierno, el maestro Pertinand o alguno de los Hermanos procuraban adelantársele, y encendían un buen fuego en su chimenea⁶². Desgraciadamente, refiere el maestro, «una vez llegado a su habitación no podía, a pesar de ello, calentarse y su dueño debía resentirse... Así, al llegar la primavera, se deducía por algunas de sus expresiones, que era para él, como para toda la naturaleza, una época de reviviscencia y de solaz»⁶³.

La asiduidad del Rdo. Vianney al confesionario y los sufrimientos que en él soportaba hubieran bastado para hacerle alcanzar un grado muy elevado de santidad. Pero, buscando las mortificaciones con el mismo afán con que otros buscan los placeres, nunca estaba saciado de penitencia. Se imponía el sacrificio de no oler jamás una flor, de no comer fruta, de no beber gota de agua en días de fuertes calores. Nunca espantó las moscas que se posaban sobre su frente. Arrodillado, permanecía sin apoyo. Se había impuesto la ley de no manifestar disgusto por causa alguna, y de tener ocultas todas las repugnancias de la naturaleza. Dominaba la curiosidad que pudiese sentir por las cosas más legítimas: ni siquiera manifestó deseos de ver un ferrocarril que pasaba a algunos kilómetros de Ars, y que cada día conducía para él gran número de forasteros^M.

Su corazón carecía de mácula, y con todo, por espacio

⁶¹ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 167.

⁶² Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 605.

⁶³ *Proceso del Ordinario*, p. 377.

⁶⁴ Conde DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 986; Rdo. MONNIN, *id.*, p. 1152; Rdo. TOCCANIER, *id.*, p. 169.

de cuarenta años, ayunó y se flageló por los pecadores. Vímosle, al principio de su apostolado, cómo tomaba sangrientas disciplinas para obtener de Dios la conversión de sus feligreses. Cuando vio a éstos convertidos, no dejó, empero, que sus instrumentos de penitencia se oxidasen. Sin embargo, el agotamiento de sus fuerzas le obligó a servirse menos de ellos, y a tratar con menos crueldad a su pobre *cadáver*: tuvo algunas veces que establecer algún intervalo entre sus flagelaciones, y aguardar que las llagas se cerrasen para volverse a azotar. En 1839, gracias a la complicidad de Catalina Lassagne, el Rdo. Tailhades pudo «visitar escrupulosamente su cuarto». «Acabé, dice, por descubrir, escondida debajo de la cortina, en la cabecera de la cama, unas disciplinas de alambre muy fuerte»⁶⁵. El Hermano Atanasio, que hizo después un descubrimiento semejante, declara que «dicha disciplina aparecía visiblemente usada. Alguien se apoderó de ella, pero el Rdo. Vianney no se dio punto de reposo hasta haberse procurado otra». Y añade el Hermano: «Tuve ocasión de ver una que él mismo se había fabricado; estaba hecha de eslabones muy bastos. Cada golpe debía de lastimar la carne»⁶⁶.

Había encargado a varias personas que le comprasen cadenillas sin decirles para qué, aunque de sobra lo adivinaban. María Filliat, profesora de la *Providencia*, al partir un día para Trevoux, se negó a aceptar semejante encargo. Tuvo que recurrir a un pobre joven inocente a medias, que le decía algunas veces: «¡Oh, señor Cura, verdaderamente esto es demasiado!»⁶⁷. Creyendo sin duda que Juan Picard, el veterinario y herrador de Ars, nada sospecharía, encargóle «una cadena de hierro, de cuatro a cinco centímetros de ancho, y lo bastante larga para poder ceñir el cuerpo... Nunca hubiera imaginado, dice el referido herrero, que la destinase a tales usos. Pensé que se trataba del reloj del campanario, entonces en reparación. Pero un día de Pascua, el señor Cura se sintió mal en la iglesia, y ayudé a

⁶⁵ *Proceso del Ordinario*, p. 1515.

⁶⁶ *Proceso apostólico in genere*, p. 222.

⁶⁷ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 912.

trasladarlo a su casa. Al desnudarse para meterle en cama, vi mi cadena alrededor de su cintura»⁶⁸.

Llevaba en cada muñeca un brazalete de hierro erizado de puntas agudas. «Por la rigidez de sus movimientos y por la manera como se meneaba, todo de una pieza, en el pulpito y en el altar, era fácil de ver, dice la señora des Garets, que iba cubierto de cilicios y de otros instrumentos de penitencia»⁶⁹. En una ocasión, su cilicio le produjo una llaga que causó inquietud por el peligro de la gangrena.

Tales mortificaciones no hacían sino debilitarle. ¿Cómo podía sostenerse en pie este sacerdote «que vivía de lo que otro hubiera muerto»?⁷⁰. Después de las «locuras de su juventud», de aquellos ayunos completos de dos o tres días que se imponía al principio, ¿se resignaría, en vista de su debilidad y de su trabajo, a tomar el alimento necesario? Así lo creyeron Catalina Lassagne y sus compañeras, cuando, hacia el año 1827, les dijo que en adelante comería en la *Providencia*. ¡Pura ilusión! Si bien consintió en comer todos los días, fue bien poca cosa. El ayuno, hasta entonces jamás interrumpido, continuó de la misma manera. De ordinario, hacia el mediodía, entraba en la cocina del orfanato, y allí, en un rincón del hogar, le esperaba un cuenco lleno de leche o de sopa. Con frecuencia, ni siquiera llegaba a sorber todo el contenido. Por el contrario, algunas veces comía, además de la sopa, algunos gramos de pan seco. Durante mucho tiempo, no tomó nada por las mañanas. En 1824, estando muy acabado, hubo de obedecer a Mons. De-vie que le mandó tomar desayuno⁷¹. Desde entonces, después de la misa, bebió un poco de leche, pero se privaba de ello los días de ayuno obligatorio⁷². «Durante las Cuaresmas de 1849, 1850 y 1851, dice el Hermano Atanasio, observé que sólo tomaba una comida al día»⁷³. Viósele aceptar algunas veces un poco de postre, o sea, una pequeña por-

⁶⁸ Juan PICARD, *Proceso del Ordinario*, p. 1312; baronesa DE BELVEY, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 226.

⁶⁹ *Proceso del Ordinario*, p. 912.

⁷⁰ Andrés TREVE, *Proceso apostólico continuativo*, p. 819.

⁷¹ Rdo. DUBOUIS, *Proceso del Ordinario*, p. 1254.

⁷² Juan PERTINAND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 863.

⁷³ *Proceso del Ordinario*, p. 849.

ción de dulce; pero se privó totalmente de ello los últimos años de su vida⁷⁴. Hasta su grave enfermedad de 1834, nunca comió nada por la noche⁷⁵.

De 1854 a 1859, por disposición del doctor Saunier, hubo de someterse a ciertos alivios, absolutamente necesarios. «Ahora que me obligan a comer más, decía, no me encuentro tan bien cuando me confieso»⁷⁶. Se acusaba de glotonería. Pero, ¿cuáles eran sus succulentas comidas? Su mismo confesor nos lo decía:

Asistí algunas veces a sus comidas, cuenta el Rdo. Beau. Desde que las Hermanas se encargaron de la *Providencia*, comía en sus habitaciones; sobre una mesa sin manteles, había un plato de loza con algunas legumbres, y algunas veces, si estaba muy fatigado, dos huevos y un poco de carne (no comía carne sin antes haber pedido permiso), un vaso de agua, una botella de vino y un pedazo de pan. En menos de diez minutos, \» comida había terminado. El reverendo Vianney comía de manera que no sintiese el gusto de los alimentos; siempre quedaba en el plato una gran parte de lo que le habían servido; durante la comida no bebía sino un poco de agua teñida en vino, y no comía sino unos pocos bocados de pan... Yo me quedaba admirado al ver tan excesiva sobriedad⁷⁷.

Una libra de pan le duraba toda una semana⁷⁸. «Vi un día en su aposento, refiere el señor Camilo Monnin, un panecillo con aparentes señales de haber sido mordido por un ratón; en realidad era un trocito de pan que el siervo de Dios había tomado para sustentarse durante una gran parte del día»⁷⁹.

Llegó un tiempo, en el que, por encogimiento de estómago, le fue imposible tomar más alimento que el de costumbre. Durante los primeros años, en la comida de las conferencias sacerdotales, de las que se encargaban con gusto los señores del castillo, «tomaba, dice la condesa des Garets, regular alimento»⁸⁰. Pero pronto consiguió que le

74

Hermano JERÓNIMO, *id.*, p. 560.

75

María FILLIAT, *Proceso apostólico ne pereant*, p- 1092.

76

Rdo. DUBOUIS, *Proceso del Ordinario*, p. 1254.

77

Proceso del Ordinario, p. 1208.

78

Hermano JERÓNIMO, *Proceso del Ordinario*, p. 561.

79

Proceso apostólico in genere, p. 258.

80

Proceso del Ordinario, p. 911.

dispensasen de asistir al ágape, y lo consideró como «muy grande favor»⁸¹. Dio por excusa al pedirlo «que le esperaban en el confesionario y que quería contentar a *su gente*»⁸².

La condesa viuda des Garets contaba que, en una comida ofrecida a Mons. Devie por los castellanos de Ars, quiso el prelado tener junto a él «a su querido Cura» y le obligó a comer como los demás invitados. El Cura de Ars se sometió, pero tuvo una terrible indigestión y estuvo a punto de morir. «Su estómago, dice Juan Bautista Mandy, no estaba acostumbrado más que a la abstinencia.» En adelante, Mons. Devie le permitió seguir libremente su régimen ordinario⁸³.

Téngase en cuenta que el Rdo. Vianney nunca impuso este régimen a las personas que recibía en su casa. Sin embargo, al principio, las comidas que les servía en la casa parroquial eran más modestas, y era conveniente que los asistentes, antes de sentarse a su mesa, se procurasen algunas provisiones⁸⁴. Después de la fundación de la *Providencia*, confió a las jóvenes directoras el cuidado de los huéspedes. «Cuando mi nieta quiso casarse, refiere Margarita Vianney, que había llegado a ser abuela, fue a visitar a mi hermano algunos días antes de la boda. Encargó entonces a Catalina que preparara una sencilla comida; él mismo se sentó a la mesa con sus parientes, y, aquel día, saliendo de su habitual austeridad, comió un poco de cada cosa»⁸⁵.

Quando llevábamos leña, trigo u otras provisiones para la *Providencia*, refiere Guillermo Viller, nos recibía y nos trataba muy bien; nos servía la comida y nos llenaba los vasos: insistía mucho en hacernos aceptar sus obsequios. Brindaba gustosamente con nosotros, pero nunca bebía. Jamás pudimos decidirle a ello»⁸⁶.

A partir de 1854, la comida que se celebraba los días de conferencia para sacerdotes se dio en la casa de los misioneros y no en el castillo.

⁸¹ Magdalena MANDY SCIPIOT, *Proceso apostólico in genere*, p. 269.

⁸² Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 14.

⁸³ MONNIN, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 984; J. B. MANDY, *Proceso del Ordinario*, p. 605.

⁸⁴ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 910.

⁸⁵ *Proceso del Ordinario*, p. 1026.

⁸⁶ *Proceso del Ordinario*, p. 642. J. B. MANDY, *Proceso del Ordinario*, p. 606.

Cuando tuvo lugar la última reunión en vida del Cura de Ars, dice el Hermano Atanasio, muchos sacerdotes me dijeron: «Nos han dado una espléndida comida.» Por la tarde, el Rdo. Toccanier manifestó al Cura de Ars, que personalmente había encargado la comida, la satisfacción de los señores curas. «¡Mejor!, respondió el siervo de Dios; es así como hay que portarse siempre; cuando se reciben compañeros, hay que hacerlo dignamente. El señor Balley, en otros tiempos, así lo hacía. En Ecully, cuando estábamos los dos solos, vivíamos de lo que había; todo nos sabía bien; pero si llegaba algún forastero, podía estar seguro de una excelente acogida... ¡Ah! el señor Balley era tan buenos/..»⁸⁷.

Por lo demás, durante aquella comida de la que hablaba con tanto agrado, el Cura de Ars despachó sin duda en cinco minutos la suya sobre la mesita de su habitación...

«Para llegar a grado tan excesivo de sobriedad, hubo de padecer horriblemente.» Así se expresa el conde des Ga-rets, testigo emocionado de una existencia tan absolutamente mortificada⁸⁸.

Y si, para apreciar al Cura de Ars penitente, es menester oír a un *especialista* de la penitencia, he aquí el testimonio de un Padre de la Gran Cartuja: «Nos vemos obligados a reconocer, nosotros solitarios, eremitas, monjes y penitentes de toda especie, que no nos atrevemos a seguir al santo Cura de Ars sino con la mirada de nuestra afectuosa admiración, y que no somos dignos de besar las huellas de sus pasos ni el polvo de sus zapatos»⁸⁹.

⁸⁷ *Proceso del Ordinario*, p. 849.

⁸⁸ *Proceso del Ordinario*, p. 911.

⁸⁹ De una carta dirigida el 15 de septiembre de 1865 al Rdo. Toccanier por el R. t- Mauricio Borel, religioso de la Gran Cartuja (Isere),

XXVI. LAS INTUICIONES Y LAS PREDICCIONES DEL CURA DE ARS

Los ojos de un vidente.—El don sobrenatural de la intuición.—Cómo el Cura de Ars veía y sabía las cosas.—Intuiciones y predicciones diversas: sobre las vocaciones al matrimonio o ala vida religiosa; sobre los acontecimientos futuros, felices o desgraciados.—Hechos de visión a distancia.—Penetración de las conciencias.—El Cura de Ars y el destino de las comunidades y obras religiosas.—¿Profetizó el Cura de Ars grandes acontecimientos?—¿Anunció las persecuciones?—¿La guerra?—Sus predicciones sobre Pío IX, Napoleón III y el Príncipe Imperial.—El porvenir de la Compañía de Jesús y la conversión de Inglaterra.—¿Existe alguna profecía sobre el porvenir de Ars?

El 3 de septiembre de 1856, el conde de Tourdonnet, que tenía su castillo en Corréze, fue a Ars con una de sus criadas enferma de sordera. Aunque no tenía fe, como muchos de su generación, quiso el viajero solicitar del sacerdote taumaturgo la curación de la pobre muchacha. Entró en la iglesia, pero, deseando hablar a solas con el Cura de Ars, hizo señá a María —este era el nombre de la pobre sirvienta— de que se quedase junto a la puerta principal. Después de una larga espera, consiguió ver al siervo de Dios, que a la sazón confesaba en la sacristía. «Señor Cura, le preguntó, ¿podría usted curar a mi criada? —¿Ah, sí, a *María!* Justamente; la *veo* en el coro. —Perdone, señor Cura, pero *está allá junto a la puerta...*»

¿Cuál de los dos se engañaba, el humilde cura rural que feúz a aquella joven en el coro, o el caballero, su dueño, que sabía que estaba en el fondo de la nave?... —En primer lu-

gar, el Rdo. Vianney había designado por su nombre a la pobre sorda sin que el señor de Tourdonnet la hubiese nombrado. Mas ello podía ser una casualidad: ¡hay tantas criadas que se llaman *María!*... Sin más tardar, el conde quiere asegurarse. Se dirige a la pila del agua bendita: *María no está* allí. Sale: *María* no se encuentra entre *los* peregrinos que van y vienen. El señor de Tourdonnet la busca, de nuevo en el fondo y en medio de la nave... ¿Dónde está, pues? Se decide al fin a entrar en el coro, donde, media hora antes, la ha visto el Cura de Ars. Y en efecto, la ve en actitud de orar «detrás del altar mayor, junto a un confesionario y en un sitio donde el reverendo Vianney no la podía ver ni siquiera desde el umbral de la sacristía». El caballero incrédulo se queda estupefacto. Cuenta el hecho a muchas personas de Ars, especialmente al Rvdo. Toccanier, que, mientras el otro habla, transcribe sus palabras.

«Dígame usted, señor conde, pregunta el joven misionero, ¿consentiría usted en suscribir estas líneas?

—¿Por qué no, puesto que es la verdad?

—¿Y cómo explica usted esto?

—No lo entiendo... En todo caso, se ve claro que *el Cura de Ars no tiene los ojos como las demás personas*¹.

Hemos ya oído decir a un buen feligrés de Ars: «Creo absolutamente que *aquel hombre veía alguna cosa*»².

El Rdo. Vianney no suponía ni adivinaba lo que está oculto al común de los hombres; el Cura de Ars *veía*, y esto por una gracia especial de Dios. En algunas personas singularmente bien dotadas, se han podido observar fenómenos de lucidez extraordinaria, de doble visión, de visión a distancia; a estos fenómenos, considerados como naturales, los sabios han dado también explicaciones de orden natural. Aquí hay que remontarse más arriba y hablar de una clarividencia sobrenatural³. El Cura de Ars poseyó aquel

¹Rdo. TOCCANIER, *Proceso de Ordinario*, p. 178; Hermano ATANASIO, *Proceso Apostólico in genere*, p. 188.

²Frase del señor Dremieux.

³No hemos de explicar aquí las diferencias que existen entre la santidad y la simple neurosis, ni refutar a quienes intenten explicar los hechos de intuición propios de los santos por la sugestión o los fenómenos telepáticos. Remitimos al lector al interesante libro de M. Joly *Psicología de los Santos*, cap. III: Los hechos extraordinarios de la vida santa.

don llamado intuición en teología mística. La multitud, que le rodeaba sin cesar, juzgó muy acertadamente cuando supo ver en este hecho asombroso algo sobrenatural y como un sello de santidad.

Oí decir a muchas personas, refiere el P. Faivre, que hizo a Ars frecuentes visitas, que habían consultado al Cura de Ars sobre su vocación, pleitos, dificultades de familia, enfermedades, resoluciones que habían de tomar, y que siempre había contestado con un acierto admirable. Predijo muchos acontecimientos que después sobrevinieron. Conoció de tal manera la conciencia y las disposiciones de alma de gran número de personas, que las dejó profundamente admiradas. La pública creencia que le atribuía dones sobrenaturales era tan firme, que todos sin dudar hacían caso de su palabra»⁴.

Hay que reconocer que en él la intuición no fue continua, y que lo más frecuente era que aconsejase los medios dictados por la prudencia humana. Pero muchas veces también, «antes de que uno hablase palabra, le revelaba ya lo que quería decirle y lo que quería ocultarle»⁵. «Hubo personas venidas a Ars ex profeso para consultarle que, al enterarse de su poder de intuición, no se atrevieron a presentarse a él por iri&tfoae que no descorriese el velo de su alma»⁶.

Muchas veces, los que le trataban de cerca quisieron conocer el secreto de su sobrenatural ciencia. Para desorientar a los curiosos, y sobre todo, por humildad, respondía: «¡Oh! es una idea que ha pasado por mi cabeza»⁷. O bien «Hago como los almanaques: cuando lo acierto, lo adivino»⁸. Un día, una joven saboyana se presentó en su confesionario. Sin que hubiese abierto la boca, inmediatamente el Rdo. Vianney «le habló de sus hermanas y de su inclinación a la vida religiosa». La penitente no podía salir de su pasmo. Habiendo encontrado al Rdo. Toccanier al salir de la iglesia, le manifestó su admiración. «¿Cómo ha po-

⁴ *Proceso del Ordinario*, p. 1496.

⁵ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 821.

⁶ Rdo. CARIER, cura de Mizerieux, *Proceso apostólico ne pereant*, página 1275.

⁷ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 866.

⁸ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 862.

dido usted, sin conocer a esta persona, revelarle tales cosas?», preguntó a nuestro Santo el misionero. —¡Ah! es que he hecho como Caifas: he profetizado sin darme cuenta»⁹.

Pero no siempre podía tomarlo a broma. Alguna pregunta brusca del interlocutor le impedía a veces reflexionar a tiempo, y entonces se descubría sin quererlo. En cierta ocasión, dice el Rdo. Toccanier, hícele a quemarropa esta pregunta: «Señor Cura, ¿cuando se ve algo sobrenaturalmente, debe de ser sin duda como un recuerdo? — Sí, amigo mío, me respondió. Así, por ejemplo, una vez dije a una mujer: «¿Es usted quien ha abandonado a su marido en el hospital, y se niega a volver a juntarse con él? —¿Cómo sabe usted esto?, replicó, ¡yo no he hablado con nadie!» Me sentí más sorprendido que ella: pensaba que antes me lo había contado»¹⁰.

Asimismo, aconteció algunas veces en el confesionario, que no sólo hizo uso el Cura de Ars de sus luces sobrenaturales, sino que dio la razón de las mismas.

Una criadita, colocada en casa de la familia Cinier, que ' vivía delante de la iglesia, iba a empezar la confesión. Tenía ya en los labios una acusación grave, pero se calló y la dejó para después. «¿Y aquello?, le dijo el Santo —y precisó lo que quería ocultar—, no lo dices, y lo has cometido.» Estupefacta ante tal revelación, la penitente pensó: ¿Y cómo lo sabe? Y el Santo, respondiendo a esta idea, que por otra parte la muchacha no manifestó, le dijo: «Tu ángel de la guarda me lo ha contado»¹¹.

Más de una vez, las intuiciones proféticas del Cura de Ars parecían chocar con las más elementales reglas de la prudencia humana, y contradecir el parecer de otras personas reputadas de muy juiciosas. «Creo que el bueno del señor Cura *chochea*», decía riendo a su madre una joven de Lión, a quien acababa de anunciar que sería superiora de una casa de beneficencia. Los hechos demostraron que el varón de Dios había visto claro en el porvenir...¹². «En últi-

⁹ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 145.

¹⁰ *Ibid.*, p. 330.

¹¹ Documentos BALL. (Archivos de la casa parroquial de Ars.)¹² *Ármales d'Ars, mayo de 1911*, p. 380.

mo término, se sentía uno obligado a rendir homenaje a su visión segura y a exclamar: Sí, hay en él un Dios escondido que lo ilumina»¹³.

* * *

Para referir todos los casos de intuición atribuidos al Cura de Ars sería menester un libro. Fuerza será, pues, escoger algunas espigas de tan gruesa gavilla¹⁴.

La cuestión del porvenir es, principalmente para la juventud, una preocupación, y, con frecuencia, un verdadero tormento. Así fue que en cuanto el reverendo Vianney adquirió fama de hombre que leía en los corazones y ante quien parecían descorrerse los velos de lo futuro, viéronse afluir a Ars innumerables almas ansiosas de conocer su destino.

La señorita Rosalía Berlioux, de Saint-Etienne, que había de llegar a ser Asistente general de las Religiosas Maristas de Belley con el nombre de Madre María San Atanasio, tenía una hermana menor «muy inclinada al mundo», y temía por su porvenir. Había entrado en el noviciado de Belley, y salió por falta, según aseguraron, de vocación. Proyectó entonces casarse. Empero, quiso saber antes el parecer del *Santo de Ars*. «¿Quiere usted casarse?, le dijo el siervo de Dios. Cree usted que sólo encontrará rosas; pues no encontrará sino espinas.» Se marchó decepcionada. Nuevo viaje a Ars, y esta vez escucha este consejo imprevisto: «Entre usted en las Hermanas de Santa Clara.» «¿Te ha dicho que te recibirían?», objetó la madre al regresar su hija. Tercer viaje a Ars y sale de allí con esta segura respuesta: «Sí, hija mía, será usted recibida en el convento de Santa Clara, perseverará, morirá en él y se irá al cielo.» La señorita Berlioux entró en el convento que le dijo el Santo, vivió austeramente veinticuatro años y acabó sus días «edifican-

¹³

¹⁴

Mons. CONVERT, *Le curé d'Ars et les dons du Saint Esprit*, op. cit., p. 314. Todos los hechos que vamos a narrar tienen un serio carácter de autenticidad y fueron recogidos con motivo del Proceso de canonización o después (si cortamos o suprimimos alguno es por expresa voluntad de los declarantes). Estos diversos testimonios fueron comprobados por los informadores de la Causa, y los documentos se han conservado en el santuario de Ars, donde hemos podido consultarlos con toda libertad.

do a la comunidad». «¡Qué muerte más envidiable!», exclamaba la madre Piora¹⁵.

Un día de 1855, la señorita Bossan, hermana del arquitecto de Fourvière, decía confidencialmente al Cura de Ars: «Padre mío, me casaré pronto; tenga la bondad de bendecirme.» Y, en lugar de bendecirla, el Santo se echó a llorar. «¡Oh, hija mía!, qué desgraciada será usted. —Mas entonces, ¿qué hacer, padre mío? — Entre en la Visitación... Entre, hija mía, y dése prisa; no llegará a los cincuenta años para tejer su corona.» La señorita Bossan, con el nombre de Sor María Amada, murió, siendo maestra de novicias de la Visitación de Fourvière, el 13 de agosto de 1880. Había cumplido los cuarenta y nueve años el día 8 de julio¹⁶.

La señorita Edwige Moizin, de Bourg, parecía tener marcada vocación para la vida del claustro. Pero su familia se oponía tenazmente. Al comenzar el año, la pobre joven fue a confiar su tristeza al Cura de Ars. «Consuélese usted, le dijo el Santo, pues todas sus penas desaparecerán en un año.» En efecto, antes de terminar el año, había muerto¹⁷.

La señorita Bernard, de Fareins, quería hacerse religiosa. «No, no es usted quien lo será, sino su hermana casada.» Efectivamente, esta señora enviudó poco después, se hastió del mundo, y tomó el velo de las Ursulinas de Villefranche, donde murió. En cuanto a la señorita Bernard, se quedó con sus padres, cayó gravemente enferma, y mandó llamar al Cura de Ars. Acudió éste. «¿Me moriré?, preguntóle (Era el mes de junio.) —No tan de prisa, hija mía; llegará hasta la Asunción.» Y murió en este día¹⁸.

Augusto Faure, profesor en un colegio de Saint-Etienne, deseaba hacerse jesuíta. «No, querido amigo, no, le respondió el Cura de Ars; quédese donde está: ¡es tan corta la vida!» Poco antes de un año, el señor Faure contrajo una afección de pecho mientras preparaba abnegadamente a los soldados para el cumplimiento pascual. Murió a los

¹⁵ Madre MARIA-SAN-ATANASIO, *Proceso apostólico continuativo*, página 875.

¹⁶ Archivos de la casa parroquial de Ars.

¹⁷ Baronesa de BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 258.

¹⁸ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 786.

veintisiete años, con el *Magnificat* en los labios. En Saint-Etienne le veneraban como a un santo¹⁹.

La señorita Luisa Lebón, lionesa del barrio de Four-viére, salió en 1848 del pensionado de las Damas benedictinas de Pradines. Salía del convento como alumna, y soñaba en volver a él como religiosa. La Madre Abadesa se negó a recibirla en el noviciado. Entretanto, sus amigas la llevaron a Ars. Desesperada de no poder hablar con el santo Cura con el confesionario, Luisa escribió una carta de cuatro páginas en la que exponía sus deseos tal como lo hubiera querido hacer de viva voz. Tuvo la gran dicha de poner la carta en manos del Rvdo. Vianney, cuando éste, hacia el mediodía, regresaba a la casa parroquial.

Por la tarde, la joven se encontraba en la iglesia perdida en medio del gran concurso. El Cura de Ars se esfuerza para poder atravesar la nave y llegar al confesionario de la sacristía. De repente, se detiene, se vuelve, fija en Luisa Lebón su mirada penetrante, y le hace seña de que le siga. Un minuto después, se arrodillaba, temblorosa, a los pies del hombre de Dios. «¿Eres tú quien me ha escrito? —Sí, padre mío—. Pues bien, no tengas pena, pronto irás a tu convento. Dentro de algunos días, la Madre te escribirá que te admite.»

Conviene hacer notar que la señorita Lebón acababa de recibir una nueva y rotunda negativa de la Abadesa. Y he aquí que diez días después de su entrevista con el Cura de Ars, tuvo la alegre sorpresa de leer este simple billete enviado del convento de Pradines: «Mi querida Luisa, es la perseverancia en tus deseos lo que me obliga a decirte un *gran sí*. Ven cuando gustes.» El 2 de julio de 1849, la entrada de la señorita Lebón en las benedictinas era cosa hecha²⁰.

Una joven novicia, Sor María Jesús, a quien, a causa de su poca edad, habían diferido los votos hasta pasados tres años, estaba desolada. Permitiéronle ir a Ars, donde hizo una confesión general. «¡Oh, hija mía, qué feliz eres!, le dijo

¹⁹ Documentos BALL.

²⁰ Según relato de la señorita Lebón, después Madre Santa Beatriz, benedictina de Pradines, al canónigo Ball, en 1881.

el Santo, cuando ella hubo terminado. —Es verdad, padre, soy feliz a pesar de todo, pero ofendí mucho a Dios antes de entrar en la religión. —Hija mía, en el mundo hubieras cometido tantos pecados que te hubieran perdido. Sé fiel a tu vocación.» Quiso verla otra vez antes de que se marchase. «¡Oh, hermanita mía!, le dijo, tu alma es blanca, muy blanca... Ahora vete a hacer la profesión. —Padre mío, sabe usted ya que me encuentran demasiado joven... —Todo está arreglado, hija; tu cruz está hecha. ¡Vete!»

En el momento en que Sor María de Jesús franqueaba la puerta del Hospicio de Lión, donde por encargo de su Superiora había de hacer una visita, el conserje le entregó un paquete: «Es para usted, hermana. —¿Puedo abrirlo? —Sin duda.» Y Sor María de Jesús descubrió con profunda emoción una cruz, en cuyo reverso aparecía grabado su nombre y una fecha: era el crucifijo de su profesión. La Superiora, movida no se sabe por qué razón, había cambiado repentinamente de parecer y decidió admitir a los primeros votos a la novicia condenada de antemano a tres años de espera. Y a esta joven, el Cura de Ars acababa de decir: «*Tu cruz e§-tá hecha. ¡Vete!*»²¹.

«Sí, hija, usted será Hermanita de los Pobres, dijo el Rdo. Vianney a la señorita Ernestina Durand, joven lionesa de dieciocho años; sí, sí, lo será usted... Pero una vez entrada en la comunidad, tendrá que salir. —¡Oh!, entonces, Padre, preferiría... —¡No, nada de eso, vaya usted! Tres días después de su salida, su propia madre la acompañará al convento.» Ernestina obedeció a ciegas al Santo de Ars; habiendo conseguido, bien que a duras penas, el consentimiento de sus padres, pudo entrar en las Hermanitas de los Pobres de Lión para hacer allí su postulado. Entregóse de todo corazón a su nueva vida... Mas he aquí que comenzaron a llegar de la familia cartas de disgusto y después de amenaza: la joven no era mayor de edad; había forzado la voluntad de su madre; intervendría la justicia si fuese menester... Y de hecho el hermano de Ernestina se presentó en el convento con un agente de la autoridad. La postulante

²¹ Documentos BALL. (Archivos de la casa parroquial de Ars.)

hubo de volver al hogar paterno. Pero con la tristeza, perdió el apetito, no podía dormir... Pasados tres días, la señora Durand dijo a su hija: «No quiero ser la causa de tu muerte... Voy a llevarte a tus compañeras.» Y conformada, aunque no del todo, la acompañó, según había predicho el Cura de Ars, hasta las Hermanitas de los Pobres²².

La señora Sermet-Decroce, de Ambigneux, en el Ain, tenía tres hijas. Deseaba mucho que una de ellas fuese religiosa, y la pequeña Josefina, piadosa y muy modesta, le parecía destinada al claustro. En cuanto a la mayor, Antel-mina —era el tiempo de las evocaciones románticas—, tenía, a los ojos de su madre, todas las trazas de una mundana en ciernes: gustaba mucho de parecer bien. Se casaría, pues, y, naturalmente, antes que todas. En 1856, la señora Sermet-Decorce tuvo ocasión de pasar por Ars, y comunicó al reverendo Vianney sus ensueños maternos. «No, señora, le dijo el Santo. Su Josefina no será religiosa: otra lo será en su casa, y antes de lo que usted se imagina.»

La buena señora no quiso dar crédito a sus propios oídos. Volvióse a Ambigneux y, de paso por Lión, compró un magnífico vestido para su hija mayor. «¡Oh, madre!, exclamó Antelmina al ver el regalo tentador, no me servirá de nada; quiero ser religiosa.» Poco tiempo después, entraba en el noviciado de las Hermanas Maristas de Belley. Josefina, empero, que en realidad no había pensado nunca en el convento, se casó el 16 de febrero de 1857, a la edad de diecisiete años²³.

He aquí un rasgo magnífico, que revela a maravilla el don sobrenatural del Cura de Ars. La misma heroína de esta historia, la baronesa de Lacomble, nos lo referirá.

Yo era viuda con dos hijos. Supe un día que el menor se había enamorado de una jovencita de quince años, cuando él apenas contaba dieciocho. Muy pronto, recibí una carta en la que me pedía el consentimiento con delicado afecto, y, a la vez, me decía que esta-

²² Según una carta dirigida a Mons. Convert, el 3 de febrero de 1905, por el señor capellán de las Hermanitas de los Pobres de Poitiers. La señorita Durand, en religión Sor María de San Celestino, murió en Poitiers el 20 de noviembre de 1903.

²³ Carta del Rdo. Dionisio Martinand, cuara de Ambigneux, al reverendo Bertrand, vicario de Belley (11 septiembre 1863).

ba resuelto a llevar adelante su idea. Cambiamos frecuente correspondencia, pero nada pudo hacerle aprear de su decisión.

Yo estaba sola, y no sabía a quién pedir consejo.

Entonces se hablaba mucho de la santidad del reverendo Vianney. Después de fervorosas oraciones, resolví emprender el camino de Ars.

Pero aquella pobre y pequeña parroquia ¡estaba tan lejos!... ¡Ah!, ciertamente no sería un viaje de recreo; pero nada me amedrentó.

Después de tres días de diligencia, llegué al fin. Desgraciadamente, no podía detenerme allí sino muy pocas horas, y supe que, para hablar con el Cura de Ars, tendría que aguardar indefinidamente que me llegase el turno.

Entré en la iglesia... Desde el portal mayor hasta el campanario, no había un lugar desocupado. Sentada en la última fila, más allá de la pila del agua bendita, estaba desolada y pensaba ya en partir.

A pesar de todo, mis ojos estaban fijos en el altar de San Juan Bautista, donde confesaba el Cura de Ars. Y ¡cuan de corazón rezaba!

Entonces, ¡cuál no fue mi asombro, mi emoción, cuando vi que un sacerdote de cabellos blancos salía de la capilla y parecía dirij-girse hacia mí por medio de la nave!... Avanza, en efecto, y sin detenerse en parte alguna... me mira... no hay duda, es a mí a quien viene... Yo estaba más muerta que viva. Se detiene, se inclina y murmura a mi oído: «*Cáselos usted; serán muy felices.*»

Y se vuelve al confesionario.

Todo el mundo ignoraba mi viaje, nadie podía haber anunciado mi visita al Rdo. Vianney, quien nunca me había visto.

Dios le había concedido una vez más, y en mi favor, madre inquieta y perturbada, aquel don maravilloso de intuición, por el cual leía en las conciencias para iluminarlas o confortarlas en sus dudas y desfallecimientos²⁴.

¡Cuántos acontecimientos felices o desgraciados no vio y previo el Cura de Ars!

En marzo de 1856, al ver al Rdo. señor Babey, Superior del colegio de San Juan de Angely, preguntó-le con cordial familiaridad: «¿Usted viene por el joven X que está enfer-

²⁴ Relato hecho por la señora Lacombe al vizconde Anselmo de Warren, quien a su vez lo refirió a Mons. Convert el 7 de mayo de 1918. (Archivos de la casa parroquial).

mo? —Y nombró sin dudar al alumno que estaba atacado de tifoidea, por quien el Superior había ido a Ars. —Pues bien, escriba usted de mi parte a sus padres que no morirá de esta enfermedad...». De hecho, el colegial recobró muy pronto la salud²⁵.

Sebastián Germain, nació |en Mizerieux, era sobrino de María Filliat, profesora de la *Providencia* de Ars. Por esta razón, durante su infancia, ayudó varias veces la misa al Rdo. Vianney. Se casó, y tuvo tres hijos, pero estaba desolado por no tener ninguna niña. Fue a visitar al Cura de Ars —en julio de 1859— y lo encontró en la plaza con los rosarios en la mano. Sin esperar que le explicase el motivo de su visita: «Toma, le dijo el Santo, dándole uno por uno cuatro rosarios», serán para tus hijos.

—Pero, señor Cura, si sólo tengo tres hijos, tres niños.

—Mi Sebastián, el cuarto rosario será para tu *hija*.»

Al año siguiente, una pequeña María regocijaba el hogar de los esposos Germain. Y es a ella, más tarde señora Jallat, a quien debemos tan hermoso relato. «Mi padre, decía, me entregó el sencillo rosario de granitos de madera y cadena de hierro; todavía lo conservo como preciosa reliquia.»

Cuando en merzo de 1869, el cardenal Bonald expuso, en el palacio arzobispal de Lión, los planos que por disposición suya había trazado el arquitecto señor Bossan para la basílica de Fourvière, se suscitó una polémica muy viva entre los admiradores de aquel estilo original y los amantes de las antiguas formas románicas o góticas. Le pareció al cardenal perdida toda esperanza de recoger el dinero necesario pra tal empresa, y no se habló más de la reconstrucción de Fourvière.

Durante el verano de 1869, el Rdo. Bonnardet, futuro vicario general de Lión, se encontró con el señor Bossan en el coche que iba de Ars a Villefranche. Hablaron del asunto de Fourvière, y el sacerdote expresó al artista su profunda pena de ver totalmente abandonado un proyecto que juzgaba maravilloso. «¡Oh!, respondió|el arquitecto con la mayor calma, estoy muy tranquilo en este punto: mientras el Cura

²⁵ Carta del Rdo. Babey al Rdo. Toccanier, de 13 de diciembre de 1861.

de Ars vivía, me aseguró que se construiría mi iglesia, y que ello sería en acción de gracias.»

Dos años más tarde, Mons. Ginoulhiac pronunciaba, en medio del dolor por tantos desastres, el voto del que surgió la basílica de Fourvière. El Cura de Ars no se había equivocado²⁶.

Cada año, el día de San Juan Bautista había gran fiesta, en la parroquia de Ars y el Rdo. Vianney se gozaba piadosamente en cantar en el altar mayor la misa solemne de su santo patrón. Por la mañana del 24 de junio de 1859, cuando estaba empeñada la batalla de Solferino, el santo Cura, contra su costumbre, quiso celebrar la misa en el altar de la Santísima Virgen. Todos se extrañaron mucho; pero la sorpresa cesó al propagarse la noticia del combate. «¿Vive aún mi hijo?, le preguntó una madre angustiada. —Sí, respondió el Santo, pero han muerto muchos otros»²⁷.

En 1855, uno de los hijos del alcalde de Ars, Joanny des Garets, joven oficial tan distinguido como valiente, a quien el Rdo. Vianney manifestaba una verdadera predilección, se disponía a partir a la guerra de Crimea. Rogaron al santo Cura que fuera al castillo para bendecir su espada. Toda la familia le aguardaba en el salón. Al pisar el umbral, el siervo de Dios vio al oficial. «¡Pobre hijo mío!, murmuró juntando las manos con aire de infinita compasión, ¡una bala, una bala!...» «Ni mi hermano ni mi madre, dice la señorita Marta des Garets, oyeron estas palabras, porque se hacía ruido en la sala, pero mi hermana, la señora de Montbriant y otras muchas personas las cogieron muy bien... En efecto, nuestro pobre Joanny fue herido de un balazo el 28 de junio en el asalto de Malakoff y murió tres días después»²⁸.

El 10 de junio de 1859, la señora Prat, de Marsella, se encontró en Ars con el Rdo. Vianney. Detúvose delante de ella, a pesar de no haberla visto nunca, y le dijo con acento de singular compasión: «Hija mía, le sobrevendrá una desgracia *fulminante*; haga una novena a Santa Filomena.»

²⁶ De una *relación* de Mons. Bonnardet, vicario general de Lión, enviada en julio de 1912 a Mons Convert.

²⁷ Rdo. BLAU, *Proceso del Ordinario*, p. 1218.

²⁸ Señorita Marta DES GARETS, *Proceso apostólico en genere*, p. 312.

Seis meses después, el 10 de diciembre, la señora Prat perdía a su esposo atacado de una apoplejía *fulminante* en la Bolsa de Marsella²⁹.

Una joven religiosa, Sor María Francisca, de la tercera orden franciscana de Saint-Sorlin, había ido a Ars con su Superiora para pasar allí cuatro días. Cuando iban a marchar, encontraron al Rdo. Vianney. «Tome usted esto, hijo el Santo a la Superiora, mientras le daba tres monedas ie un franco, tómelo, porque le hará falta. —Pero, señor ~ura, tengo bastante dinero para el coche. —¡Tómelo a pesar de todo, hija mía!» Aceptó al fin, y al llegar a Villefranche, ¡cuál no fue su sorpresa al momento de pagar! La Superiora había perdido el portamonedas que contenía los tres francos que necesitaba. Por fortuna, el Cura de Ars le había provisto del dinero necesario³⁰.

En otro viaje, Sor María Francisca llegó a Ars muy de mañana. Iba esta vez acompañada de su madre y de su Superiora. El Rdo. Vianney vio a esta última cuando se dirigía a la sacristía a prepararse para la misa. «¡Marchen ustedes :n seguida!, dijo en voz baja a la religiosa. —¡Padre, y la misa! —No, no la esperen. Una de ustedes caerá enferma, y si se quedan, no podrían partir sino muy tarde.» Muy espántala la Superiora obligó a sus compañeras a regresar. Pues bien, cuenta Sor María Francisca, dos pueblos antes de llegar a casa, sentime desfallecida, y no pude continuar el camino; mi Superiora y mi madre se vieron obligadas a llevarle y casi a arrastrarme. Fue ello el comienzo de una enfermedad que me retuvo en cama durante quince días³¹.

En 1857, una mañana de verano, hacíalas once, llegaron ios jóvenes señoritas, atraídas a Ars más por curiosidad que por devoción. Una de ellas, la más ligera, descontenta iel espectáculo, se atrevió a decir a su amiga, señalando a iquel sacerdote de lenguaje y porte tan sencillos: «¡Qué caricatura! No valía la pena de venir de tan lejos.» El predicador cogió la palabra al vuelo. Sonriente, y aun con tono algo burlón: «¡No es cierto, señorita, soltó a aquella descara-

²⁹ Documentos BALL.

³⁰ *Proceso del Ordinario*, p. 1395.

³¹ *Proceso del Ordinario*, p. 1395.

da, que es cosa bien inútil venir de tan lejos para ver una *caricatura?*» Después continuó su catecismo.

Fácilmente se adivina la confusión de la joven viajera. Se quedó, no obstante, en la iglesia y, acabada la explicación, fue, con lágrimas en los ojos, a presentar sus excusas al Santo. Este la recibió con su habitual bondad. «Por toda penitencia, le dijo, se confesará y mañana recibirá la comu-, nión.» Después, tomando aparte a la amiga de la culpable, le dijo: «Al regresar a casa, tenga cuidado de su compañera. Le sobrevendrá una desgracia... Pero como mañana comulgará por *viático*, su salvación no correrá peligro.»

Con gran fervor, recibieron las dos jóvenes los sacramentos. Contentas de que su viaje se hubiese convertido en peregrinación, emprendieron con paso ágil el camino de su pueblo natal. La que *había de estar alerta* no pensaba ya en la recomendación del Santo, cuando, de repente, la otra lanzó un grito. Una víbora acababa de morderle en la pierna. La intoxicación fue instantánea. La pobre joven murió allí mismo, en el camino, sin que se le pudiese procurar ningún remedio³².

Después de un hecho de tal naturaleza, se pregunta uno: ¿Estaba obligado el Cura de Ars, no sólo a anunciar, sino también a prevenir aquella desgracia? Nos hallamos en pleno misterio: quizá el Santo no tuvo sino la intuición de una *desgracia* inevitable, sin conocer las causas ni los pormenores. En otras ocasiones, por una permisión especial de Dios, no sólo predijo el peligro, sino que escaparían de él.

En 1873, cuenta la señora E..., viuda de un comandante de caballería, fui con mi marido y un íntimo amigo a devolver la visita al señor Rousset, cura de una aldea de la Bresse cuyo nombre no recuerdo. El buen sacerdote, que había conocido al párroco Vianney, nos invitó a desayunar, y después acompañó a sus huéspedes a pescar. Yo no fui con ellos, pues me sentía indispuesta, y me quedé con la criada, muchacha de elevada estatura, que me hizo tomar té. Entablamos conversación, y me refirió este hecho extraordinario:

³² El señor Ball dice haber recibido esta relación de la señorita F., hiladora de seda en Pierrelatte (Drome), que estuvo presente a la escena del catecismo y se enteró en Ars de la realización de la triste profecía.

«Tenía diecinueve años y estaba en el orfanato de las Hermanas de Autún. Deseosa de ganarme la vida, pedí que me dejaran ir a Lión para colocarme. La Madre Superiora me recomendó a una señora que se dirigía a aquella ciudad, pero que había de detenerse en Ars para consultar al santo Cura.

«Cuando entramos en la iglesia, el Rdo. Vianney estaba dando lección de catecismo, y explicaba la señal de la cruz. Me vio, dejó de hablar un momento, y me dijo: «¡Eh, la de allá abajo, la más alta, que venga a verme a la sacristía: he de decirle una cosa.

«Acabado el catecismo, fui a su encuentro. «Usted va a partir para Lión, me dijo, sin que yo le hubiese contado nada. Sepa, hija, que le aguarda un gran peligro. Cuando se vea en él, piense en mí y encomiéndose a Dios.

«Llegamos a Lión, donde durante tres días no encontré empleo. Entonces, entré en una agencia de colocaciones. Dos hombres esperaban allí. Les expuse mi situación, y uno de ellos me dijo: «¿Busca usted trabajo? Pues bien, yo necesito una criada». Hechos los tratos, añadió: «Es también menester que mi mujer la quiera; venga a encontrarme en tal parte, a las tres de la tarde.» Aquel hombre vivía en la Mulatière.

»Fui a la hora convenida. Dios *mío*, ¡qué largo me pareció el camino! Llegué al fin a la confluencia del Saona y del Ródano. Había allí muchos bateleros y trabajadores. Al volver una esquina, me encontré en un descampado, donde no había sino una casa, y vi en el umbral a un hombre que me hacía señas de que fuera. De repente, fui presa de un terrible pánico. Me acordé de las palabras del Cura de Ars, llamé a Dios, y eché a correr disparada. Por su parte, aquel desdichado se lanzó en mi persecución y quería echarme un lazo al cuello... No pudo conseguirlo, y al fin hubo de detenerse por estar ya cerca los marineros.

«Supe después que había estado a punto de caer en manos del demasiado famoso Dumollard, apodado el *asesino de criadas*. Cuando el criminal fue detenido, declaró contra él ante el tribunal... ¡Pero reconozca usted que sin el Cura de Ars!...»³³.

* * *

Como se ve, el Rdo. Vianney penetraba en el misterio espontáneamente, sin esfuerzo, sin aparato de ninguna clase.

³³ De una relación dictada por la señora E., el 8 de agosto de 1905, al señor Dejar-dins, médico mayor de primera clase retirado.— Dumollard, que era natural de Tramoyes, pequeño pueblo del cantón de Trevoux, fue condenado a muerte y ejecutado en Montluel (Ain), el 8 de marzo de 1862.

En el confesionario, leía en los corazones; fuera de él, en todas partes, en la sacristía, en el pulpito, en la calle, en las conversaciones más sencillas, aun en el mismo altar, se manifestaba de súbito su extraordinario poder. Sus intuiciones no se referían siempre a objetos de gran monta; versaban a veces sobre los más mínimos acontecimientos y de la manera más inesperada. «¡Ah, usted por aquí al fin!», dijo al ver arrodillada a sus pies a la joven Catalina Bray, de Lión, que le había escrito, hacía ya mucho tiempo, sobre su vocación, pero a la que veía por primera vez³⁴.

A Juan Bautista Methol, ayuda de cámara de Monseñor Segur, a quien su prelado lo llamaba siempre por su apellido, el Cura de Ars le regaló una estatuita diciéndole: «Toma, hijo, llévate, como recuerdo mío, esta imagen de tu santo»³⁵.

De pie en la misma puerta del confesionario, y, por consiguiente, separado de la nave del templo por un recio muro, decía a una persona que estaba al servicio de la iglesia: «Llame usted a aquella señora que está arrodillada debajo del pulpito, y que tiene un pañuelo blanco en la mano. He de comunicarle algo»³⁶.

En julio de 1850, la señora María Regipas, de Lión, era la primera en bajar de la diligencia que acababa de pararse delante de la iglesia. «Señorita, le dijo sin más preámbulo un señor que parecía aguardaba, el Cura desea hablarle. —¿A mí? —Sí, señorita. Yo estoy de guardia en este momento, y me ha hecho este encargo: «Espere el coche que va a llegar y diga a una señorita que será la primera en bajar que venga en seguida al confesionario.» La señorita Regipas tenía poca salud, y no podía estar mucho tiempo en el pueblo³⁷.

Una mañana, durante la misa del Cura de Ars, una señora se presentó con los demás fieles a la sagrada mesa. Dos veces pasó el santo Cura por delante de ella sin darle la co-

³⁴ *Circulares* de la Visitación de Montluel: noticia de Sor María Germana (señorita Catalina Bray).

³⁵ Marqués DE SEGUR, *Monseigneur de Segur*, op. cit., p. 276.

³⁶ Canónigo GABRELLE, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 934.

³⁷ Documentos BALL, relación recibida de labios de la señorita Regipas, el 3 de junio de 1879.

munión. A la tercera vez: «Padre mío, le dijo en voz baja, usted no me ha dado la comunión. —No, hija mía; usted ha tomado algo esta mañana». Entonces, acordóse la señora de que al levantarse había tomado un poco de pan³⁸.

En mayo de 1854, la señorita Henry, que tenía un establecimiento en Chalon-sur-Saone, fue a Ars para pedir al Rdo. Vianney la curación de una tía suya que vivía en Lión. «Haga usted una novena a Santa Filomena, y su tía sanará en seguida. —¡Oh! entonces, Padre, me voy a Lión: ¡se pondrá tan contenta!... —No, hija; después de mi misa, tomará usted el bote que va a Chalón. Apresúrese en llegar a su casa, pues mientras está usted aquí *se le cuele el plomo*». La señorita Henry entendió al momento la significación de estas palabras. La persona a quien había confiado la tienda durante su ausencia no miraba mucho en malbaratar. En cuanto a la enferma, curó poco tiempo después³⁹.

Un día, en la sacristía, una persona de Lión, acompaña-: da de su hijita de diez años, le presentaba, para que los bendijera, varios objetos de piedad. Antes de trazar sobre ellos la señal de la cruz, el Rdo. Vianney separó una medalla. «No puedo bendecirla», dijo. Efectivamente, aquella medalla la había cogido la niña al pasar por delante del mostrador de una tienda⁴⁰.

Habiendo llegado tarde al catecismo de las once, Juan Claudio Viret, de Cousance, en el Jura, no encontró sitio sino detrás del pequeño pulpito, junto a la puerta de la sacristía. El Rdo. Vianney no lo había visto entrar, e ignoraba por tanto su presencia y, con mayor razón, el lugar donde estaba oculto. La voz del Santo apenas llegaba a él, y nuestro Claudio, cansado de aguzar el oído, sacó unos rosarios, y se puso a recorrerlos maquinalmente. Mas, he aquí que, arrastrando por no sé qué distracción, el buen jurasiano, agricultor acomodado, comenzó a servirse de los dedos para contar sus rentas... De repente, el catequista levanta la voz, y el distraído puede oír estas palabras: «¡Oh,

³⁸ Adres TREVE, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1118.

³⁹ Documentos BALL y *Carta* de la señorita Henry, ya señora Magnin, de 12 de febrero de 1878.

⁴⁰ *Annales d'Ars*, marzo de 1906, p. 362.

hijos míos! se viene a la iglesia, y aquí delante de Nuestro Señor, no se atiende a su presencia, como esta persona que, está en la puerta de la sacristía, y que parece que está rezando el rosario... Pues bien, está haciendo la cuenta de sus ganancias con los dedos. ¡Oh, hijos míos!, ¡hace temblar el ver que no se guarda el respeto a Nuestro Señor!» El pobre Viret, sintiéndose aludido, no pudo sino bajar la cabeza, en señal de *mea culpa*⁴¹.

Una piadosa mujer de Bagé-la-Ville, en el Ain, la señora Mercier, tenía la costumbre de pasar en Ars tres o cuatro días todos los años. Al llegar, iba a esperar turno junto al confesionario. El Cura de Ars ya lo sabía. En una de estas ocasiones, preguntóle, después de confesarla: «¿Cuánto tiempo piensa usted estar aquí? — Hasta mañana, Padre. — No, no, márchese hoy mismo. Hay una serpiente en su casa». La buena mujer, no dudando de la clara visión del Cura de Ars, se apresuró a regresar a su casa. Durante su ausencia, su marido, sin que ella lo supiese, expuso al sol el jergón de su cama hecho de hojas de maíz; mas, cuando llegó la señora Mercier, lo encontró todo en su lugar, y la habitación aseada y limpia como la había dejado... Del todo desconcertada, y temerosa de haber sido objeto de burla, no dijo una palabra de la singular advertencia del Cura de Ars. ¿Lo había entendido bien? ¿De qué *serpiente* podía haber hablado el siervo de Dios?... Estaba sumida en estos pensamientos, cuando removió su cama. Entonces, un tremendo reptil apareció en el suelo, y se arrastró hacia el patio. Fue muerto por las personas de la granja, que acudieron a las voces de la señora Mercier⁴².

En 1854, la señora viuda de Bethier, de la Fouillouse (Loira), se vio obligada a colocar a su hijo de once años de edad, en casa de un granjero de Saint-Bonnet-les-Oules. Un día, mientras el joven pastor apacentaba su rebaño, un lobo le arrebató una oveja. Castigado por sus dueños, el pobre niño huyó furtivamente de la granja, pero no atrevióse a volver a casa de su madre, comenzó a andar a la aventura, sin saber adonde iba. Marchó errante durante algunas ho-

⁴¹ Memoria de Juan Claudio Viret, p. 111.

⁴² Documentos BALL.

ras, hasta que encontró un coche. El conductor le dejó subir por compasión. Agotado de cansancio, se quedó profundamente dormido. Al llegar a Monteau-les-Mines, el cochero despertó al niño, que no quiso dar a conocer su procedencia. Como el pequeño pastor tenía buena planta, un bueno y honrado minero consintió en que se quedase en su casa para la selección del mineral.

Cuando la pobre madre se enteró de lo ocurrido en Saint-Bonnet, dio al principio rienda suelta a su pena, y después hizo buscar a su hijo, sin que se descubriese rastro de él. Pasados cuatro años de inútiles pesquisas, lo creyó ahogado o comido por los lobos. Sin embargo, no se conformaba... Entonces oyó hablar del Cura de Ars. Envióle su hija con encargo de preguntar al reverendo Vianney por la suerte del joven fugitivo.

Apenas el hombre de Dios oyó las primeras palabras del mensaje: «Hija mía, le dijo sin dudar, diga usted a su madre que el niño se encuentra bien. Trabaja *bajo tierra* con unas honradas gentes, lejos de aquí y de su casa. Pero consuélense: volverá un día de fiesta...»

Esta extraordinaria revelación cumpliósese punto por punto. Cinco o seis años después, un crecido muchacho llegaba a la Fouillouse, en la tarde del día de la Asunción, y llamaba a la puerta de la señora Bethier. Después de los primeros gritos y efusiones de ternura, quiso saber la madre si su querido hijo era buen cristiano. «Sí, madre, siempre he cumplido con mis deberes en Monteau-les-Mines». Entonces la alegría de la buena mujer fue tan viva que, dando gracias a Dios por tanta dicha, le pidió que la dejase morir. Murió poco después⁴³.

* * *

Más profundo y más misterioso que la creación material es el mundo de las almas. Al estudiar su acción en el confesionario, hemos visto al Cura de Ars distinguir muchas

⁴³ Este hecho, escribe el señor Ball, me los contó Sor María, religiosa de San José, en Saint-Jacques-des-Arrêts (Ródano), en una carta de fecha 6 de febrero de 1879. Esta Hermana conoció, no sólo el hecho en sí mismo, sino también a la señora Berthier y a sus hijos.

veces, con su mirada penetrante, entre los peregrinos, a personas que tenían prisa por partir, o a pecadores sordos al llamamiento de la gracia y en peligro de marcharse sin haber obtenido el divino perdón. Tiempo es ya de verle adivinando los pensamientos y penetrando las conciencias.

Cuando comenzó a divulgarse la fama de que el Cura de Ars leía en los corazones, se echó de ver acerca del particular cierto escepticismo entre las personas ilustradas. «Durante los primeros años, dice la señorita de Belvey, a pesar de cuanto me habían dicho, no me atrevía a hablarle de una cosa que me causaba gran pena; temía que me entendiese mal, y que, por lo mismo, su consejo me hiciera caer en mayor turbación, de la que nadie me hubiera podido sacar, puesto que ningún sacerdote me inspiraba mayor confianza. Como quiera que no se trataba de confesar pecados, tomé el partido de callarme, y con esta resolución, entré en el confesionario. Cuál no fue mi admiración cuando el señor Cura contestó a mis pensamientos, como no lo hubiera hecho mejor otra persona a quien de antemano le hubiese hablado del asunto con toda clase de pormenores. La primera vez que me dirigí a él, me prohibió expresamente hacer confesión general. Pues bien, me he convencido después, en muchas ocasiones, que estaba al corriente de todo cuanto hacía referencia a mi interior, y de todas las gracias que había recibido durante toda mi vida.

«Al principio, rehusaba ayudarme en mis acusaciones; mas he aquí que, de repente, se puso a hacerme preguntas sobre tal o cual punto, siempre sobre faltas ocultas o ignoradas; y ello, con tanto acierto, que aun cuando yo no pudiese acordarme, no me atrevía a negarlo, pues estaba segura de que no se equivocaba... Muchas personas me han asegurado también que había leído en sus conciencias»⁴⁴.

«Entre usted religiosa, hija mía», dijo un día el Cura de Ars a una joven modista de Laguien (Ain), Josefina Ballefin. Y cerró la rejilla del confesionario. Aterrada por tal decisión, Josefina, que gustaba del mundo, vertió un diluvio de lágrimas. Aconsejada por una amiga, fue otra vez en busca

⁴⁴ *Proceso del Ordinario*, p. 251-252.

del siervo de Dios. «Padre mío, le dije, sus palabras me han desolado, desesperado. ¿Puedo fiarme de usted? Usted no me conoce. —¿Que yo no la conozco? Pues sepa que leo en su interior como si la hubiese confesado toda la vida. Sí, es menester que sea usted religiosa». Y de nuevo, despiadadamente, cerróse la rejilla⁴⁵.

Un día de 1875, un arquitecto de Beaucaire, Hipólito Pagés, de cuarenta y cinco años de edad, se disponía a confesarse con el Cura de Ars, a quien había visto otras veces, cuando se sintió atormentado por ciertos remordimientos de no haberse hecho sacerdote — remordimientos que por otra parte nunca había manifestado a nadie. «Hijo mío, le dijo el Cura de Ars después de la acusación de sus faltas, conozco los motivos humanos que impulsaban a uno de sus parientes a hablar a usted del sacerdocio. Si al verle a usted por vez primera, hubiese creído que le convenía ser sacerdote, yo se lo habría dicho». Efectivamente, un pariente del señor Pagés había deseado su entrada en el seminario por un sentimiento de pura vanidad⁴⁶.

Otra vez, el Cura de Ars dijo al mismo penitente: «Muchas gracias por tener con tanta frecuencia piedad de mí». En una de sus oraciones cotidianas el fervoroso arquitecto, pensando en el Cura de Ars, Vianney, rezaba esta fórmula: «Señor, tened misericordia de él, así como de mis parientes y bienhechores». Y tenía la costumbre de repetir el nombre de todos aquellos por quienes quería rogar. «Hace usted muy bien, prosiguió el Rdo. Vianney, de nombrar delante de Dios a sus parientes y bienhechores; solamente que nombra a algunos que tienen menos necesidad de oraciones que otros a quienes olvida». Y añadió: «¡Dichoso el amigo de un padre que tiene un hijo tan piadoso!» En efecto, el señor Pagés rogaba cada día por el señor Claparède, amigo de su padre⁴⁷.

Uno de los profesores de San Ireneo, de Lión, el Rdo. De-navit, fue a Ars, no para admirar al varón de Dios, a quien

⁴⁵ *Circulares* de la Visitación de Montluel: noticia sobre Sor María Helena Baile-

fin.

⁴⁶ M. PAGÉS, *Proceso del Ordinario*, p. 447.

⁴⁷ M. PAGÉS, *Proceso del Ordinario*, p. 448.

aclamaban las multitudes, sino para ver si le cogía en algún defecto. Este sacerdote, no sabemos por qué razón, no tenía sino una confianza muy mediana en las decisiones del Cura de Ars. El profesor se colocó en el paso de la iglesia a la casa parroquial.

«Señor Cura, dijo el Rdo. Denavit, soy director del seminario mayor de Lión; le agradecería mucho que me diese algunos consejos sobre la manera de cumplir bien mi deber.»'

El Cura de Ars sonrió misteriosamente; fijó en los ojos de su interlocutor una mirada profunda, y, hablando en latín, para que no le entendieran los presentes respondió: «*Declina a malo et fac bonum*»⁴⁸. Y pasó a hablar con otras personas⁴⁹.

Hacia el año 1845, el Rdo. Dewatine, cura de Mortagne (Nord), yendo de viaje, se detuvo en Ars. Tampoco tenía gran confianza en todo lo que se contaba del Cura de Ars y, por esta razón, cuando se dirigía de la iglesia a su casa, se apartó de la multitud que aguardaba el paso del que llamaban *Santo*. Juzgúese de la emoción del Rdo. Dewatine cuando el siervo de Dios, apartándose de su camino, dióle un golpe en la espalda y murmurándole al oído le dijo: «*Tenga confianza, amigo mío*»⁵⁰.

Un zapatero de Lión, Antonio Saubin, sin haber perdido del todo la fe, que en su juventud había sido muy viva, se había entregado en alma y cuerpo a la secta espiritista. Pero muy pronto, acosado de día y de noche por horribles alucinaciones —era en junio de 1859—, resolvió entrevistarse con el Cura de Ars. Al llegar a la iglesia, pudo colocarse en un sitio desde el cual veía el altar de Santa Filomena. Precisamente, el Cura de Ars estaba entonces delante de dicho altar rezando el breviario, pero daba la espalda a Antonio Saubin, que hubiera querido verle el rostro. Entretanto, el tiempo pasaba; nuestro espiritista no pecaba de paciente, y el rato de ocio de que podía disponer era breve. «Si este sa-

⁴⁸ «Evita el mal y haz el bien» (Salmos XXVI, 27).

⁴⁹ *Armales d'Ars*, octubre de 1910, p. 158.

⁵⁰ Según una *carta* de Mons Berteaux, cura deán de San Martín de Roubaix a Mons. Convert, de 28 de abril de 1908. Mons. Berteaux habla oído este relato de labios del mismo señor Dewatine.

cerdote, dijo para sus adentros, tuviese el espíritu de Dios, como pretende, sabría que he de hablarle, y que tengo prisa». Apenas había formulado este pensamiento, cuando el Cura de Ars se volvió. «Paciencia, amigo; estoy con usted en seguida.» La satisfacción de Saubin fue inmensa. Tuvo dos entrevistas con el Cura de Ars; sus errores desaparecieron; recuperó la fe de su infancia y, poco tiempo después, con el nombre de Hermano Joaquín, vestía el sayal de los trapen-ses en Notre Dame des Neiges⁵¹.

El señor Monnin, notario de Villefranche, tenía entre sus conciudadanos un amigo a quien un tiránico respeto humano apartaba de toda práctica religiosa. Este pobre cristiano se mezcló un día con la multitud que rodeaba al Rdo. Vianney. De súbito, al verle por primera vez en su vida, el Cura de Ars atravesó las apretadas filas de peregrinos y encarándose con él le dijo afectuosamente: «¡Amigo, convendría curar esta cabeza!».

Durante una misión que yo predicaba, refiere el reverendo Ca-melet, me llamó la atención la piadosa actitud de un empleado de ferrocarriles. «Fue el Cura de Ars quien me convirtió, me dijo él mismo. Después de mi llegada a esta región, oí decir tantas cosas de aquel sacerdote que quise saber lo que había de cierto. ¡Oh!, no fue deseo de confesarme, sino pura curiosidad. Pues bien, me impresionó tanto la vista de aquel hombre que me vino la idea de hablarle. Entré en la sacristía e hizo que me arrodillara en su confesionario.

—«Amigo, me preguntó, ¿cuánto tiempo hace que no se ha confesado usted?

»—¡Ah! Hace tanto tiempo, Padre, que ya no lo recuerdo.

»—Examínese usted bien. Hace veintiocho años.

«—¿Veintiocho años?... ¿Veintiocho años?... Sí, esto es.

—»Y aun no comulgó usted. Solamente recibió la absolución.

«También era verdad. Al oír estas palabras, sentí que revivía mi fe tan fuertemente que hice una muy seria confesión, y prometí a Dios no dejar nunca más las prácticas religiosas»⁵².

Un día, so pretexto de un encargo, la baronesa de Belvey

⁵¹ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 787-788.

⁵² Canónigo CAMELET, *Proceso del Ordinario*, p. 1376.

envió al Cura de Ars un pecador empedernido que no ponía los pies en la iglesia sino por Pascua y Navidad. Se sospechaba que no se había confesado desde el día de su primera comunión. «¿Cuánto tiempo lleva usted sin confesarse? —le preguntó el Cura de Ars.

—¡Oh! cuarenta años.

—Cuarenta y cuatro, replicó el Santo.»

El hombre sacó un lápiz, e hizo una resta en la pared.

«Es mucha verdad» —afirmó asombrado. Este pecador se convirtió y murió siendo muy bien cristiano⁵³.

En 1851, la señorita Estefanía Vermorel, de Arcinges (Loira), fue a Ars para hacer un retiro espiritual que quiso comenzar con una confesión general de toda su vida.

«Padre, dijo al empezar, me he examinado cuidadosamente». El Santo la dejó que se acusara a su gusto. «¿No se acuerda usted de nada más? —le preguntó cuando hubo terminado. —No, Padre, de nada, absolutamente de nada. —Pues bien, hija, ya que quiere usted salir de este confesionario tan pura como después del bautismo, vaya a pedir a la Virgen de los Dolores que le dé a conocer lo que le falta por decir, y vuelva en seguida.»

La joven se dirigió al altar del *Ecce Homo*, donde está la imagen de la Dolorosa. Se acordó entonces de tres faltas, que se apresuró a confesar. «¿Lo ha dicho todo esta vez? —preguntó el hombre de Dios. —Creo que sí. Padre mío. —Pero ¿y aquella falta que usted tiene olvidada y que nunca ha declarado en confesión?» El Cura de Ars reveló a su penitente un pecado con todas las circunstancias de tiempo y lugar. «Veo que no se acuerda usted de nada» —añadió. En efecto, la señorita Vermorel forzaba en vano su memoria. «Cuando pase usted por tal sitio, entonces se acordará.» El Santo la absolvió, y le aseguró que su vocación era la de virginidad en el mundo, con lo que partió llena de gozo. De regreso, pasó por el sitio donde en otro tiempo había ofendido a Dios y entonces se acordó de todo. Pero

⁵³ Baronesa DE BELVEY, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 187, y Hermano ATANA-SIO, *id.*, p. 1052. «Yo mismo vi los números escritos en la pared», dice el Rdo. Claudio Rougemont (*Proceso continuativo*, p. 789).

no por ello se extinguió su alegría, pues sabía que estaba perdonada⁵⁴.

Un joven de Lión, cuya sinceridad me ha sido demostrada por su vida y por sus buenas obras, me refirió, dice el reverendo Tocca-nier, que a los quince años de edad se había confesado con el Cura de Ars. De repente, el Santo le detuvo: «Amigo, no lo has dicho todo. —Ayúdeme usted, Padre; no puedo recordar todas mis faltas. —¿Y aquellos cirios que hurtaste en la sacristía de San Vicente para adornar tus capillitas?» Era exacto⁵⁵.

Un hombre del departamento de Drôme, cuya mujer estaba enferma, fue a consultar, como si se tratase de un médico, al gran *curandero de Ars*. «No podrá usted verle si no es en el confesionario», le dijeron. Se presentó, pues, allí, pero sin entusiasmo. Este peregrino algo singular era ligeramente deforme: mezclado en una causa de asesinato, había sido apaleado en un camino solitario, detenido y puesto en prisión preventiva. Con gran estupor por su parte, el siervo de Dios le trajo a la memoria los golpes, el camino solitario y la prisión. El pobre hombre se convenció de que no había caído en manos de un *curandero* ordinario. Movidó por tales revelaciones, cambió de vida, y no se avergonzó en adelante de referir este curioso episodio a cuantos querían escucharle⁵⁶.

* * *

A muchísimas personas el Cura de Ars aconsejó la vida religiosa, o quedarse en el mundo, sin que en todos los casos fuese evidente la intuición sobrenatural. Así fue cómo a muchos jóvenes —podrían contarse unos sesenta— les dijo: «Entre usted en las Escuelas Cristianas, y, por su medio, se hará mucho bien.» «Tenía gran interés por nuestra congregación de la Sagrada Familia, afirma el Hermano Gabriel,

⁵⁴ «Estas manifestaciones, concluye el señor Ball, que es quien las cosigna, me fueron hechas en Ars el día 26 de septiembre de 1878 por la misma señorita Vermorel, que actualmente tiene 63 años, y tengo todos los motivos para creer en su perfecta veracidad».

⁵⁵ *Proceso apostólico in genere*, p. 174.

⁵⁶ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico me pereant*, p. 1052.

fundador y primer Superior; él sólo nos procuró cerca de cuarenta postulantes»⁵⁷. Envió unos veinte a la Trapa, asegurándoles que era ésta su vocación. A un joven que temblaba ante la perspectiva de tamaño sacrificio, le hizo esta pregunta: «Los demás que están ya en el monasterio, ¿no son de carne y huesos, como usted?» Y dejaba que el penitente sacase la consecuencia⁵⁸. En las diferentes circunstancias, la prudencia natural del Cura de Ars y su fino sentido de director podían bastar para iluminarle. Sin embargo, sabemos que tuvo sobre ciertas almas presentimientos de verdadero profeta.

La vida del cura de Ars coincide con un período de desenvolvimiento de las obras católicas. Fue interrogado sobre la oportunidad y el porvenir de la mayor parte de ellas y en esto fue también el hombre de consejo, el *vidente* cuyas predicciones el tiempo ha venido a confirmar.

El Padre Muard, antes de fundar el monasterio benedictino de la Pierre-qui-Vire, fue a consultar al Cura de Ars en 1848. «Su empresa es cosa de Dios, le respondió el Santo, y tendrá ciertamente buen éxito, no se arredre ante los obstáculos»⁵⁹.

Poco tiempo después de las Navidades de 1856, a las que llamaba *días de conversión*, el admirable Padre Chevrier dudaba todavía de entregarse en cuerpo y alma a la infancia abandonada. Se dirigió a Ars. «Hijo mío, le dijo el santo Cura, sus inspiraciones vienen del cielo. Encontrará numerosas dificultades, pero si tiene tesón y perseverancia, hará abundante cosecha de almas»⁶⁰. El Padre Chevrier lo entendió todo. Perseveró en sus propósitos, y fundó en Lión, Dios salve a precio de cuántos sacrificios, la *Providencia del Prado*, que hace un bien inmenso.

El Cura de Ars nunca había tenido ocasión de ver a la señorita Eugenia Smet, que, con el nombre de Madre María de la Providencia, había de fundar el instituto de *Auxiliado-*

⁵⁷ *Proceso del Ordinario*, p. 1489.

⁵⁸ Rdo. G. RENQUOD, *Regards de saint*, TREVOUX, Jeannin, 1910, página 108.

⁵⁹ Rdo. BRULLÉ, *Vie du R. P. Muard*, Sens, 1855, p. 279.

⁶⁰ Cf. canónigo CHAMBOST, *Vie nouvelle du venerable Pire Chevrier*, Lión, Vitte, 1920, p. 80.

ras del Purgatorio, y, sin embargo, siempre que le hablaban de ella, gustaba de decir: «Yo la conozco.» En 1850, ocurriósele a esta joven, que no tenía aún veinticinco años⁶¹, organizar una asociación de oraciones y de buenas obras, cuyos méritos serían aplicados a las almas del purgatorio. Se convenció enseguida de que solamente corazones consagrados a Dios, inmolados a sí mismos, podrían llevar a término tal empresa. ¿Convendría, pues, fundar una orden nueva y ser en ella la primera religiosa? La señorita Smet, que era la sensibilidad y la timidez personificadas, temió no tener valor para ello. Consultó con Mons. Chalan-don, obispo de Belley, quien le indicó que recurriese a las inspiraciones del Cura de Ars. El Santo dictó la respuesta al Rdo. Toccanier: «¡Una orden para las almas del purgatorio, la estoy esperando hace tanto tiempo!... La fundará, cuando quiera... Sí, que sea religiosa, y que funde esta nueva orden, que se extenderá rápidamente por toda la Iglesia.»

Pero ¿y la falta de recursos?... ¿Y la separación de unos padres tan queridos que se obstinarían en negarle el consentimiento? — «Siga usted adelante, le respondía el Cura de Ars; todo irá bien; pronto se secarán las lágrimas que un afecto demasiado natural hará derramar.» El 21 de noviembre de 1855, la señorita Smet conseguía el permiso de su madre. Después de algunas pruebas laboriosas, de ensayos y tanteos, las *Auxiliadoras de las almas del Purgatorio*, en vida aún del Cura de Ars, se establecían sólidamente en París, desde donde habían de difundirse por Francia, Bélgica, Inglaterra, Austria, Extremo Oriente y América. Esta familia religiosa fue, según parece, la preferida del Cura de Ars, y después de Dios fue a él a quien las *Auxiliadoras* atribuyeron su existencia y su prosperidad⁶².

Los archivos del santuario de Ars no revelan que unas veinte obras piadosas (congregaciones, misiones, cofradías,

⁶¹ Había nacido en Loos, junto a Lille, en 1825.

⁶² Cf. Rdo. G. RENOUD, *Regarás de saint*, op. cit., p. 66-67; R. P. BLOT, *Las Auxiliadoras del Purgatorio*, París, Poussielgue; R. P. FELIX, *Les morts souffrants et délaissés*, París, Dillet, 1860, Introducción, p. 7.— Dieciocho cartas de la Rda. Madre María de la Providencia se han conservado en los archivos de Ars.

orfanatos) deben a las luces del Cura de Ars su creación y sostenimiento⁶³. «Tengan pureza de intención⁶⁴, recomendaba a los fundadores y a los Superiores. Sean humildes... No serán ricos sino cuando confíen en la Providencia...⁶⁵. Menos ruido en los periódicos y más ante el sagrario...»⁶⁶. No tenía tampoco reparo en desalentar las iniciativas cuyo fracaso o infecundidad le fuese dado prever. «Si todo plan bienhechor, dice el Rdo. Toccanier, podía estar seguro de su adhesión, rechazaba empero todo proyecto sin finalidad y sin provecho real»⁶⁷.

* * *

Antes de poner fin a este capítulo sobre las intuiciones del Cura de Ars, se impone una pregunta. ¿Profetizó nuestro Santo los grandes acontecimientos referentes a la Iglesia, a la nación y a la sociedad? A esta pregunta se han dado ya muchas respuestas juiciosas, y no hemos de hacer sino reproducir una de ellas, pues, estudiados a fondo los documentos, vemos que es la que con más exactitud coincide acerca de esta cuestión con nuestra manera de pensar.

José Vianney escribía en 1904, cuando se preparaba la *Ley de separación*.

Si durante su vida nada dio lugar a tantas habladurías, en diverso sentido, como sus luchas con el demonio; nada, después de

⁶³ Además de los *Benedictinos de la Pierre-qui-Vire*, de los *Hermanos de las Escuelas Cristianas de Belley*, de la *Providencia del Prado*, de las *Auxiliadoras del Purgatorio*, podemos citar, como habiendo recibido sus alientos, la *Sociedad de María de Lión*; los *sacerdotes del Santísimo Sacramento*; los *Misioneros del Sagrado Corazón de Issoudun*; los *Hermanos de San Vicente de Paúl*; las *Dominicas de la Tercera Orden*; las *Hermanitas de la Ascensión*; las *Hermanas de la Misericordia*; las *Siervos del Salvador*, de Bruges; las *Hermanas Víctimas del Sagrado Corazón de Jesús*; las *Hermanas del Santo Rosario*, de Pon de Beauvoisin (Isère); las *Franciscanas Hermanitas de Jesús*; las *Hermanas de San Carlos*, de Lión; la *Cofradía del Sufragio*, de Nimes; la *Providencia*, de Peloussin (Loira); la *Obra de los incurables*, de Bourg; las *Peregrinaciones de Saint Walfroy*, en la diócesis de Reims; las *Providencias agrícolas de San Isidro*, cuyo centro es Seillon, junto a Bourg; la *Misión de Dios*, entre los protestantes, en la diócesis de Valence, etc.

⁶⁴ Palabras dirigidas al Rdo. Fleche, fundador de una obra para jóvenes en Macon. (Mons. Conven, *Le Curé d'Ars et les dons du Saint-Esprit*, p. 290).

⁶⁵ Al padre Chevrier. (Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 775). ⁶⁶ Al Rdo. Griffon, fundador del orfanato de Sillón. (Mons. CONVERT, *Le Curé d'Ars et les dons du Saint-Esprit*, p. 272). ⁶⁷ *Proceso del Ordinario*, p. 145.

su muerte, ha metido tanto ruido como sus profecías. Así como no se presta sino a los ricos, de la misma manera se le ha atribuido más de una profecía que nunca hizo. Todavía hoy, no ocurre en la vida de la Iglesia o de Francia ningún acontecimiento de importancia que no se pretenda que el Cura de Ars se adelantó a predecirlo y, sin hacerse cargo de que con tales imprudencias se compromete su memoria, se aducen a la ligera, como si fueran suyos, dichos de autenticidad muy dudosa⁶⁸.

Durante la guerra (1914-1918), al prolongarse la lucha más allá de toda humana previsión, comenzaron de nuevo a hacer circular, bajo el nombre del Cura de Ars, unas «profecías que se dirían haber sido inventadas en todos sus pormenores, tanta es su precisión y su aplicación a las circunstancias presentes»⁶⁹. Una de ellas especialmente, que parecía el anuncio de una reacción victoriosa, tuvo gran resonancia. Interpretada, amplificada, aclarada y modificada de mil maneras, esta predicción atribuida al Cura de Ars por un religioso lazarista, el Hermano Gaben, no tiene las notas suficientes de autenticidad⁷⁰.

⁶⁸ Le *Bienhereux Curé d'Ars*, p. 157-158.— «A mi modo de ver el siervo de Dios no hizo profecías sobre hechos de carácter general sino que con frecuencia anunció a personas particulares cosas que les sobrevinieron». (Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 862).

⁶⁹ *Annales d'Ars*, julio de 1821, p. 44.

⁷⁰ El hermano Gaben, nacido en Boussac (Aveyron), el 26 de junio de 1821, entró, el 19 de junio de 1858, en el noviciado de los Lazaristas, de la casa matriz de la calle de Sevres, donde había de pasar toda su vida religiosa, y donde murió en 4 de marzo de 1881. Fue admitido con dificultad, a causa de su completa falta de instrucción; pero el Cura de Ars, a quien visitó dos veces en 1858, le aseguró que Dios le quería allí, por lo que insistió tanto, que al fin los superiores le admitieron.

Cuando acaecieron los hechos de 1870, el Hermano Gaben, jardinero de la casa matriz, a la que edificaba grandemente, comenzó a referir ciertas palabras que decía haber escuchado de labios del Cura de Ars, cuando se confesó con él. Se referían estas palabras a enemigos, a escasez de víveres, a cosas destruidas, a personas asesinadas y a innumerables peligros, de los que había de escapar incólume la congregación de los Lazaristas. Las confidencias del Hermano Gaben no trascendieron más allá del reducido círculo de la comunidad, algunos de cuyos religiosos tomaron, empero, nota de ellas en 1871 y 1872. No aparecen en los anales oficiales de la casa, en los que, sin embargo, se encuentra la siguiente alusión: «El santo Cura de Ars le dio a conocer (al Hermano Gaben) muchas cosas relativas a las futuras calamidades de Francia. El buen Hermano, por modestia, no gustaba de hablar de ellas. Estas predicciones nunca han sido bien aclaradas».

Los dichos proféticos atribuidos al Cura de Ars pueden dividirse en dos partes. La primera anuncia graves perturbaciones —guerra o insurrección— en las que se encuentran mezclados los grandes y pequeños incidentes de dos congregaciones fundadas por San Vicente de Paúl: los Lazaristas y las Hijas de la Caridad.— La segunda parece mirar a una guerra de represalia. He aquí los pasajes principales según la colección del señor Curicque, *Voix prophétiques ou signes, apparitions et prédictions modernes*, París, Palmé, 1872, t. II, p. 182-183.

Además, ¿no hace ya mucho tiempo que el mismo Cura de Ars no aconsejó la prudencia en materia de las que se llaman profecías? «Solicitado de continuo por los peregrinos para dar su parecer sobre ios acontecimientos políticos, nunca, dice la condesa des Garets, quiso responder, y, a pesar de ello, ponían en su boca predicciones totalmente falsas. El Santo se lamentaba de ello: ¡Pobre Cura de Ars! ¡Cómo le hacen hablar, a él, que no dice nada!» Llegaron las co- sas a tal extremo, que fue a Ars un agente de la policía imperial para enterarse por el alcalde acerca de una profecía atribuida al Cura de Ars, la cual había causado gran sensación⁷¹. Sabemos, por un relato del alcalde, cómo se cerró la investigación. Probablemente, entre el Santo y el comisario se habló de todo menos de política. Es de creer que el agente de policía se confesó; al menos puede deducirse de las lágrimas que derramaba al salir de tan singular audiencia⁷².

Algunas veces, empero, el *vidente* de Ars reveló su visión interna sobre los grandes de este mundo.

Primer fragmento. Esto no durará. Creerán que todo está perdido y Dios lo salvará || todo. Será un signo del Juicio final. París será transformado, así como otras dos o tres ciudades. Querrán canonizarme, pero no tendrán tiempo.

Segundo fragmento.— Los enemigos no se irán en seguida. Volverán y a su paso lo devastarán todo. No se les resitirá, y se les dejará avanzar, y, después de esto, les serán cortados tos víveres, y se les infligirán grandes pérdidas. Se retirarán a su nación, se les acompañará, y poco fahará para que vuelvan a entrar. Entonces, se íes arrebatará lo que se hayan llevado y mucho más...

Tercer fragmento.— La gran calamidad no habrá pasado. París será domolido e incendiado, pero no en su totalidad. Esta vez se batirán en todas partes como buenos, pues la primera vez (Los franceses) no se batirán bien; pero entonces, ¡cómo se batirán! ¡Oh cómo se batirán! Ellos (los enemigos) dejarán que París sea pasto de las llamas y se alegrarán de ello. Pero serán derrotados y se les echará de veras.

Sin que nos detengamos a discutir los caracteres intrínsecos de este estilo, que no encaja con la *manera* del Cura de Ars, como lo demuestran los numerosos hechos de intuición ya citados, digamos que las palabras del Hermano Gaben —que en algunos pasajes, es menester reconocerlo, presentan desconcertantes coincidencias con los hechos de1914a1918, pero asimismo manifiestos errores— fueron reproducidas y curiosamente modificadas en el folleto *Le Grand Pape et le Gran Roi* (Toulouse, Pri-vat, 1872), y en el opúsculo de Pedro Oriol, *Rapport sur les actes de M. Vianney, Curé d'Ars* (Lion, Chanoine, 1875). Aquí, los autores ponen los puntos sobre las *íes*, y mencionan claramente en el enunciado de la profecía a los *prusianos* y a los *comunistas*. Cuando, delante del Hermano Gaben, se hablaba del modo como sus relatos habían sido hermoeados, oía sin protestar, y después decía humildemente: *Quizás lo sean*.

Se concibe fácilmente que ciertos pasajes de esta predicción hubiesen sido utilizados de 1914 a 1918 para avivar la esperanza y alentar los ánimos. V. YVES DE LA BRIERE, *Le Destin de l'empire allemand et les oracles prphétiques*, París, Bequchéne, 1916- E. DUPLÉNY, *La fin de la guerre et la prophétie du Curé d'Ars*, París, Téqui, 1918.

⁷¹ *Proceso del Ordinario*, p. 886.

⁷² Vid, pp. 512 y 513 de este libro.

Julio de Maubou refiere que, hallándose en Ars, en 1894, trabó conversación con Sánchez Remón, antiguo oficial carlista derrotado. El español comenzó a recriminar violentamente a Pío IX, refugiado entonces en Gaeta. Le llamaban *papa liberal* y le reprochaba el haber recibido, cuando ascendió al pontificado, las aclamaciones de los demagogos; según él, el joven papa no era digno de ocupar la cátedra de San Pedro. «Yo no participaba de sus ideas, dice el señor de Maubou, y después de casi una hora de paseo, nos separamos. Durante este tiempo el Cura de Ars había explicado el catecismo. Cuando salía de la casa parroquial, después de comer, se dio cuenta de la presencia de aquel caballero. «¡Ah, amigo!, le dijo como de paso, ¡cuan diferentes son los caminos de los hombres de los caminos del Señor! Le han dicho a usted esta mañana que el Padre Santo, de regreso a Roma, tendría que abdicar el poder pontificio. Pues bien, ya lo verá usted: Pío IX será uno de los más grandes papas que habrán regido la Iglesia».

El mismo año, el señor de Maubou hizo una visita al Cura de Ars para pedirle consejo. Había sido solicitado para un cargo de cierta importancia en los negocios públicos. El Príncipe Presidente acababa de restituir el Panteón al culto; había nombrado una comisión para preparar la ley sobre la libertad de enseñanza; en una palabra, Luis Napoleón —el futuro Napoleón III— parecía inclinado a gobernar de un modo favorable a los católicos. «Pregunté al Cura de Ars, dice el visitante, su parecer sobre la proposición que acababan de hacerme. Después de haberme oído con singular benevolencia, detúvose un instante, y bajó los ojos para reflexionar o para hacer oración. De repente, se volvió hacia mí, y en tono de gran seguridad, me dijo:

«No, no, amigo; no acepte usted ningún cargo del nuevo gobierno. Luis Napoleón será un día enemigo de la Iglesia»⁷³.

Una vez, cuenta Catalina Lassagne en su *Petit mémoire*, en 1856, delante del Hermano Jerónimo y de mí, el señor

⁷³ Los dos hechos que preceden los refirió el señor de Maubou al canónigo Ball, entonces párroco de Ars, el día 8 de septiembre de 1878.

Cura hablaba, no sé a qué propósito de la familia imperial. Dijo del pequeño príncipe Napoleón: «¡Ah! será muy bueno este pequeño príncipe; tiene un aspecto muy guapo». Nuestro santo Cura no leía periódicos, y no había, por lo tanto, visto nunca retrato alguno de aquel niño»⁷⁴.

Si buscamos en los documentos auténticos profecías a largo plazo, cuyo cumplimiento se refiera a tiempos más o menos lejanos, he aquí dos de las más importantes.

Una de ellas nos remite, según parece, al fin del mundo: «Después de su enfermedad, en 1843, asegura la condesa des Garets, el Cura de Ars me dijo que quería mucho a los jesuítas, y que tenía gran confianza en la duración de la Compañía»⁷⁵.

Otra profecía versa sobre la convicción de aquella nación protestante que en otros tiempos mereció ser llamada *Isla de los Santos*. El 14 de mayo de 1854, el Cura de Ars recibió la visita de Mons. Ullathorne obispo de Birmingham. «Le hablé de la conveniencia de orar por Inglaterra, y le expliqué, en pocas palabras, las pruebas y sufrimientos que nuestros pobres católicos han de soportar por la fe. Me interrumpió súbitamente, abriendo aquellos ojos, cuya misma profundidad parece tenerlos sumidos en la sombra mientras escucha o reflexiona. Su blanca luz me iluminó con todo su esplendor, y en un tono tan firme y tan lleno de convicción, como si fuese un acto de fe, me dijo: «*Pero, Monseñor, yo creo que la Iglesia de Inglaterra volverá a su antiguo apogeo*». No puedo dudar de que lo creía de todas veras, pero no sé de dónde le venía una tal seguridad»⁷⁶.

En cuanto a su propia parroquia, a aquel «Ars que ya no era Ars», transfigurado por la gracia de Dios, ¿es cierto que el santo Cura profetizó un triste y sombrío porvenir? Leemos en el escrito de Emilio Baumann, *Trois villes saintes*: «¿No predijo el Cura de Ars que, antes de un siglo des-

⁷⁴ *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 104.

⁷⁵ *Proceso del Ordinario*, p. 891.

⁷⁶ Estas palabras están sacadas de una *carta* escrita en Lión, la misma tarde el 14 de mayo de 1854, por Monseñor de Birmingham. La profecía que en ellas se contiene apareció en 1855 en la obra de la señorita de Brulais, *Suite de l'Echo de la Sainte Montagne*, op. cit., p. 176.

pues de su muerte, Ars volvería a ser lo que había sido antes de su llegada?»⁷⁷.

En ninguna correspondencia, en ninguna memoria o relación contemporánea, en ningún testimonio del *Proceso de Canonización* aparece este oráculo tan pesimista. En todo caso —y para ello se requiere muy buena voluntad— podría verse esta predicción, pero en términos muy diferentes, en un pasaje muy oscuro de la *Petit mémoire* de Catalina Las-sagne:

Era (en 1845) el día en que el Cura de Ars anunció que tendría por auxiliar al Rdo. Raymond, cura de Savigneux. Dice en su instrucción: «Ars es como un gran árbol. Cortad la raíz y el árbol caerá; o, si queréis, como una masa bien batida que pronto se achica, y queda reducida a poca cosa»... No entendimos nada⁷⁸.

Aquí, vistas la fecha y las circunstancias, sólo cabe una interpretación. En estas palabras, no se refiere el Santo a sus feligreses ni al porvenir religioso de su parroquia, sino al hecho de que la multitud de penitentes sin cesar renovada desaparecería de Ars cuando él dejase de existir. Seguramente que si el Rdo. Raymond, cuya avidez por sucederle es bien conocida, se hubiera salido con la suya en 1845 o más tarde, Ars habría quedado reducido a bien poca cosa; es decir, hubiera perdido mucho de su importancia. Efectivamente, el concurso de peregrinos hubiera seguido al Cura de Ars en su nueva residencia. Prueba de ello es lo que ocurrió en 1843, cuando se fue a Dardilly. Pero el Santo se quedó en su lugar, a pesar de sus deseos de retiro; la «raíz» no fue cortada; «el árbol» no se cayó.

En Ars, aquel gran árbol continúa en pie. La peregrinación, si bien bajo otro aspecto, ha sobrevivido al Cura de Ars. En cuanto a los feligreses, han guardado hasta el presente las enseñanzas de su antiguo Párroco, como el testamento de un abuelo venerado.

⁷⁷

París, Grasset, 1912, p. 65.

⁷⁸

Petit mémoire, tercera redacción, p. 102.



S^T PHILOMENE, MODELE DES VIERGES.

qui vous souffert le martyre le plus grand et le plus douloureux pour conserver votre pureté, s'il est un
maître de S^t philomena, elle qui se les laisse par elle le perdre.

Cuando se empezó a atribuir al Cura de Ars el poder de hacer milagros, hacia el año 1830, el Santo temblaba ante el pensamiento de que se hablara de él. Entonces, para evitar esto, cuando se inauguró en la parroquia el culto a santa Filomena, el siervo de Dios comenzó a atribuirle la gloria de las maravillas que allí se realizaban y le gustaba proclamarlas.

XXVII. LOS MILAGROS DEL CURA DE ARS

Bajo la sombra de Santa Filomena.—Los milagros a medias.—El santo Cura de Ars se olvida algunas veces de Santa Filomena en la realización de milagros.—La paciencia cristiana es mejor que el curarse.—La fe, condición primera del milagro.—La vida del Cura de Ars, perenne milagro y prueba de la existencia de lo divino.

Un día —probablemente en septiembre de 1843—, Margarita Humbert, de Ecully, hizo una visita a su primo el Rdo. Vianney. En la conversación que tuvieron, el Cura de Ars le expuso entre otras cosas: «¡Dios es siempre todopoderoso; siempre puede hacer milagros, y los haría como en los antiguos tiempos, pero falta la fe!»

«El siervo de Dios sabía que pasaban cosas extraordinarias en su parroquia, y él mismo reconoció algunas veces que se hacía en ella mucho bien, pero lo refería todo a Dios o a los santos, especialmente a Santa Filomena»². Al estudiar los orgígenes de las peregrinaciones, hemos visto cómo el Cura de Ars, desconcertado ante su sobrenatural ascendiente, tuvo la feliz ocurrencia de poner por delante la pequeña virgen-mártir, y de ocultarse enteramente bajo su nombre. Pero no le salió bien la treta. Sin duda que las gentes tenían confianza en la intercesión de Santa Filomena, y proclamaban sus prodigios, mas parecía a muchos que su intercesión no era atendida si no iba mezclada con las oraciones del Cura de Ars³. No cesaba de decir en son de pro-

¹ Margarita FAYOLLE-HUMBERT, *Proceso del Ordinario*, p. 1325.

² Juan PERTINAND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 868.

³ Rdo. RAYMOND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 517.

testa: «Yo no hago milagros; no soy más que un pobre ignorante que ha guardado ovejas...⁴ Dirígios a Santa Filomena, nunca he acudido a ella sin que haya sido oído»⁵. Y parecía no darse cuenta de que precisamente el ser siempre escuchado del cielo es señal de muy elevada santidad, y no advertir que muchas veces se obraba tal o cual prodigio después de su bendición o de la sola imposición de sus manos.

Solamente buscaba una cosa: la gloria de Dios por la salvación de las almas. Esta era su verdadera misión, y lo confesaba llanamente. Consideraba, por lo tanto, como cosa muy secundaria las curaciones milagrosas; las tenía en mucho menos estima que las conversiones⁶. «Tengo muchas ganas de prohibir a Santa Filomena, decía un día, que haga milagros para los cuerpos. Es menester que yo cure las almas. Este pobre cadáver que se ha de pudrir no vale gran cosa»⁷.

Si a pesar de todo la Santa se obstinaba en curar graciosamente a los enfermos, el Cura de Ars deseaba que hiciese estos prodigios en otra parte.

Estos prodigios visibles, materiales, atraían demasiada gente a Ars. A la humildad del Santo, no le tenía cuenta «Señor Cura, le dijo un día el Rdo. Toccanier, circula contra usted un pequeño rumor.

—¿Qué rumor es éste, amigo?

—Parece que usted ha prohibido a Santa Filomena hacer los milagros aquí.

—Es verdad, respondió el Santo. Esto da lugar a que se hable demasiado. He pedido a Santa Filomena que cure aquí cuantas almas le plazca; pero en cuanto a los cuerpos, que los cure más lejos. Esta vez me ha escuchado: muchas personas enfermas han venido aquí para comenzar su nove-

⁴ Canónico CAMELET, *Proceso del Ordinario*, p. 1374.

⁵ Pedro ORIOL, *id.*, p. 738.

⁶ «Para resucitar los cuerpos, la omnipotencia divina no encuentra ningún obstáculo, mientras que, para la resurrección de las almas tropieza a veces con las mismas leyes que ella misma ha dado al libre albedrío, puesto que el pecador puede no querer convertirse. He aquí por qué se dice que la conversión de un pecador manifiesta más que la creación de un mundo la omnipotencia de Dios». (B. Ramón de CAPUA, *Vie de Sainte Catherine de Sienne*, trad. Hugueny, París, Lethielleux, 1908, p. 250-251).

⁷ Catalina LASSAGNE, *Peití mémoire*, primera redacción, p. 17.

na, que han acabado en sus casas, donde han sido oídas por la Santa»⁸.

¿No se dirá, después de esto, que el Cura de Ars había hecho como un contrato con su Santa predilecta? Pues bien, con harta frecuencia, se hizo el milagro al principio de la novena. Entonces, había que oír divertidos arranques como éste, después de la curación de un niño lisiado: «*Santa Filomena ha faltado a su palabra*. Debía de haber curado a esta criatura en otro lugar»⁹.

Después, cambió súbitamente de parecer. Le sabía mal, pues era muy delicado de corazón, causar pena a su querida Santita. «¿Por qué le prohíbe usted curar?, preguntaba un día Catalina Lassagne. ¿Cree usted que está contenta? —¡Oh! durante tres noches no he podido dormir; me parecía que me faltaba algo; sentía como un vacío; me parecía como si Santa Filomena me reprendiera porque no pienso bastante en ella. Le he prometido rezarle más».

Al ver cómo el Cura de Ars se enfadaba con Santa Filomena, a su vez, los peregrinos la invocaban menos. Entonces, entre el Santo viviente y la Santa del paraíso ocurrían ciertas «escenas» que tenían por testigos a los ángeles. Mientras el Cura de Ars celebraba misa en el altar de Santa Filomena, se produjo una curación. Volvió a la sacristía sin haberse dado cuenta del prodigio. Mientras él firmaba estampas sobre la mesa de los ornamentos, se le acercó el Rdo. Raymond: «Señor Cura, le dijo después de haberle referido el hecho, veo que Santa Filomena ha descansado mucho tiempo.

—¡ Ah! por esta razón la he reprendido así durante la misa: «Gran Santa, si no hacéis más milagros, vais a perder vuestra reputación»¹⁰.

* * *

De los numerosos testimonios consignados en el Proceso de canonización y de los recogidos en el Santuario de Ars, se desprende claramente que los prodigios —que, ya

⁸ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 288.

⁹ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 845.

¹⁰ Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 334.

en vida, circundaron la frente de nuestro Santo con una aureola anticipada— fueron *milagros a medias*. Cuando al Cura de Ars le parecía conveniente algún milagro, expresaba, de viva voz o en el interior de su corazón, el deseo de que se hiciese, pero después encargaba a Santa Filomena que obtuviese de Dios la feliz realización. ¿Acaso no es por eso por lo que la llamaba la *encargada de sus negocios, su responsable, su cónsul ante Dios*? La mayor parte de los milagros obrados en Ars no tuvieron en apariencia otra génesis. Con todo, hemos de citar algunos casos en los cuales Dios, por decirlo así, no dio tiempo a la Santa de intervenir, y en los que su gran amigo se vio cogido en flagrante delito de milagro¹¹.

Hemos hablado ya de la joven Sor Dositea, religiosa de la Providencia de Vitteaux. Estaba delicada del pecho, y el médico había dicho: «Morirá al caer las hojas». El Cura de Ars, al verla entre la muchedumbre, le concedió un turno de favor en el confesionario. «Hermana mía, le preguntó: ¿por qué desea curarse?» Expuso ella sus razones,^ el Santo replicó: «¡Bien! vaya al altar de Santa Filomena a pedir su curación; entretanto yo rogaré por usted.» Sor Dositea fue a rezar a la joven virgen y mártir y, al instante, se sintió restablecida. Esto ocurría en mayo de 1853; la religiosa tenía entonces veinticuatro años. Murió en la Providencia de Vitteaux el 13 de febrero de 1924, a la edad de ochenta y nueve años¹².

Durante la grave enfermedad que, en mayo de 1843, estuvo a punto de arrebatar de esta vida al Cura de Ars, una persona de Chalon-sur-Saône, la señora Claudina Raymond Corcevey, fue a Ars en busca de curación. Enferma de la laringe y de los bronquios, no podía pronunciar palabra sin sentir en la garganta un dolor semejante a la quemadura producida por un hierro al rojo; no se comunicaba con los suyos sino escribiendo en una pizarra... En esta forma se

¹¹ En general, las curaciones que se produjeron en Ars en vida de su Párroco fueron seguidas —los archivos dan fe de ello— de investigaciones dirigidas por los curas párrocos, los alcaldes y las personas caracterizadas de los pueblos. Todavía se conservan cinco o seis certificados en regla librados por los médicos.

¹² Según una *relación* del Rdo. Billoud, capellán de la Providencia de Vitteaux (Cote d'Or). Archivos de la casa parroquial de Ars.

LOS MILAGROS DEL CURA DE ARS

dirigió al Cura de Ars aquella mañana en que, convaleciente, bajó a la iglesia por primera vez. «Hija mía, le dijo, los remedios de la tierra son inútiles, y ya ha tomado usted demasiados. Pero Nuestro Señor puede curarla. Acuda a Santa Filomena. Deje la pizarra sobre su altar. Hágale violencia. Dígale, que si no puede devolverle la voz, que le dé la suya.» «En seguida, cuenta la señora Raymond Corcevay, me eché a los pies de la Santa, y así que hube concluido mi oración, quedé curada. Hacía dos años que no podía hablar y seis que padecía horriblemente. Al encontrarme con la señora Favier, en cuya casa me hospedaba, leí en voz alta, delante de muchas personas, algunas páginas sobre la confianza en la Santísima Virgen. Estaba del todo bien.» El día 11 de agosto, fiesta de Santa Filomena, la señora Raymond dejaba oír en la iglesia de Ars el timbre de su hermosa voz recuperada¹³.

Mi nieta, llamada como yo, Margarita, contaba en 1863 la señora Guerin, hermana del Cura de Ars, tenía un pólipa en la laringe. Los médicos no habían podido curarla. Resolvieron al fin conducirla a su tío el Rdo. Vianney. Mi hermano nos mandó hacer una novena a Santa Filomena. No obtuvimos ninguna mejoría. Nos dijo entonces que hiciéramos otra, durante la cual él rezó con nosotros. Por la noche del octavo día, mi pequeña Margarita se sintió como fatigada, y se encontró del todo bien, sin que el mal haya vuelto a aparecer¹⁴.

Una joven de los alrededores de Charlieu (Loira), parálitica de un lado, podía aún arrastrarse sobre sus piernas, pero no podía valerse en modo alguno del brazo derecho. Comienza a contar al Cura de Ars su larga historia de desdichas. El santo Confesor la interrumpe. «¡Vaya usted a decirlo a Santa Filomena!» Se dirige como puede, por entre aquella apiñada multitud, al altar de la Santa. «Devolve-me mi brazo, le suplica, si no, dadme el vuestro». Curada allí mismo, la que fue mujer parálitica corre al orfanato a hacer partícipe de su dicha a su amiga Catalina Lassa-gne¹⁵.

¹³ Señorita Claudina RAYMOND CORCEVAY, *Proceso del Ordinario*, página

1459.

¹⁴ Margarita VIANNEY, viuda de Gerin, *Proceso del Ordinario*, página

1026.

¹⁵ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 455.

Un joven de Feurs (Loira), llamado Barón, a consecuencia de una caída de caballo, se había encorvado de tal manera que con la cabeza tocaba las rodillas. Padecía un verdadero martirio. En tan miserable estado fue conducido a Ars. «Pídale a Santa Filomena», le dijo el Cura de Ars. Todos los días, dos vigilantes de la iglesia llevaban al herido del hotel al altar. «Durante dos meses, el pobre joven fue desencorvándose poco a poco, sin intervención de ningún médico hasta quedar completamente curado»¹⁶.

Carlos Blazy, de Cébazat (Puy-de-Dôme), tiene las piernas paralizadas, y no puede andar sin muletas. Va a visitar al Rdo. Vianney, quien le aconseja una novena a Santa Filomena, novena que no obtiene resultado. Le ha faltado fe. Comienza otra, con las mismas disposiciones. «Padre, ¿cree usted que podré dejar aquí las muletas? —¡Ah, amigo!, todavía las necesita usted.» Entretanto, la gracia hiere cada vez más el corazón de Carlos Blazy. ¿Va a acabar la segunda novena como la primera? Mas he aquí la fiesta de la Asunción (15 de agosto de 1858), que cae exactamente al fin de aquélla. El pobre enfermo, después de la misa del Santo, entra en la sacristía. «Pero padre mío, dice con insistencia, esta vez, de todas maneras, he de llevar las muletas a Santa Filomena. —¡Vaya, amigo!» El inválido se levanta. Ya curado, alza el aire sus muletas, ya inútiles, y se va, gozoso, entre la concurrencia admirada, a ofrecerlas a la Santa obradora del milagro. «Al regresar, escribía en 8 de septiembre el Rdo. Bazin, cura de Cébazat, Carlos Blazy ha podido andar dieciocho kilómetros a pie y sin fatiga, y hoy goza de excelente salud». El milagrosamente curado se hizo Hermano de la Sagrada Familia de Belley¹⁷.

El miércoles de Ceniza (25 de febrero de 1875) llegó a Ars una pobre mujer de Saint Romain, en Saône-et-Loire, Ana Thorin de Devoulet, empujando delante de sí un miserable cochecito, en el que yacía su hijo, hermoso niño de ocho años, enfermo de una coxalgia. Confía su Juan María a la familia Vernu y, para estar más segura de ver al Cura

¹⁶ Andrés TREVE, *id.*, p. 1118-1119.

¹⁷ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 179; Hermano ATANASIO, *id.*, p. 751; MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. II, p. 166-172.

de Ars, la animosa madre, fatigada como está, pasa las primeras horas de la noche en el vestíbulo de la iglesia. Repara en ella el santo Cura, y sin conocerla: «Pase usted delante de todos, le dice; usted es quien tiene más prisa». ¡Cosa extraña!, se confiesa, y, sin duda por falta de tiempo, no dice una palabra del pequeño inválido.

Desgarrada de pena, vuelve, esta vez con el niño, a la iglesia para oír la misa del señor Cura, y se coloca junto a la puerta de la sacristía. Entra el Cura de Ars, y tras él quieren cerrar la puerta. La mujer pone el pie en el umbral y, mientras discute con el Hermano Jerónimo, «¡Que entre!», dice el Santo. Ella se prostra a sus pies y le presenta el hijo para que lo bendiga. «Este niño, replica el Cura de Ars, es demasiado grande para ser llevado así. *Déjelo usted*, y póngalo en el suelo. —¡Pero si no puede! —Ya podrá: Tenga confianza en Santa Filomena». El Cura de Ars besa la cabeza del inocente niño, y dice a la madre: «Vaya usted, vaya a rezar a Santa Filomena; ella lo curará». Y como Ana Devoulet volviese a tomar el niño en brazos; «No, no, añadió, déjele que ande».

El niño, con grandes esfuerzos y cogido del brazo de su madre, puede llegar hasta la capilla de la Santa. El mismo se, arrodilla, y permanece así cerca de tres cuartos de hora sin apariencia de cansancio, dirigiendo alternativamente la mirada a la estatua yacente de Santa Filomena y a un librito de piedad que le había dado su madre. Esta, con los ojos anegados en lágrimas, ni puede rezar, ni sabe siquiera dónde se halla.

Finalmente, el niño se levanta por sí mismo y dice: «Tengo hambre». Comienza a andar; su madre lo toma de la mano; se le escapa y echa a correr hacia la puerta. Quiere salir, pero llueve. «¡Ya ves, madre, exclama, si hubieses traído mis zapatos!...» (Juan María los había perdido durante el camino.) Ana Devoulet, llevando el niño en brazos, entra en casa de un zapatero, pide que lo calcen y enseguida el niño se goza de poder saltar por las calles, donde, habiendo cesado la lluvia, comienza a jugar con los de su edad¹⁸.

¹⁸Según las declaraciones de Ana Devoulet, y su hijo Juan-María en 9 de agosto de 1864, *Proceso de! Ordinario*, p. 1414-1425.

Aunque en Ars estaban acostumbrados a ver milagros, éste metió tanto ruido, empero, que llegó a oídos del Cura de Ars. Y fue entonces cuando el Santo acusó a Santa Filomena de haber faltado a la palabra¹⁹.

Sucedía también que el Cura de Ars obraba varios milagros sin que invocase, al menos exteriormente, a Santa Filomena. He aquí algunos casos.

Cuenta Sor San Lázaro que una mujer enferma llegó a Ars en diligencia, no se sabe desde qué parroquia. Apoyada en sus muletas aguardó que pasara el Rdo. Vianney. «¡Ea, ande usted!, le dijo el siervo de Dios». Ella dudaba. «¡Pero ande usted, mujer, puesto que se lo dicen!», añadió el Rdo. Toccanier, que acompañaba al señor Cura. Entonces, dejó en seguida las muletas. «¡LléveselasXusted!», le dijo el Cura de Ars, al ver el movimiento que se producía en los presentes²⁰.

He de deciros, escribe en una de sus *Memorias* Juan Claudio Viret, de Cousance, que, encontrándome en Ars (Ain), fui a confesarme con el santo Cura, hacia las cinco de la tarde. Le vi entrar en la sacristía llevando de la mano a una niña de unos doce o trece años. La niña llevaba los ojos tapados con una venda blanca. Entró en la sacristía con el santo Cura y su madre.

Me fijé muy bien en todo aquel negocio. Al poco rato, madre e hija salían de allí. La niña no llevaba ya la venda. Al salir de la iglesia, me puse junto a ellas y les pregunté: «¿Qué han hecho ustedes en la sacristía con el santo Cura? —¡Oh, señor!, me respondió la madre, mi hija estaba ciega desde hacía dos años. No veía nada, sino muy poco la luz del sol... Pero desde que ha hablado con el Cura de Ars, ve bien la cruz que tiene en las manos».

Entonces saqué un libro de oraciones para ver si podía leer el título. La niña me respondió: «Veo bien las letras, pero hace dos años que no he leído».

Conté el hecho al señor des Garets, alcalde de Ars, que estaba en la puerta de la iglesia. No pareció maravillarse y se limitó a decirme: «¡Oh, nuestro Santo hace muchas otras cosas!»²¹.

En 1854, vivía en Grenoble una niña de cinco años, Ha-;

¹⁹

MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1160.

²⁰

Proceso apostólico ne pereant, p. 768.

²¹

Juan Claudio VIRET, cuaderno I, manuscrito XV.

LOS MILAGROS DEL CURA DE ARS

mada Matilde Besancon. Una amiga suya de doce a trece años la cogió, jugando, por la cabeza junto a las orejas, y la levantó en alto con tal fuerza que se le relajaron los músculos del cuello. La niña no podía sostener derecha la cabeza, sin apoyo. Después de muchos meses, al ver que el mal era incurable, sus padres la llevaron a Ars, con el objeto de ir a rezar a Santa Filomena. Sus oraciones parecían inútiles. Aquellos buenos cristianos oyeron la misa del Cura de Ars a quien habían encomendado la pequeña enferma. De repente, en medio del gran silencio de la elevación, la niña se levantó y lanzando un grito, dijo: «¡Mamá, estoy curada!... ¡Mira!». Efectivamente, podía menear la cabeza en todos sentidos con facilidad y sin apoyo²².

Un día de 1855, la señora Raymond Corcevey, que hacía unos dos años había sido curada en Ars de una laringitis, estaba arrodillada en el confesionario del Cura de Ars. «¿Puedo tener confianza, preguntó, en que Santa Filomena me conservará el habla hasta el fin? —Escuche, hija mía, respondió el siervo de Dios: Hace tan sólo algunos días que una buena mujer del campo vino aquí con su hija de siete años, muda de nacimiento. Esta pobre madre estaba haciendo su confesión, cuando de repente se detuvo. Hija mía, le dije, continúe usted. —¡Ah, padre mío, es imposible! Nunca había oído hablar a mi hija. ¡Escuche! Está allí, junto al confesionario. ¡Oh, qué gracia! ¡qué gracia!...» La niña, en efecto, ya no era muda; hablaba distintamente. «Aquella mujer, prosiguió el Cura de Ars, estaba demasiado emocionada, para poder continuar su confesión. No sabía sino repetir entre sollozos: «¡Qué gracia, Dios mío! ¡Qué gracia!»²³.

El 1.º de febrero de 1850, una persona de Viregneux, pequeña aldea del cantón de Saint-Galmier, en el Loira, llamada Claudina Venet, fue llevada a Ars. A consecuencia de un ataque cerebral, había quedado completamente sorda y ciega. El Rdo, Vianney no había visto nunca a aquella desgraciada, y nadie le había hablado de ella. Pues bien,

²²

Memoria del Rdo. Francisco, (Archivos de la parroquia de Ars).

²³

Señorita Claudina RAYMOND CORCEVAY, *Proceso del Ordinario*, página 1460.

mientras estaba delante de la puerta de la iglesia, pasó el Santo. Sin decir palabra, cogió a la ciega de la mano, la condujo hasta el confesionario, donde le mandó que se arrodillase. Apenas la había bendecido, cuando los ojos de la señora Venet se abrieron a la luz, y»sus orejas oyeron... Parecía salir de un largo sueño. Pero, acabada la confesión, el siervo de Dios le hizo esta extraña advertencia: «Su vista está curada, pero será usted sorda por espacio de doce años... Es voluntad de Dios que así sea.» Claudina Venet salió sola de la sacristía. Al separarse del Santo sacerdote, notó que sus oídos se cerraban de nuevo. En efecto, no oyó nada más en adelante.

Esta enfermedad, según la predicción del 1.º de febrero de 1850, persistió por espacio de doce años. Tranquila y resignada, disfrutando de laxista recobrada por milagro, la enferma esperaba el día de su total curación. ¡Cuál no fue su religioso pasmo, cuando, el día 18 de enero de 1862, se encontró del todo restablecida!²⁴.

En 1855, estuvo en Ars la señorita Farnier, joven de Montchanin (Saône-et-Loire), que era coja. Imploró del siervo de Dios la curación de su pierna. «Hija mía, respondió el Cura de Ars, desobedece usted demasiado a su madre; le contesta usted muy mal. Si quiere que Nuestro Señor la cure, enmiéndese de este defecto tan feo. ¡Oh, cuánto trabajo le costará! Acuérdesse de una cosa: usted se curará; pero poco a poco, según sea el esfuerzo en corregirse». Al llegara Montchanin, la señorita Farnier se esforzó en ser más obediente y más respetuosa con su madre. Su pierna, diez centímetros más corta que la otra, se fue alargando insensiblemente y, en pocos años, su enfermedad desapareció del todo²⁵.

En 1856, cuenta el señor Hipólito Pagés fui testigo de la curación de una jovencita que hacía tres años estaba muda

²⁴ El 31 de agosto de 1864, la señora Venet volvió a Ars en peregrinación de acción de gracias. Después de haber estado largo rato de rodillas sobre la tumba del santo Cura, hizo su declaración delante del señor Ball, a quien pareció tan interesante, que le rogó que la firmara. (Archivos de la casa parroquial).

²⁵ *Memoria* del Rdo. Marcelo Ganthey, sacerdote retirado en Chauffailles (Saone-et-Loire), 20 de diciembre de 1901, p. 3-6. «Tenía yo, dice, siete u ocho años, cuando murió la señorita Farnier. Recuerdo haberla visto dos veces. Caminaba perfectamente».

LOS MILAGROS DEL CURA DE ARS

a causa de una parálisis. Después de haberse confesado por escrito al siervo de Dios, y de haber recibido la comunión de su mano, tuvo la dicha, durante la acción de gracias, de recobrar perfectamente el habla. Conversé en seguida con ella, y me convencí, por mí mismo, de la curación. «Mire usted cómo ha sucedido esto, me dijo. Durante la acción de gracias, entendí que podría hablar al darme cuenta de los movimientos que hacía mi lengua para seguir lo que rezaba con el corazón»²⁶.

Una señora de Lión quiso presentar al Cura de Ars un niño que tenía un grueso tumor por debajo del ojo. El niño había de ser operado, pero quisieron antes que lo bendijera el siervo de Dios. Cuando el Santo levantaba la mano sobre la frente de la pobre criatura, la señora cogió aquella mano venerable, y la hizo posar sobre el mal, que, al instante, desapareció. Este acontecimiento se divulgó por todo el pueblo, pero el Cura de Ars cuidó bien de tomar la delantera. El mismo día por la noche, cuando el Rdo. Toccanier y el Hermano Atanasio lo acompañaron a su habitación, dirigiéndose a ellos, les contó:

«Amigos, hoy me ha ocurrido un *curioso saínete*. ¡Cuánto me he avergonzado!... Si hubiera encontrado una ratonera me hubiera escondido allí...

—Pues, ¿qué es lo que ha pasado?, preguntó el misionero.

—Dígase lo que se quiera, Nuestro Señor todavía hace milagros... Miren ustedes: una señora me ha traído un niño que tenía un tumor en el ojo. Ha hecho que yo lo tocara, y todo se ha fundido...

—Esta vez, replicó el Rdo. Toccanier, no dirá usted que ha sido Santa Filomena.»

Pareció titubear un poco, y al fin respondió: «¡Ah! también podría haber intervenido en algo»²⁷.

²⁶ *Proceso del Ordinario*, p. 450.

²⁷ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 233; reverendo TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 332. El Hermano Atanasio dice en sus notas manuscritas: «El Hermano Jerónimo nos dijo al día siguiente: ¡Si hubiesen visto usted cómo atravesaba el señor Cura la plaza después de la curación de este niño!... ¡Era cosa de risa! Se apretaba las mejillas con ambas manos y andaba a grandes pasos, como si lo hubiesen azuzado a palos».

¿Podemos concluir de estas últimas palabras que el Cura de Ars, en todos los casos de curaciones, invocaba primero desde lo íntimo de su corazón a su Santa predilecta, y que tenía como una visión misteriosa del papel que ella desempeñaba en aquellas circunstancias? Puede ser. Pero, sea de ello lo que fuere, tuvo siempre gran cuidado de atribuir a Santa Filomena todas las curaciones y a la Santísima Virgen todas las conversiones²⁸.

En las diversas partes del *Proceso* se relatan unos treinta milagros. Más tarde, hablaron todavía otros testigos... Sabemos, además, que millares de enfermos pidieron al Cura de Ars remedio para sus dolencias. ¿En qué proporción fueron escuchados? No lo sabemos. En su mayor parte, no fueron ciertamente curados. El Santo imploraba para ellos dones mucho mejores: tenía en gran estima el sobrenatural beneficio de la paciencia cristiana. «La mayor cruz es no tener cruz», exclamaba²⁹. «¡Tanto mejor, amigo mío, tanto mejor!, decía al Hermano Atanasio, que le confiaba sus penas; esto aviva la fe»³⁰. «Un día, dice el señor Dufour, que le acompañé a visitar a un enfermo, oí como le decía: «Amigo mío, no sé si he de rogar por su curación. No conviene quitar la cruz de las espaldas de quienes saben llevarla tan bien»³¹.

* * *

Ante todo, cuando le pedían que curase a alguna persona, el Cura de Ars exigía como condición indispensable *la fe*. «¡Oh, mujer, tu fe es muy grande!», decía el divino Maestro antes de curar a la hija de la Cananea³². El Cura de Ars no exigía menos cuando le pedían un prodigio. «No es así como hay que tomar las cosas cuando uno desea ser curado», respondía a un joven de Marsella, sujeto atacado de un mal crónico, y cuya fe corría parejas con sus

Juan Claudio VIRET, cuaderno I, manuscrito XVI. Juana María CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 683. Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 670. *Proceso apostólico en genere*, p. 346. San Mateo, XV, 28.

LOS MILAGROS DEL CURA DE ARS

costumbres³³. «Bien, haga usted una novena de oraciones, decía a una mujer de Montfleur (Jura) que había ido a Ars, a intención de una pariente enfermo. Solamente, añadió, no sé si Dios la escuchará a usted, pues en aquella casa no hay más religión que en un establo de caballos.» Por desgracia, era ello mucha verdad. El enfermo murió al fin de la novena³⁴.

Un vecino de Nantes padecía gota. Mientras proyectaba ir a París para someterse a un tratamiento médico muy caro, uno de sus amigos, el señor Sionnet, tesorero de la fábrica de San Nicolás, se esforzó en persuadirle «que las oraciones del Cura de Ars valían más que todas las consultas de los más hábiles doctores...»

Pero nuestro gotoso porfiaba y ponía condiciones... Escribieron desde Nantes al Hermano Atanasio, rogándole que expusiera al caso al Rdo. Vianney. He aquí la respuesta de Ars: «El señor Cura, que no quiere condiciones ni *peros* con Dios, acaba de decirme que vale más que dejen marchar a este señor a París; que cuando se pide una gracia poniendo condiciones, es seguro que no se alcanza nada»³⁵.

* * *

El milagro es la señal de lo divino; es la firma de Dios en el mundo; sin embargo, la santidad puede existir sin él. Aunque no hubiese hecho ningún prodigio, no por esto el Cura de Ars sería menos Santo. Por lo demás, ¿no fue acaso su vida un *perpetuo milagro*? Este es el pensamiento de Ri-vadeneira, al hablar de San Bernardo, en aquel volumen de la *Vida de los Santos*, tan leído y releído por el Cura de Ars: «El mismo fue el primero y el mayor de todos sus milagros». Este pensamiento de aquel antiguo autor lo expresa no menos felizmente un contemporáneo del Rdo. Vianney, Juan Pertinand, que fue su amigo, su enfermero

³³ Carta dirigida desde Marsella, el 9 de enero de 1862, al reverendo Toccanier por Pedro L., el héroe de esta historia, quien después, si bien no consiguió curarse, volvió a las prácticas cristianas.

³⁴ *Notas del Rdo. GROS, cura de Jasseron (Ain).* (Archivos de la casa parroquial de

⁵ Carta del Hermano Atanasio a destinatario desconocido, 2 de mayo de 1857.

de ocasión y el maestro de la aldea: «La obra más difícil, dice, la más extraordinaria, la más prodigiosa que realizó, fue su vida misma»³⁶.

«Creo, decía el Rdo. Dubouis, su vecino de Fareins, que el señor Cura de Ars no hubiera podido cumplir con su aplastante trabajo sin una asistencia sobrenatural»³⁷. «Es humanamente incomprensible, afirma el canónigo Gardet-te, que haya podido, durante treinta años, soportar un ministerio bajo cuyo peso todo otro sacerdote, por fuerte que se le suponga, hubiera muy pronto sucumbido»³⁸. «Vivía merced a un socorro especial de Dios», asegura Pedro Faivre³⁹. Finalmente, he aquí el parecer de uno de los médicos que prestaron sus cuidados al Cura de Ars: «Según su manera de vivir, tal como me fue conocida, considero su existencia como extraordinaria y naturalmente inexplicable.» Así hablaba el doctor Michel, de Coligny⁴⁰.

De todo lo cual podemos concluir, con Pablo Bourget: «No, la era de los milagros no se ha cerrado, pero faltan santos, y éstos ¡son tan raros!»⁴¹.

³⁶ *Proceso apostólico ne pereat*, p. 866.

³⁷ *Ibid.*, p. 902.

³⁸ *Ibid.*, p. 931.

³⁹ *Ibid.*, p. 1495.

⁴⁰ *Proceso del Ordinario*, p. 1283-1284.

⁴¹ Paul BOURGET. *Nouveaux pastéis*, Un saint.

XXVIII. LOS GRANDES HECHOS MÍSTICOS DE LA VIDA DEL CURA DE ARS

Silencio de humildad o de enajenamiento.—Durante la celebración de la misa.—Los éxtasis corporales y las visiones.— 51 Cura de Ars y el espectáculo de otro mundo: el purgatorio, ú infierno, el cielo.—Don de lágrimas, levitación, aureola, añilo místico.

«Paso ahora, decía San Pablo, a las visiones y a las reve-aciones del Señor..., a las pruebas de mi apostolado, que ¡on los signos sobrenaturales, los prodigios y los milagros»¹. Al llegar a este punto de la vida del Cura de Ars, ramos a referir, apoyados en documentos, escasos cierta-mente, pero tan seguros como es posible, algunos de los favores más extraordinarios que recibió de Dios.

San Pablo, antes de remontarse a los encumbrados lechos de su propia vida mística, se excusa ante sus fieles imigos de Corinto: sí, sin duda, que no está bien glorificarle a sí mismo; mas si el apóstol habla, es obligado por la ne-cesidad; sus adversarios niegan que su misión sea de Dios; mes Pablo va a confundirles diciendo que Dios le ha dado >ruebas... El Cura de Ars no llevaba «la carga de todas las glesias»²; así que, oculto en su oscura aldea, no opuso a los itaques de los enemigos, cuando únicamente tenían por obje-o su persona, más que un resignado silencio.

Explicaba de buena gana, y en toda ocasión, sus luchas :on el infierno; pero dejó obstinadamente en el olvido las ecompensas tan legítimas que recibía del cielo. El Rdo.

¹ II. Cor., XII, 1 y 12.

² II. Cor., II, 28.

Alfredo Monnin, después de haber pasado largas temporadas junto al Cura de Ars, ha sido el primero en observar:

El siervo de Dios nunca hablaba de los favores divinos de que era objeto. Las preguntas que a este propósito se le hacían le molestaban y cansaban visiblemente. Para evitarlas, solía expansionarse en efusiones de amor de Dios o en interesantes pormenores de las vidas de los santos, de los que hablaba como si los hubiera conocido. De los labios de un cierto número de testigos, y no de los suyos propios, hemos podido enterarnos de algo acerca de los secretos de su vida mística³.

Sin embargo, acontecíale algunas veces que, sin querer, se comprometía a sí mismo, ya impedido por las vivas emociones que sentía, ya por caer en las redes tendidas a su humildad. Así, por ejemplo, un día llegó a la casa de la *Providencia* con el rostro todo encendido. «¡Qué gracia, qué felicidad, qué cosa más extraordinaria!, exclamó en presencia de Catalina Lassagne, que estaba sobrecogida.

—Pero, ¿dónde?, le preguntó, pasados unos momentos.

—¡En la iglesia...; en la iglesia!...»

Y no pudo decir más⁴. «Las maravillas que Dios opera en el interior de sus criaturas producen naturalmente el silencio, el pasmo, no sé qué de divino que impide toda manifestación»⁵.

¿Qué vio el Cura de Ars, aquel día, en la iglesia? Tal vez aquella «procesión de los santos» de la cual hablaba a «sor Catalina Lacand» y cuyo recuerdo siempre le impresionaba⁶.

* * *

Los que tuvieron la dicha de oír su misa, notaron la transfiguración que entonces se producía en toda su persona. El mismo se lo conocía, de manera que solía recomendar a las huérfanas de la *Providencia* que no mirasen al sacerdote cuando estaba en el altar⁷. Ángel por la fe y serafín por el amor, tenía al celebrar «los ojos de fuego que ilumi-

³ *Proceso apostólico ne pereant*, p. 992.

⁴ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 90.

⁵ BOUSSET, *Elevations sur les mystères*, XVI semana, 12 elevación.

⁶ Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 333.

⁷ Luana María CHANA Y, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 476.

naban su rostro»⁸. «Vi con frecuencia al ayudarle la misa, dice Andrés Treve, que su actitud recogida tenía todas las apariencias del éxtasis»⁹. Instintivamente, le miraba uno los pies para ver si todavía tocaban el suelo¹⁰.

El mismo confesó a veces que las especies eucarísticas le bastaban para alimentarse, como cuentan de otros Santos. «¡Oh, qué hambre tenía durante la misa!, decía una mañana a Catalina Lassagne. Cuando ha llegado el momento de comulgar, he dicho al Señor: Dios mío, alimentad mi cuerpo y mi alma;. Y el hambre ha cesado por completo»¹¹. «Tiempo vendrá, según creo, afirmaba un sacerdote, en que el Cura de Ars no vivirá sino de la Eucaristía»¹².

¿Tuvo nuestro Santo visiones durante la misa? ¿Contempló a Jesucristo bajo los rasgos de su humanidad? Según el Rdo. Toccanier, «la opinión general en Ars era de que gozaba de la presencia visible del Salvador en la Eucaristía»¹³. «Después de la consagración, cuando tengo a Nuestro Señor en mis manos, me olvido de mí»¹⁴. Pero estas palabras son para nosotros demasiado vagas; he aquí otras más precisas: «Cuando Nuestro Señor está sobre el altar durante la misa, al pedirle por los pecadores, lanza rayos de luz para descubrirles sus miserias y convertirles»¹⁵. «Esperad... En seguida, después de la misa», respondía a veces el Cura de Ars a las personas que iban a consultarle muy de mañana, como si durante el Santo Sacrificio hubiese de recibir directamente los divinos consejos¹⁶. De esta manera, predijo a una joven de Rive-de-Gier —la futura Sor María Gabriel de la Visitación de Montluel— que contra todas las apariencias sería llamada al estado religioso. «¡Oh, hija mía!, le dijo con el rostro radiante, cuando

⁸ palabras del general des Garets, sobrino de la señorita des Garets, al canónigo Coubé (*Panegyrique du B. Vianney*, 6 de agosto de 1918). ' *Proceso apostólico continuativo*, p. 810.

¹⁰ Conde DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 950. ¹¹ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 35.

¹² *Ibid.*, p. 36.

¹³ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 118.

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción,; p. 104.

¹⁶ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 474.

la encontró al salir de la iglesia, ¡qué feliz es usted! Nuestro Señor la ha escogido por esposa»¹⁷.

Un día, después del catecismo, mientras tomaba su ligera refección de pie delante de un pequeño armario que le servía de mesa, creyendo sin duda estar solo —no había advertido que Juana-María Chanay estaba en la cocina—, comenzó a decir entre suspiros: «¡De verdad, que no he visto a Dios desde el domingo!» Se sobresaltó cuando Juana-María, que lo había oído todo, le preguntó: «¿Antes del domingo lo veía usted?» El bueno del Santo, todo confuso, al verse cogido en sus propias palabras, no le respondió¹⁸.

Hacia el año 1850, en una de sus instrucciones de las once, decía: «Ved que somos del todo terrenales, y nuestra fe nos presenta los objetos a trescientas leguas de distancia, como si Dios estuviera al otro lado de los mares. Si tuviéramos una fe viva, a buen seguro que le veríamos allí, en el Santísimo Sacramento. *Hay sacerdotes que lo ven todos los días en el santo sacrificio de la misa*»¹⁹.

Pero si el Cura de Ars «veía a Dios», ¿de qué manera le veía? No creemos que se tratase de apariciones externas; era solamente en su espíritu donde contemplaba lo inefable y lo invisible. Por lo demás, el Cura de Ars bien claro lo manifestó en un rato de dulce intimidad con su querido amigo el Rdo. Tailhades. Hacía revivir delante de él los primeros años de su vida apostólica, «el tiempo, decía, de las gracias extraordinarias». «En el altar santo, gozaba de insignes consolaciones: veía al mismo Dios.

—¿Le veía usted?

—¡Oh! No diré que de una manera sensible... Pero ¡qué gracia!... ¡qué gracia!»²⁰.

Estas palabras revelan en el Cura de Ars algo más que aquel alto grado de contemplación o que las gracias especiales de que era objeto, algo más que la unión mística, por la cual «Dios asocia el alma a su vida, mientras el alma se

¹⁷ *Circulares* de la Visitación de Moutluel: noticia sobre la señorita Tonine Gro-demonge, en religión Sor María Gabriel.

¹⁸ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 105.

¹⁹ *Instrucciones de las once*, manuscrito de la Bastie, p. 25.

²⁰ Rdo. TAILHADES, *Proceso del Ordinario*, p. 1516.

hunde en el seno de Dios, y goza del delicioso sentimiento de su íntima presencia»²¹. Sin embargo, no era todavía el *éxtasis corporal* «en el que, como dice Santo Tomás de Aquino, la contemplación arranca al alma de las operaciones de los sentidos»²².

Ningún testimonio contemporáneo permite afirmar que el Cura de Ars tuviera éxtasis durante la misa. Según parece, nunca prolongó la celebración más allá del tiempo necesario. Pero en otras ocasiones, gozó ciertamente de este favor sublime.

Sor María Francisca, de la tercera orden franciscana de Saint-Sorlin, fue a confesarse con él durante la Semana Santa de 1849 ó 1850. Terminada la acusación, preguntó al Santo: «Padre, ¿qué quiere Dios de mí? —¡Ah, hija mía!...», murmuró detrás de la rejilla con voz débil y dulce.

No dijo nada más. Después, refiere la religiosa, el Rdo. Vianney «habló consigo mismo por espacio de cinco minutos, no sé en qué lenguaje, pues era tal que no pude entenderle. Llena de admiración, le miraba el rostro. Estaba fuera de sí. Pensé que veía a Dios y, juzgándome indigna de permanecer en la presencia de un Santo, me retiré toda espantada»²³.

En marzo de 1852, hacia la una y media de la madrugada, el Cura de Ars daba la preferencia en su confesionario a una joven religiosa de la Congregación del Niño Jesús, llamada Sor Qbtilda. Tan sólo una vela iluminaba aquel rincón de la capilla de San Juan Bautista. Cuando el Cura de Ars abrió la portezuela de la rejilla, apareció a su penitente revestido de cierta claridad. Una luz sutil, supraterrrestre, lo envolvía todo entero. Profundamente emocionada, la religiosa se acusó de sus faltas. Cuando hubo acabado:

«—¡Padre!..., le dijo.

—«Confíese usted», replicó el Santo, todavía resplandeciente. Dócil a sus palabras, la buena Hermana continuó.

²¹ Mons. CONVERT, *Le Curé d'Ars et les dons du Saint Esprit*, página 109.

²² *De veritate*, quaest. 10, art. II *sed contra*.

²³ *Proceso del Ordinario*, p. 1393.

—Padre mío», se atrevió a añadir.

—¡Confíese usted!

—Pero si no tengo más de qué acusarme...»

Hubo un largo silencio. Por fin, el Cura de Ars salió de su inmovilidad y le preguntó:

«Hija mía, ¿ha cumplido siempre bien las penitencias?».

Al oír esto, la buena de la religiosa descubrió en su pasado algunos descuidos que tenía olvidados. Se acusó de ellos con toda humildad; recibió la absolución, y se alejó. Había estado en el confesionario cerca de una hora. Cuando salió, el Cura de Ars había recobrado su aspecto ordinario²⁴.

El año 1849, la señorita María Roch, de París-Montrouge, quiso recurrir a las luces del Cura de Ars: estaba afligida por ciertas penas interiores muy vivas, y creía que solamente el hombre de Dios podía librarla de ellas. Después de una larga espera, la señorita Roch pudo acercarse al confesionario; desde su sitio, dirigió sus miradas hacia el rincón oscuro donde estaba el siervo de Dios. ¿Qué vio allí? Dos rayos de fuego que parecían salir del rostro del Santo, cuyos rasgos aparecían confusos, como eclipsados, por aquellos intensos resplandores. ¿Era aquella señora juguete de alguna alucinación? No, no había ilusión posible. La señorita Roch era muy dueña de sí, y la luz solar no podía en aquellas horas penetrar en aquel rincón oscuro. Nuestra parisiense, como fascinada por aquellas miradas de fuego, se fijó en ellas durante ocho o diez minutos, y vio que no se extinguían. No tuvo valor para entrar en el confesionario, y se retiró de la capilla de San Juan Bautista. Pero el Santo había leído en su corazón. Al día siguiente, al salir del catecismo, sin que ella le hubiese explicado cosa alguna, pasó por su lado y, deteniéndose, le dijo: «Hija mía, esté usted tranquila; todo irá bien»²⁵.

¿Qué veía el Cura de Ars? ¿Qué sentía durante aquellos minutos en que no era de este mundo? Sólo él podía decirlo, pero no lo hizo. Por dicha nuestra, dos o tres veces,

²⁴ Testimonio recogido por el señor Ball, cura de Ars, de labios de Sor Clotilde, el 21 de noviembre de 1878.

²⁵ *Armales d'Ars*, mayo de 1915, P. 383.

hubo terceras personas que fueron favorecidas con las mismas visiones que el siervo de Dios. De esta manera, al menos con respecto a una de las apariciones, poseemos los más precisos y pequeños pormenores.

La narradora, señorita Estefanía Durié, nacida en Arfe-nille, en el Allier, mujer inteligente, reservada y digna de toda confianza, la cual se dedicaba a hacer cuestaciones para las obras del Cura de Ars, llegó a esta población por la mañana del día 8 de mayo de 1840. Esta vez llevaba una suma bastante considerable destinada a fundaciones de misas. Pasó primeramente por la *Providencia*, donde comió, y después quiso entregar el dinero a quien correspondía. He aquí lo que le acaeció:

Acababa de dar la una. El señor Cura estaba solo en su cuarto. Catalina Lassagne me abrió la puerta de la casa parroquial. Comencé a subir la escalera, cuando he aquí que el Cura de Ars hablaba como si alguien estuviese con él. Subí sin hacer ruido, y escuché. Una voz dulce le decía: «¿Qué queréis?».

—¡Ah, mi buena madre! Yo os pido la conversión de los pecadores, el consuelo de los afligidos, el alivio de los enfermos y, en particular, de una persona que hace mucho tiempo que padece y que desea morir o curarse». La voz respondió: «Se curará, pero más tarde».

Al oír estas palabras entré súbitamente en el cuarto, cuya puerta estaba algo entreabierta. Como yo padecía de un cáncer, estaba convencida de que todo aquello iba para mí. ¡Cuál no fue mi sorpresa al ver, de pie delante de la chimenea, a una señora de estatura regular, vestida con un ropaje de radiante blancura sobre el cual se veían esparcidas unas rosas de oro! Su calzado me pareció blanco como la nieve. En sus manos brillaban los más ricos diamantes y su frente estaba circundada de una diadema de estrellas lucientes como el sol. Me quedé deslumbrada.

Cuando pude dirigir hacia ella mis miradas, vi cómo sonreía dulcemente. «Mi buena madre, le dije en seguida, llevadme al cielo.

—Más tarde.

—¡Ah! es ya tiempo, madre mía.

—Tú serás siempre mi hija y yo siempre seré tu madre».

Después de haber pronunciado estas palabras, desapareció. Permanecí por unos momentos como fuera de mí, estupefacta del favor que se me había concedido. ¡Es posible ver cosas tan hermo-

sas y ser tan ingrata!, me decía. Al volver en mí, contemplé al señor Cura, de pie delante de su mesa, con las manos juntas sobre el pecho, el rostro resplandeciente y la mirada inmóvil. Temí que hubiese muerto; me acerqué a él y le tiré de la sotana. «Dios mío, comenzó a decir, ¿sois vos?»²⁶.

—No, no, Padre mío, soy yo (y, mientras pronunciaba yo estas palabras, volvió en sí y se movió). ¿Dónde estaba usted, Padre? ¿Qué ha visto?

—He visto a una señora.

—Yo también, repliqué. ¿Quién era esta señora?

—Si usted habla de ello, repuso el Cura de Ars en tono muy severo, no ponga jamás los pies aquí.

—¿Puedo decirle lo que pienso? Me parece que era la Santísima Virgen. >^ —Y no se equivocó usted. ¿Entonces también la ha visto?

—Sí, la he visto y le he hablado... Ahora explíqueme usted qué le ocurría, cuando yo pensaba que había muerto.

—¡Oh, no!... Es que estaba demasiado contento de haber visto a mi madre.

—Padre mío, le debo a usted el haberla visto... Cuando vuelva conságrame a ella, para que a su vez me consagre a su divino Hijo».

El siervo de Dios me lo prometió, y después me dijo:

«—Usted curará.

—Pero, ¿cuándo, Padre?

—Un poco más tarde. No pregunte usted más.»

Después en tono muy suave añadió:

«Con la Santísima Virgen y Santa Filomena, nos conocemos muy bien»²⁷.

Tal vez aludiendo a esta escena prodigiosa el Cura de Ars decía a un visitante de calidad: «Nadie osaría poner el pie sobre este pavimento, si se supiese quién pasó por aquí»²⁸.

En esta escena el Cura de Ars presenta todos los fenómenos del verdadero éxtasis, en el cual la unión mística se deja sentir, no sólo sobre el alma, sino también sobre el cuerpo: inacción de los sentidos, miembros con frecuencia inmóviles, respiración y latidos completamente parados; «y aun a veces se puede tener, en ciertos momentos que la persona ha muerto». (Aug. POULAIN, *Des graces d'oraison*, op. cit., páginas 164-165).

²⁷ *Proceso del Ordinario*, p. 1447-1448; *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1215-1216.—Efectivamente, la señorita Durié se curó del cáncer en el mismo pueblo de Ars, tres meses y medio más tarde, el 15 de agosto.

²⁸ Baronesa DE BELVEV, *Proceso apostólico in genere*, p. 224.

En el relato de esta visión, hay que señalar dos pormenores: El Cura de Ars habla de la Santísima Virgen y de Santa Filomena como hombre acostumbrado a sus visitas: acepta además, sencillamente, el consagrar a la señorita Durié a la Santísima Virgen, como seguro de nuevas apariciones... La señorita Durié quisiera saber más, pero el varón de Dios corta en seco las preguntas indiscretas.

No se mostró mucho más explícito durante los seis años que el Rdo. Toccanier vivió con él. «Decíale un día, refiere éste: —Se asegura que tiene usted visiones.» No pude sacarle más que esta sencilla confesión: «Sí, una vez vi en la cabecera de mi cama a alguien vestido de blanco que me hablaba dulcemente, como un confesor»²⁹.

Si hay que dar fe a Mariana Renard, que vivía con su madre cerca de la antigua casa parroquial, el Cura de Ars tuvo apariciones desde el principio de su cura de almas. «Cuando comenzaron a venir peregrinos —en 1828— llegó a Ars una mujer para confesarse con el siervo de Dios. Se fue a la iglesia muy de mañana. ¿Qué vio en la sacristía, cuya puerta estaba abierta? Al señor Cura que hablaba con una hermosa señora vestida de blanco. No se atrevió a entrar, y esperó. «¿Por qué no se ha acercado usted en seguida? —le preguntó el Santo. —Porque hablaba usted con una señora.» El siervo de Dios no respondió ni palabra. Cuando la mujer entró en la sacristía, la señora había desaparecido. Como no vio que nadie saliera por la puerta, supuso que el señor Cura hablaba con la Santísima Virgen»³⁰.

Francisco Bourdin, de quien ya hemos hablado como de una persona convertida por el Cura de Ars, tenía sin duda la conciencia muy pura después de siete confesiones seguidas. A pesar de todo, por la mañana del octavo día, cuando iba a comulgar en la misa de uno de los misioneros, le asaltó un pensamiento inquietante: ¿había de verdad recibido la absolución?... Tenía de ello un recuerdo muy vago.

²⁹ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 381.

³⁰ Mariana RENARD, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 788.— Un hecho semejante, pero que no parece ser exactamente igual, lo refiere a Mons. Convert, en carta de 29 de noviembre de 1910, la señora Rochefort, de Chauffailles (Saone-et-Loire), que había recibido de su madre los pormenores del mismo.

Y si no la había recibido, ¿podía creerse en gracia de Dios?... En lugar de comulgar, Bourdin se puso en la última fila de los penitentes. Acostumbrado a la paciencia por las largas esperas de aquellos ocho días, permaneció allí hasta la tarde. Finalmente, llegó delante de la deseada puerta. Cuando el que le precedía hubo dejado el confesionario de la sacristía, Bourdin se arrodilló en su lugar. Nadie, fuera de él, había entrado.

En aquel momento, el Rdo. Vianney no estaba sentado en el confesionario. Vuelto hacia la puerta hablaba con una señora algo más alta que él, que también permanecía en pie. Llevaba un manto azul, y era de una hermosura maravillosa. El Cura de Ars no se había fijado en el penitente que acababa de entrar. Solamente la señora le había dirigido una bondadosa mirada. El misterioso coloquio duró cerca de media hora, pero sin rumor de palabras. Durante aquel tiempo, el buen hombre permaneció de rodillas en el reclinatorio, con la cabeza entre las manos. «Sintió, a manera de un peso inmenso que se levantaba de su pecho, la impresión sensible de la gracia en su corazón.»

El Señor cura cogió al penitente por el brazo., Bourdin se había ya levantado. Buscó la visión, pero había desaparecido sin que la puerta se hubiese abierto otra vez. En lugar de sentarse delante de él para escucharle, le despidió amablemente. «¡Vaya, amigo mío, vaya usted en paz! Es seguro que está en gracia de Dios»³¹.

Como es natural, tales relatos corrían por la parroquia y entre los peregrinos. «Todos estaban persuadidos, atestigua la señora Cristina de Cibeins, de que el señor Cura tenía visiones y de que, en particular, gozaba de la presencia de la Santísima Virgen»³².

³¹ La *relación* del Rdo. Joly, cura de Benonces (Ain), en la que se contienen estos extraordinarios pormenores, se conserva en los archivos de la casa parroquial de Ars. El señor Joly conocía muy bien a Francisco Bourdin, que vivía retirado en su parroquia, junto a la Cartuja de Portes. En 1900, fecha de este relato, Bourdin, nacido en 11 de noviembre de 1821, era casi octogenario, pero se hallaba todavía en pleno uso de sus facultades. «Era, escribe el Rdo. Joly, un anciano universalmente apreciado por su piedad y su virtud. Su testimonio no puede ser sospechoso». Hagamos notar de nuevo que en esta visión aparecen en el Cura de Ars los fenómenos esenciales del éxtasis.

³²

Proceso apostólico continuativo, p. 159.

Hemos oído cómo él mismo hacía alusión a otras apariciones que no eran de la Santísima Virgen: mencionaba también a Santa Filomena. De ello volvió a hablar hacia el fin de su vida, en mayo de 1859. Conversaba, en la salita de visitas que había hecho arreglar junto a la puerta de su casa, con la baronesa Alix de Belvey; la conversación había tomado un aire de intimidad, y el santo anciano se dejaba arrastrar por la corriente de sus recuerdos. «Estaba apenado, decía a aquella señora cuya discreción le era conocida, porque no veía cuál era la voluntad de Dios acerca de la nueva iglesia: ¿había que gastar todos los recursos en la construcción y sacrificar la obra de las misiones parroquiales?... Mientras yo oraba, se me apareció Santa Filomena; había bajado del cielo, bella, radiante de luz, envuelta en una blanca nube. Díjome dos veces: «Nada vale tanto como la salvación de las almas». Se refería a las misiones. Mientras hablaba, prosigue la baronesa de Belvey, el Cura de Ars estaba en pie, con los ojos levantados y el rostro encendido ante aquel recuerdo que todavía le encantaba³³.

Los que le rodeaban estaban convencidos de que apenas dormía. Por sus propias palabras, sabemos que con frecuencia el demonio le tenía en vela. Pero estas repugnantes visitas, ¿no tenían sus compensaciones? ¿Cómo saber el secreto? El Rdo. Toccanier pudo sacarle, hábilmente, alguna cosa. «¿También reza usted de noche? —le preguntaba sin aparentar interés el joven vicario. —Sí, amigo mío, cuando me despierto... Ya soy muy viejo; me queda poco tiempo de vida, y es menester aprovechar todos los momentos... — ¿Se acuesta usted en el suelo y no duerme mucho?— ¡Oh, no siempre está uno acostado en el suelo!...» Siguió un rato de silencio; el Cura de Ars entendió que había hablado demasiado. Sin embargo, todavía temía dejarse coger. «De verdad, señor Cura, continuó el misionero, por medio de estas misiones que usted funda, Dios da a entender claramente que le quiere aquí. —¡Oh, amigo mío, cuan errado andáis de cuentas!». Esta vez se acabaron las

³³ *Proceso del Ordinario*, p. 258-254; *ne pereant*, p. 234.

³⁴ Rdo. TOCCANIER, *Notas* manuscritas, p. 40.

confidencias; el Rdo. Vianney dio en seguida otro sesgo a la conversación. Esto ocurría el 22 de noviembre de 1856³⁴. ¿Fue como un reflejo de estas consoladoras visiones de la noche el resplandor misterioso que sobre el cielo de Ars vio un seminarista, fallecido después en Nuestra Señora de Aiguebelle? Tal vez sí. Mas, sea de ello lo que fuere, «el joven sacerdote Tíssot —futuro Padre María Bartolomé—, que pasaba unos días de vacaciones en casa del maestro Juan Pertinand, habiéndose asomado una noche a la ventana del primer piso, vio una gran claridad en la casa parroquial, de donde concluyó que debía de ocurrir en ella algo de extraordinario³⁵.

* * *

Algunos hechos que muestran algo más que simples intuiciones —revelaciones verdaderas— parecen indicar que el santo Cura, por un privilegio especial de Dios, pudo contemplar más de una vez las cosas del otro mundo.

Mi convicción personal, dice la condesa des Garets, es de que el Rdo. Vianney estaba en relación directa con los difuntos y que sabía cuanto pasaba en el purgatorio. Uno de mis hijos murió por Francia en la guerra de Crimea. Cuando recibimos la triste y gloriosa nueva nuestro Santo nos aseguró que Joanny se había salvado. Algunos días después, en la explicación del catecismo, se le escapó decir, aludiendo a nuestro querido difunto: «Como este pobre joven... Está en el purgatorio, pero por poco tiempo». Nosotros, empero, estábamos inquietos: ¿pudo nuestro hijo, antes de morir, tener a su lado algún sacerdote? Pasados seis meses recibimos una carta de un oficial, quien nos aseguraba que, después de haber sido herido, se había confesado y había muerto de una manera muy edificante. Mi marido corrió a dar la noticia al señor Cura, que se limitó a responder: «¡Oh! me alegro mucho por su madre; pero en cuanto a mí, esto me confirma lo que yo creía»³⁶.

Una joven religiosa del Saône-et-Loire, después de haber consultado con el Cura de Ars sobre su vocación, quiso sa-

Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 105. *Proceso del Ordinario*, p. 901-902.

ber si su padre, muerto en accidente, se había salvado. «Sí, hija mía, pero está *muy abajo*. Ruegue mucho por él»³⁷.

Por el año 1849, la señora Meunier, de Perreux, pueblo cercano a Roanne, fue a confesarse con el Cura de Ars. «Hija mía, le dijo antes de que comenzase a hablar, su marido trabaja en domingo. Dígale de mi parte que deje tan mala costumbre. Tiempo vendrá en que se alegrará de haber hecho caso de mí.» Y añadió: «No conviene prometerse mutuamente volver después de la muerte para decir lo que pasa en el otro mundo, pues Dios no lo concede sino a muy pocas personas.» Efectivamente, la señora Meunier y su marido se habían hecho semejante promesa. Fiel al consejo del Cura de Ars, aquel hombre no trabajó nunca más los días de precepto. Al año siguiente, el día de la Santísima Trinidad, al regresar en coche de las vísperas, su caballo, súbitamente espantado, se desbocó y arrojó a la carretera al señor Meunier, quien murió sin haber recobrado el sentido, y sin los últimos sacramentos.

Siete semanas después de tamaña desgracia, la señora Meunier, intranquila por la suerte eterna de su marido, fue a exponer sus temores al Cura de Ars. En cuanto la reconoció a través de la rejilla: «Hija mía, le dijo, usted cree tener algunas personas de su familia condenadas, y yo creo que no. —Padre, la persona que más me interesa, ¿estará mucho tiempo en el purgatorio? —Espere usted.» Y después de haber pronunciado estas palabras se recogió en su confesionario. La penitente le oyó cómo hablaba solo por espacio de unos cinco minutos, como si trabara conversación con algún ser invisible. Apenas había terminado de hablar, se acercó a la rejilla y dijo, suspirando: «Pobre *padre nutricio*, ¡qué desgracia!». La señora Meunier no había dicho al Cura de Ars que era madre de cinco hijos, y que, al morir su marido, se había quedado sin recursos. «Le falta muy poco para llegar al cielo. Dentro de tres años estará allí, y usted lo sabrá por uno de sus hijos.»

Tres años más tarde, uno de los hijos, todavía joven, mu-

³⁷ *Memoria* de las Hermanas del Hospicio de Saint Jean de Losne (Cote d'Or). Archivos de la casa parroquial.

rió lejos de Perreux, en casa de una tía. En la noche misma de su fallecimiento, su madre tuvo un sueño en el cual vio al niño que subía al cielo juntamente con su padre. La señora Meunier, que sabía que el niño gozaba de buena salud, no hizo caso de ello; pero cuando se enteró de la muerte de aquel ángel, se acordó de la predicción del Cura de Ars³⁸.

Muchas veces, se arrodillaron a los pies del Santo personas llenas de desesperación: un ser querido, cuya salvación les inspiraba inquietud, les había sido arrebatado, y lo creían perdido para siempre. Pero con su misteriosa mirada, el Cura de Ars veía mucho más lejos que ellas.

Una señora piadosa —dice, sin designarla por otro nombre, la baronesa de Belvey— tenía su marido que no practicaba la religión. Rogaba mucho para que se convirtiera, pues era cardíaco y podía morir de repente. Esta señora gustaba mucho de adornar una imagen de la Virgen que tenía en su casa. Su marido se complacía en cortarle las flores, y se las iba dando sin ignorar a quién iban destinadas. Murió de muerte en apariencia repentina, sin recobrar, según se creyó, el conocimiento y sin los auxilios espirituales. La pena de su esposa fue atroz; cayó enferma, y se llegó a temer por su razón. Al fin, aunque desde una región muy lejana, pudo hacer un viaje a Ars. «¿Se ha olvidado usted, le dijo el santo Cura, en cuanto la vio, de los ramos de flores que ofrecía a la Virgen?» Estas palabras, que de momento la sumieron en la mayor admiración, la tranquilizaron, la consolaron y le devolvieron la salud del cuerpo y la calma del espíritu³⁹.

Un día el Rdo. Guillaumet, que fue durante muchos años Superior de la Inmaculada Concepción de Saint-Didier (Haute Marne), se dirigía a Ars. Era el año 1855 ó 1856. En el departamento del ferrocarril no se hablaba sino de las maravillas de la bendita aldea; el nombre del Cura de Ars corría de boca en boca. Sentada al lado del sacerdote, una señora vestida de riguroso luto escuchaba en silencio. Al ver que en la estación de Villefranche el sacerdote se disponía a bajar, abrió por fin los labios y dijo: «Señor cura, permítame que le siga hasta Ars... Lo mismo da ir a un

³⁸ «Todo cuanto precede, escribe el señor Ball al acabar este relato, la misma señora Meunier, que entonces vivía en Montagny (Loira), lo refirió el día 10 de junio (no recuerdo el año) en presencia del Rdo. Toccanier y de Sor San Lázaro».

³⁹ *Proceso apostólico ne pereant*, p. 234.

sitio que a otro, ¿no es verdad? Viajo para distraerme.» El sacerdote se ofreció a guiarla cuando estuviesen en el pueblo. El coche que tomaron en Viljefranche los dejó delante de ía ¿glesia. Se acababa *el* catecismo de ías once, y *el* señor Guillaumet hizo que la señora se pusiera en el espacio que media entre el templo y la casa parroquial. La espera no fue muy larga. El Cura de Ars, revestido todavía de sobrepelliz, apareció... Detúvose delante de la señora enlutada, la cual, para imitar a los demás, se había puesto de rodillas. Se inclinó a su oído, y le dijo «se ha salvado». La desconocida tuvo un sobresalto. El Cura de Ars repitió: «Se ha salvado.» Un ademán de desconfianza fue toda la contestación de aquella forastera. Entonces el Santo le dijo otra vez silabeando: «Le digo a usted que se ha salvado. Está en el purgatorio, y hay que rezar por él... Entre el parapeto del puente y el agua, tuvo tiempo para hacer un acto de contrición. La Santísima Virgen le alcanzó esta gracia. Acuérdesse usted del mes de María hecho en su habitación. Algunas veces su esposo, aunque irreligioso, se unía a las oraciones de usted. Esto le mereció la gracia del arrepentimiento y el supremo perdón.»

El señor Guillaumet no entendía estas palabras, a pesar de oírlas perfectamente por estar junto a la viuda. Hasta el día *siguiente*, *no supo qué luces maravillosas de Dios habían iluminado a su siervo*. La señora pasó en la soledad y en la oración las horas que siguieron a la entrevista con el Cura de Ars. Su fisonomía no era la de antes: había recobrado la paz. Poco antes de partir, fue la viuda a dar las gracias al Rdo. Guillaumet. «Los médicos me obligaron a viajar por mi salud, le dijo; pero lo que en realidad tenía era una desesperación horrible al pensar en el fin trágico de mi marido. Era incrédulo, y yo no vivía sino para llevarlo a buen camino. Pero no tuve tiempo. Murió de suicidio voluntario... No me lo podía imaginar sino condenado. ¡Oh, no verle nunca más!... Y, sin embargo, ha oído usted lo que me ha dicho el Cura de Ars: «¡Se ha salvado!» ¡Le veré, pues, en el cielo!... ¡Señor cura, ya estoy curada!⁴⁰.

Este hecho fue recogido el 28 de julio de 1922 por Mons. Convert, a quien se lo

Solamente se citaom caso en el cual el Cura de Ars pareció temer por la suerte eterna de un difunto. Si en este sentido hizo otras confidencias, acerca de ellas se habrá guardado secreto. «Una persona, recién llegada de París o de sus alrededores, refiere Hipólito Pagés, le preguntó dónde estaba el alma de uno de sus parientes recientemente fallecido. Recibió esta respuesta, sin comentario alguno: «No, quiso confesarse a la hora de la muerte.» Desgraciadamente, era muy cierto: el moribundo había rechazado al sacerdote. El Cura de Ars no podía saberlo de antemano»⁴¹.

Por el contrario, en muchas ocasiones, el Cura de Ars consoló grandemente a muchas personas asegurándoles que el alma de algún ser querido había volado al cielo. «¡Oh, qué felicidad tener los padres en la bienaventuranza¹!, decía a una joven, cuya madre acababa de morir. Ha sido muy paciente durante su larga enfermedad. Dios la ha recibido, y ruega por usted»⁴².

La señorita de Bar, dice la señora des Garets, parienta nuestra, acababa de perder a su madre cuya vida había sido bien probada. Fue a Ars y, al entrar en la sacristía, el santo Cura le salió al encuentro y le dijo: «Señorita, ¿ha perdido usted a su madre?... Está en el cielo. —Así lo creo, señor Cura.

—¡Oh, sí, está en el cielo!:)» Y al presentarle la señorita Bar los rosarios de su madre para que los bendijera, los tomó y besó con respeto como una reliquia.

La señora Murinaiis, después de haber consagrado su vida a la práctica de las buenas obras, murió tras larga y penosa enfermedad. «Es inútil, hija, Togar por ella», me respondió. Y cuando la cuñada de la difunta le pidió que celebrase misas por el descanso de su alma, se negó a ello, diciendo: «No tiene necesidad»⁴³.

* * *

Otros dones sobrenaturales —de aquellos que ilustraron las vidas de los grandes místicos— fueron también patrimonio del Cura de Ars.

dictó el conónimo Mancotel, superior del seminario mayor de Verdún, que lo oyó directamente de Mons. Guillaumet.

⁴¹ Hipólito PAGÉS, *Proceso del Ordinario*, p. 449.

⁴² *Ibidem*.

⁴³ *Proceso del Ordinario*, p. 902.

Recibió con abundancia el *don de lágrimas*. Estas lágrimas provienen, dice Santa Teresa, «de un sentimiento de inefable ternura para con Dios»⁴⁴ o «del martirio interior que padece el alma al ver a Dios tan ofendido»⁴⁵. «Estas lágrimas, ha escrito Lacordaire, las causa Dios y el éxtasis las hace derramar»⁴⁶. Pues bien, el Cura de Ars «no hablaba nunca del pecado y de los pecadores sin llorar»⁴⁷. Mientras hacía el *Vía Crucis*, salían de su pecho continuos suspiros⁴⁸. Con frecuencia, al dar la Sagrada Comunión, las lágrimas caían gota a gota sobre su casulla⁴⁹. Sobre todo, hacia el fin de su vida, no podía predicar de la Eucaristía, de la bondad y amor de Dios, de los goces del cielo —eran sus temas favoritos— sin sentirse interrumpido por las *lágrimas... Derramaba lágrimas ante los espectáculos más sencillos de la Naturaleza*, cuando le hacían pensar en el amor de Dios y en el endurecimiento de los pecadores. «El otro día, exclamaba en una plática de sus primeros años, volvía de Savigneux. Los pajaritos cantaban en el bosque. Yo me eché a llorar. ¡Pobres animalitos!, me decía. Dios os ha criado para cantar y cantáis... ¡El hombre, que ha sido hecho para amar a Dios, no le ama!»⁵⁰.

Se lee en las historias de muchos santos que fueron levantados sobre el suelo por una fuerza misteriosa y sostenidos en el aire sin ningún apoyo natural, lo que se llama *éxtasis ascensional* o *levitación*. Al menos dos veces fue Ars testigo de este prodigio. El lunes de Pentecostés, 28 de mayo de 1849, una joven —que más tarde sería Hermana San José—, la señorita Annette Chrétien, de Bessenay del Ródano, vino a consultar al santo Cura sobre su vocación; pudo hablar con él en la sacristía. Le hizo una pregunta y lo vio juntar las manos, levantar los ojos al cielo y, de repente «elevarse a casi un pie de altura». Estuvo en esta actitud cosa de quince minutos. Cuando volvió a pisar el suelo, le hizo

⁴⁴ *vida por ella misma*, cap. XIX.

⁴⁵ *Moradas*, 5.ª morada, cap. II.

⁴⁶ *Sainte Marie Madeleine*, París, Poussielgue Rusand, 1860, p. 180.

⁴⁷ Conde DES GARETS, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 376.

⁴⁸ Juan PERTINAND, *Proceso del Ordinario*, p. 384.

⁴⁹ Jaun Claudio VIRET, *1.ª memoria manuscrita*, XVII.

⁵⁰ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 775.

a la futura religiosa una predicción maravillosamente clara y que se realizó punto por punto⁵¹.

Cuando el proceso de canonización, el señor canónigo Juan Gardette, capellán del Carmelo De Chalon-sur-Garonne, dio fe de ello bajo juramento:

«Mi hermano, cura de Saint-Vincent de Chalon-sur-Saône, se encontraba en Ars conmigo. Por la noche, mientras el siervo de Dios rezaba la oración, nos colocamos frente al pulpito. Hacia la mitad del piadoso ejercicio, mientras el Cura de Ars rezaba el *acto de caridad*, mi hermano, que tenía muy buena vista, observó que se elevaba poco a poco hasta que sus pies subieron más arriba de la altura del borde. Su rostro esaba transfigurado y envuelto en una aureola. Mi hermano miró en torno suyo, y no echó de ver ninguna emoción en los asistentes, pero, ya fuera de la iglesia, no pudo mantener secreto el prodigio que se había ofrecido a sus ojos: lo contaba en alta voz y con entusiasmo⁵²».

Así fue como el Rdo. Gardette no sólo vio al Cura de Ars levantado por una fuerza misteriosa, sino que contempló en su frente la *aureola*, reflejo anticipado de la bienaventuranza, que puede circundar, aunque rarísimas veces, a los Santos déla tierra⁵³.

¿Nos atreveremos a profundizar más en los misterios de Dios, y a buscar en la existencia del Cura de Ars la prueba de que llegó de grado en grado y por una serie de múltiples purificaciones a «aquella unión tranquila y perdurable que se llama *unión transformadora*, la cual parece ser el último término de la unión mística, la preparación inmediata de la visión beatífica»?⁵⁴. El éxtasis no es sino la unión transitoria del alma con Dios — unos *simples sponsales espirituales*—. Por encima del éxtasis está aquella unión trans-

⁵¹ El P. Poulain (*Des grâces d'oraison*, XIII, 12) cita los nombres de algunos Saïitos que se vieron favorecidos por este fenómeno místico, especialmente San José 4e Cupertino, a quien este prodigio, repetido varias veces durante su vida, hizo muy cf. lebre.
jj~ *Prooeso apostólico ne pereant*, p. 237.

⁵² «La aureola es uno de los fenómenos accesorios al éxtasis». (R. P. POULAIN, *Deis grâces d'o*aison*, XIII, II).
⁵³ Ad. TANQUERAY, *Précis de théologie ascétique et mystique*, t. II, págs. 920-921.

formadora, tan íntima, tan serena, tan indisoluble que, en el lenguaje místico, ha sido llamado *matrimonio espiritual*. Merced a esta unión tan profunda, «el alma de tal manera se transforma, que se olvida de sí misma para no pensar más que en Dios y en su gloria»⁵⁵. Dios se ha apoderado de toda el alma.

Al estudiar la vida interior del Cura de Ars, hemos visto ya que era «una oración continuada»⁵⁶, y una comunicación no interrumpida con el cielo. «¡Oh, hermosa vida!, decía en uno de sus catecismos, ¡hermosa unión la del alma con Nuestro Señor!... La vida interior es un baño de amor en el cual se sumerge el alma. En este estado, Dios tiene al alma para llenarla de besos y de caricias. Nuestro Señor tiene hambre de esta alma»⁵⁷. Estas palabras, que se le escapaban espontáneamente, ¿no demuestran bien a las claras el secreto de su vida interior? ¿Nonos hacen ver al santo sometido a aquellas operaciones enteramente divinas de la unión transformadora? «¿Quisiera, había dicho también, poderme perder y no encontrarme sino en Dios». Su deseo era ya un hecho: la Sabiduría eterna se había desposado con su alma.

¿Dio Nuestro Señor al Cura de Ars alguna prenda exterior de este *matrimonio místico*?⁵⁸. Un hecho muy singular parece indicarlo. Cierta que se trata de una sencilla carta

⁵⁵ Ad. TANQUEREY, *Précis de théologie ascétique et mystique*, p. 924. Por su parte, el P. Poulain define así el *matrimonio espiritual*: «Un estado en que el alma tiene habitualmente conciencia del concurso divino en todas sus operaciones superiores y en el fondo de su ser. No puede concebirse una unión más íntima.

Esta gracia puede ser considerada desde otro aspecto, que todavía da de ella una idea más elevada: al concurrir Dios a nuestros actos, los hace suyos, los diviniza. En-tonces, existe la transformación de las facultades superiores, en cuanto a la manera de operar.

El alma tiene conciencia de que en sus actos de inteligencia, de amor y de voluntad, *participa de la vida divina, de los actos análogos que están en Dios*. Esto es lo esencial del *matrimonio espiritual*.» (*Des graces d'oraison*, XIX, II.)

⁵⁶ Rdo. DUFOUR, *Proceso apostólico in genere*, p. 362.

⁵⁷ Baronesa de BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 214-215.

⁵⁸ El *anillo místico*, del cual vamos a hablar, no es un accesorio obligado del matrimonio espiritual. Santa Teresa, en la *séptima morada*, donde habla de la unión transformadora, no hace mención de él. Puede, sin embargo, acontecer que el matrimonio espiritual comience con ciertas fiestas y ceremonias. Pero todo ello es pasaje ro, y no hay que confundirlo con el mismo matrimonio, que es un estado permanente. Se habla, por ejemplo, en ciertas *Vidas*, de cambios de anillos, de cánticos evangélicos, etc. Estas circunstancias no son necesarias... (R. P. POULAIN, *Des graces d'oraison*, XIX, 22.)

dirigida por una buena cristiana de Villefranche-sur-Saône a uno de los sucesores del Cura de Ars; pero el tono de la misma es sincero y muestra una perfecta buena fe⁵⁹.

Señor Cura:

Creo que es deber mío manifestarle que, encontrándome en Ars el día 2 de julio de 1856, y no habiendo podido hablar con el Santo en confesión, al ver la multitud de forasteros que rodeaban • su confesionario, resolví arrojarme a sus pies y recibir su bendición. Al llegar junto a aquella admirable criatura, intenté coger su mano sagrada para besársela respetuosamente, cuando él la apartó diciéndome con severidad, pero amablemente: «¡Oh, no me quite mi sortija!»

En aquel instante, me di cuenta de una cosa que nunca había visto hasta entonces: en el cuarto dedo de su mano izquierda llevaba una sortija de oro en extremo brillante.

Había recibido de Dios, puesto que era digno de él, el insigne favor con que fueron agraciados otros santos.

El autor de la carta hace notar claramente que aquel anillo, invisible para los demás, lo llevaba puesto en el cuarto dedo; el mismo Cura de Ars le habló de él. No cabe, pues, ilusión. Por lo tanto, el Cura de Ars, honrado con los desposorios espirituales de los cuales llevó la misteriosa insignia, pertenece al grupo de los grandes místicos que se llaman San Juan el Limosnero, San Lorenzo Justiniano, el beato Enrique Suso, Santa Catalina de Alejandría, Santa Catalina de Siena, Santa Teresa, etc. ¿No pensaba acaso en estas inefables delicias gozadas con Dios de corazón, cuando, acosado a preguntas por el Rdo. Toccanier sobre su trato con Dios y las consolaciones que experimentaba, dejó escapar esta demasiado vaga confidencia: «Oh, amigo, mió, *hay ciertamente otras cosas?*».

⁵⁹ Esta carta, conservada en los archivos de la casa parroquial de Ars, no lleva fecha. Está firmada por Juan Claret, de Villefranche-sur-Saône (Rhône).

XXIX. EL ÚLTIMO AÑO DE UN SANTO

Aumenta el número de peregrinos.—La fatiga creciente del Cura de Ars.—¡Siguen las disciplinas!—Noches de insomnio.—Un diálogo sublime.—«¡Ah, ciertamente, es cosa de risa.»—Proyecto de una nueva iglesia.—La paz de la tarde.— Una visita de Paulina María Jaricot.

«El último año de su vida, el Cura de Ars vio pasar por su iglesia a lo menos unos cien mil peregrinos»¹. Todos se apresuraban a acudir a él, pues presentían el próximo fin del hombre de Dios. Todo el mundo quería verle, oírle, y, a poder ser, confesarse con él, pero era imposible. Los misioneros recibían a lo penitentes en otros altares². Era tal a veces la afluencia, que los que a toda costa querían confesarse con él tenían que esperar hasta seis días para poder hablarle algunos minutos³. A fin de avanzar en el trabajo, «adelantaba por la noche la hora de las confesiones, a pesar de que siempre se había levantado a la una de la madrugada y aun antes, a la manera de un piloto que, temeroso del naufragio, rema con todas sus fuerzas, saludando el puerto deseado»⁴.

Todas estas personas, ávidas de perdón o de paz, no dudaban de que, con su empeño despiadado, acababan con un viejo sacerdote «agotado ya por una vida inmolada y de in-

¹ Pedro ORIOL, *Proceso del Ordinario*, p. 758.

² El arquitecto BOSSAN había recibido del Santo el encargo de un confesionario. No se construyó hasta después de la muerte del Cura de Ars. Actualmente, está colocado en la capilla del *Ecce Homo* de la iglesia antigua.

³ Durante los seis últimos años, las comuniones distribuidas en Ars llegaron a 30.000 y las misas pedidas a 36.000. (Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 269.)

Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 50.

cesante trabajo»⁵. Para él, nunca hubo media hora entera de expansión y de verdadero descanso.

En marzo de 1850, cinco meses antes de la muerte del Santo, el periodista Jorge Seigneur penetraba, hacia las cuatro de la tarde, en la iglesia.

El Cura de Ars, dice, estaba confesando. Apenas me hube arrodillado, oí un sollozo que no puedo expresar; partía del confesionario. ¿Era un gemido de sufrimiento? ¿Era un grito de amor? Cada diez minutos el sollozo se iba repitiendo. La fatiga arrancaba del pecho oprimido del Cura de Ars aquel grito plañidero; pero el grito de sufrimiento se convertía en un grito de amor; era como el esfuerzo sensible de un alma ahogada por las cosas de la tierra para abrirse paso hacia el cielo⁶.

Sus *catecismos* no eran ya sino una serie de exclamaciones que se acababan en lágrimas⁷. Se le oía con mucho trabajo. Su voz era en extremo débil, y articulaba las palabras con visible esfuerzo. De cuando en cuando dejaba escapar «una tos que parecía un grito revelador de sus sufrimientos, pero el amor de Dios y el celo por las almas lo arrastraban a un total agotamiento»⁸.

Aquella tos seca y desgarradora entristecía a todo el mundo; en cuanto a él, sólo se lamentaba de una cosa: del tiempo que le hacía perder⁹. Llegó a estar tan desfallecido, que se vio obligado a beber un poco de leche antes de acostarse¹⁰. Fue éste el único cambio introducido en su habitual régimen de vida. Algunos días no probaba bocado hasta hora tan avanzada. En cierta ocasión entró en casa de Catalina Lassagne, que vivía junto a la suya. «¡ Ah, Catalina, le dije, no puedo más!

Siéntese usted un momento, señor Cura, que voy a calentar un poco de leche.

⁵ *Le Croisé*, número de 20 de agosto de 1859 (primer año, núm. 3).

⁶ *Ibidem*.

⁷ Canónigo ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 762. ⁸ Relato de una religiosa de la Visitación, peregrina a Ars, *Annales d'Ars*, junio de 1910, p. 30. . ⁹ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 858. ¹⁰ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 9.

—¡Oh! no, no hagas nada; «es la cama lo que me hace falta»¹¹.

Y salió para subir a su habitación. En seguida, Catalina, sin hacer caso de la prohibición, preparó una taza de leche. Pero, ¿qué encontró en la escalera de la casa parroquial? Al Rdo. Vianney que, renunciando al reposo, volvía a la iglesia. Esto era demasiado. Catalina se puso enérgica:

—¡Señor Cura, beba usted esto! No podrá esperar hasta la noche.

—No, no, no quiero nada.

—¡Señor Cura, «es necesario que tome esta leche!»

El Rdo. Vianney se llevó un dedo a la frente, para darle a entender que le quebraba la cabeza.

«—*Vaya, déjeme pasar* —replicó el S^{to}».

—¡Señor Cura, yo no me iré de aquí!

Abrióse paso con un ademán imperativo, y pudo llegar hasta el patio. Con la taza en la mano, le iba siguiendo Catalina Lassagne. «¡Los peregrinos te verán! >>, exclamó el señor Cura. Quiso protestar de nuevo, pero hubo de ceder... Por la noche, confesaba a la inexorable enfermera: «A la verdad, Catalina que sin tu taza de leche no hubiera podido llegar al fin de esta jornada»¹².

Desde 1855, al ver que iba en aumento su cansancio, solía decir: «Mi cabeza se embrolla». El Rdo. Toccanier, sin que él lo supiera, pidió que le dispensasen del rezo del breviario¹³. Sin embargo, lo rezaba casi todos los días, pero hubo de renunciar a hacerlo de rodillas, costumbre que le era muy querida desde su promoción a\ subdiaconado.

En noviembre de 1858, al salir de la sala donde se reunían los alumnos de la *Providencia*, se cayó por la escalera, y se hizo una herida en la pierna. Esta llaga, que des-

¹¹ El Rdo. Vianney se refería al breve descanso que se tomaba después de comer tendido sobre su cama.

¹² Rdo. G. RENOUD, *Catherine Lassagne*, según los recuerdos del señor Rougemont, *Annales d'Ars*, diciembre de 1920, p. 183.

¹³ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 1.476. Esta es la respuesta de Mons.

Clalandon al Rdo. Toccanier:

Mi buen amigo:

Me entero, con mucha pena, del estado de salud de su buen Cura. Le prohibo el rezo del breviario todas las veces que usted no se lo permita. Yo lo rezaré por él, y él ofrecerá a Dios sus sufrimientos a mi intención.

Todo suyo, *Jorge*, obispo de Belley.

cuidó casi por completo, degeneró en una úlcera, de muy laboriosa curación¹⁴.

Quería aún tomar disciplina, pero poco le faltaba para desvanecerse. Estaba desolado por no poderse azotar como en otros tiempos. «Poco antes de su muerte, refiere el señor Pagés, me envió a Lión y, al partir, me encargó le trajera una cadena de dos pies de larga, algo más gruesa que una cadenilla de reloj. «Si no me la trae usted, me dijo el siervo de Dios, tendré que servirme de otra que hay aquí y que es mucho más ruda¹⁵. Usaba esta última disciplina para desperzarse por la mañana¹⁶.

Había pasado ya el tiempo en que decía: «Tengo un buen cadáver: cuando he tomado un poco de alimento y he dormido un par de horas, puedo comenzar de nuevo mi trabajo»¹⁷. Ahora, cuando se sentía agotado, limitábase a decir: «Ya descansaremos en la otra vida»¹⁸.

«—Señor Cura, es necesario que se cuide, no cesaba de repetirle el conde des Garets.

—¡Ah, amigo mío!, respondió el Santo sonriendo. Nuestro Señor lo arreglará todo»¹⁹.

Sus cortas noches las pasaba agitándose, bañado en sudor, sobre su pobre y duro lecho²⁰. «¡Quién lo creyera si no lo testificara el Hermano Atanasio!» Todas las mañanas sostenía una gran lucha para levantarse antes del día, y se dirigía a la iglesia para comenzar su penoso ministerio con la más viva repugnancia: «¡Hay que volver a empezar todos los días!»²¹, exclamaba entre gemidos. A pesar de estas repugnancias espontáneas de la naturaleza, nunca —y es una de las mayores maravillas de aquella existencia incomparable—, nunca aquel anciano de sesenta y tres años «prolongó en la cama un descanso que no era tal»²².

¹⁴ Canónigo BEREZIAT, manuscrito citado, p. 600. — Hemos encontrado dentro de un libro de la biblioteca del Santo una receta de una buena mujer «para llagas en las piernas», de la cual sin duda no hizo ningún caso.

¹⁵ Hipólito PACES, *Proceso del Ordinario*, p. 439.

¹⁶ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 439.

¹⁷ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 79.

¹⁸ Rdo. PELLETIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 393.

¹⁹ *Proceso del Ordinario*, p. 972.

²⁰ Juana-María CHANAY, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 492.

²¹ *Proceso del Ordinario*, p. 814.

²² Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 134.

«Tenía muchas ganas de dormir, decía en una ocasión, pero no he dudado en levantarme: ¡es tan importante la salvación de las almas!»²³. Y muerto de fatiga, entraba en el confesionario a la hora de costumbre.

«Me confesó, refiere Toccanier, que un día se cayó cuatro veces al dirigirse a la iglesia, y que las cuatro se levantó con gran trabajo... Al hacerle notar que parecía estar fatigado, me contestó sonriendo: «¡Oh! Los pecadores acabarán por matar a este pobre pecador»²⁴.

Hacia las cuatro o las cinco de la mañana, y asimismo a las tres o a las cuatro de la tarde, le entraban unas terribles ganas de dormir. A pesar de que luchaba contra el sueño, y recorría con sus demacrados dedos las cuentas de su rosario, dormitaba algunas veces. «Las personas compasivas que se daban cuenta de ello interrumpían sus confesiones para dejarle unos instantes de reposo»²⁵.

Fue en esta época de no interrumpido heroísmo, cuando dio a su querido «compañero» Toccanier estas respuestas maravillosas, dignas de admiración eterna:

«Padre mío, le preguntó un día el joven misionero, si Dios le diese a escoger entre subir al cielo en seguida o trabajar todavía como lo hace en la conversión de los pecadores, ¿qué haría usted?

—Me quedaría.

—¡Pero en el cielo los santos son tan dichosos! ¡Allí no hay penas ni tentaciones!

—Sí, replicó; los santos son muy felices, pero gozan ya de sus rentas. Han trabajado mucho, pues Dios castiga la pereza y no premia sino el trabajo; pero no pueden como nosotros ganar almas para Dios con penas y sufrimientos...

—Si Dios le dejase aquí hasta el fin del mundo, tendría usted mucho tiempo: dígame, ¿también se levantaría tan de mañana? —Ah, amigo mío, siempre me levantaría a media noche. No es el cansancio lo que me espanta: sería el más feliz de los sacerdotes, si no fuese por el pensamiento de que he de comparecer como párroco ante el tribunal de Dios.»

Y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas²⁶.

Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1033.

Proceso del Ordinario, p. 134.

Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 322.

Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 133-134.

Sin embargo, cada día padecía más. Pero a la manera del sol que toca el borde del horizonte, su alma irradiaba más vividos resplandores conforme se iba acercando al término de su lucha. A pesar de que su pobre cuerpo estaba dolorido, «su espíritu se mantenía libre y su rostro tranquilo y sonriente. Nada había en él que revelase a los peregrinos los dolores más vivos»²⁷; cuando no podía más, procuraba aguantar hasta verse rodeado de personas conocidas y que estuviesen al corriente de sus achaques, y entonces, dejándose caer sobre una silla, «decía graciosamente: ¡Ah, verdaderamente hay que reírse!»²⁸.

Manifestábase activo y emprendedor. A fines de 1858, hizo dar una misión en la parroquia. «Esta vez, nos convertirá usted»²⁹, decía al predicador, señor Descótes. Por el mismo tiempo, estudiaba con Pedro Bossan los planos de la «hermosa iglesia» que quería dedicar a Santa Filomena. El mismo ajustó con el arquitecto sus honorarios, regalándole un magnífico rosario de coral engarzado en oro³⁰. Pero la edificación había de ser muy costosa. El 2 de abril de 1859, el Rdo. Vianney abrió una suscripción que encabezó con mil francos. «Rogaré a Dios, escribía —y éstas son las últimas líneas que trazó—, por los que me ayuden a levantar una hermosa iglesia a Santa Filomena.»

A fines del mismo mes agrupó en torno suyo a los hombres aya los jóvenes de Ars que se habían acercado a los sacramentos el día de Pascua —Pascua era, en aquel año, el 14 de abril— y se comparó con Moisés cuando antes de morir reunió al pueblo de Israel.

¡Oh, hijos míos!, dijo entre otras cosas, ¡qué hermoso es lo que acabáis de hacer! Al cumplir con el precepto pascual habéis preparado en vuestro corazón una morada para Dios; pero habéis de prepararle otra levantando una hermosa iglesia... En otras ocasiones era yo quien iba a vuestras casas; ¡nunca me rechazasteis!

²⁷ *Ibid.*, p. 161.

²⁸ Juana-María CHANA Y, *Proceso del Ordinario*, p. 701.

²⁹ Rdo. DESCOTES, *Proceso del Ordinario*, p. 1.344.

³⁰ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 164.

os doy las gracias... Hoy es el misionero quien os visita, pero es como si fuese yo mismo: le acompaño con mi corazón... ¡Ah! todavía quedan en la parroquia pecadores³¹.

Es menester que yo me vaya para que otro pueda convertirlos³².

«Era su humilde *Nunc dimittis*. Efectivamente, muchos vieron en estas palabras del Cura de Ars como un discurso de despedida, y concluyeron que su muerte estaba próxima»³³.

Si a veces le espantaban aún los juicios de Dios³⁴; si temblaba de «morir párroco», ya no estaba inquieto sobre su vocación. ¿No había acaso «apremiado a Dios?»³⁵. Sabía bien que solamente El podía relevarle de su cargo de cura de Ars. El temor estaba asimismo templado por una amorosa confianza. «El último año que estuvo en el castillo, cuenta la señorita Marta des Garets, nos habló del amor de Dios y se echó a llorar»³⁶. En el pulpito, comenzaba a veces a tratar diferentes materias, pero siempre volvía a Nuestro Señor presente en la Eucaristía. «Esta atracción por la presencia real aumentó de una manera sensible hacia el fin de su vida... Se interrumpía y derramaba lágrimas; su figura aparecía resplandeciente y no se oían sino exclamaciones de amor»³⁷.

A fuerza de combatir, llegó a un grado de paz inalterable. «Durante mi primera enfermedad, confesaba ingenuamente, todavía quedaba algo que me traía solícito; ahora no temo nada»³⁸. Por otra parte, habían cesado las contradicciones de los hombres; había pasado el tiempo en que se atrevía alguien a faltarle al respeto: su coadjutor, el Rdo. Toccanier, tenía para con él verdadero corazón de hijo. Solamente el Santo se quejaba a él y a sus compañeros

³¹ Seis o siete habitantes de Ars no habían recibido la comunión pascual.

³² Según un borrador redactado por el Rdo. Toccanier, inmediatamente después de esta alocución.

³³ Hermano JERÓNIMO, *Proceso del Ordinario*, p. 568.

³⁴ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 33.

³⁵ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 813.

³⁶ *Proceso apostólico in genere*, p. 298.

³⁷ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 53; baronesa DE BELVEY, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 193.

³⁸ Guillermo VILLIERS, *Proceso del Ordinario*, p. 628.

de Pont-d'Ain de una cosa: de que guardaban demasiadas atenciones con el pobre Cura de Ars. Un día en que se lamentaba de esto delante del joven misionero, le replicó éste con una feliz ocurrencia:

«A tu padre y a tu madre honrarás y largos años vivirás.»

El rostro del Rdo. Vianney se dilató, y dio a entender a su amigo cuánto le había gustado la respuesta³⁹.

La soledad, los achaques, el cansancio de vivir, acaban por agriar el carácter de los ancianos; soportan con más dificultad las impertinencias del prójimo, pues hartos tienen con sus propias miserias. El Cura de Ars conservó hasta el fin su exquisita y compasiva bondad.

Cinco meses antes de su muerte, recibió la visita de dos pobres mujeres, una de las cuales era Paulina María Filomena Jaricot, de Lión, arruinada, consumida, en un estado lamentable⁴⁰. Habían hecho el viaje bajo la nieve y azotadas por el cierzo. Estaban transidas de frío. Para poder hacer un poco de fuego, el reverendo Vianney las recibió en su cuarto, y bajó a buscar paja y algunos troncos. Pero la leña estaba húmeda, y la llama se extinguió. «Ruégole, decía Paulina María, que no intente más aliviarme el frío; ya estoy acostumbrada a él. Caliente mi pobre alma con algunas centellas de fe y de esperanza.»

El Santo de Ars consoló, como mejor pudo a aquella alma tan probada y por medio de la cual tan grandes cosas había hecho Dios. Pero la entrevista fue breve. Los peregrinos asediaban la casa parroquial, y llamaban a su confesor. El Cura de Ars entregó a Paulina Jaricot una crucecita de madera —muda lección de conformidad con la voluntad de Dios— y se alejó después de haber bendecido a las dos mujeres, que se habían puesto de rodillas⁴¹.

³⁹ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 150.

⁴⁰ Había gastado mucho en obras de apostolado y caridad. Procedimientos nada honestos la habían despojado de su cuantiosa fortuna. Su pobreza liego a ser tal, que, en febrero de 1855, hubo de inscribirse como pobre en la oficina de beneficencia de su parroquia. (Cf. Louis Petit, *Pauline Marie Jaricot*, Lion, Vitte, p. 50.)

⁴¹ Cf. M. J. MAURIN, *Le Curé d'Ars et Pauline Marie Jaricot*, Lión, Guillard, 1905, p. 58 a 65.

XXX. LA ÚLTIMA ENFERMEDAD Y LA MUERTE

Presentimiento de una muerte cercana.—El día en que cayó.—«£5 mi pobre fin».—La extenuación suprema.—El «adiós» de los feligreses al viejo pastor.—Las tentativas para salvarle.—El sosiego del éxtasis.—Viático y extremaunción.— El último testamento del Cura de Ars.—La visita de monseñor Langalerie.— La muerte.—De campanario en campanario.

Es indudable que el Cura de Ars presentía, desde hacía mucho tiempo, no solamente la época aproximada, sino también la fecha exacta de su muerte. «Después de su última tentativa de fuga (en 1853), refiere Catalina Lassagne, nuestro Cura no hablaba ya de partir, si no era de la presente vida a la eternidad. Decía con frecuencia: «Nos estamos yendo: pronto tendremos que morir».

Antes de la festividad del Corpus, le regalaron una hermosa cinta. «Podrá servirle en la procesión, le dije, para sostener la custodia. —No la usaré dos veces, respondió con misteriosa sonrisa. Y, en efecto, el día del Corpus de 1859 (el 23 de junio) estaba tan débil que no tuvo fuerza para llevar el Santísimo Sacramento de un altar a otro; se lo dieron solamente para dar la bendición.

Hacia la fiesta de Todos los Santos de 1858, envió a Catalina al castillo de Cibeins «para cobrar una cantidad de veinte sueldos diarios que le daban de limosna». «Esta será la última vez», dijo como dudando; después repitió con tono más seguro: «Sí, será la última vez»¹.

En julio de 1859, la señora Pauze, de Saint-Etienne, cris-

¹ Según diversos relatos de Catalina Lassagne: *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 98-99; *Proceso del Ordinario*, p. 58; *in genere*, página 126.

tiana muy fervorosa, se presentó en el confesionario del Rdo. Vianney. Esta señora tenía la piadosa costumbre de ir todos los años en peregrinación a pie, con su marido, al santuario de la Louvesc. El Cura de Ars le habló complacido de San Francisco de Regis, cuyo sepulcro también él había visitado, y a quien era acreedor de tantos favores. La señora Pauze, creyendo que no le volvería a ver antes de partir, se despidió del Cura de Ars. «¡Sí, sí, hija mía, replicó vivamente el Santo; nos veremos dentro de tres semanas!». La peregrina se volvió a su casa muy pensativa: ¿acaso el Cura de Ars tenía intención de ir a Saint-Etienne?... La señora Pauze repitió a los de su familia estas palabras, cuyo sentido no acertaba a descubrir. Pues bien, «tres semanas más tarde, el Cura de Ars y su piadosa penitente, muertos al mismo tiempo, podían verse en el cielo»².

El 18 de julio —o sea diecisiete días antes de la muerte del Rdo. Vianney— la señorita Estefanía Durié, a quien hemos visto presente a uno de los éxtasis del Santo, volvió a Ars después de unos ejercicios espirituales en la Louvesc, y se dirigió al confesionario del Santo. Oigamos, ante todo, el emocionante diálogo que parece ya cosa del otro mundo:

«—Creo, Padre, que no he hecho muy bien los ejercicios en la Louvesc, pues me ha preocupado su salud: le creía a usted enfermo.

—Es verdad, respondió el Cura de Ars, que en estos momentos no estoy enfermo, pero mi carrera toca a su término; éste es mi último año... Otras veces le he dicho lo mismo a fin de desviar una curiosidad inútil; ahora se lo digo tal como lo sé: es mi último año... No hable de ello, hija mía. Me quedan muy pocos días, y necesito tiempo para prepararme. Si usted lo dijera, todos se apresurarían a confesarse, y acabarían de agotarme.

—¡Oh, entonces ya no es usted sacerdote!

—Soy un gran pecador; este pensamiento siempre me hace llorar.

—¿Y qué será, pues, de mí?

—Si tengo la dicha de ir al cielo, pediré a Dios que continúe siendo su guía.

² Escritos recogidos por M. Ball en 1878 y publicados por los *Annales de Ars*, marzo 1903, p. 328.

—Oh, padre mío, pídale al Señor que le deje todavía algún tiempo entre nosotros.

—No, no puedo pedir esto: Dios Nuestro Señor no lo permitiría... He de dejar pronto este mundo.

Y añadió, derramando abundantes lágrimas: «—No sé si he cumplido bien las funciones de mi ministerio».

—Si usted se queja, Padre, ¿qué he de hacer yo, que he de quedarme aún en este mundo?

—Lo que usted hace no es de temer tanto como mi ministerio sacerdotal.

—Padre, su trabajo es mejor que el mío.

—¡Cuánto temo la muerte! ¡Ah, soy un gran pecador!

—Usted mismo ha dicho que la bondad de Dios es mayor que todas nuestras faltas... Ya quisiera estar yo tan segura como usted de ir al cielo... Pero, Padre, ¿cuándo se morirá usted?

—Si no es a fines de este mes, será a principios del otro.

—¿Cómo, pues, podré saber el día, si usted no me lo quiere decir?

—Alguien se lo dirá; usted asistirá a mi entierro, y pasará la última noche junto a mi lecho de muerte.»

La señorita Durié no se atrevía a dar crédito a semejante predicción. Pero antes de absolverla, el Santo insistió, diciendo: «Hija mía, reciba la última absolución del padre de su alma».

Recibido el sacramento de la penitencia, Estefanía Durié volvió a la carga:

«—Por favor, Padre, dígame el día en que morirá.

—No, hija mía, no; ahora no puede saberlo; se quedaría usted aquí y tendría demasiadas molestias; ya lo sabrá a su debido tiempo.»

La señorita Durié salió de Ars el 22 de julio, llena de encargos de parte del Rdo. Vianney. Al llegar a Roanne, doce días más tarde, encontró a un religioso, el padre Valon, quien le dijo: «Acabo de enterarme de que el Cura de Ars está enfermo». Se acordó ella de las palabras del Santo, y emprendió en seguida el viaje a Ars. Pero no había de ver vivo al «padre de su alma». Cuando, a las cinco de la tarde, entró en la vieja casa parroquial, oyó el rumor de los sollozos. El Santo había muerto por la noche³.

El fin del mes de julio de 1859 fue verdaderamente tórrido-

³ *Proceso del Ordinario*, p. 1451-1452.

do. Los días y las noches eran de lo más enervante por lo caldeado de la atmósfera; fuera de las casas se respiraba fuego; la sofocación era atroz en la reducida nave de la iglesia, llena como nunca hasta rebosar, y convertida en una estufa. A cada momento los peregrinos salían a la calle para mudar de aire. Sólo el Santo permanecía en el confesionario, víctima de su heroica abnegación.

«Si un sacerdote, había dicho, muriese a fuerza de penas y de trabajos soportados por la gloria de Dios y la salvación de las almas, sería cosa bien hermosa»⁴. Su sueño iba a realizarse.

El viernes, 29 de julio, se sintió indispuerto al levantarse; con todo, bajó a la iglesia a la una de la madrugada. Pero, en el confesionario, se sintió atacado de ahogo; hubo de salir de la iglesia, y descansar unos momentos en el coro. La fiebre le abrasaba.

A las once, antes de la explicación del catecismo, llamó a la sacristía a uno de los que voluntariamente cuidaban del orden en la iglesia, a Pedro Oriol, y le pidió un poco de vino. Sorbió algunas gotas derramadas en la palma de la mano y, con este refrigerio, pudo subir al pulpito. Pero no se le oía⁵. Se adivinaba, empero, que hablaba de su tema favorito; pues se volvía de continuo hacia el sagrario y fijaba en él los ojos bañados en lágrimas.

Por la noche entró en la casa parroquial todo encorvado, apoyado en el brazo del Hermano Jerónimo. Parecía herido de muerte. La familia des Garets lo encontró al pasar. Levantó entonces sobre sus queridos amigos la mano temblorosa. «Es la última vez que nos bendice»⁶, dijeron llorando aquellos nobles cristianos.

Al llegar a la escalera tuvo un pequeño desmayo. El Hermano Jerónimo le indicó que saliera fuera, pues el aire podría aliviarle... Siempre con la ayuda de su acompañante, se dirigió a la casa de los Hermanos; pero regresó en seguida, porque no podía más. Con mucha dificultad, subió a

⁴ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 100.

⁵ Pedro ORIOL, *Proceso del Ordinario*, p. 753.

⁶ Señorita Marta DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 317.

su habitación. El hermano Jerónimo le ayudó a acostarse. Después, a petición del Santo, se retiró, y lo dejó solo...

A eso de la una, al sentir que se enfriaba, a pesar de lo sofocante de la atmósfera, pues era una noche sin brisa, dio golpes para llamar. Catalina Lassagne que, sin saberlo el Cura de Ars, se había quedado en vela en la cámara vecina, fue la primera en acudir. «Es mi pobre fin, dijo suspirando; hay que ir a buscar al Cura de Jassans». Llamado por Catalina, entró también el Hermano Jerónimo. Era la una y cuarto o la una y media, hora en que el Cura de Ars solía bajar a la iglesia; pero el Hermano sacristán no le habló de levantarse ni de decir misa. Se sentía enfermo para morir. «Es mi pobre fin, repetía: llamad a mi confesor.

—Voy. a buscar al médico.

—Es inútil; el médico no hará nada»⁷.

El Rdo. Toccanier acudió lloroso. «Señor Cura, Santa Filomena, que lo curó hace seis años, le curará también ahora.

—Oh, Santa *Filomena nada podrá hacer*».

El Rdo. Luis Beau, cura de Jassans, y el doctor Saunier, médico de Santa Eufemia, llegaron casi al mismo tiempo, al despuntar el día. El doctor no pudo decir otra cosa sino que el enfermo había llegado a una debilidad extrema. No tenía fuerzas para reaccionar. «Si los calores disminuyen, dijo, todavía queda alguna esperanza; pero si continúan, vamos a perderle»⁸. Los calores no hicieron sino aumentar: una atmósfera cargada pesaba sobre Ars.

Entre los peregrinos, fue indecible la desolación, cuando se supo que el *señor Cura* no bajaría aquella mañana y que quizás no le verían nunca más en la iglesia. La mayoría de ellos habían llegado aquella misma noche. Comenzaron a asediar la puerta del pequeño patio. Algunos con una libertad incomprensible, sin ser llamados por el Santo, llegaron hasta junto a su lecho para acabar sus confesiones⁹.

⁷ Hermano JERÓNIMO, *Proceso del Ordinario*, p. 569.

⁸ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 111.

⁹ Pedro ORIOL, *Proceso del Ordinario*, p. 753. C. LASSAGNE, *Proceso apostólico in genere*, p. 124.

El Cura de Ars, hasta entonces tan refractario a dejarse cuidar, se mostró «dócil como un niño»¹⁰. Recuérdese con qué repugnancia, durante su enfermedad de 1843, aceptó que pusieran un colchón en su cama. Pues bien, en la madrugada del sábado, tendieron uno sobre su duro jergón, y dio las gracias con una sonrisa. Tomó cuantas medicinas le dieron. Sólo una vez se quejó, cuando una Hermana de San José se puso a cazar las moscas que se posaban sobre su rostro bañado en sudor. Hizo un ademán, y algunos creyeron oír estas palabras: «Deje usted a las pobres moscas... Nada hay molesto fuera del pecado...»¹¹.

«Estaba del todo en sus cabales, refiere su confesor, que fue el testigo de este fin sublime hasta el último momento. Se confesó, con su piedad acostumbrada, sin turbación, sin decir una palabra sobre su enfermedad»¹². No manifestó deseo alguno de curarse. El demonio no tuvo permiso para: atormentarle en su hora suprema. «Su mayor aprensión había sido siempre la de desesperar en los últimos momentos»¹³. Mas el temor de la muerte, del que tan vivas muestras había dado, desapareció por completo.

Después de haber gustado hasta las heces el cáliz de amargura de esta vida de destierro, saboreaba *las delicias de la muerte*^M, y realizaba en sí mismo una de sus suaves expresiones: «¡Qué agradable es morir, cuando se ha vivido sobre la cruz!»¹⁵.

¹⁰ Hermano JERÓNIMO, *Proceso del Ordinario*, p. 572.

¹¹ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 864.

¹² Los pormenores sobre la muerte del Cura de Ars los sacamos de varias declaraciones: en primer lugar, por ser la más importante, la del Rdo. señor Beau, cura de Jassans (*Proceso del Ordinario*, p. 1.218-1.220); después las de Catalina Lassagne (*Petit mémoire*, tercera redacción, p. 100-101 (*Proceso del Ordinario*, p. 571-572); del Hermano; no Atanasio (*Proceso del Ordinario*, 876); del Rdo. Monnin (*Proceso del Ordinario*, p. 1.164-1.165); de Marta Miard (*Proceso apostólico continuativo*, p. 864).

¹³ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 813.

¹⁴ Con bastante frecuencia, el Cura de Ars manifestó deseos de ver reimpresa una obra publicada bajo este título (*Las delicias de la muerte*) en 1832, por el señor de la Serré, historiador francés. Se trata en ella de la fuerza de los santos y de los mártires ante los sufrimientos y la muerte. Sin embargo, no gustaba al Cura de Ars la mezcla de lo sagrado con lo profano que se encuentra en este libro; hubiera preferido verla escrita en un sentido enteramente cristiano. (Hipólito PAGÉS, *Proceso del Ordinario*, p.432.)

¹⁵ *Pensées choisies du Curé d'Ars*. Paris, Téqui, p. 54.

La enfermedad hizo rápidos progresos. El siervo de Dios gozaba de una calma perfecta. Ninguna queja: hubiérase dicho que no sufría. Sacerdotes, hermanos, piadosos seglares se relevaban a su lado, aunque parecía preferir quedarse solo.

Los habitantes de Ars, sus feligreses siempre queridos, y los peregrinos, se presentaban sin cesar a la puerta de su cuarto para que bendijera los objetos de piedad que le presentaban y pedirle para ellos mismos la última bendición. El Santo se prestaba benévola a todo, pero sin pronunciar palabra. El día antes de su muerte, cuando se prohibió el acceso a su habitación, hubo quienes violaron la orden. «Subiremos a pesar suyo, decían llorando al Hermano Atanasio, que vigilaba junto a la puerta del patio: ¡antes de ser cura de usted, lo era nuestro!» El Hermano consintió en dejarles pasar, advirtiéndoles que no hiciesen ruido. En silencio, pero dominando a duras penas los sollozos, se arrodillaron sobre el pavimento de la habitación. El Santo les reconoció; levantó su débil mano, y trazó sobre ellos la señal de la cruz¹⁶. «Le vi en su cama el último día de su vida, dice Guillermo Villiers, que sin duda se hallaba presente en aquella escena; se mostraba dulce y tranquilo como un ángel»ⁿ.

El conde des Garets, que casi no salió de la casa parroquial durante aquellos días de angustia, mandó llamar a su familia. El Santo moribundo fijó los ojos en sus hijos, a los que profesaba un afecto verdaderamente paternal. Se acordó de que hasta entonces no había dado ningún recuerdo a la joven Marta Filomena, e hizo señal al Hermano Jerónimo de que le diese su rosario.

Entretanto, ¿qué hacían los peregrinos? Amontonados entre la iglesia y la casa parroquial, reclamaban a su confesor. Los recién llegados pedían que se lo dejaran ver a lo menos una vez. Se les dijo que el señor Cura les bendeciría desde el lecho. En determinados momentos, sonaba una

Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 228. *Proceso del Ordinario*, p. 653.

campanilla, y todos se arrodillaban en la calle, y hacían la señal de la cruz¹⁸.

En la iglesia, ante el altar de Santa Filomena, se iban sucediendo grupos de personas que pedían a «la querida san-tita» la salud de su amigo de Ars. No faltaron quienes fueron en peregrinación hasta el santuario de Nuestra Señora de Beaumont.

Por otra parte, se hizo cuanto humanamente se pudo para aliviar al santo enfermo. «Si los calores disminuyen, había dicho el doctor Saunier, todavía podemos confiar». Los habitantes de Ars, pensando que de esta manera refrescarían la casa, tendían sobre el tejado grandes sábanas empapadas de agua que el señor Pagés y otros vecinos, subidos en escaleras, *mojaban a intervalos*. La abnegación de todos fue admirable.

* * *

El dulce moribundo ya no parecía de este mundo. «Sus labios no se movían, dice su confesor, pero sus ojos permanecían fijos en el cielo, y obligaban a pensar que estaba en contemplación. Creo que entonces ocurría en él algo extraordinario. A las diferentes preguntas que se le hacían se limitaba a responder *sí o no*».

Dijo en efecto muy pocas palabras. Por la mañana del martes, 2 de agosto, fueron turnándose en su cabecera el Hermano Atanasio y el Rdo. Toccanier. Mientras estaba el Hermano, anunciaron la visita del médico. «Me quedan 36 francos, logró decir el enfermo; diga a Catalina que los dé al doctor Saunier, y que le ruegue que no venga más, pues no tendría con qué pagarle...» El Rdo. Toccanier manifestó al Santo sus temores para el porvenir. «Padre, habiendo el gobierno negado el permiso para la lotería, y disponiendo Dios de usted, creo que... —¡Animo, amigo, ánimo!... ¡Sólo pasarán tres años!»¹⁹.

¹⁸ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 791.

¹⁹ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 182. — Pasados tres años, el Rdo. Toccanier había reunido la cantidad suficiente para comenzar a construir la nueva Iglesia.

En este mismo día, hacia las tres de la tarde, su confesor juzgó prudente administrarle los últimos sacramentos. El mismo los pidió, sin querer aguardar al día siguiente, como le habían propuesto. «¡Qué bueno es Dios, murmuraba; cuando uno no puede ir a visitarle, Él se digna venir!».

Mientras la campana de la iglesia iba tocando, el cura de Jassans avanzaba llevando la sagrada Hostia. Unos veinte sacerdotes, cada uno con un cirio, acompañaban al Santísimo Sacramento. Al oír la campana, asomaron algunas lágrimas a los ojos del moribundo. «¿Por qué llora usted, Padre?, le preguntó el Hermano Elías, que estaba arrodillado junto a él. —Es triste comulgar por última vez»²⁰.

Al ver penetrar el cortejo en su cuarto, se sentó con sus propias fuerzas, juntó las manos, y sus lágrimas se deslizaron abundantes. Su confesor le dio el Viático y después la extremaunción. «Los recibió, dice el reverendo Beau, con su fe y piedad habituales». En la habitación, ya muy caldeada, los sacerdotes tuvieron que apagar los cirios.

Después de esta emocionante ceremonia, el Rdo. Esteban Dubouis, cura de Fareins, se quedó velando a su lado.

«—Señor cura, le dijo su antiguo compañero, está usted con Nuestro Señor.

—Sí, amigo mío, respondió el Santo con celestial sonrisa.

—Hoy, añadió el señor Dubouis, celebramos la fiesta de la traslación de las reliquias de San Esteban. Este Santo, estando aún en la tierra, veía abiertos los cielos».

Entonces el Cura de Ars levantó los ojos con una expresión extraordinaria de fe y de felicidad²¹.

Un pormenor importante traía solícitos al alcalde y a los habitantes de Ars: después de la muerte de su Santo, ¿quién poseería los despojos? El último testamento escrito por el Cura de Ars²² —10 de octubre de 1855— estaba r'e-

²⁰ Baronesa DE BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 206.

²¹ *Proceso apostólico ne pereant*, p. 904.

²² Existe un primer testamento de fecha 2 de diciembre de 1841, que comienza así *Doy mi cuerpo de pecado a la tierra, y mi pobre alma a las tres Personas de la Santísima Trinidad y a María concebida sin pecado.*

En un segundo testamento, ciertamente anterior a 1855, se leen estas palabras: *Quiero que después de mi muerte mi cuerpo sea trasladado a Dardilly, mi pueblo na-*

dactado en esta forma: *Después de mi muerte, dejo mi cuerpo a disposición de Monseñor el Obispo de Belley.*

¿Cuál sería, pues, la voluntad de Monseñor Langalerie? Podían estar seguros de que el prelado no cedería a las demandas de los vecinos de Dardilly, que ya varias veces habían solicitado de su Santo compatriota un legado en su favor. ¿Acaso sería justo que aquél a cuya santidad debía Ars todo su encanto y su gloria desapareciese en cuerpo y alma?

Por esta razón, el miércoles, 3 de agosto, «a la una de la tarde», el señor Gilberto Raffin, notario de Trevoux, penetraba con cuatro testigos en el cuarto del Cura de Ars. «¿Dónde quiere usted ser enterrado?», le preguntó el notario. Escucharon con oído atento y él Santo murmuró: «En Ars... Pero mi cuerpo no vale gran cosa...». En seguida el señor Raffin redactó un testamento, que el Santo no pudo firmar²³.

El mismo día, «a las tres, dice el señor Beau, le hice la recomendación del alma. ¡Siempre el mismo sosiego, el mismo estado de contemplación!» Poco antes, habían llegado apresuradamente de las parroquias donde predicaban el Rdo. Alfredo Monnin y otro misionero.

tal. Esta es mi voluntad. El original de este documento se conserva en la casa solariega de nuestro Santo.

" Debemos a la amabilidad del señor Eugenio Perret, notario de Trevoux, una copia de ese último testamento.

Delante del señor Gilberto-Hipólito Raffin, notario de Trevoux, departamento del Ain, y en presencia de los testigos que más abajo se citan, ha comparecido:

El señor Juan-María-Bautista Vianney, cura de Ars, donde vive, el cual, aunque enfermo en cama, en pleno goce de sus facultades morales, ha dictado al referido señor Raffin su último testamento que este último ha escrito tal como sigue:

Nombro e instituyo heredero universal al señor José Camelet, sacerdote de Pont-d'Ain.

Quiero que mis restos mortales descansen siempre en el cementerio de Ars.

Tales son mis últimas voluntades, que empero serán ejecutadas, revocando todas las disposiciones precedentes.

El presente testamento ha sido redactado y leído por el notario al testador, en presencia de testigos, en la casa parroquial de Ars, el tres de agosto de mil ochocientos cincuenta y nueve, a la una de la tarde, y los testigos son los señores Claudio Próspero Gamier, conde des Garets, propietario y alcalde del municipio de Ars, donde vive; Pedro Oriol, rentista; Francisco Pertinand, cochero; Hipólito-Francisco Pagés, rentista; todos habitantes de Ars, los cuales han fincado con el notario, no haciéndolo el testador, que ha declarado no poder firmar, a cá"sa de la debilidad ocasionada por la enfermedad que padece.

(Siguen las firmas: Conde des Garets, Oriol el mayor, Francisco Pertinand, Hipólito Pagés y Raffin.)

El 3 de agosto, Mons. Langalerie, obispo de Belley, se encontraba en Meximieux, donde se hacían los últimos preparativos para la distribución de premios señalada para el día siguiente. Allí y en las referidas circunstancias se enteró de que el estado del Cura de Ars era desesperado. Sin detenerse un momento, salió de aquel seminario menor y tomó el camino de Ars²⁴. Llegó cerca de las siete de la tarde, y se dirigió en seguida a la casa parroquial, «jadeante, emocionado, y rezando en alta voz, abriéndose paso a través de la multitud que se arrodillaba»²⁵.

El enfermo reconoció muy bien a su obispo, le sonrió, y se esforzó en darle las gracias, pero no pudo articular palabra. El prelado le abrazó, y le dijo que iba a la iglesia a rogar *por* él. El Santo volvió a *sonreír*. «Este fue el único momento de aquel día en que le vi salir de su unión con Dios», hace notar su confesor, que se hallaba presente.

Hacia las diez de la noche, el Cura de Ars parecía llegar a su fin; el Rdo. Toccanier le aplicó la indulgencia plenaria en el artículo de la muerte. A media noche, el Rdo. Monnin le dio a besar un crucifijo de misionero, y comenzó las preces de los agonizantes. Las rezaba lentamente, entrecortándolas con largas pausas... y el jueves, 4 de agosto de 1859, a las dos de la madrugada, cuando el joven sacerdote acababa de leer con voz temblorosa estas palabras: *que los santos ángeles de Dios salgan a tu encuentro y te introduzcan en la celestial Jerusalén*; mientras en el cielo de Ars estallaba una violenta tempestad, llena de rayos y de truenos, San Juan María Bautista Vianney, apoyado en los brazos del Hermano Jerónimo, «entregaba su alma a Dios sin agonía», se dormía como el obrero que ha terminado bien su jornada. El señor Oriol tuvo el consuelo de cerrarle los ojos. Tenía setenta y tres años, diez meses y veintisiete días, y hacía cuarenta y un años, cinco meses y veintitrés días que era Cura de Ars.

A las cuatro de la mañana, el Rdo. señor Beau bajó a la iglesia para celebrar el santo sacrificio. El sacristán le

Cuarenta kilómetros, aproximadamente. Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. II, p. 695..

había preparado ornamentos negros. El señor Beau, que durante trece años había sido el íntimo confidente de su alma, dudó al principio sobre si debía ponerse aquellas ropas de luto, «porque, según decía, la vida del Rdo. Vianney había sido la vida propia de un Santo, y no creía que hubiese cometido nunca un pecado venial deliberado»²⁶.

Las campanas de Ars tocaron a muerto. La parroquia, «que estaba en la mayor ansiedad»²⁷, dio rienda suelta al inmenso dolor que la oprimía. Todos lloraban y decían: «¡Nuestro santo Cura ha muerto!». «Las parroquias vecinas participaron de nuestra pena, dice la señorita Marta des Garets; los tañidos de sus campanas les habían dado la triste noticia. En Savigneux, ert Mizerieux, en Toussieux, hasta en Jassans, tocaron a muerto. Antes de hacerlo, el cura de Savigneux creyó ser deber suyo proponerlo al alcalde, señor Bon-Repos. «¿Y me lo pregunta usted, cuando hemos perdido al Cura de Ars?», respondió con viveza el señor alcalde.

La noticia de la muerte se propagó con la rapidez del rayo; «el telégrafo la llevó a todas partes»²⁸. En seguida, las multitudes se pusieron en marcha. El cuatro de agosto por la mañana, el señor Camilo Monnin, notario de Villefranche y hermano del misionero, corrió hacia la aldea de Ars.

«El camino, dice, rebosaba de peregrinos que iban a pie y en coche. En la plaza se había reunido una inmensa muchedumbre. Todo el mundo lloraba. Igual emoción se apoderó de mí; me arrojé en brazos de mi hermano, y nuestras lágrimas se mezclaron»²⁹ - Aquella mañana, por vez primera después de muchos años, se oyó el toque del *Ángelus* a la salida del sol.

²⁶ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 1.032.

²⁷ *Proceso apostólico in genere*, p. 319.

²⁸ Rdo. BEAU, *Proceso del Ordinario*, p. 1.220.

²⁹ *Proceso apostólico continuativo*, p. 263. — Por medio de) número del día 10 de agosto del diario *LVnivers*, en el cual León Aubineau contaba largamente la muerte y los funerales del Cura de Ars, la noticia de aquel duelo indecible se propagó por todas las parroquias de Francia.

Monseñor de Segur, avisado por telégrafo, escribía desde Laigle (Orne), al Rdo. Toccanier, el día 7 de agosto: «¡He aquí nuestro Santo en el paraíso! Le agradecería me hiciese un dobl; favor: el primero, procurarme algún autógrafo suyo; lo estimaré



El jueves, 4 de agosto de 1859, a las dns de la madrugada, San Juan María Bautista Vianney, apoyado en los brazos del Hermano Jerónimo, «entregaba su alma a Dios sin agonía». La noticia de la muerte se propagó con la rapidez del rayo: «el telegrafo la llevó a todas partes». Comenzó delante de los santos despojos un destile interminable que duró cuarenta y ocho horas sin interrupción.

; el segundo, darme algunos pormenores íntimos de su dichoso fin...»

o, el señor de Colombier, cuñado del señor des Garets, escribía, desde su castillo de Pin, a z: «No se habla de otra cosa entre nosotros que del pobre Cura de Ars. Sobre todo por las grandes tilos, hablamos de él. La vista del cielo tan puro, tan estrellado, con esta Vía Láctea idad de la luna, eleva nuestra alma y nuestro pensamiento hacia Dios, y sobre este camino Ars, a quien encontramos enseguida. Qué hermosas fiestas se han celebrado allá arriba, ejado su pobre iglesia, su confesionario, su capilla de San Juan, su casa parroquial, su pobre lecho; después que nosotros lo lloramos, después que los peregrinos le esperan en vano, *angelus*, que se oía a la una de la madrugada, se ha comenzado a tocar, como en los demás alir el sol, después que ya no está entre nosotros.



En la parte más moderna del santuario se encuentra la urna que contiene el cuerpo del Santo Cura de Ais. Cerca de media millón de peregrinos acude cada año a visitar esta urna en la que reposa el patrón de todos los sacerdotes del mundo.

XXXI. EN LA GLORIA

El desfile delante del cadáver del Cura de Ars.—Los funerales triunfales.—Las primeras peticiones de reliquias.—La tumba gloriosa.—El proceso de Beatificación.—Los dos milagros estudiados por Roma.—Gozosa aprobación de Pió X.—Las fiestas de la beatificación en San Pedro de Roma.—Amor por amor.—En la aldea de Ars.—Los sumos honores: la Canonización.

En cuanto el Cura de Ars hubo exhalado el último suspiro, todos rodearon su «pobre cadáver».

El Santo había manifestado su voluntad de que no le desnudasen después de muerto¹; temía que quedasen al descubierto las señales de sus espantosas maceraciones. Prescindieron de este deseo y, con una ternura indecible, pudieron contemplar los sacerdotes y los Hermanos aquella reliquia venerable, aquellos miembros santificados, verdadera «imagen de la extenuación humana llevada al último grado»².

A las cinco de la mañana, revestido de sotana, de roquete y con la estola pastoral, el cuerpo del Cura de Ars quedó expuesto en una sala de la planta baja. «Su rostro aparecía tranquilo y sereno, como si estuviese vivo»³. Entonces comenzó delante de los santos despojos aquel desfile interminable que había de durar sin interrupción cuarenta y ocho horas. En los alrededores de la casa parroquial fue organizado un servicio de orden público. El alcal-

¹ Juana-María CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 707.

² *Proceso apostólico ne pereant*, p. 995.

³ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 337.

⁴ Juan Félix DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 419.

de, conde des Garets, tuvo que echar mano de los gendarmes para contener la multitud⁴. Todos querían pasar por delante del siervo de Dios que dormía el sueño de la muerte, y ver las facciones veneradas de un padre, de un amigo, de un consolador, de un pastor... A los visitantes, que entraban en pequeños grupos, no se les permitía permanecer en la sala más que el tiempo empleado en rezar un padrenuestro y una avemaria. Dos hermanos y dos alumnos del pensionado, de pie junto al cadáver, no cesaron durante dos días de hacer pasar por la preciosa reliquia objetos de piedad. «Todos los establecimientos de Ars, dice Marta Miard, quedaron desvalijados; de mi casa las mujeres, sin tomarse el tiempo necesario para pagar, se llevaron en tropel estampas, cruces, rosarios y medallas»⁵.

A pesar de que el señor Raffin, notario-de Trevoux selló la casa parroquial y *todos los departamentos de* la misma, se cometieron piadosas sustracciones. Algunos audaces peregrinos se dieron maña para procurarse interesantes recuerdos⁶; llegaron a introducirse furtivamente hasta el primer piso e intentaron penetrar en la habitación del Santo; destrozaron materialmente la puerta, y se hubieran salido con la suya a no haber llegado afortunadamente los guardianes. Los tres saúcos del patio se quedaron sin hojas.

El desfile de los visitantes no se interrumpió sino durante media hora por la tarde del día 4 de agosto. Cuando el sol era más ardiente, sacaron el cuerpo de su lecho de honor adornado con flores y follaje y, por primera vez, un fotógrafo consiguió obtener las facciones del Cura de Ars⁷.

⁵ *Proceso apostólico continuativo*, p. 864. — Cuando en las tiendas se hubieron agotado los objetos piadosos, fueron pasados por los restos del Cura de Ars los objetos más raros. En un manuscrito de Juan Claudio Viret, propietario de Consance (Jura), encontramos un inventario de todos los recuerdos que se llevó de Ars desde 1848 hasta 1859. He aquí lo que se lee en la página 34 de esta *memoria*: «Además, encontré réis azúcar y tabaco que fueron puestos sobre el cuerpo del santo Cura después de su muerte».

⁶ Pedro ORIOL, *Proceso del Ordinario*, p. 754.

⁷ Se sacaron tres fotografías diferentes. Juan Claudio Viret nos ha dejado estos pormenores sobre dicha operación: «Yo Juan Claudio, estaba presente cuando se hicieron los retratos. Sacaron al bueno y santo Cura de Ars de la casa parroquial, y lo pusieron en medio del patio, en un momento en que el sol quemaba mucho, y hubo necesidad de abrir un paraguas sobre el santo Cura para defenderle del sol, y fui yo, Juan Claudio, quien sostuvo este paraguas todo el tiempo que fue menester.» (*Memo-ria* manuscrita, p. 33.)

Las exequias habían sido señaladas para el sábado día 6 de agosto. En la víspera por la tarde, fue tal la afluencia de forasteros que llegaron a faltar los víveres; los más no pudieron alojarse en ninguna parte y pasaron la noche al raso⁸. A las ocho se formó una inmensa comitiva de trescientos sacerdotes y religiosos y unos seis mil fieles. El ataúd no había sido cerrado y el Santo aparecía al descubierto. «Al sacar el cuerpo, cuenta Alfredo Monnin, se produjo en la multitud el mismo movimiento irresistible que en vida excitaba la presencia del siervo de Dios... Todos querían acercarse al féretro para contemplar por última vez el rostro del Cura de Ars»⁹. Por fin, la comitiva se puso en marcha y San Juan-Bautista-María Vianney recorrió en paseo de despedida las calles de su querida aldea.

No era una manifestación de duelo, sino de triunfo. Detrás de las niñas vestidas de blanco y del clero en hábitos de coro, seguía el pesado ataúd de plomo y revestido de encina, llevado alternativamente por los sacerdotes, los Hermanos de la Sagrada Familia y los jóvenes de Ars¹⁰. A su paso, las personas que formaban filas a ambos lados, caían de rodillas como para recibir la postrera bendición; de los ojos de todos brotaban lágrimas silenciosas. Entre la multitud había algunos indiferentes. Uno de ellos, refiere el Hermano Jerónimo, se sintió tan conmovido ante aquel espectáculo, que no pudo menos que exclamar: «¡Oh, sí, era un Santo!», y su alma quedó del todo trocada... ". A lo lejos y a intervalos se oían los tañidos de las campanas de las parroquias vecinas.

La comitiva se detuvo en la plaza; el cuerpo fue colocado al pie de la cruz que en ella se levantaba. Allí Mons. Lan-galerie, que presidía el entierro, pronunció la oración fúnebre sobre el siervo de Dios. Era el primer panegírico predicado en su honor, tan emocionante y elocuente, que quizá no se ha pronunciado otro tal. Era la canonización anticipada.

⁸ Sor SAN LÁZARO, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 769-⁹ *Proceso del Ordinario*, p. 1.166.

¹⁰ El párroco y subprefecto de Trevoux, el Rdo. Sézerin, canónigo de Belley, y el conde des Garets, alcalde de Ars, llevaban los cordones del féretro. *Proceso del Ordinario*, p. 574.

«¡Animo, siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor!»¹². «Silencio, hermanos míos: escuchad bien, piadosos fieles, a quienes el respeto y el dolor han reunido en tan gran número para esta tan importante ceremonia. Quiero repetir las estas palabras de Nuestro Señor escritas en el Evangelio. Decidme: ¿hay alguno entre vosotros que no crea haberlas oído de la boca del mismo Dios, en el momento en que el alma de nuestro santo Cura se ha separado de su cuerpo consumido durante tanto tiempo en el servicio del divino Maestro?... Meditémoslas, hermanos míos, estas palabras tan dulces y tan hermosas. Ellas han de ser en estos momentos nuestra esperanza. Además, encierran un saludable aviso, en nombre de aquel que ya no nos hablará en adelante, sino con los ejemplos de su vida, y probablemente con las maravillas de su sepultura.»

Después, comentando el texto de su discurso, el obispo de Belley trazó a grandes rasgos un cuadro de la vida sobrehumana del Cura de Ars, «maravilla del poder y del amor de Dios».

¡Cuántos años hace, y quizás cuántos siglos, que el mundo no ha presenciado una existencia sacerdotal en condiciones semejantes, tan fructuosa, tan santa, tan constantemente ocupada, consagrada y gastada en el servicio de Dios!... No es posible sustituir a un Cura de Ars: el mismo Dios, por interés de su gloria, no quiere multiplicar estos prodigios de gracia y de santidad. Toda Francia ha perdido un sacerdote que era su honor, y a quien acudían en demanda de consulta fieles de todas las provincias.

«Animo, siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor; es decir: tu jornada ha terminado; has trabajado ya bastante; ven, he aquí la recompensa y el premio de tus obras... Y sábelo quien, querido y venerado Cura, que el día más feliz y más deseado de mi episcopado será aquel en el cual la voz infalible de la Iglesia me permita proclamar solemnemente y cantar en tu honor: *Euge serve bone et fidelis intra in gaudium Domini tui*»¹³

Acabado este discurso, el cadáver fue conducido a la iglesia, adonde entraron solamente las autoridades, el clero y la familia. Los gendarmes de Trevoux, de pie junto a las puertas, contenían a duras penas a la multitud. Sin em-

¹² *Euge serve bone et fidelis intra in gaudium Domini tui.* (Mat., XXV, 21.)

¹³ El día 15 de agosto, Mons. Langalerie envió este discurso impreso, en forma de *carta circular*, a todo el clero de Belley.

bargo, ni un grito salía de entre aquellas gentes, apiñadas en la escalinata y en la estrecha calle. Durante la misa de *Réquiem* que celebró el canónigo Guillemín, vicario general de Belley, un silencio religioso se cernía sobre la aldea apenada, convertida toda ella en *un templo*. Al oír las señales de la campana, el pueblo se arrodillaba y levantaba siguiendo así la misa desde fuera.

Después del responso entonado por Mons. Langelarie, el ataúd fue depositado en la capilla de San Juan Bautista, delante del confesionario, entonces vacío, en el cual el siervo de Dios había absuelto y confortado tantas almas. Mientras la caja estuvo allí, fue velada, día y noche, únicamente por los feligreses^M. El 14 de agosto, el cuerpo fue descendido a una fosa abierta en el centro de la nave. Sobre ella se puso una lápida de mármol negro en la que se grabaron en forma de cruz un cáliz y esta sencilla inscripción: *Aquí yace Juan-María-Bautista Vianney, Cura de Ars*¹⁵. Los restos del siervo de Dios habían de descansar allí por espacio de cincuenta y cinco años, o sea, desde 1859 a 1904.

Entretanto, las peticiones de reliquias comenzaron a afluir. El 4 de agosto, gracias al telégrafo, Dardilly sabía ya la muerte del Cura de Ars. Al día siguiente, la Superiora del pensionado de Nuestra Señora de los Angeles fundado en aquella parroquia por los Hermanos de San José, escribía al obispo de Belley para pedirle el cáliz del Santo. Pocos días después, Mons. Langalerie trasladaba al alcalde de Ars una petición de los habitantes de Dardilly, autorizada por la firma del cardenal-arzobispo de Lión. El pueblo natal del Cura de Ars quería poseer, si no su cuerpo, al menos su corazón. El conde des Garets se negó resueltamente «El día de los funerales, contestaba al obispo de Belley: Ya dije a los habitantes de aquella parroquia que más tarde, cuando fuese posible la exhumación del cuerpo, tendrían una reliquia importante; que han de contentarse con esta promesa y no repetir la petición, que, en las *actuales* circunstancias, es inconveniente, y no me parece inspirada en una ver-

¹⁴ Magdalena MANDY-SCIPIOT, *Proceso apostólico in genere*, p. 273.

¹⁵ Con el transcurso del tiempo, las pisadas de los peregrinos borraron esta inscripción.

dadera devoción. Como viejo amigo del Santo Sacerdote, como alcalde de Ars, siempre me opondré a semejante violación de su voluntad y de su tumba.»

Comenzaba una nueva clase de peregrinaciones. La voz del pueblo, que entonces era a la verdad la voz de Dios, había proclamado la santidad del Cura de Ars. En adelante, acudirían a su iglesia para honrarle y rezar sobre su sepultura. Esta había sido rodeada por una reja de hierro. Esta reja fue muy pronto cubierta de flores y de coronas^ y sirvió de sostén para los cirios. Pero, sin tardanza, los misioneros encargados del servicio de la iglesia hicieron desaparecer aquellas señales de devoción y aun la misma verja. Era necesario apartar de aquel lugar toda sombra de culto prematuro. En el obispado de Belley se daba ya como posible la beatificación, y nadie tenía derecho a adelantarse al fallo oficial de la Iglesia. Podía, empero, cada uno invocar particularmente al Cura de Ars. Todos los días llegaban numerosos peregrinos que iban a postrarse sobre la lápida que cubría los venerados restos. Uno de ellos fue el cardenal Villecourt, quien con toda la majestad que daban a su persona, su púrpura y su blanca cabellera, se inclinó hasta el suelo para besar aquella piedra venerable.

* * *

Mientras se iban desarrollando estos acontecimientos, la autoridad diocesana no permanecía inactiva. A ella incumbía el grave y dulce deber de comprobar auténticamente la santidad del Cura de Ars. El 21 de noviembre de 1862, Mons. Langalerie, con gran alegría de todos los fieles, instituyó el tribunal eclesiástico cuyo cometido era examinar la vida, las virtudes, los milagros y los escritos del siervo de Dios. Entonces comenzó el llamado *Proceso del Ordinario*, durante el cual se celebraron doscientas sesiones, y se recogieron las declaraciones de sesenta y seis testigos. Se cerró este proceso el 6 de marzo de 1865.

Algunos días más tarde, Mons. Langalerie llevaba a Roma la copia auténtica (1. 764 páginas in folio), y la entregaba a la Sagrada Congregación de Ritos. No había acabado

de transcurrir el mes de marzo, cuando Su Santidad el Papa Pío IX nombraba Relator de la Causa de Ars al Cardenal Villecourt, residente en Roma¹⁶, y autorizaba al cardenal Patrizi, Prefecto de Ritos, para abrir los in-folios franceses y mandarlos traducir al italiano. Al mismo tiempo, eran designados los censores para examinar los escritos del Cura de Ars.

Después del *Proceso del Ordinario* —información preparatoria para informar a Roma sobre esta pregunta: ¿hay lugar o no a ocuparse en la Causa de Ars?— siguió el *Proceso Apostólico*. Es costumbre dejar que transcurran diez años entre ambos procesos. Por un decreto de 6 de febrero de 1866, Pío IX hizo caso omiso de esta regla: el piadoso y gran pontífice, conocedor de la reputación del Cura de-Ars¹⁷, deseaba personalmente que la Iglesia glorificase a este humilde sacerdote. El concilio Vaticano, la guerra franco-prusiana y la invasión de Roma por las tropas piemontesas, retrasaron la instrucción de la Causa. Finalmente, el 3 de octubre de 1872, Su Santidad firmó muy gustoso el «mandamiento» que abría la era de las sesiones decisivas. Por este solo hecho, Juan-Bautista-María Vianney era declarado Venerable.

Los procesos llamados *apostólicos*, confiados sucesivamente a los señores Ricard, Marcal y Soubiranue, los tres obispos de Belley, duraron doce años —del 3 de agosto de 1874 al 12 de octubre de 1886—. Comparecieron ciento noventa y siete testigos, y sus declaraciones, consignadas en 2.886 páginas in-folio, fueron escuchadas en trescientas once sesiones.

El *Proceso del Ordinario* y el *Proceso Apostólico* fueron aprobados por la Congregación de Ritos en su reunión del 13 de mayo de 1890 y al día siguiente dicha sentencia fue

¹⁶ El cardenal Villecourt murió muy pronto, y no desempeñó este cargo un año entero. Fue sustituido el 6 de febrero de 1866 por el cardenal Pitra.

¹⁷ En una audiencia concedida por Pío IX al Hermano Gabriel, superior de los Hermanos de la Sagrada Familia de Belley, se hizo mención del Cura de Ars, y el Padre Santo habló de él con viva simpatía. Bendijo ex profeso unos rosarios para que le fueran entregados en su nombre. El Santo los guardó tres meses. Les tenía gran afecto «y el sacrificio le costó en extremo»; pero necesitaba dinero para los pobres, y los cambió por una cuantiosa limosna. (Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, P- 800; señorita Marta DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 300.)

aprobada por León XIII. Este Papa, lo mismo que Pío IX, tenía en gran estima al Cura de Ars. «Hay que llevar a término esta causa, decía en 1889, a Mons. Lucon, el futuro cardenal de Reims, entonces obispo de Belley; el Cura de Ars es la gloria religiosa de Francia.» Asimismo, decía al prelado postulador: «Esta causa es hermosa entre todas; es menester que no se atrase. Quisiera ser yo quien beatificase al Rdo. Vianney»¹⁸. Dios no quiso otorgarle este consuelo.

Fue al antiguo cura de Sarzano y de Tombolo, a Pío X, elegido Papa el 4 de agosto de 1903, cuarenta y cuatro años día por día, después de la muerte del siervo de Dios, a quien estaba reservada la dicha de poder elevar al honor de los altares al Cura de Ars. El 26 de enero de 1904, Pío X presidía la *Congregación general* que había de examinar los milagros del venerable Vianney. El tribunal de Belley examinó diecisiete casos de curaciones acaecidas después de su muerte. El abogado de la causa, señor Morani, escogió dos que le parecieron suficientes: la curación de Adelaida Joly y la de León Roussat.

Estas dos maravillas merecen la pena de ser contadas. Oiremos el relato de labios de los testigos más próximos. He aquí, en primer lugar, la declaración hecha en 10 de octubre de 1864, por Leónida Joly, hermana de la milagrosamente curada.

Yo nací en Saint-Claude el día 8 de mayo de 1848. Adelaida tiene cuatro años menos que yo. Hace cinco años que las dos estamos en el orfanato dirigido por las Hermanas de la Caridad en la parroquia de San Juan de Lión.

Por las mañanas, yo vestía a mi hermanita. Un día comenzó a quejarse de dolores en el brazo izquierdo. En septiembre de 1861, la profesora que visitaba nuestro obrador advirtió que Adelaida tenía el brazo apoyado sobre la rodilla y que no podía trabajar. La llamó pequeña perezosa; más he aquí que las dos nos echamos á llorar. Entonces acompañaron a la niña a casa del director de los cirujanos de la Caridad. Dijo que Adelaida tenía un tumor blanco, que estaba lisiada para toda la vida, y que tendría que llevar un aparato. Este no fue encargado; nuestras profesoras quisieron

¹⁸ Mons. Lucon en Arts el 4 de agosto de 1905. (*Annales d'Arts*, «diciembre de 1905, p. 265.)

probar otra cosa: nos hicieron empezar una novena al Cura de Ars y, como tuviesen en su poder unos zapatos viejos que habían sido del Santo, sacaron de ellos un cordón y lo ataron al brazo de mi hermanita.

Pasados siete días, Adelaida me dijo: «Leónida, mi brazo ya no me duele.» Y descubriéndoselo, vi que podía moverlo con facilidad. En seguida subí al cuarto de nuestra profesora para anunciarle tan grata nueva. Me reprendió un poco porque lo había hecho sin su permiso. El último día de la novena, la Hermana quitó al venda del brazo, y lo encontró perfectamente curado. Lo meneaba en todos sentidos, y tenía el mismo aspecto que el otro, sin trazas de raquitismo. El tumor había desaparecido del todo. El doctor Berner se quedó estupefacto. No tuvo dificultad en extender un certificado que fue remitido al obispo de Belley. Nosotras hicimos muy contentas una novena de acción de gracias y, desde entonces, invocamos con frecuencia al Cura de Ars, que curó a mi hermanita¹⁹.

En cuanto al milagro de León Roussat, su padre, ganadero de Saint-Laurent-les-Mâcon (Ain), lo refiere así en el *Proceso de Beatificación*:

Certifico que el 1.º de enero de 1862, mi hijo León Roussat, de seis años y dos meses de edad, se sintió acometido de crisis nerviosas, ligeras al principio, pero después cada día más graves y frecuentes. Recurrimos al doctor Carteron, de Mâcon, quien lo sometió sucesivamente a diversos tratamientos, contra las lombrices, la fiebre y la solitaria, y acabó por recetar contra la epilepsia.

Las prescripciones del médico no produjeron efecto alguno y,

¹⁹ Este par de «viejos zapatos» tiene su historia. «En marzo de 1862, refiere Sor María Ana Callamand, de las Hermanas de la Caridad, una señorita de nuestra parroquia de San Juan, que acababa de perder a su madre, nos dijo que ésta había recibido de una amiga un par de zapatos del Cura de Ars, y que ella los había dado a una pobre. Sin duda que se desprendió de ellos con pena, pero pensaba que el buen Cura no desaprobaba su acto. La pobre, que vivía en un desván, en el sexto piso de la casa de esta señora, los dejó en un rincón, porque le parecieron demasiado viejos para su uso. Al irse de aquella habitación, dejó en ella los zapatos, y la señorita Lavie (éste es su nombre) nos los ofreció creyendo que nos hacía un buen obsequio. Nosotros los recibimos gustosísimos, como una preciosa reliquia. Al verlos, nos maravillamos de la pobreza del santo Cura. Sor Margarita se sintió inspirada al pedirme el cordón de uno de los zapatos. «Con esto, dijo estoy segura de que el Cura de Ars curará a nuestra Adelaida. Haremos una novena muy fervorosa y usted verá.» Yo le respondí: «Pues bien, háganla». Y les entregué el cordón. Se hallaba presente un padre lazarista, el señor Meller, superior de la casa de Angers. Sin pedirme permiso, se apoderó del otro cordón y no quiso a ningún precio devolvérmelo. «También, me dijo, podrá servirme de él.» (Declaración de 10 de octubre de 1864, *Proceso del Ordinario*, p. 1.581.)

cuando el mal se fue agravando, mi mujer y yo lo llevamos a Lión para presentar nuestro niño al doctor Barrier, médico mayor del hospital. Le mandó tomar aguas ferruginosas, tratamiento nuevo del que esperaba mucho.

Por todo resultado, vimos con gran dolor que las crisis aumentaban en número e intensidad de una manera alarmante: León caía por término medio unas quince veces al día. Volvimos a Lión y, en esta segunda visita, el doctor Barrier se limitó a darnos algunos > consejos, y añadió: «Este niño es pequeño; hay algunos que reaccionan y otros que no; es inútil que me lo traigan otra vez...»

Muy poco satisfechos de semejante acogida, emprendimos el camino de nuestro pueblo, con el corazón desolado. Al pasar por Vi-llefranche, que está cerca de Ars, dije a mi mujer: «Será menester llevar a nuestro León a Ars». De regreso a nuestra casa, comenzamos una novena en honor del santo Cura... Mas ¡ay! no fuimos escuchados: no había llegado aún la hora de la gracia. Las crisis de nuestro pequeñuelo eran de una intensidad y de una violencia tales que se caía a cada momento; después de uno de los ataques, estuvo dos horas como muerto, frío y helado. Desde entonces, se quedó enteramente paralizado y sin poder hablar.

El lunes de Pascua, quisimos trasladarlo a Ars; pero el señor Cura de Saint-Laurent nos hizo desistir: nuestro piadoso párroco temía, con harta razón, que nuestro hijo muriese durante el viaje.

Finalmente, el 1.º de mayo, nada nos pudo arredrar. El mismo señor cura tenía que ir a Ars, donde el obispo de Belley había de bendecir la primera piedra de la nueva iglesia. Henos, pues, en marcha con él: si teníamos la desgracia de perder a nuestro hijo, estaría a nuestro lado para sostenernos.

Llegamos cuando se acababa la ceremonia. Tuvimos la dicha de recibir una bendición de su Excelencia para nuestro querido enfermo. Después, en la casa de los misioneros, el señor cura y mi mujer le presentaron a León al que se dignó a abrazar, y le bendijo de nuevo. Nos recomendó que hiciéramos una novena al Cura de Ars, que había de consistir en rezar todos los días una decena del rosario. Monseñor tuvo la bondad de prometernos que rezaría con nosotros, y nos aseguró que el niño se curaría.

De la casa de los misioneros, llevamos a nuestro hijo a la tumba del Santo. De vuelta al hotel, tuvimos el consuelo de ver al pequeñuelo, hasta entonces del todo paralizado, tomar con la mano derecha el vaso, beber y entretenerse con unos fósforos, que encendía y lanzaba lejos de sí.

En el trayecto de Ars a Saint-Laurent, adonde llegamos mucho antes de hacerse de noche, no tuvo sino dos ligeras crisis. Durmió

tranquilamente y hasta la madrugada. Para vestirle, tuvimos que valemos de las mismas precauciones que antes, pues sus miembros estaban todavía paralizados. Mi mujer fue aún testigo de dos crisis muy leves.

Por fin, hacia las diez, nos sentamos a la mesa. Poco después, ¡oh felicidad! León me hace seña de que le separe su silla: de repente salta de la mesa y echa a correr, completamente curado. Su hablar continuó algo entorpecido, pero, al terminar nuestra novena, gracias sean dadas a Dios y a su siervo el Cura de Ars, le fue restituida la palabra.

Desde entonces, su salud ha sido admirable; no ha estado nunca ni un momento indispuerto. Testigo de semejante prodigio, no puedo negar a Dios mi corazón. Soy y espero ser siempre un perfecto cristiano²⁰.

En el día 21 de febrero de 1904, el Papa Pío X promulgaba el decreto por el que reconocía estos dos milagros como auténticos y valederos para la beatificación del venerable Juan-María Vianney. Finalmente, el 17 de abril, domingo y festividad del Buen Pastor, otro decreto pontificio declaraba que con toda seguridad se podía proceder a la beatificación solemne. «¡Es un Santo!», decían las multitudes cuando pasaba el Cura de Ars. Y en efecto, su santidad aparecía ya clara como la luz del sol. La Iglesia, prudente y juiciosa, no empleó menos de cuarenta años para asegurar su fallo; éste era conforme con el sentir del pueblo cristiano. Al saberse tan grata nueva, la alegría fue muy grande en todo el orbe católico y especialmente en el corazón de los buenos sacerdotes.

Nada más agradable ni más ventajoso —decía Pío X, el 2 de febrero, a los miembros del clero de París— podía acaecer a Nos, que durante tantos años nos ocupamos de todo corazón en el ministerio parroquial, y a todos los curas del mundo católico, como ver a este venerable Cura rodeado de los honores de los Beatos, tanto más cuanto que su gloria reverberará en todos aquellos que están consagrados al ministerio de las almas.

* * *

²⁰ Juan-María ROUSSAT, *Proceso del Ordinario*, sesión 168, 6 de octubre de 1864, p. 1.549-1.551.

Por fin, en el cielo de Roma, despuntó la aurora del gran día. Un sol esplendoroso lucía por la mañana del domingo, 8 de enero de 1905, señalado por la exaltación del humilde Cura de Ars. Mons. Lucon, obispo de Belley, encargado de distribuir las tarjetas de entrada a la basílica vaticana, despachó unas treinta mil. En la fachada de San Pedro, un lienzo de Bettoni y de Francisci, representaba al Cura de Ars en la gloria. En el vestíbulo, sobre la puerta principal, un cuadro de Capparoni reproducía una de las escenas de las peregrinaciones a Ars: el siervo de Dios atravesando las multitudes. En el interior, la basílica aparecía engalanada de fiesta: el piso y las columnas estaban cubiertos de damascos rojos con franjas de oro. En el ábside, donde había de celebrarse la ceremonia, flotaban dos altos estandartes, de los cuales el de la derecha hacía revivir la curación de Adelaida Joly, y el de la izquierda representaba el interior de la iglesia de Ars, con el niño León Roussat tendido sobre la tumba del nuevo Beato. Entre el altar de la Confesión y la Cátedra de San Pedro resplandecían millares de lámparas eléctricas, mientras, a través de los cristales de la inmensa cúpula, penetraba el sol de Dios.

A las diez, desfiló por la basílica la comitiva de cardenales, obispos y generales de las órdenes religiosas. Seguían los alumnos del Seminario Pío, los párrocos de Roma, que quisieron asistir corporativamente a la glorificación del modelo de los párrocos, el Clero y el Cabildo de San Pedro, todos delante del obispo celebrante, Mons. Lucon. El cardenal Rampolla, arcipreste de la basílica vaticana, con largo manto de púrpura, cerraba la marcha.

Cuando, al leerse el Breve de Beatificación, se oyeron estas últimas palabras: *Nos permitimos que en adelante se dé el titilo de Beato al venerable siervo de Dios Juan-María-Bautista Vianney*, se corrió la cortina que cubría la *gloria de Bernini*, y se vio levantado —entre las nubes de bronce que rodean, a manera de aureola, la Cátedra de San Pedro— el cuadro de la apoteosis: el Cura de Ars volando al cielo sostenido por dos ángeles.

Todas las campanas de la basílica dejaron oír sus alegres sonos. En un movimiento de espontánea venera-

ción, el concurso postróse de rodillas; de muchos ojos saltaban abundantes lágrimas. Mons. Lucon entonó el *Te Deum*, que treinta mil voces continuaron con religioso entusiasmo. Terminado el himno, el obispo de Belley, que veía recompensados por aquellos momentos gloriosos tantos trabajos y tantas fatigas, incensó solemnemente las reliquias del beato Vianney expuestas por primera vez sobre el altar, y cantó la primera oración dirigida por la Iglesia a este nuevo y poderoso protector. Comenzó a continuación la misa pontifical en el altar de la Catedral.

A las cuatro de la tarde, el Papa Pío X se postró delante de este altar para venerar las reliquias del Cura de Ars²¹. En aquel día inolvidable, Roma, la Roma papal, Roma cabeza y corazón de la Iglesia, madre de las almas, que adornada de púrpura santa —la sangre de los mártires— «aventajaba en belleza a todas las bellezas de este mundo»²², devolvía al bienaventurado Vianney amor por amor. ¡Roma! no podía, en vida, oír esta palabra, sin llorar de ternura²³. ¡Cuánto hubiera deseado conocerla y visitarla! ¡Con qué placer se hubiera postrado a los pies del Sumo Pontífice! «Dentro de algunos días, le decía el secretario del cardenal Pacca, que hizo un viaje a Ars, estaré junto al Padre Santo. —¡Oh, si yo pudiese ir con usted!», le respondió el hombre de Dios, y «derramaba lágrimas de envidia»²⁴.

Profesaba a Roma y a sus doctrinas una fervorosa sumisión. «Cuando se suscitó en Francia la cuestión litúrgica, se mostró en seguida partidario de la *liturgia romana*»²⁵. Deseaba, con todas las veras, orar en unión con el Padre común de los fieles rezando las mismas oraciones que él. Muchas

²¹ Pío X deseaba canonizar personalmente al Cura de Ars. Poco después de la beatificación, durante una audiencia privada, Mons. Olivier, obispo de Ajaccio, dijo al ver sobre la mesa del Soberano Pontífice una imagen del nuevo beato: «Es un honor para Francia, Santísimo Padre, la presencia ante vuestros ojos de esta imagen. — ¡Ah!, respondió el Papa, interrumpiendo lo que escribía y levantando la cabeza, *so-cius meus*, es mi compañero.» Después de lo cual, prosiguió diciendo en latín: «Pidamos a Dios que haga por su intercesión, los milagros que permitan canonizarlo. — Confío, Santísimo Padre, que será Su Santidad quien lo canonizará.» El Papa contestó con una amable sonrisa. *Anuales d'Ars* agosto de 1906, p. 86.)

²² Roma... *excellit omnem mundi pulchritudinem* (San Paulino de Aquilea).

²³ Rdo. BEAU, *Proceso apostólico in genere*, p. 300.

²⁴ Señorita Marta DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 300. ²⁵ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 351.

veces manifestó deseos de poseer un *breviario romano*...²⁶. De verdad, el 8 de enero de 1905, Roma elevaba al honor de los altares a uno de sus mejores y más amantes hijos.

Las solemnidades vaticanas tuvieron su eco en la aldea de Ars. En los días 2, 3 y 4 de agosto, se celebró un triduo grandioso, en el que *tomaron parte tres* cardenales, quince obispos y veintidós mil fieles. Por lo demás, en aquel rincón de Dombes, se había trabajado durante cuarenta y cinco años para la glorificación de su querido pastor.

Estaba ya en pie aquella «hermosa iglesia» que el Cura de Ars solamente había podido entrever en sueños. Para reunir los recursos necesarios, el abnegado Rdo. Toccanier²⁷, convertido en limosnero» visitó todas las grandes poblaciones de Francia. Una lotería, cuyos dos premios mayores eran el reclinatorio y el reloj del Cura de Ars, produjo 100.000 francos. Detrás de la antigua iglesia, Pedro Bossan comenzó en 1862 la construcción del templo que había de cobijar el altar de Santa Filomena. El 4 de agosto de 1865, Mons. Langalerie podía ya consagrar este altar. Treinta años más tarde, durante el ministerio de Mons. Conven, la «hermosa iglesia» quedaba terminada; en vano, el reverendo Vianney se había esforzado en vida en ocultar su gloria tras la de su «querida santita»; hoy la basílica de Ars es un himno de piedra en el que andan unidos los nombres San Juan-María Vianney y Santa Filomena. Bossan, en su plan primitivo, no había previsto el crucero; el señor Sainte-Marie Perrin lo levantó en honor del santo Cura. Allí reposa ahora el cuerpo del siervo de Dios.

La urna de bronce dorado que lo guarda es donativo del

²⁶ «El Cura de Ars, habiendo oído hablar de las piadosas y bellas lecciones del breviario romano, expresó muchas veces cuánto le hubiera gustado rezar este oficio. En un viaje a París, cómprele Un ejemplar. Tenía la intención de ofrecérselo, pero con la reserva de guardarlo como una reliquia después de su muerte. Pero el Rdo. Martin, mi colega de Point-d'Ain, le hizo notar que el breviario romano era más largo que el de Lión adoptado en nuestra diócesis. El señor Cura, que con harto trabajo rezaba este último, a causa de su fatiga y de sus ocupaciones haría mejor en no cambiar. El siervo de Dios se atuvo a este consejo.» (Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 1277).

²⁷ El Rdo. Toccanier murió en Ars el 7 de noviembre de 1883, siguiendo muy de cerca a Catalina Lassagne, fallecida el 13 de octubre del año anterior. «Un día, refiere el mismo Rdo. Toccanier, rogué al Cura de Ars que cuando estuviese en el cielo me echase una mano.— Sí, amigo mío, me respondió; ya diré a Dios que deje entrar a mi compañero.» (*Proceso apostólico in genere*, p. 143.)

clero de Francia. Adornada de flores de lis y de rosas, es de una exquisita belleza²⁸. Una imagen de Santa Filomena es su remate. En los cuatro ángulos, se levantan las ascéticas figuras de San Juan Bautista, San Francisco de Regis, San Francisco de Asís y San Benito Labre. A través del cristal del relicario se ve lo que queda aquí en la tierra del santo Cura de Ars.

Al acercarse la beatificación, el 17 de junio de 1904, fue sacado de la tumba el cuerpo del venerable Vianney. Se vio con agradable sorpresa que los miembros se conservaban íntegros. La piel estaba ennegrecida y las carnes secas, pero enteras. Sin embargo, el rostro, a pesar de que se distinguía bien, había experimentado un poco los estragos de la muerte. Con gran alegría, descubrieron que *su corazón* estaba intacto, y pudieron conservar aparte tan preciosa reliquia.

Los sagrados despojos fueron envueltos en cintas y después revestidos con ricos ornamentos: una túnica de muaré blanco, una sotana de muaré negro, un roquete de primorosos encajes y una estola con flores de lis y rosas bordadas en oro. En los dedos ennegrecidos fueron entrelazados unos rosarios de jaspe. El rostro fue cubierto con una mascarilla de cera que reproducía las facciones del siervo de Dios. En 2 de abril de 1905, al ser mostrada a los ancianos de Ars que habían conocido al señor Vianney la reliquia de su cuerpo tal como aparece hoy a los ojos de los peregrinos, *todos* exclamaron derramando lágrimas: «¡Ah, es él!»

El relicario descansa sobre un altar de mármol, debajo de un dosel de piedra labrada sostenido por columnas de ci-polino.

Está, además, flanqueado por dos grandes frescos debidos al arte de Pablo Borel.

* * *

Un florón —el más bello— faltaba todavía, en la tierra, a la gloriosa corona del Cura de Ars. La Iglesia, al beatifi-

²⁸ Esta obra maestra de orfebrería, proyectada por el señor Sainte-Marie Perrin, procede de la casa de Amadeo Cateland, de Lión.

cario, lo había elevado a los altares, pero solamente tenía derecho a un culto restringido, que casi no podía rebasar los límites de Francia. Por un decreto de 12 de abril de 1905, Pío X lo había dado por «patrón a todos los sacerdotes que tuviesen cura de almas en Francia y en los territorios sometidos a la misma»; pero, ¿no era menester que este sacerdote incomparable fuese designado por protector y modelo de todos los sacerdotes del mundo? Únicamente los honores de la canonización podían conferirle tan magnífico privilegio.

Después de las grandes solemnidades de Roma y de Ars, el obispo de Belley no permaneció inactivo. Ni aun la misma guerra pudo detener los trabajos de la Causa. En 1916, bajo el episcopado de Mons. Manier y el pontificado de Benedicto XV, fueron examinados los dos milagros exigidos para la canonización del beato Vianney.

Como pruebas de su santidad, fueron admitidas las curaciones de Sor Eugenia y de Matilde Rougeol.

Sor Eugenia, religiosa de Saint-Charles, estaba atacada, desde principios de 1905, de unas varices, que al convertirse en sanguinolentas, degeneraron en una úlcera que acabó por inmovilizar a la pobre religiosa.

En agosto del mismo año, unos feligreses de Bonno (Rhône), donde Sor Eugenia vivía en obediencia, le hablaron de ir a Ars en peregrinación. La pobre enferma suplicó que la condujeran a la aldea del santo Cura... Llevada a la iglesia, y sentada en una silla sobre la tumba donde había reposado el cuerpo del Cura de Ars, estuvo allí más de una hora. «Padre mío, le decía, estoy encargada de la cocina de la comunidad. ¡Es menester que mañana pueda hacerla!» De repente se sintió curada. Levantóse, y anduvo sola hasta el hotel donde se hospedaban los peregrinos de Bonno... Al día siguiente, Sor Eugenia reanudaba sus ocupaciones de cocinera.

Matilde Rougeol, nacida en Villiers-la-Faye (Cote d'Or), el 23 de septiembre de 1878, fue atacada a la edad de veintiocho años, a causa de una gripe maligna, de una laringitis tuberculosa. Habiendo quedado completamente afónica y creyendo que su mal era incurable, no cesaba de consultar

a los médicos, cuando en julio de 1910 tomó parte en una peregrinación a Lourdes, presidida por Mons. Dadolle, obispo de Dijón. La Virgen de Massabielle no quiso curarla. Los peregrinos al regresar de Lourdes habían de detenerse en Ars. La señorita Rougeol puso toda su confianza en el beato Vianney. Mons. Dadolle, al predicar en la iglesia, pidió al bienaventurado Cura que hiciera los milagros exigidos para su canonización. Antes de partir los peregrinos se reunieron de nuevo delante del altar para besar la reliquia. Al besarla, Matilde dijo interiormente: «¿Si queréis, podéis curarme.» Vuelta a su sitio, probó si podía cantar. ¡Oh maravilla! Su voz, perdida desde hacía cuatro años, salió clara como antes, lanzando por las bóvedas de la basílica el cántico tan popular:

Es nuestro Santo, nuestro honor y nuestra gloria. El Cura de Ars que aquí se aclama.

La curación había sido repentina y completa... Con su voz clara y bien timbrada, Matilde Rougeol hizo las dos declaraciones sucesivas, una el 4 de octubre de 1916 y otra el 16 de septiembre de 1920, delante del tribunal eclesiástico encargado de la Causa de Ars.

El 1.º de noviembre de 1924 tuvo lugar en el Vaticano, en presencia de Su Santidad Pío XI, la solemne lectura del decreto *por* el que se aprobaban los dos nuevos milagros atribuidos al Cura de Ars. El domingo, 28 de diciembre, era leído, delante del Papa, el derecho *de tuto*, que permitía la canonización del beato Vianney.

El 31 de mayo de 1925, festividad de Pentecostés, el humilde sacerdote, por «cuyas virtudes y nùlagros Francia ha brillado a los ojos de todas las naciones con incomparable resplandor»²⁹, recibía los honores supremos.

Fue una fiesta más bien del cielo que de la tierra. Quince días antes, el 17 de mayo, Roma había exaltado a Santa Teresa del Niño Jesús. Para festejar «a la pequeña Reina», había sido engalanada la iglesia de San Pedro con una sun-

²⁹ Palabras de Pío X en su decreto de 12 de abril de 1905 al proclamarle patrón de todos los párrocos de Francia.

tuosidad inusitada. La angelical virgen de Lisieux prestó, por decirlo así, sus galas al «pobre Cura de Ars»; ambos, glorias de un mismo siglo y de una misma patria, fueron envueltos en igual triunfo. En todas las columnas de mármol, inmensas colgaduras de damasco rojo bordado en oro; en la base de las estatuas, guirnaldas de laurel; la gigantesca cúpula radiante de luz, de alegría y de gloria.

La multitud, de toda nación y de toda lengua —era una nueva Pentecostés—, llenaba el edificio hasta rebosar. Treinta y cinco cardenales y doscientos obispos rodeaban al Sumo Pontífice. Mientras avanzaba bajo las bóvedas de la basílica el estandarte del bienaventurado Vianney, resonaron aclamaciones entusiastas. Hacia las diez y media, cuando Pío XI, como Jefe de la Iglesia y Doctor infalible, hubo pronunciado con su hermosa y grave voz, amplificadas por los altavoces, la fórmula del ritual: *Nos declaramos Santo e inscribimos en el catálogo de los Santos al bienaventurado Juan-María-Bautista Vianney*, los aplausos surgieron por todas partes; sonaron las trompetas de plata; las campanas de San Pedro y todas las de Roma lanzaron al aire sus alegres tañidos de fiesta. Todos los corazones vibraban al unísono al compás de una desbordante alegría.

Por la noche tuvo lugar en la plaza de San Pedro una nueva apoteosis. El templo levantado hacia el cielo por el genio de Miguel Ángel, la fachada de la basílica, la columnata de Bernini, el obelisco, brillaron, maravillosamente iluminados, en una noche tachonada de estrellas. Una multitud innumerable desfiló por delante del Vaticano para admirar aquel espectáculo, único en el mundo, y que la Roma actual tampoco había visto. Era una grande acción de gracias a Dios por haber dado a la Iglesia un sacerdote que apareció sobre la tierra como un fuego ardiente, como un luminar inextinguible.

ÍNDICE

PROLOGO DE LA EDICIÓN ESPAÑOLA	7
INTRODUCCIÓN BIBLIOGRÁFICA	17

Primera Parte LOS AÑOS DE PREPARACIÓN 1786-1818

I. LOS PRIMEROS AÑOS (1786-1793)	27
<i>Benito Labre en casa de Pedro Vanney.—El agradecimiento del santo mendigo.—Mateo Viañney y María Beluse.—Nacimiento de Juan-María.—En el regazo de una madre cristiana.—Un modelo de obediencia.—El rosario y la pequeña imagen.—Los primeros pasos fuera de la vida ordinaria.—Ante el altar.</i>	
II. UN PEQUEÑO PASTOR DURANTE EL TERROR (1793-1974)	37
<i>Los Vianney en la misa del sacerdote juramentado.—La santa indignación de María Vianney.—Juan-María y los sacerdotes fieles.—La misa en las granjas.—Los combates alrededor de Lión.—Dardilly y Chante-Merle.—Plegarias y procesiones campesinas.—Juegos y sermones.—Juan-María Vianney y Marión Vincent.—Juan-María y los pobres errantes.—La vida en familia.</i>	
III. LA ESCUELA, LA PRIMERA CONFESIÓN, LA PRIME RA COMUNIÓN (1794-1799)	49
<i>Las elecciones del ciudadano Dumas.—Un alumno ejemplar.—Los sacerdotes misioneros: Reverendos Groboz y Balley.—La primera confesión de Juan-María Vianney.—En Ecully, en la granja de Point-du-Jour.—Primera comunión de un santito.</i>	
IV. LABRADOR Y VIÑADOR (1799-1805)	57
<i>Un trabajo santificado.—Las burlas de los compañeros.—El Concordato de 1802.—El restablecimiento del culto en Dardilly.—¡Ser sarce-dote!—Las primeras confidencias.—Los primeros obstáculos.—La aceptación de M. Balley.</i>	
V. UNA VOCACIÓN TARDÍA (1805-1890)	69
<i>Juan-María Vianney a los diecinueve años.—El mayor entre los pe-</i>	

EL CURA DE ARS

queños.—Peregrinación a la *Louvesc*.—Un voto embarazoso.—La edad del servicio militar.—Un viaje del cardenal-arzobispo.—Confirmación de Juan-María Bautista Vianney.—La hoja del itinerario.

VI. EL PRÓFUGO DE NOES (1809-1811) 81

El reclutamiento de 1809.—La incorporación del exento.—En el hospital militar de *Lión*.—En el hospital general de *Roanne*.—Camino de *Renaiss*.—En pos de *Guy*, el prófugo.—En casa del alcalde de *Noes*.—*Jerónimo Vincent* en casa de *Claudina Fayot*.—Penas y consuelos del destierro.—Los cuidados del desertor.—La «señora *Fayot*» en *Dardilly*.—La amnistía.—El adiós a *Noes*.—El gozo del retomo.—La muerte de una madre.—Lo que el Santo pensaba de su retiro en *Noes*.—Lo que hemos de pensar nosotros.

VII. EL CURSO DE FILOSOFÍA EN VERRIERES (1812-1813) 105

En la casa parroquial de Ecully.—Primera tonsura.—Las lecciones y ejemplos del señor *Balley*.—La casa de *Verrières*.—Un «filósofo» de veinticuatro años.—*Antipatías y amistades*.—*Marcelino Champag-nat*.—Las notas de un futuro santo.

VIII. EN EL SEMINARIO MAYOR DE LYON (1813-1814) 113

Las felices vacaciones de 1813.—*El seminario de San Ireneo*.—Una virtud admirable.—Un cerebro rebelde.—¡Despedido!—Una visita al noviciado de los *Hermanos*.—Un examen en la casa parroquial de *Ecully*.—La decisión del señor *Courbon*, vicario general.

IX. DEL SUBDIACONADO AL SACERDOCIO (1814-1815) 123

La elevación al subdiaconado.—Los presentimientos del reverendo *Millón*.—La política en el seminario mayor.—La ordenación de día cono.—El examen canónico para el sacerdocio.—Las testimoniales.—La consagración sacerdotal.—Las impresiones del 13 de agosto de 1815.

X. EL VICARIO DE ECULLY (1815-1818) 131

Gran gozo en Ecully, en Dardilly y en Noes.—El primer penitente del Rdo. *Vianney*.—Los comienzos del ministerio parroquial.—En la escuela de la santidad.—La visita de la viuda *Fayot*.—*Paulina Jaricot* y *Santa Filomena*.—En la intimidad de la casa parroquial.—Enfermedad y muerte del señor *Balley*.—Herencia y recuerdo.—El señor *Tripier* y su vicario.—La capellanía de *Ars*.

Segunda Parte EL PASTOR DE ARS (1818-1859)

I. LA LLEGADA Y EL PRIMER CONTACTO..... 145

La aldea de Ars.—El Rdo. *Vianney* y el pequeño *Grive*.—Visión del porvenir.—*Ars, parroquia cristiana en el siglo XVIII*.—Durante la Revolución: el apóstata y los sacerdotes fieles.—El despertar de las almas.—*Ars en 1818*.—La castellana.—El programa del nuevo pastor.—

ÍNDICE

La ceremonia de la toma de posesión.—El ajuar de la casa parroquial.—La visita a cada hogar.

II. **POR LA CONVERSIÓN DE ARS** 161
I. **ORACIONES Y PENITENCIAS**

La oración del cura de Ars la Iglesia.—A través de los campos.—El suelo por cama.—Disciplinas de sangre.—La primera cuaresma del Rdo. Vianney.—El pan de los pobres.—El puchero de las patatas.—El secreto de las primeras conquistas.

III. **POR LA CONVERSIÓN DE ARS** 171

II. **LA GUERRA A LA IGNORANCIA RELIGIOSA**
Para hacer más atractiva la vieja iglesia.—El «pecado de ignorancia».—El catecismo de los niños.—La instrucción de los fieles.—Un predicador heroico.—Los temas predilectos.—Hacia el altar del Sacramento.—Los apostrofes de las grandes festividades.

IV. **POR LA CONVERSIÓN DE ARS** 183

III. **LA LUCHA CONTRA EL TRABAJO DE LOS DOMINGOS, LAS TABERNAS Y LA BLASFEMIA**

Los profanadores del día del Señor.—Después del trabajo prohibido, la bebida y el baile.—Las resoluciones del joven pastor.—El anatema contra las tabernas.—Su desaparición.—Las hospederías de Ars.—La represión de la blasfemia.—Contra el trabajo del domingo.—Nada de dispensas.

V. **POR LA CONVERSIÓN DE ARS** 193

IV. **LA LUCHA CONTRA EL BAILE**
Una cuestión de principio: huir de la ocasión de pecado.—Contra el vicio impuro.—Diez años de predicación.—La acción directa.—Las primeras conversiones.—La absolución denegada a los entregados al baile.—Grandes y pequeños por el mismo rasero.—Los padres responsables.—Una victoria muy cara.—Las modas deshonestas.—El Cura de Ars arbitro de la moda.—Escotes y miriñaques.

VI. **RESTAURACIÓN DE LA ANTIGUA IGLESIA DE ARS** 207

Nuevos proyectos.—Designación inesperada para jparroquia de Salles en el Beaujolais.—La capellanía de Ars erigida en parroquia.—Reconstrucción del campanario.—Nuevos altares.—Embellecimiento del coro y de la nave.—La generosidad del vizconde de Ars.—El cuadro de la peregrinación.

VII. **LAS GRANDES PRUEBAS DE LOS PRIMEROS AÑOS:**

CALUMNIAS Y TENTACIONES 219

La prueba inevitable al Apóstol.—«Desagradable».—Quejas y críticas.—El señor Vianney inclinado a dejar la parroquia.—Las calumnias de los libertinos.—La investigación del cura de Trevoux.—La actitud del Santo, calumniado.—Una reputación intachable.—La respuesta de las personas honradas.—El fin de la tempestad.—El temor de los juicios de Dios.—El amor a la cruz.—Cansancio y deseos de un cambio.—El nombramiento para la parroquia de Fareins.

VIII.	LAS CONQUISTAS DEL BIEN Y LAS OBRAS DE APOSTOLADO.....	233
	<i>La fuerza del grupo escogido.—El «jansenismo» de la señorita de Ars.—Las adoradoras de primera hora.—El feligrés Chaffangeon.— Para conquistar a los jóvenes y a los hombres: la cofradía del Santísimo Sacramento.—Para recristianizar los hogares: la oración en común, las buenas lecturas, el examen de conciencia.—Los secretos de la vida interior enseñados a los campesinos.—Las misiones por los contornos.—En la gran misión de Trevoux.—En Saint-Trivier: «¡el se-, ñor Cura ha muerto!».—El entusiasmo por el jubileo de San Bernardo.—La «broma» del cura de Limas.—El regreso a través de la nieve.—Para ayudar a sustituir a sus compañeros: bautismos, entierros, visitas a enfermos de las parroquias vecinas.</i>	
IX.	LA «PROVIDENCIA» DE ARS	247
	<i>Proyecto de una escuela para niñas.—Las jóvenes maestras.—Instalación y comienzos.— Creación de una casa de Providencia.—El Cura de Ars, limosnero y mendigo.—Las horas críticas.—El milagro del granero.—El milagro del pan.—La Providencia, obra benéfica de primer orden.—Algunas muertes admirables.—Una escuela original.— «Un modelo de educación popular».—La obra predilecta del Santo.— Los catecismos de la Providencia.—Nueva capilla y deseos de retiro.</i>	
X.	«¡ARS YA NO ES ARS!»	265
	<i>Después de cinco años de ministerio.—Una peregrinación a Fourviére.—La misión de 1827: un grito de victoria.—El trabajo santificado y las virtudes cristianas.—En las familias regeneradas.—Honradez que llega a ser proverbial.—El afecto del Rdo. Vianney a sus feligreses.— Las buenas familias de Ars.—Un domingo en la aldea.—La treuga de Dios.—Las fiestas de devoción.—La práctica de los sacramentos.— Hermosas ceremonias.—El sentido litúrgico de un Santo.—Dos vidas edificantes y dos santas muertes.—Ars protegido contra las calamidades.</i>	
XI.	EL CURA DE ARS Y EL DEMONIO.....	289
	<i>La finalidad de las persecuciones diabólicas.—Los primeros ataques nocturnos.—Andrés Verchère y su fusil.—La identidad del misterioso asaltante.—«Está furioso: ¡tanto mejor!».—Las horas de insomnio y de combate.—Las tretas y las violencias del demonio.— Un viaje infernal por el camino de Saint-Trivier.—Los testigos que vieron u oyeron.—El lecho quemado.—Una noche toledana en la casa parroquial de Montnierle.—El atormentador atormentado.—El poder del Cura de Ars sobre los demonios.—Algunas liberaciones de posesos.—Una escena fantástica.—Contra el ocultismo y el espiritismo.—La aventura del conde Julio de Moubou.—En casa del capitán Montluisant.— El fin de las obsesiones diabólicas.—La derrota de Satán.</i>	
XII.	LAS PEREGRINACIONES A ARS.....	313
	I. LOS ORÍGENES Y SANTA FILOMENA <i>Los humildes comienzos de una fama mundial.—Después de la misión de Trévoux.—El atractivo que mueve a las multitudes hacia Ars.—Los primeros rumores de milagros.—A la sombra de la queri-</i>	

ÍNDICE

da Santa Filomena.—La breve historia de Filomena.—La celeste amiga.

XIII. LAS PEREGRINACIONES A ARS..... 321

II. LAS CONTRADICCIONES DEL OERO

Porte descuidado y críticas.—Consultas a un ignorante.—¿Era ignorante el Cura de Ars?—La ciencia de sacerdote.—«Avispas» entre los peregrinos.—«No soy yo quien les digo que vengan».—Los contrarios convertidos en admiradores.— Una carta punzante y la respuesta del Santo.—Las denuncias al obispado.—La investigación del vicario general y las conclusiones del Prelado.—Los sentimientos unánimes para con el Cura de Ars.

XIV. LAS PEREGRINACIONES A ARS..... 337

III. EL CURA DE ARS, CONFESOR

De camino hacia Ars.—Cómo se hospedan allí.—A la puerta de la iglesia.—La interminable espera.—Los turnos de favor.—Los pecadores cogidos «al vuelo».—Palabras que mueven.—Lágrimas que convierten.—En el confesionario de hombres.—El gran milagro del Cura de Ars: la conversión de los pecadores.—Lo que el Santo exige antes de absolver.—Penitencias breves.—Penitencias medicinales.—Relato de algunas conversiones.

XV. LAS PEREGRINACIONES A ARS 363

IV. EL CURA DE ARS, DIRECTOR DE CONCIENCIAS

A cada alma los minutos necesarios.—La prudencia en las decisiones.—Las almas que el Cura de Ars alienta a avanzar.—Las que frena en sus ímpetus.—Las devociones que aconseja.—La obligación ante todo.—Los deberes de los esposos.—La dirección de los sacerdotes.— Con las condiciones escrupulosas.—La práctica de los sacramentos.— La preparación que exige.—Frecuente comunión y ciencia suficiente.—«¡Comulgad con más frecuencia!».—El influjo radiante de un Santo.

XVI. LAS PEREGRINACIONES A ARS..... 377

V. LA JORNADA DEL CURA DE ARS Y SU VIDA INTERIOR

Las confesiones al salir de las tertulias nocturnas.—El levantarse a media noche.—Las confesiones de las mujeres.—La misa del Cura de Ars.—La acción de gracias.—La audiencia a los peregrinos en la sacristía.—El rezo de las horas menores del breviario.—La famosa ca-tequesis de las once.—Después del catecismo, el paso de la iglesia a la casa parroquial.—Una comida rápida.—La visita a los enfermos.— La visita a la casa de la Providencia.—Reanúndanse las confesiones de la tarde.—Las primeras horas de la noche.—La vida interior durante la jornada de un párroco.—La oración de simplicidad.— El goce de la presencia de Dios.

XVII. LAS ANSIAS DE SOLEDAD, GRAVE ENFERMEDAD Y «FUGA» DE 1843 399

La aprensión de «morir párroco».—Una dimisión siempre presentada y nunca admitida.— Una tentación sutil—Soledad y apostolado,

EL CURA DE ARS

dos deseos en una misma alma.—Primera tentativa de huida.—Solo bajo un trabajo abrumador.—La grave enfermedad de mayo de 1843.—Desolación en la parroquia.—Entre la vida y la muerte.—La curación atribuida a Santa Filomena.—Necesidad de reposo y mayores deseos de soledad.—La huida del 12 de septiembre.—Ars sin peregrinos.— El éxodo hacia Dardilly.—El mensaje del Rdo. Raymond.—Regreso triunfal.

XVIII. ALGUNOS ACONTECIMIENTOS DE LOS ÚLTIMOS AÑOS 423

I. SUPRESIÓN DEL ORFANATO. FUNDACIÓN DE LA ESCUELA Y DEL PENSIONIS

TA DE LOS HERMANOS. LAS MISIONES DECENALES

Una conspiración que no es conspiración.—Quejas y aprensiones con motivo del orfanato de niñas.—Los arreglos del Cura de Ars con la Madre San Claudio.— Una «liquidación» previa.—Pena y resignación del Cura santo.—Las Hermanas de San José y las antiguas directoras de la Providencia.—Actitud del Cura de Ars.—La escuela municipal de niños confiada a los Hermanos de la Sagrada Familia.—Celo del Cura de Ars por la educación de la infancia.—La obra de las misiones decenales.—¿De dónde proceden los recursos?—Un avaro «de nuevo cuño».—Las fundaciones perpetuas de misas.

XIX. ALGUNOS ACONTECIMIENTOS DE LOS ÚLTIMOS AÑOS 441

II. EL INCIDENTE DE LA SALETTE

La llegada de Maximino Giraud.—Fe del Cura de Ars en la Aparición de la Salette.—Los compañeros de Maximino y el verdadero fin de su viaje.—La acogida y los propósitos del Rdo. Raymond.—Entrevista de Maximino y el Cura de Ars.—Nueva actitud del Rdo. Vianney con respecto a la Salette.—Las angustias de un alma santa.—El fin de la prueba.—El acto de fe que devuelve la paz.

XX. ALGUNOS ACONTECIMIENTOS DE LOS ÚLTIMOS AÑOS 453

III. EL CURA DE ARS, CANÓNICO DE BELLEY Y CABALLERO DE LA LEGIÓN DE

HONOR. LA FIESTA DEL 8 DE DICIEMBRE DE 1854

Un canonicato impuesto por sorpresa.—La venta de la muceta.—El Cura de Ars, propuesto para la Legión de Honor.—Comentarios del nuevo caballero.—El envío de la cruz.—El Cura de Ars y la Santísima Virgen.—En la aldea de Ars el 8 de diciembre de 1854.

XXI. ALGUNOS ACONTECIMIENTOS DE LOS ÚLTIMOS AÑOS 465

IV. HACIA LA «TRAPA DE LA NEYLIÉRE»

El párroco Vianney, terciario de San Francisco.—El párroco Vianney y el Rdo. P. Colin.—La «Trapa» de Nuestra Señora de Neylière.—Un nuevo obispo de Belley.—El Rdo. Toccanier, misionero de Pont-d'Ain, nombrado auxiliar del párroco Vianney.—Proyecto de retiro.—Un secreto bien guardado.—A las orillas del Fontblin.—La vuelta a la casa parroquial.—La imprevisión de un Santo.—Un plan mal combinado.—Prueba y tentación.—Las tentativas de los habitantes de Dardilly.—Enfermedad y muerte de Francisco, el mayor.

ÍNDICE

- XXII. RETRATO FÍSICO Y MORAL 481
La primera impresión.—La fisonomía, la mirada.—Bajo el peso de la edad.—Sencillez y cortesía.—Rasgos dignos de San Francisco de Sales.—Dulzura y energía.— Un corazón naturalmente bueno.—El atractivo de las almas puras.—Un corazón tierno.—Todas las delicadezas del agradecimiento.—El Cura de Ars y los afligidos.—Algunas personas entre las que consoló.—Las madres apenadas.—El correo de almas.—Algunas cartas.— Un tacto y una prudencia exquisita.—Ni sombra de amor propio.—El horror a los pecados de la lengua.
- XXIII. EN LA CUMBRE DE LA SANTIDAD 505
I. LOS TESTIMONIOS
La subida hacia la perfección.—La fama de santidad en el entorno inmediato del Cura de Ars.—Testimonios de su confesor, de Catalina Lassagne, de Mons. Devie y de varios sacerdotes amigos del Cura de Ars.—Juicio de otras personas: el doctor Saunier, los peregrinos y los habitantes de Ars.—El juicio de las multitudes.—Unanimidad en los elogios.—Lo que la inmensa mayoría ve en el santo Cura.
- XXIV. EN LA CUMBRE DE LA SANTIDAD 517
II. LAS VIRTUDES HEROICAS: HUMILDAD, AMOR A LA POBREZA Y A LOS POBRES
Virtudes heroicas en que se distinguió el Cura de Ars.—La humildad.—Entre las ovaciones de la multitud.—El por qué de tanta humildad.—Huida de las alabanzas.—Una «devoción mal entendida».— El Cura de Ars y su carnaval.—La historia de un busto de cera.—El Cura de Ars y Lacordaire.—Algunos pensamientos del Santo sobre la humildad.—El amor a la pobreza y a los pobres.—El vestuario del Cura de Ars.—La casa parroquial.—Desprecio de los bienes terrenales.—El Cura de Ars y los desgraciados.—Ars, punto de cita de los pobres.—Amor del Santo a los pobres.
- XXV. EN LA CUMBRE DE LA SANTIDAD 539
III. LAS VIRTUDES HEROICAS: PACIENCIA Y MORTIFICACIÓN
Paciencia.—La virtud «más admirable» del Cura de Ars.—Bajo el insulto.—En medio de las importunidades de la muchedumbre.—El Cura de Ars y el Rdo. Raymond.—La paciencia en las enfermedades corporales.—Mortificación.—«Más admirable que imitable».—El instrumento de penitencia más duro: el confesionario del Santo.—La inmólación de todo el hombre.—Las disciplinas, el cinturón de hierro, el cilicio.—Los ayunos del Cura de Ars.—Su manera de tratar a los huéspedes.—Homenaje de un cartujo.
- XXVI. LAS INTUICIONES Y LAS PREDICCIONES DEL CURA DE ARS ... 557
Los ojos de un vidente.—El don sobrenatural de la intuición.—Cómo el Cura de Ars veía y sabía las cosas.—Intuiciones y predicciones diversas: sobre las vocaciones al matrimonio o a la vida religiosa; sobre los acontecimientos futuros, felices o desgraciados.—Hechos de visión a distancia.—Penetración de las conciencias.—El Cura de Ars y el destino de las comunidades y obras religiosas.—¿Profetizó el Cura de Ars grandes acontecimientos?—¿Anunció las persecuciones?—

*¿La guerra?—El porvenir de la Compañía de Jesús y la conversión de Inglaterra.—
¿Existe alguna profecía sobre el porvenir de Ars?*

XXVII. LOS MILAGROS DEL CURA DE ARS 591

Bajo la sombra de Santa Filomena.—Los milagros a medias.—El santo Cura de Ars se olvida algunas veces de Santa Filomena en la realización de milagros.—La paciencia cristiana es mejor que el curarse.— La fe, condición primera del milagro.—La vida del Cura de Ars, perenne milagro y prueba de la existencia de lo divino.

XXVIII. LOS GRANDES HECHOS MÍSTICOS DE LA VIDA
DEL CURA DE ARS..... 605

Silencio de humildad o de enajenamiento.—Durante la celebración de la misa.—Los éxtasis corporales y las visiones.—El Cura de Ars y el espectáculo de otro mundo: el purgatorio, el infierno, el cielo.— Don de lágrimas, levitación, aureola, anillo místico.

XXIX. EL ULTIMO AÑO DE UN SANTO..... 625

Aumenta el número de peregrinos.—La fatiga creciente del Cura de Ars.—¡Siguen las disciplinas!—Noches de insomnio.— Un diálogo sublime.—«¡Ah, ciertamente, es cosa de risa!»—Proyecto de nueva iglesia.—La paz de la tarde.—Una visita de Paulina María Jaricot.

XXX. LA ULTIMA ENFERMEDAD Y LA MUERTE 633

Presentimiento de una muerte cercana.—El día en que cayó.—«Es mi pobre fin».—La extenuación suprema.—El «¡adiós-» de los feligreses al viejo pastor.—Las tentativas para salvarle.—El sosiego del éxtasis.— Viático y extremaunción.—El último testamento del Cura de Ars.— La visita de monseñor Langalerie.—La muerte.—De campanario en campanario.

XXXI. EN LA GLORIA..... 647

El desfile delante del cadáver del Cura de Ars.—Los funerales triunfales.—Las primeras peticiones de reliquias.—La tumba gloriosa.— El proceso de Beatificación.—Los dos milagros estudiados por Roma.—Gozosa aprobación de Pío X.—Las fiestas de la beatificación en San Pedro de Roma.—Amor por amor.—En la aldea de Ars.—Los sumos honores: la Canonización.